

Francisco Javier Olmedo Vázquez

MAL NACIDO

El peregrinaje de un alma desamparada
hacia una revelación monstruosa

FRANCISCO JAVIER OLMEDO VÁZQUEZ

MAL NACIDO

El peregrinaje de un alma desamparada hacia una revelación monstruosa

MAL NACIDO

© Francisco Javier Olmedo Vázquez, 2019

Diseño de portada: Fco Javier Olmedo Vázquez

Ilustraciones:

- Cubierta: Alejandro de Marco (Instagram: @alejandrodmarco)
- Inicio de capítulos: Chris Scalf (artstation.com/chrisscalf_cgsbgs)
- Interiores: Francisco Javier Olmedo Vázquez.

1ª edición, julio 2019.

Diseño del ebook: Fco Javier Olmedo Vázquez.

Publicado por: Amazon Self-publishing.

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito del autor; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

INTRODUCCIÓN

¿Le ha ocurrido alguna vez que adquiere un billete de ida y vuelta a un destino definido y, cuando se ve obligado a regresar, acaba en un lugar muy distinto del que había partido?

A Jerry Broxton sí le sucedió.

¿Que cuándo se marchó? Fue un lunes muy frío, un 14 de enero del año 2013.

¿Que adónde se fue? Esa es una respuesta que no podría darse con demasiado acierto sin escarbar antes entre las páginas de algunos volúmenes escritos en eras apartadas al conocimiento de los hombres, y cuyos textos se redactaron en lenguas que fueron impedidas para la mayoría de los mortales. Hasta la fatídica noche en la que discurren los acontecimientos de la historia que se enreda entre estas líneas, nadie había padecido el infortunio de tener que regresar de *aquel lugar* hacia el que Broxton se había dirigido.

¿Que cuándo volvió? Al muchacho le sería muy difícil señalar el momento exacto en un calendario pues, desde allá, el tiempo se percibe como el eco de un rumor lejano; apenas audible para los oídos menos experimentados.

Lo cierto es que fueron cuatro los años que le fueron robados desde su marcha.

Cuatro años en el exilio.

Cuatro años en el olvido.

Cuatro años en el silencio.

¿Y dónde acabó a su vuelta? En realidad, el destino tras su retorno no es

lo más extraño que esconde el lúgubre sendero que se abre después de esta inespecífica introducción. Lo más sorprendente, si cabe, es que alguien haya podido alguna vez escapar de *allí*.

¿Eres tú, Malaquías?

*And another day is done,
ages of nothing.
And another hope is gone,
yearning for something.
Waiting to be born.*

*And her walls are closing in
so painfully silent.
she's a prisoner within
lost on an island.
Waiting to be born
She said, I'm waiting to be born.*

*I close my eyes to my illusions.
I turn away from all I've left behind.
I kill the pain and my confusion.
I'm not dying anymore.
I'm waiting to be born.*

[...]

Waiting to be born

Random is resistance · Rotersand

A las madres

Capítulo I

Broxton no podía soportarlo. El hambre —intensa, salvaje, como nunca antes la había padecido— le arrancó sin remisión de las garras de un sueño de tal profundidad, que le resultaba imposible determinar cuándo habría empezado.

«Dios mío, estoy ciego. ¡Ciego!».

No lo estaba. A punto se hallaba de descubrirse enclaustrado dentro de un oscuro habitáculo de escasas dimensiones. Las justas para que cupiera una única persona, y en pie.

«Maldita sea».

Una feroz conmoción zarandeaba con fuerza la consciencia de Broxton. La náusea trepaba imparable por el esófago hacia su rígido gástrico con la clara intención de provocarle el vómito, aunque lo cierto era que no se encontraba nada en su marchito estómago en ese momento de lo que pudiera prescindir. Nada, salvo un intenso y doloroso vacío.

Necesitaba un rato más para lograr vencer al mareo. Un lapso de tiempo que quizás podríamos medir en minutos, pero que Broxton debió sufrir en eternidades.

Cuando la lucidez parecía empezar a abrirse hueco entre el ineludible desconcierto, una inesperada invitada acudió a visitarle en su minúscula sala de baile —una suerte de fiesta de aforo limitado en la que no cabían ni la luz, ni la música, ni la esperanza—.

Claustrofobia.

—¿Hola?

Nadie más había para responder a la interrogativa desde el otro lado de la puerta. Desde «el otro lado», porque *Claus* ya se había sumado a la solitaria celebración de Broxton del lado de las tinieblas.

El hombre sólo alcanzaba a dar medio paso adelante antes de topar con la recia madera que le separaba del exterior. Su cabeza y su lomo se hallaban apoyados contra la pared a sus espaldas, por lo que ningún espacio le quedaba siquiera para intentar retroceder. Trató en vano de alzar sus brazos hacia los flancos, pero apenas lograba elevar un palmo antes de tocar con el reverso de las manos las ásperas paredes que le retenían.

—*No te agaches, amor, no. No lo hagas si no quieres estampar tus rodillas contra la madera.*

«Pero qué...».

Claus no resultaba una buena pareja de baile para Broxton. Incluso le susurraba al oído blasfemias y perversiones cuyo ominoso reflejo no debería quedar plasmado entre estas desconcertantes líneas.

Su consciencia se había trasladado a un plano de pensamiento difícil de soportar. El hombre mecía su cuerpo adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás..., marcando el insano compás de una sonata a tres cuerdas interpretada de un modo sublime por la oscuridad, el silencio, y la angustia.

Con los puños cerrados, el desventurado cautivo golpeaba sin éxito las paredes laterales con toda la fuerza que le permitían sus lánguidos brazos. Aunque Jerry era un chico joven y enérgico, el instantáneo despertar de ese sueño tan profundo e inusual aún reposaba como un pesado plomo sobre sus hombros. Su cabeza golpeaba cadenciosamente la pared trasera punteando el ritmo monótono de un réquiem sin voces.

—*Yo estoy muy cómoda aquí. ¿Y tú, cariño?* —*Claus* parecía divertirse con cada uno de los fracasos de Broxton.

«¡No! No estoy cómodo, en lo más mínimo. De hecho, estoy a punto de vomitar, estoy a punto de gritar».

—*Sería bonito quedarnos aquí, los dos juntos, como dos amantes furtivos que entregan su corazón a espaldas de los que no les comprenden.*

«Me estoy volviendo loco».

El espacio a su alrededor parecía reducirse con cada uno de sus palpitos. La opresión aumentaba como el cauce de un río nutrido bajo la lluvia.

—*Podríamos tener hijos. ¿Qué te parece, amor? Muchísimos hijos: cientos, quizás miles. Tantos como gusanos te quepan en esa barriguita tuya* —mariposas con alas de espino comenzaron a revolotear en su estómago mientras que los dedos traviosos de *Claus* jugueteaban sobre su vientre.

—¡No! —gritó.

—*Jerry, querido. Sé sincero contigo mismo.*

»*No tienes a nadie. Mamá murió cuando tú viniste al mundo, y a papá ni siquiera lo conociste, ¿o no lo recuerdas? Tu trabajo te consume, te está robando la vida. Tus amigos emigraron a países más prósperos, y aunque os extrañáis lo suficiente, sólo sabes de ellos en aisladas ocasiones.*

»*¿En serio crees que esa vida es mejor que la que el destino nos ha ofrecido aquí, los dos juntos, rodeados de nuestros millares de vástagos, carne de nuestra carne? Podrá resultar corta, ¡pero cuán intensa!*

«Cielo santo».

—¡No!

Broxton gritaba de nuevo, aunque, en el fondo, *Claus* llevaba razón. Al menos, en parte.

Hacía ya tiempo que Jerry se hallaba preso de un hartazgo irredimible; la insipidez de su monótona vida se le revolvía en el estómago de un modo insoportable. Cuántos años de su adultez habría invertido en intentar reiniciarla, cuántas veces se habría planteado incluso ponerle fin. Y sin embargo, el caprichoso destino se le presentaba ahora en forma de siniestra oportunidad, una coyuntura plagada de gusanos y ratas; de hambre, de sed, y de locura.

«¿Pero qué clase de tormento es este?».

Broxton pateaba la puerta con cortos y repetidos puntapiés. Una y otra vez, una y otra vez.

—*Jerry. Piénsalo: tú..., yo...*

Las palabras de *Claus* le sonaban al recluso tan sepulcrales y aterradoras que una corriente de estremecimiento electrificó por sorpresa su espina dorsal como un rayo partiendo el cielo en dos mitades.

Más patadas, más golpes. Después del eco de cada impacto, el silencio. Después del estrépito de cada puntapié, un mutismo repleto de promesas de olvido.

—*¿Oyes eso, cariño?*

Tras la puerta, un rumor de gravilla precipitándose contra el suelo llegaba flotando con timidez hasta sus angustiados oídos. —Creo que tenemos visita.

«¿Visita?».

—*Claaaro...* —Claus alargaba la expresión de un modo jocoso—. *Serán las ratas. Sí, seguro, son ratas. Las vi fuera antes de entrar. Unas, gordas y negras, con un rabo laaargo como un domingo de verano. Otras, más pequeñas y pardas, de dientes amarillos y garras puntiagudas. ¿Sabes? Son bastantes. Creo que estaban planteándose acudir a nuestra fiesta.*

Broxton insistía en golpear la puerta de madera con la frente marcando un ritmo frenético y desolador.

Oía cómo rascaban la madera.

—¡Basta! —gritó.

—*No seas maleducado, amor. Sé cortés con nuestros invitados.*

Otra vez las patadas. Una, y otra, y otra, y otra más.

De súbito, un crujido seco.

Después, un sonoro y hueco crepitar.

«Espera un momento...»

Un chasquido de esperanza. La puerta había comenzado a ceder por abajo. Broxton no alcanzaba a verlo, pero sí lograba sentirlo.

Cada nuevo puntapié ganaba más recorrido que el impacto anterior, por lo que golpeaba más y más fuerte en cada siguiente repetición. La puerta quedó entonces descolgada de su bastidor, y *Claus* dejó de reír.

Con un último y costoso empujón, el reo arrancó la puerta de su montura y la madera cayó al suelo con un estruendo que todavía quedaría resonando durante unos segundos a lo largo y ancho de la oscura cámara de piedra que se presentaba ante sus ojos atrofiados. El polvo de los siglos inundaba sus reseca fosas nasales como ásperas fragancias del pasado.

La oscuridad tras el tormentoso baile había cedido su puesto a la tenue penumbra. Un halo de luz mortecina desembocaba en la estancia desde una modesta entrada abierta hacia la superficie al final de unos viejos escalones horadados en la piedra. Las finas láminas de luz plateada ejecutaban danzas demenciales mientras se abrían paso entre la densa nube de polvo que la caída de la puerta había levantado, y que ahora se precipitaba con lentitud sobre el suelo empedrado.

Con una mirada temerosa, Broxton echó un último vistazo a las que habían resultado sus angostas dependencias desde no sabía cuándo. Junto a

éstas, extendiéndose a sus dos flancos, otras tantas puertas se revelaban similares a la que acababa de reventar. Algunas incluso aparentaban soportar bastantes años más sobre sus bastidores.

«Cielo santo, qué hambre más atroz».

El hombre escalaba con lentitud los peldaños que le separaban de la superficie, dejando atrás las paredes de roca que habían hecho las veces de antesala de la locura. Con un temor inexplicable, el hombre logró alcanzar la verja de hierro forjado que le esperaba al final del empinado corredor y que le mantenía separado del mundo exterior. Se le antojaba vieja y oxidada, aunque se hallaba asegurada mediante una gruesa cadena enrollada sobre la que se cerraba un recio y pesado candado de acero.

—¡Oh! Vaya.

El candado acerrojaba dos eslabones de la cadena, pero no los adecuados. Enlazaba dos argollas de una misma vuelta, por lo que la cadena quedaba inútilmente rizada entre las dos verjas, libres de cierre alguno. Tras un fuerte tirón, el pesado atadero cayó en el suelo con la lasitud de una serpiente moribunda. Al joven sólo le bastó un pequeño empujón para romper la pátina de óxido que cubría las bisagras y desplazar así las cancelas, dando comienzo a una demencial sinfonía de chirridos y crujidos metálicos que invocaron el aullido de los perros que, muy de seguro, harían de guardas en las parcelas colindantes.

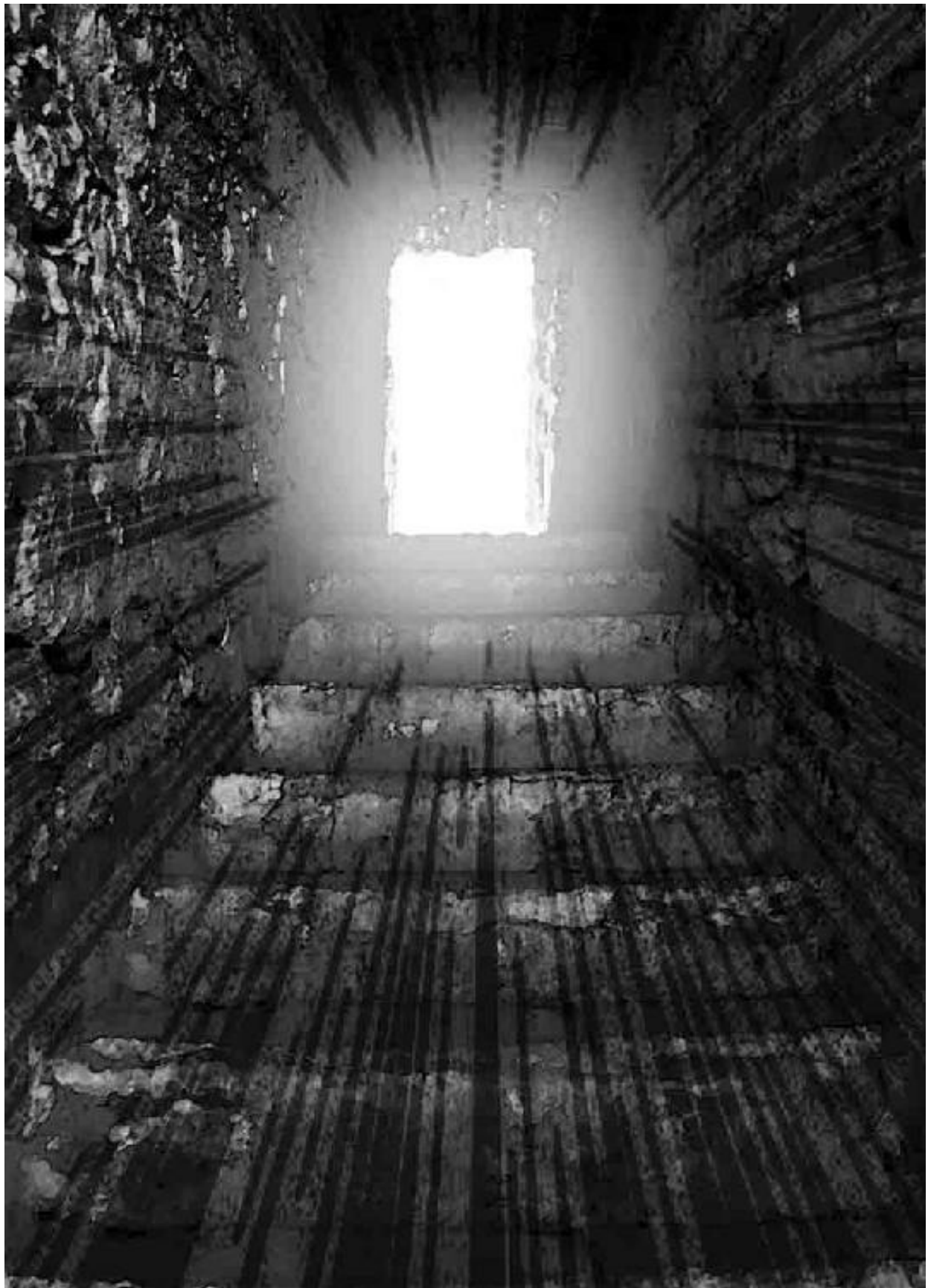
La luz pálida de la luna llena colmaba el cielo de una magnífica noche despejada de invierno. Frente a Broxton, una amplia tapia de piedra —de baja altura, pues no debería levantar más de tres pies del suelo— amurallaba una generosa finca que se extendía profunda y silenciosa hasta el límite boscoso que se atisbaba en la lejanía. Era un erial salpicado de fresnos y olmos, preñado de recias losas de piedra que se erguían inertes sobre la tierra como guardianes implacables del silencio de la noche.

Fue en ese instante que el joven reparó en que no se hallaba a las afueras de una hacienda en mitad de una arboleda. No. Se encontraba a escasos pies de un muro que separaba a los vivos de aquellos que ya no tienen que dar explicaciones. Se trataba de las afueras del cementerio de Elm Grove, en North Kingston, Rhode Island. Jerry Broxton nunca llegaría a saberlo.

Y ahí quedaba entonces el recién llegado, ataviado con un ajustado conjunto de gala color burdeos y una camisa de seda blanca copada por una tersa corbata negra. Pinzado sobre ésta se adivinaba un alfiler dorado en el que se dibujaba un escudo que Broxton no fue capaz de reconocer. Unos finos zapatos de vestir cubrían con delicadeza sus fríos pies.

Con un camposanto frente a sus ojos y un oscuro bosque a sus espaldas de cuyas insondables profundidades no cesaban de manar escandalosos ladridos, Broxton optó por ajustarse la chaqueta como gesto automático nacido desde el nerviosismo; estupefacto, pensando en qué diantres haría un tipo como él en un lugar como ese, y más aún, vestido como para una recepción aristocrática.

«Pero qué hambre».



Capítulo II

Esa mañana de lunes Broxton debía entrar a trabajar un par de horas más tarde de lo habitual. El viernes anterior le había tocado padecer una jornada maratónica en la oficina, todo para deshacer el estropicio que el enchufado de turno le había ocasionado a uno de los más importantes clientes de la empresa. Su esfuerzo resultó compensado con un par de horas de descanso extra para el lunes posterior, así que Jerry optó por entrar más tarde con el fin de evitar el maldito primer madrugón de la semana.

Broxton, en su incontrolable desesperación poco antes de iniciar el penúltimo de sus viajes, incluso llegó a pensar acerca de qué habría ocurrido si hubiera ubicado esas dos horas de descanso en un día diferente. Quizás, con ese simple ajuste de horario habría evitado conocer a ese par de extraños individuos que estaban a punto de cruzarse en su destino. Y sin embargo, qué importancia tendría eso si el billete ya había sido expedido a su nombre con varios siglos de antelación. En realidad, su sino se hallaba grabado en los bajorrelieves del tiempo desde hacía más de trescientos años.

A Jerry lo sacaron de la cama el día que no tenía que madrugar. A las 8:30 de la mañana, la estridente fanfarria del timbre del telefonillo lo arrancó de esa cálida y húmeda comodidad que sólo se halla en invierno debajo de las mantas. Broxton residía por aquel entonces en un estudio ubicado en una antigua casa reformada como cuatro viviendas individuales de alquiler —dos por planta—, a un par de calles del Swan Point Cemetery,

en Providence, Rhode Island.

El hombre salió de la cama ligeramente aturdido, renqueando por el pasillo hacia la cocina en busca del videoteléfono.

Desde que tenía memoria, Broxton sentía que había nacido en el mundo equivocado, que su cuerpo no era el suyo. Que, de alguna manera, le habría tocado padecer una vida escrita para otra persona. Se veía a sí mismo como un vagabundo de las eras, como una volátil semilla de diente de león empujada por el viento de los siglos, incapaz de depositarse en el suelo el tiempo suficiente como para echar sus raíces. Su tía incluso decidió llevarlo a un psicólogo en su etapa adolescente, fruto de una secreta sospecha de homosexualidad contenida. En absoluto, su sentimiento de alienación quedaba mucho más allá del género o de la propia carne. Su descontextualización había sido forjada centenares de años atrás por medio de actos difíciles de mencionar, y mucho menos de describir, sólo que eso Broxton aún no lo sabía; más bien, no lo recordaba. Lo cierto era que, esa mañana, su estado de inquebrantable apatía resultaba sobrealimentado por el aturdimiento propio del repentino despertar.

Dos tipos muy bien vestidos se hallaban plantados frente a la cámara del videoteléfono, con sus cabezas ahuevadas por el efecto de la lente. El más próximo era un hombre de mediana edad y de baja estatura, de cabellera oscura cuidadosamente peinada hacia atrás, y una corbata gris a juego con su traje. El otro parecía bastante más joven, quizás incluso más que Broxton, y muy alto. Su marcado rostro cadavérico le hizo padecer un brusco escalofrío. El hombre llevaba un maletín de piel marrón colgado del hombro a modo de bandolera.

«¿Mormones?», pensó. «No creo. Los dos visten bien, pero no visten igual. Seguro que quieren venderme algo, a las 8:30 de la mañana, de un lunes... No les abriré, esperaré a ver si tocan a otros telefonillos».

El piso del joven era el primero de los cuatro, por lo que si venían a vender un pase para la Casa de Dios, o quizás el más completo y barato de los seguros de coche sin franquicia, pulsarían también el resto de botones a la caza del ingenuo. El señor arreglado que quedaba al frente repitió la llamada antes de dejar de nuevo sus manos cruzadas y apoyadas sobre su delantera. En su pálido rostro se intuía dibujada una sonrisa inquietante y artificial.

Jerry seguía esperando, en silencio, luchando contra la somnolencia, sin descolgar.

Otra llamada.

Más silencio.

Cansados, ambos individuos terminaron retrocediendo sobre sus pasos y se marcharon calle abajo.



Broxton se dirigió directamente hacia la zona de esparcimiento del edificio antes de pasar por las oficinas. Era la hora del desayuno, por lo que pensaba comer algo y tomarse un café antes de dar comienzo al que consideraba el más aburrido y alienante de los oficios. En su argot llamaban a aquel antro subterráneo «La Cueva»: un sótano accesible a través de una única puerta en el que se acumulaban cajas de cartón vacías y sucias, estanterías llenas de documentación prescrita, una mesa de comedor de plástico y varias sillas a juego. También disfrutaban de un microondas que unas veces no funcionaba y otras tampoco, una nevera pequeña con fiambre, lácteos, chocolatinas y refrescos —al menos estos sí estaban decentes— y una máquina de café que seguramente sería rellenada con el agua que

quedaría en los cubos después del turno de limpieza.

—Qué pasa, Broxton.

El compañero de *caja* de Jerry —así llamaban a sus departamentos de oficina delimitados por láminas de madera hasta la altura de los ojos— untaba mantequilla en una hoja de pan de molde.

—Mark... —respondió escuetamente.

—No te he visto esta mañana por la oficina.

—¿No te enteraste del lío que se armó el pasado jueves con Paddington's Bricks? —apuntó Broxton.

—Algo me contaron, pero como la semana pasada estuve de inventario ni siquiera le presté atención —Mark lanzaba con desgano el primer bocado a su rebanada.

—Pues se armó la gorda —exclamó Broxton con vehemencia—. Tuve que quedarme hasta bien tarde ese día, y no pude solucionar el asunto hasta el viernes bien entrada la mañana. El jefe me dijo que entrara hoy lunes un par de horas más tarde o que me fuese un par de horas antes. Lo que yo quisiera.

—Vaya. ¿Y qué pasó?

Se trataba de una historia larga y aburrida, sobrecargada de tediosos detalles. Mark se lo notó en el rostro a Jerry tras proponerle la pregunta.

—Básicamente, que nuestro Lenny quiso quedar bien delante del contable de Paddington's a base de maquillar cifras. Un mes después, a un día de la presentación de resultados ante la junta, el cliente se da cuenta de que las cifras no coinciden, y se habían movido cuantiosas sumas de dinero basadas en los análisis que «nuestra empresa» —Broxton entrecomillaba con sus dedos— le había presentado.

—No fastidies... —Mark se llevó la mano a la frente en un gesto de absoluto estupor.

—Toda una odisea, créeme.

—Y otra vez que se le salva el culo al fenómeno de Leonard, y otra vez que la culpa recae sobre otros... —Mark sonreía con una mezcla de complicidad y conformismo, a partes iguales.

Ambos quedaron ensimismados mirando el suelo, al menos, durante una docena de segundos más.

—¡Ah! Broxton —Mark salió del coma de repente—. Me ha dicho la chica de recepción que unos señores han venido preguntando por ti.

—¿Unos señores? Qué señores.

—No lo sé. Sólo me ha preguntado si te había visto, porque unos señores habían venido buscándote.

—Ahora está Cathy, ¿verdad? —preguntó Jerry entre dudas.

—La misma. La de los rizos de oro —Mark entrecerraba su ojo derecho amagando un guiño.

—Está bien. Ahora cuando termine me pasaré a preguntar.

—Espero que no te mareen demasiado, no te veo hoy de muy buen humor.

«No hace falta que lo jures».



—Cathy —Broxton se acercó a la guapa de rizos del color del sol mientras apoyaba sus brazos cruzados sobre el alto mostrador de recepción —, ¿qué tal?

—*Hey*, Jerry.

Nadie llamaba a Broxton por su nombre de pila en el trabajo salvo Cathy Price, la preciosa Catherine Price. Sería un par de años mayor que él,

no más de tres. Jerry tenía el defecto de enamorarse de cada mujer que le dedicara una palabra amable. «A lo mejor nos pasa a todos los hombres inseguros», pensaba. Lo cierto es que se trata de una reflexión difícil de contrastar, pues a su análisis le tocaría lidiar con el prejuicio social de un hombre sacando a la luz sus debilidades delante de un igual. Además, Broxton tenía el vicio de acabar siempre convertido en el «gran amigo» de todas las chicas en las que se interesaba. Quizás debiera tratarlas con mayor indolencia, quién sabe. Dice la canción que las chicas buenas gustan de chicos malos.

—Me ha dicho Mark que han venido preguntando por mí —continuó.

—Así es. Dos hombres muy elegantes.

—¿Y te han dicho algo?

—No sabía que hoy entrarías más tarde —respondió—, así que intenté llamarte por teléfono a tu extensión. Al ver que no recibía respuesta, probé con tu compañero Mark. Ya me dijo que no habías venido, por lo que entendí que hoy te ausentarías del trabajo.

«Pues vaya organización la que gastamos por aquí».

—Les dije que no habías acudido a la oficina, así que me ofrecí para ayudarles en lo que necesitaran.

«Yo sí que necesito tu ayuda, pero no me atrevo ni a insinuártela», se dijo.

—¿Y? —Broxton espetaba entre intentos inútiles por evitar que la chica percibiera las miradas furtivas que el joven lanzaba sobre su pecho turgente, atrapado seguramente bajo un sujetador de finos y delicados encajes.

—Me dieron una tarjeta de visita. Espera...

Cathy se levantó de la silla y se agachó un momento para buscar en el cajón de abajo de su escritorio. «Menudo panorama», Jerry se contenía. Su

falda corta, al tensarse por la postura forzada, apretaba sus carnes de tal modo que sus pechos rebosaban por el generoso escote que esa mañana gastaba; muy osado, por otro lado, para el frío exterior, aunque adecuado para el interior de la oficina recalentado por las pasiones humanas y la fuerte calefacción.

—Aquí está.

«Espera, busca otra vez».

—Estupendo —farfulló Broxton—. Gracias —«belleza»—, con esto me basta. «Tendré que conformarme con recordar esa instantánea e inventar lo que se esconde debajo».

Cobarde.

Se trataba de una sencilla tarjeta en la que se grababan un extraño nombre y un teléfono de contacto.

YGHAYGHA
555-2705-1503

Jerry guardó la nota en el bolsillo delantero de su camisa y se dirigió con indiferencia hacia su caja para dar comienzo a una nueva jornada de desidia.

Capítulo III

Con la luna llena brillando con fuerza sobre su cabeza, Broxton era incapaz de notar el frío de la noche a pesar de llevar puesta ropa de poco abrigo. El traje era elegante, eso era indiscutible, aunque bastante fino. A pesar de todo, lo único que el joven sentía en ese momento era hambre. Un hambre sobrecogedora.

Jerry agarró el alfiler de oro y lo deslizó suavemente para soltar la sujeción de la corbata sobre la camisa. Orientando el sello lo mejor que podía para que le llegara la máxima cantidad de luz de la luna, aún dedicaría un rato a estudiar sus formas en un vano intento por descubrir su procedencia o su significado. Broxton se colocó de nuevo el alfiler y se ajustó la corbata y el cuello de la camisa, tirando de las solapas de la chaqueta y de los bajos como si se presentara frente a un espejo de cuerpo entero.

Tan sólo pasaron un par de minutos antes de que los perros dejaran de ladrar, suficientes para que Broxton intuyera con más o menos acierto su origen tras la espesa capa de oscuridad que se levantaba frente a él como un muro infranqueable.

«¿En serio?» Pensó. «¿Prefieres sumergirte en lo desconocido antes que atravesar un inofensivo cementerio? No hace falta que traspases sus márgenes si no posees el valor para vencer tus supersticiones: te basta con rodearlo siguiendo la pared que lo amuralla hasta que llegues a su acceso principal».

No le faltaba razón. No obstante, no era la lógica la que movía sus pies

esa fría noche de primeros de año: los movía una fuerza irreconciliable con la razón del hombre; un empuje inevitable que aún le quedaría por descubrir. Como una energía que mana desde aquellos rincones invisibles del universo alcanzables tan sólo a través de los sueños, y de los cuales brota el óleo con el que se engrasa la maquinaria que da forma a las más feroces pesadillas. Cuando se regresa de *allí*, el término «racional» queda reducido a un puñado de ideas infantiles usadas para apaciguar a los escépticos, del mismo modo que se arroja un puñado de habas al suelo para aplacar el hambre de los cerdos.

Esas losas de piedra fría, inertes, profundas en la tierra, como balizas en la noche que gritan en silencio el nombre de sus propietarios, provocaban en Broxton un terror indescriptible. Por el contrario, el bosque... Esas altas y negras siluetas de los troncos que se alzaban como un templo de tinieblas sostenido por ciclópeas columnas de hueso... Y el suelo, quebradizo por el follaje y la hojarasca, como un denso tapiz que se teje con los restos de lo que una vez resultara la vida...

Algo inefable ocurre *allí* que te hace amar el aislamiento. Algo queda en tu subconsciente sobre *aquel lugar* que te reconforta al tiempo que te atormenta: un desconocido sentimiento de aflicción y desconsuelo que te oprime el corazón sin remedio, como el llanto de un niño al que arrancan por la fuerza de los brazos de su madre. Y es que Broxton sentía el bosque como la cuna de su nacimiento, lo percibía como un hogar para su corazón.

Así que decidió.

La hojarasca crujía machacada bajo sus pies con cada paso que el forastero adelantaba. Entre tanto, los pájaros le observaban silenciosos desde sus enramadas atalayas. No dormían, eso Broxton lo sabía. Sentía que las aves vigilaban su avance con un respeto profundo, casi sepulcral, aunque no alcanzara siquiera a localizarlas con la vista. Y no es la

clarividencia el único regalo que el joven se trajo de allí; otros tantos dones —o maldiciones— fueron introducidos en su equipaje sin su consentimiento.

Broxton padecía los minutos de travesía como si fueran eones. Con el murmullo de la noche como cómplice entre las tinieblas, el joven comenzaba a ceder ante la desorientación. Creía haber andado en línea recta lo suficiente como para llegar hasta el origen de los alaridos de los animales, pero no fue así. Si los árboles convierten el bosque bajo el sol en un ejército de gigantes coronados de verde, bajo la luna lo transforman en un laberinto de temores impedido a los espíritus más débiles. Broxton lanzó un grito hacia el vacío con la esperanza de que su voz traspasara la espesura y que los animales tras el muro invisible volvieran a exclamarle sus alabanzas. Y así fue. Esta vez, hasta algunos caballos se intuían acompañando a los cánidos con sus relinchos quejumbrosos.

La arboleda relajaba su densidad a medida que Broxton avanzaba hacia la periferia. Los perros habían callado, por lo que el silencio volvía a ser roto únicamente por el crepitar del follaje bajo sus pies. Entre tanto, una luz blanca comenzaba a penetrar con timidez entre el bosque intensificándose a cada paso que Jerry adelantaba. Más tarde, una pared, pálida también. Luego una ventana; una puerta de metal, en la distancia.

Los perros arrancaron de nuevo su malsana sinfonía. Los caballos relinchaban, desbocados. También había gatos que exhalaban profundos maullidos mientras los loros, papagayos y otras especies de aves piaban, graznaban, gorgoteaban o gritaban, poseídos por el mismísimo Lucifer.

La arboleda terminaba sobre un duro camino de tierra que se abría paso bajo la capa de hojarasca que marcaba los límites del bosque. Frente a Broxton se levantaba la fachada trasera de un inmueble de una sola planta de aspecto funcional. La construcción se extendía hacia el fondo no menos

de sesenta pies, unas tres veces la anchura de esa misma pared. En el lateral izquierdo, un foco de luz blanca iluminaba un pequeño recinto de tierra baldía sobre el que se repartían algunos establos y lo que parecían ser celdas para animales diversos, algunas ocupadas y otras vacías.

Había perros, había gatos, había caballos y dos mulas. Loros, papagayos, cuervos, periquitos, gorriones, atrapamoscas, chotacabras y reptiles. Todos gritaban, todos gruñían, todos alzaban con entusiasmo sus vítores hacia el recién llegado. La luz no era suficiente como para que Broxton los reconociera desde su posición en la penumbra —de hecho, no todos estaban a la vista, muchos de ellos se hallaban en el interior de la edificación—, y sin embargo ¡los sentía! De algún modo inexplicable Broxton lograba conectar con ellos, padecía su miedo. Entonces, una cálida y reconfortante caricia eléctrica recorrió su espina dorsal.

Al fondo, desde el interior del inmueble, el sonido de un pestillo que cedía y una puerta que se abría llegaron raudos hasta los oídos de Jerry disimulados entre la estridente algarabía.

—¿Hola? —profirió una voz grave y masculina desde el extremo opuesto de la casa—. ¡Quién va!

Un hombre muy alto, tosco y de robusta complexión, trataba con esfuerzo de acomodar sus ojos a la escasa luz que alcanzaba la parte trasera del recinto. Gastaba un rudimentario mono vaquero de tirantes y una camisa blanca de manga corta —atuendo poco recomendable para el mes de enero, por otro lado—. A pesar de llevar una gorra roja encasquetada sobre su pequeña cabeza —iba adornada con un logotipo que Broxton aún no alcanzaba a distinguir—, usaba su mano derecha para alargar la visera con el propósito de atenuar la luz del intenso foco sobre sus ojos, en un vano intento por escudriñar la negrura que quedaba del límite opuesto, el de las sombras.

Los animales mantenían su coral desarmonizada de gemidos y estridencias.

—¿Quién demonios anda ahí?

Instantes antes de que Broxton se hiciera visible para responder a su llamada, el gigante giró presuroso sobre sus pasos y desapareció en el interior del edificio.

Las pisadas del visitante de las sombras abandonaron el cálido crepitar de la hojarasca triturada para dar comienzo al áspero roce de unas suelas de goma dura sobre la tierra arenosa. Broxton se dirigió con cautela hacia la explanada lateral del inmueble para ubicarse bajo el radiante círculo iluminado por el foco. La luz residual aún alcanzaba a acariciar la parte más baja de algunas de las celdas y establos, transformando los ojos de los animales en calderas refulgentes de un rojo carmesí al tiempo que sus bocas salivosas expelían su rabia en forma de tórridos alaridos. Broxton sólo necesitó insinuar su cuerpo sobre la penumbra que separaba las sombras del área iluminada para que todo el clamor cesara de inmediato, como la voz de los condenados que se apaga en un momento tras ser descolgados del cadalso.

«Pero qué diantres está pasando aquí».

El metálico chirrido de una puerta que se abría volvió a cabalgar sobre la atmósfera hasta los oídos de Broxton.

—¡Quién va, joder!

El tipo corpulento de gorra calada y mono vaquero hacía de nuevo su entrada en escena. Esta vez portaba una escopeta de doble cañón firmemente sostenida entre sus enormes manos simiescas. Apuntaba hacia las sombras sin un objetivo claro.

Broxton quedó petrificado durante unos instantes. Era la primera vez que el joven sentía miedo por su vida —aunque más tarde comprobara lo

irónico que resultaría ese lógico sentimiento.

—¡Quién eres! No des un paso más hasta que yo te lo diga.

El hombretón no dejaba de apuntar a la nada con su escopeta mientras se aproximaba con calma hacia al círculo de luz.

—Tra... Tranquilo, amigo. Voy desarmado —farfulló del modo más templado que sus nervios le permitieron.

Alzó sus manos con cuidada lentitud con la esperanza de que el hombre intuyera sus pacíficas intenciones, pero no lograba distinguirlo.

En ese momento, Broxton se vio asaltado por un extraño sentimiento que nunca había padecido hasta ese momento. Notaba en su corazón el terror de los animales, todos estrujados contra el fondo de sus cubículos. Todos en silencio. El fulgor de sus ojos se detuvo mientras que el sonido de sus lamentos seguía sepultado bajo el peso de un silencio preternatural.

—¡Pero ¿qué mierd...?! —exclamó el desconocido.

Aunque Broxton no lograba ver con claridad el rostro del hombretón bajo la negra sombra proyectada por la visera, sí alcanzaba a notar en su voz el tremor propio del horror que se estaba gestando en su corazón.

—¡Quién eres, joder! —repitió. La pacífica respuesta de Jerry parecía haberlo puesto aún más nervioso—. Anda muy despacio hacia la luz, hijo de puta, y con las manos ¡donde yo las pueda ver!

—Claro, claro. Amigo... Tranquilo, no busco problemas —el temor del muchacho por su vida se acrecentaba.

Las manos del gigante comenzaron a temblar junto con la escopeta. — ¡¿Quién eres?! —Su voz también vibraba. Ahora, claramente.

Broxton se adelantó despacio, tal y como el hombre le había pedido, con ambas manos en alto. Su pie izquierdo abandonó entonces las sombras por completo; luego lo hicieron sus piernas forradas con pantalones de pinza, después la camisa blanca con su corbata de alfiler dorado, la chaqueta, y,

por último, su rostro iluminado junto a las manos levantadas con las palmas por delante. «Qué curioso, el mismo escudo que el del pisacorбата». En ese momento reparó en que tenía un grueso sello de oro en el dedo corazón de la mano izquierda.

Un perro gimió, y una mula lanzó un relincho sofocado.

—Jesucristo... —musitó el hombretón al tiempo que caía de espaldas al suelo tras comprobar cómo sus piernas quedaban vencidas víctimas de una lasitud inevitable.

—Tranquilícese —la extrañeza de Broxton pareció atemorizarlo todavía más.

El joven hizo el ademán de inclinarse hacia su aterrorizado contrincante: sólo quería ayudarle a ponerse en pié. Sin embargo, como un acto reflejo nacido del pavor más instintivo, el gigante empuñó con fuerza la escopeta y forzó a sus dos impacientes cañones a descargar su furia contra el pecho del muchacho, apretando ambos gatillos al mismo tiempo.

¡Baum!

El impacto de los dos cartuchos de escopeta colmados de metralla lanzó a Broxton hacia atrás no menos de una decena de pies, dejándole de espaldas en el suelo. Malherido.

¿Malherido?

«Dios mío, este demente me ha volado el pecho».

El hombretón seguía tirado en el suelo sin dejar de apuntarle, tembloroso, desencajado, con los hocicos de su escopeta todavía humeantes, vacíos ya de rabia que vomitar.

Aún le quedaban algunos segundos a Broxton antes de lograr vencer el aturdimiento tras la lluvia de plomo. Como un acto natural, el joven alargó la mano hacia su corazón en busca de la calidez del líquido carmesí que a borbotones debía estar brotando del pozo que acababan de abrirle entre los

costillares.

No había sangre.

No había herida.

No había nada.

Nada, salvo la camisa y la corbata hecha jirones. Las solapas de la chaqueta habían sufrido alguna ligera quemadura, aunque el pisacorbatas sí había salido proyectado hacia la oscuridad, probablemente hecho trizas. Esto lo sabía Broxton porque escuchó su agudo tintineo mientras impactaba contra el suelo.

«Pero ¿qué demonios está pasando aquí?».

El muchacho se palpaba el torso sin parar, todavía sin creer lo que sus manos le estaban contando. Tan sólo sentía la calidez y el tacto habituales de su piel, la firmeza natural de su pecho; la carne y el hueso: indemnes, incólumes. Sin muestra alguna de padecimiento ni dolor.

Con cierto esfuerzo por la conmoción, Broxton logró volver a ponerse en pie, mirando de frente al atónito cazador que aún mantenía desde el suelo sus cañones enfilados hacia el joven. El gigante estremeció su rostro en un rictus de terror de tal intensidad, que sus cejas se arquearon en un espasmo fulminante que catapultó la gorra desde su cabeza hasta al suelo, junto a él.

De los Red Sox, el logotipo de la gorra era el de los Red Sox de Boston. En ese momento Jerry había logrado verlo.

Las manos temblorosas del cazador corrieron a doblar el arma con una torpeza desmedida, liberando los cañones mientras rebuscaba en el bolsillo pectoral otro par de cartuchos repletos de metal con los que rociar otra vez el pecho del muchacho. Era evidente que deseaba con todas sus fuerzas arrancarle la vida.

Con una ágil y explosiva carrera, Broxton se inclinó hacia el mastodonte y agarró los cañones de la escopeta con la mano izquierda. Tiró de ellos

con fuerza hacia atrás con el claro objetivo de arrebatarse el arma a su propietario. La caprichosa casualidad hizo que los dedos índice y corazón de la mano derecha del fan de los Sox quedaran apresados en el arco de los gatillos mientras que Broxton provocaba el giro del arma para someterla, así que el tipo, todavía enganchado a la escopeta, fue zarandeado en el aire y lanzado varios pies detrás del joven como si se tratara de un muñeco de trapo amarrado a un pedazo de metal.

—¡leeeeeeeigh! —la frondosa arboleda se tragó el eco de su lamento con un apetito insaciable.

Los dedos habían quedado completamente destrozados, probablemente también parte de la mano y la muñeca. El hombretón gritaba como un cerdo en el día de San Martín. Al final acabó perdiendo el conocimiento; bien por el dolor que bloqueaba su cerebro, bien por el terror que paralizaba su corazón.

Broxton lo sentía. Lo sentía de igual modo que lo hacía con los animales que le rodeaban. Sentía el horror que dominaba a ese hombre. Era como una quemazón que recorría su espalda: incómoda, pero cálida a la vez.

Pero qué hambre más atroz.

Jerry se acercó hasta la modesta zona de aparcamiento que se extendía en la parte anterior del edificio, limitada con un estrecho camino de tierra que llevaba hasta la carretera. Un par de farolas proyectaban su luz anaranjada sobre el asfalto y la fachada del inmueble, la cual se hallaba coronada por un amplio cartel ornamentado con siluetas de animales sobre el que se leía:

ALLENTON HOPE - REFUGIO PARA ANIMALES

El gigantón, ahora fuera de combate, no se había preocupado de

bloquear la puerta tras salir de caza con su escopeta, así que el joven no encontró obstáculo que le impidiera acceder al inmueble a la búsqueda de algo que poder llevarse a la boca.

La primera estancia, decorada con una multitud de motivos animalistas, se adivinaba tenuemente iluminada por la luz citrina que las farolas proyectaban desde el exterior a través de los enormes ventanales de la fachada. Por el interior se repartían numerosas estanterías cargadas de paquetes de alimento para animales y otros accesorios de mayor o menor utilidad. Todo estaba muy limpio y bien ordenado, en contraste con el aspecto descuidado del tipo que había hecho frente a Jerry hacía tan sólo unos minutos. Lo más probable era que se tratara de un desgraciado a sueldo al que le habían encargado salvaguardar el recinto de los amantes de lo ajeno durante las noches.

Broxton escuchaba el eco lejano de un televisor. Atravesó una puerta que daba a un pequeño corredor que dejaba un par de habitaciones a la izquierda, y un enorme almacén al fondo que muy probablemente terminaría en la parte trasera del edificio. En la lejanía se intuía una amplia estancia repleta de jaulas en la que se hallarían enclaustrados una infinidad de animales de múltiples razas, todos y cada uno de ellos manteniendo ahora un silencio turbador.

El joven optó entonces por entrar al cuarto del que surgía esa voz empalagosa de presentador de telediario de tercera división. Se trataba de una pequeña oficina con numerosas repisas repletas de papeles y archivadores, con un viejo ordenador sobre un escritorio que invitaba a pensar que no había sido encendido en años.

«La mitad de la ciudad de Nueva York se ha levantado para manifestarse contra lo que muchos consideran un acto evidente

de manipulación electoral...».

En la pequeña televisión de tubo de nueve pulgadas se encontraba sintonizado un canal de noticias local en el que parecían estar tratándose las controversias alrededor del nombramiento del nuevo presidente.

El hambre seguía retorciendo su estómago.

Sobre la mesa, encima de un montón de documentos revueltos, una hoja de papel de aluminio se desplegaba salpicada de migas de pan y desechos de algún tipo de fiambre. Junto a ésta, una lata de refresco a medio terminar y una chocolatina abierta con un único mordisco.

«Las respuestas en Twitter al resultado de las elecciones no se han hecho esperar...».

El muchacho agarró la barrita de chocolate y le dio un generoso bocado, justo hasta donde el envoltorio le permitía.

—¡Puaj!

La escupió inmediatamente y procedió a revisar su fecha de caducidad: aún quedaban dos años. Con la punta de los dedos la depositó con repugnancia sobre la hoja de aluminio. Era como si se hubiera metido en la boca las vísceras fermentadas de algún pescado muerto hacía semanas. Agarró entonces la lata de refresco y se echó al gatzate de un golpe el trago que quedaba.

También lo tuvo que escupir.

—Pero qué demonios es esto —el sabor propio de las aguas residuales.

Abandonó rápidamente la oficina en busca del escusado. Se hallaba justo al lado del despacho, pared con pared. Abrió el grifo sobre el lavabo y enjuagó su boca con agua corriente al menos una docena de veces. Hizo

gárgaras otras tantas.

Broxton aprovechó para mirarse en el espejo. Sobre su pecho pendía lo que otrora resultara una bella camisa de seda, y que ahora no era más que un trapo hecho jirones y salpicado de pequeños agujeros carbonizados por las esquirlas candentes de los cartuchos. De la corbata negra sólo quedaba el nudo, firmemente abrochado al cuello. Apartó los harapos con las manos para observar su torso con más detenimiento: completamente ileso y lampiño, como lo había estado siempre. No alcanzaba a creérselo. Acariciaba sus dos mejillas con la parte posterior de los dedos para confirmar que la imagen imberbe que se reflejaba en el espejo era real. Su tez había sido cuidadosamente afeitada, dejando unas patillas recortadas de un modo perfecto hasta la altura de los oídos. Los ojos, immaculados, transmitían un resplandor especial y extraño, como si su brillo fuera alimentado por una suerte de energía nacida desde el mismo reino de los cielos..., o desde el infierno.

«¿Cree usted en Dios? Porque Dios sí cree en usted. ¿Cree usted en el demonio? Porque el demonio también cree en usted...».

Mientras recorría el vestíbulo principal para abandonar la casa, la voz de un viejo predicador llegaba hasta Broxton desde el televisor. El anciano vomitaba sus calamidades directamente a la cara de ese ingenuo televidente que malgastaba sus horas gritándole «¡aleluya!» a la caja tonta al ritmo que le marcaba el pastor.

«El reverendo Horace dice ¡protégenos, Señor! El reverendo Horace dice ¡protégenos, Jesucristo! El reverendo Horace dice ¡aleluya!...».

Capítulo IV

—¿Te lleno ese vaso, Jim?

—Déjalo, Bud. Hace diez minutos que estoy de servicio y todavía ando por aquí escuchando tus parloteos.

En el Preston's Club de la calle Oak Hill, el enjuto Bud Preston ofrecía al jefe de policía Copley una última cerveza antes de que éste agarrara su Stratton para calárselo cuidadosamente sobre su amueblada cabeza.

Jim sólo había acudido al club para prestarle a su amigo Bud un par de sus cañas de pescar; era esa una afición que ambos compartían desde hacía ya muchos años. Aunque el temperamento natural de cada uno pudiera resultar muy contrapuesto al de su compañero, cuando estaban juntos actuaban como un todo que se articulaba con extrema sintonía. Si Bud Preston se presentaba como un tipo divertido amante de la vida, la familia y las reuniones sociales, Jim Copley contrataba con un espíritu templado y un talante silencioso; un hombre leal y próximo, aunque independiente. Como colofón, si la suerte hubiera querido que Preston saliera retratado en alguna enciclopedia sobre el título de «escéptico de manual», Copley habría aparecido de seguro en el capítulo de los dogmáticos. Y sin embargo, parecía como si los dos hombres se hubieran hallado predestinados desde siempre a conocerse y terminar forjando una sincera y duradera amistad. Quizás existiera un misterioso propósito divino detrás de esa relación. Copley llegó incluso a reflexionar sobre ese sutil detalle días después de los terribles acontecimientos que en pocas horas les tocaría presenciar.

Bud Preston le había ofrecido una espumosa a su amigo a cambio de las herramientas de pesca. Al final, la manecilla del minuterero había recorrido

más de media esfera antes de que alguno de ellos hiciera cuenta del tiempo que habían invertido en un trueque tan sencillo.

El jefe Copley llevaba desde los dieciocho años vestido de uniforme. Su primer contacto con la disciplina reglada fue en el año 1982, cuando se alistó a la 24^o Unidad Expedicionaria de Marines de los Estados Unidos de América. Copley fue uno de los supervivientes del famoso doble atentado suicida en los cuarteles generales de Beirut, en Libia. Más tarde sería incluso condecorado con una medalla al mérito por su participación en la desarticulación de la célula yihadista de Hezbolá que orquestó la masacre. Durante el año 1985, el joven abandonaba el ejército y se alistaba en el cuerpo de policía del condado de Providence, Rhode Island. Concretamente, como auxiliar en la jefatura de policía de Cranston.

*«En el décimo aniversario del...
...y a diferencia de otros sedales...
...sólo queda añadir el huevo batido y...
...último hit de Jay Z que asciende hasta...
...Porque el día del juicio final está muy cerca. Cristo murió
hace dos mil años para salvarnos de nuestros pecados, ¿y ahora
le damos la espalda?».*

Buddy júnior, medio recostado en una de las sillas del bar y con los pies cruzados encima de una de las mesas, jugueteaba con el mando a distancia de la televisión que se sostenía sobre la vitrina de trofeos de pesca que Bud sénior había ido atesorando desde que tenía catorce años. El chiquillo —un joven de poco más de diez años y carácter introvertido, con la cara de su padre y el denso pelo rizado de su madre— apoyaba descuidadamente sobre su regazo un cómic desplegado por una de las páginas centrales.

—¿Quieres que te ponga mejor un café, Jim? A este también invita la casa.

Copley entrecerró los ojos y miró a Preston padre con actitud inquisitiva. Su rostro severo, ya de por sí endurecido por el tiempo y la experiencia, dibujaba ahora un rictus capaz de intimidar al mismo Diablo.

—Dale... Bud —relajó la tensión de manera burlona. Sólo bromeaba.

—¡Claro que sí, joder! —exclamó—. Va a ser una larga noche, amigo. Fría y larga. Un café bien caliente nunca viene mal, y más si es de regalo, ¿eh?

—Todavía me debes diez pavos del último partido como para que te atrevas a ofrecerme ese café como regalo —respondió Copley con una indiferencia impostada.

—Ojalá tuvieras tanta memoria para recordar las deudas de los demás como para la fecha del cumpleaños de tu mujer...

El orgullo de Copley no estaba preparado esa noche para esquivar la mordaz saeta que Bud Preston le había lanzado con tanta precisión. Jim apenas logró contener con cierto esfuerzo la sonora carcajada.

«Es en el versículo uno del capítulo trece del Apocalipsis donde se lee: “Y yo me paré sobre la arena del mar, y vi una bestia subir del mar, que tenía siete cabezas y diez cuernos; y sobre sus cuernos diez diademas; y sobre las cabezas de ella nombre de blasfemia”. Y no son siete las cabezas, sino más de siete; y no son diez, sino más de diez, y no son cuernos, sino tentáculos y probóscides; y no son diez diademas, sino cien mil ojos; y su nombre es impío, porque su esencia es impía. Yo lo he visto en mis sueños, ¡y me ha hablado! Pero Cristo me protege de su maldad...».

Mientras preparaba el café para el jefe Copley, Bud sénior agitaba la cabeza negando con resignación la charlatanería que el reverendo Horace Cochrane proclamaba desde su propio programa en la cadena de televisión local de North Kingstown.

Desde la triste e irresoluta ola de asesinatos infantiles en el condado de Washington —Rhode Island— que comenzara allá por los años 90, el viejo Cochrane había ido ganando adeptos de una manera gradual. Cada cierto tiempo y en fechas muy concretas, un alma inocente era arrancada de entre los vivos de un modo especialmente despiadado. Varios días después de la desaparición, el cadáver del desafortunado infante era encontrado en un lugar apartado del bosque en un estado de descomposición poco menos que inusual. El cuerpo yacía siempre en el suelo en un estado de grotesca flacidez, sin rastro o evidencia alguna de su esqueleto; como una marioneta abandonada donde la tela y la espuma habrían cedido su puesto a la piel y al músculo, una piel que en todos los casos aparecía salpicada de extraños símbolos trazados con una tinta verdosa cuyo insólito significado aún se desconoce. Y sin embargo, nunca se intuía sobre el cadáver indicio alguno de heridas o incisiones: era como si el hueso se hubiera vaporizado desde el mismo interior del organismo, como si nunca hubiera estado allí.

La conclusión alcanzada por las autoridades en materia de criminalística respecto al modus operandi de los asesinatos resultó bastante decepcionante para el atemorizado pueblo: «Todos los fallecimientos han sido motivados por una parada cardiorrespiratoria de origen inespecífico». La estimación del método usado para el infanticidio acabó en poco más que un compendio de insinuaciones y elucubraciones prodigiosas. Los medios de comunicación, amantes pasionales del sensacionalismo más truculento, comenzaron a denominarlos como «los crímenes satánicos del condado de

Washington», título que terminó de cebar el ya de por sí alimentado horror que sufrían los devotos temerosos de Dios, caldo de cultivo perfecto para los sermones del viejo Horace.

«Porque los cuatro jinetes cabalgarán nuestra tierra cuando nos hayamos olvidado de ellos. Y ese “cuando” ¡es ahora! El sexo, la droga, la corrupción, la música del demonio. Primero fue el Twist, luego el Rock and Roll, después el Heavy Metal, ahora el Reggaeton. ¡Arrepentíos!».

—Maldita sea, hijo. Quita esa bazofia del televisor —Bud padre señalaba con su mano al aparato en un gesto de absoluto desprecio—. No sé qué voy a hacer con este crío, de verdad —musitó.

El jefe Copley sonreía y miraba de soslayo al chico mientras escuchaba el eco de la voz del pastor resonando por todo el establecimiento.

—Siempre leyendo tebeos de muertos y monstruos asquerosos y viendo películas de sangre y tripas, con lo joven que es.

—Están en la edad, Bud —Copley volvía la vista de nuevo al barman.

—¿En la edad? —contestó—. Con diez años yo jugaba a la rayuela y al balón, no leía esas monstruosidades ni disfrutaba viendo esas cosas en la tele.

—Eran otros tiempos —añadió con una sonrisa dibujada sobre un lienzo de nostalgia.

—Luego, cuando pasan las cosas que pasan nos llevamos las manos a la cabeza... Podía aprender algo de sus hermanas, que son como dos soles de verano —replicaba el padre con resignación—. En cambio él... Este niño es como la luna de la Noche de Walpurgis —concluyó.

—Sí... Lo que tú digas, Bud. Pero se te cae la baba con él. Eso no puedes negarlo —Jim miraba al barman con ojos escrutadores. Preston le

devolvía una sonrisa de complicidad.

Bud sénior sentía predilección por el pequeño Buddy. A pesar de los peculiares gustos literarios y televisivos de la criatura, el joven era encantador. Educado, disciplinado y trabajador. Preston júnior resultaba un rara avis entre los jóvenes de su edad.

—Pon el canal de deportes, muchacho.

«No ha sido hoy, pero puede ser mañana...

... seis tantos a principio de temporada y un home run».

Buddy sintonizó un programa sobre las Grandes Ligas de Béisbol desde 1996. Dejó el mando a distancia sobre la mesa y retomó la lectura del cómic por donde la había dejado.

—Pónmelo para llevar, Bud. Me marcho ya.

Dos meses escasos después de enrolarse en la policía de Providence, James Copley conocería en Cranston a la que más tarde se convertiría en su esposa, Tracy. A los diez años de ejercicio de auxiliar —sobre finales del 95—, Copley se hizo con el puesto de jefe de policía de la ciudad, ya que su superior, el viejo Dickens, se acababa de jubilar. Por ese entonces, Tracy ya había dejado de trabajar para dedicarse de pleno al cuidado de sus dos hijos.

Copley se despedía en ese momento de los Preston con un ligero toque sobre la visera de su Stratton, ya firmemente calado en su cabeza.

—Buen servicio, Jim.

—Gracias, amigo. Y cierra ya este garito, no creo que hoy lunes venga nadie más a estas horas.

El pequeño Buddy Preston se quitó su gorra negra y la levantó teatralmente en un gesto de despedida sin apartar ni un momento la mirada

de su cómic. La gorra llevaba impreso en grandes letras cursivas el título OBEY, tan de moda entre la juventud por aquellas fechas. A juzgar por los textos que gustaba leer y por los programas de televisión que disfrutaba, resultaba lógico aventurarse a pensar que, a pesar de su corta edad, el muchacho debía de ser de los pocos que conocerían el verdadero origen de ese manido logotipo, distintivo por antonomasia del film de culto de Carpenter.

El jefe montó en su Ford Crown Victoria de franjas blancas sobre un verde militar con el distintivo del departamento de policía de North Kingstown. «¿Qué me preparas para esta noche, Allenton?», pensaba mientras giraba la llave de contacto. El monstruo mecánico comenzaba a rugir.

Allenton es la clásica localidad tranquila de la Costa Este de Estados Unidos. Dependiente administrativamente de North Kingstown, su población alcanza con esfuerzo los mil habitantes. Todos los vecinos se conocen en las ciudades pequeñas, por lo que los rumores vuelan a sus anchas alimentados por la polémica de sus contenidos.

Esa noche, Allenton le preparaba al jefe Copley una experiencia que jamás lograría olvidar.



—Gildy, empiezo la ronda. Cojo Tower Hill Rd. para dar vuelta larga, ¿me copias?—Copley soltaba el pulgar del pulsador del intercomunicador conectado al salpicadero de su coche patrulla. El chasquido carrasposo del interruptor de la emisora marcaba el punto y seguido de cada locución.

Esa noche, la operadora de guardia en la oficina de policía era Gilda

Lance.

—*Le copio, jefe.*

—¿Novedades?

—*Sin novedad en el frente, mi capitán.*

—Qué preguntas... —farfulló.

Una tímida risilla de complicidad se filtró a través del intercomunicador. Gildy leía el último volumen de su autor favorito mientras terminaba la salva con el jefe Copley.

«Son exactamente las veintidós punto cero cero, amigo en las ondas. Escuchamos a Kenny Rogers en su clásico Coward of the county. Esto es Sombrero y Espuela, en la vieja KBBM, su emisora de country favorita».

Allá por el 2010, Tracy Copley convenció a su marido para que abandonaran Cranston con el fin de establecerse en un lugar más sosegado. Jim ya no era un chaval, y aunque tenía una fantástica forma física —más propia de un joven de veinticinco años que de un hombre de cuarenta y seis—, en el fondo él también consideraba que había llegado el tiempo de tomarse las cosas con más calma. Además, ambos tenían la ilusión de vivir en una casita unifamiliar en lugar de en un modesto piso de alquiler. Querían disfrutarlo antes de que sus hijos se marcharan a la universidad, cosa que ocurriría entre dos y tres años después. En el 2011, los Copley ya estaban asentados en Allenton, North Kingstown, Rhode Island, y Jim sénior ya era jefe de policía de la localidad.

—*¿Habló con el reverendo, jefe?* —la radio volvía a zumbiar.

—No, Gildy. No lo hice esta vez. Estoy un poco cansado de ese viejo chiflado. Hace escasos cinco minutos que lo estaba escuchando a través de

ese programa que tiene en la televisión.

—*Entiendo. Pues Torres me ha dicho que esta tarde volvió a llamar a la oficina* —el chasquido del interruptor silenciaba de nuevo la locución.

El jefe Copley lanzó un suspiro antes de pulsar de nuevo el intercomunicador.

—Y qué quería ahora ese viejo charlatán —espetó.

—*Preguntaba otra vez si habíamos conseguido alguna pista sobre lo suyo.*

—¿Lo del robo de la colecta solidaria?

—*Exacto.*

—Qué anciano tan testarudo... —Copley apretó un par de veces la mandíbula—. ¿Sabes qué es lo que creo?

—*Usted dirá.*

—Que le molestó más el papel con el mensaje «Farsante» que le dejaron en el cajón que el hecho de que le quitaran unos míseros veinticinco dólares.

—*Quien se pica...*

Ambos rieron detrás de los intercomunicadores. En la KBBM ponían en ese instante Amos Moses, de Jerry Reed. Copley retorció la ruedecilla del volumen tamborileando sus dedos sobre el volante al ritmo de la acústica de Reed.



Capítulo V

A Broxton le tocó el martes madrugar de nuevo. Había olvidado comprar café a la salida de la oficina el día anterior —fue un día duro y desmotivador, como lo venían siendo todos desde hacía años: mucho trabajo, poco dinero y aún menos reconocimiento—, así que se conformó con la ridícula cantidad de cafeína que contuviera el par de tragos que quedaban de refresco de cola —ya sin gas— de una botella de dos litros que guardaba en el refrigerador. Tendría que salir unos minutos antes de lo habitual para pasarse por Tony's y pedir un café para llevar.

La sociedad acusa al lunes de ser el mayor instigador de la pereza y la procrastinación de toda la semana. Para Jerry, el lunes sólo era el anticipo del fatigoso yugo del martes.

—Días...

—¿No son buenos, Broxton? —Tony respondía con su amplia sonrisa tras la barra al tiempo que depositaba una cucharilla en cada uno de los platillos de café de la hilera que había preparado a lo largo de todo el mostrador.

—No lo son, Anthony —respondía Jerry con los ojos todavía hinchados por el violento sobresalto tras la estridencia del despertador—. Creo que necesito un par de horas más de sueño. Quizás diez.

Tony soltaba una sincera carcajada.

—¿Cómo andas tan temprano por aquí?

—Me quedé sin café.

—Pues a mí me sobra —añadía en su clásico tono distendido. Tony es

esa clase de persona que te gusta tener al lado cuando las cosas se ponen turbias. Un tipo tan positivo que parece que nunca haya tenido problemas, y es que te hace pensar que, a lo mejor, por ser siempre tan positivo, la desdicha nunca ha osado cruzarse en su camino, y si lo hizo, Tony la atravesó como si estuviera fabricada de humo.

—Pues entonces, deja un puñado en ese vaso y pónmelo para llevar, no seas tacaño —espetó Broxton.

—Pero sólo porque eres tú, ¿eh?

Tony cogía un vaso de cartón plastificado y lo llenaba de leche y café hasta el colmo.

—¿Has escuchado o leído alguna vez la palabra «yghaygha»? —añadió Jerry.

—¿Y qué...?

—«Ghaygha».

El barman soltó sobre el mostrador la jarra de leche hirviendo que mantenía asida con su mano enrollada en un trapo de cocina, y se agarró su recio mentón de italoamericano adoptando una postura reflexiva del todo sobreactuada.

—¡*Ahhh!* Claro —señaló al techo con su dedo en un gesto de iluminación—. Por supuesto que... No. Ni idea—. Cogió de nuevo la jarra para terminar de llenar el vaso y lo cerró con una tapadera de plástico de usar y tirar, como si no hubiera pasado nada. La mano de Broxton se fue hacia su propio rostro simulando resignación, aunque había logrado arrancarle una sonrisa.

—No, en serio. No lo he oído en mi vida.

—Ayer vinieron un par de tipos trajeados a mi casa a las ocho y media de la mañana, pero no les abrí...

—¿Estabas en casa a esa hora? —interrumpió.

—Ayer entré más tarde a trabajar.

—Ah, perdona. Continúa.

—Al no responder, parece ser que fueron directamente a la oficina a buscarme. Como aún no había llegado, le dejaron una tarjeta a la recepcionista.

—¿A Ricitos de Oro? —respondió jocosamente.

—Sí... —dijo Broxton, ligeramente avergonzado.

—¿La puedo ver?

El muchacho se rebuscó en el bolsillo de la camisa y le mostró la tarjeta de cartón mientras la asía entre sus dedos con indiferencia, como el que agarra un cigarrillo a punto de consumirse.

—Pues no tengo la más remota idea —Tony dibujaba en su rostro una expresiva mueca de incompreensión—. Parece un nombre sacado de una peli japonesa de esas de monstruos gigantes que destruyen ciudades. ¡Godzilla contra Jigaga! —el barman dibujaba con las palmas de sus manos un amplio rectángulo en el aire con la intención de imitar un cartel de cine luminoso.

—«Yghaygha».

—Exacto, tal y como he dicho...

—Claro, claro —había conseguido animarle lo poco que Broxton llevaba de insípida mañana, había que reconocerlo.

—¿Has probado a buscar algo por Internet?

—Lo cierto es que no —concluyó. —Ayer tuve una jornada en la oficina bastante estresante y llegué a mi casa destrozado. Comí, me aseeé, vi un poco de ese programa de misterios que echan por la noche y me acosté poco después.

—Pues ya tienes trabajo, amigo—. Tony respondía mientras limpiaba con la bayeta unas gotas de leche que se habían derramado sobre la barra. Le alargó el vaso cerrado casi hasta la altura de los ojos.

—Me debes un pavo con cincuenta.

—Creo que te debo más, pero haré como que no lo recuerdo.

—Y yo haré como que no me he enterado de tus pensamientos en voz alta.

Ambos acabaron riendo mientras que dos mujeres entraban por la puerta del local embolsadas en largos abrigos de pelo sintético y con tupidas bufandas enroscadas sobre sus cuellos.

—Nos vemos, Tony.

—*Ciao.*

La mañana se había vuelto todavía más fría que cuando Broxton abandonó su casa a primera hora de la mañana. Aún amanecía.



Lo primero que hizo al llegar a la oficina fue *googlear* el contenido de la tarjeta de visita. Bueno, lo cierto es que lo primero que hizo fue lanzarle un guiño a Cathy como contrapunto a su «buenos días». La chica respondió con una tímida sonrisa en sus labios y un gesto de extrañeza en sus ojos... Los que no valen para ir de conquistadores, no deben ir de conquistadores.

«La búsqueda de YGHAYGHA no obtuvo ningún resultado».

YGAYGA. Enter.

«La búsqueda de YGAYGA no obtuvo ningún resultado».

Jerry probó también con el número de teléfono.

Google devolvió un solo enlace a una página de códigos postales de

Portugal. Nada que pudiera interesarle. Repitió entonces con otros tantos buscadores con idéntico resultado.

—Oye, Mark —espetó a su compañero de *caja*.

—Qué hay.

—¿Te suena la palabra «yghaygha»?

—¿Cómo?

Su respuesta resultó la esperada. Broxton se levantó un poco de la silla para alargarle la tarjeta de visita por encima de la pared separadora. Mark, en pie, le miraba apoyado con sus brazos sobre el filo del panel.

—Vaya —arqueaba las cejas—. ¿Lo has *googleado*?

—Sí, pero no encuentro nada.

—¿Nada de nada? —respondía con extrañeza.

—Prueba tú.

—No, no. Te creo —espetó—. Pues no tengo ni idea. ¿Y esto de qué es? —preguntó Mark mientras alzaba la tarjeta en el aire buscando una lámpara para ponerla a contraluz.

—Es la tarjeta de visita que le dejaron a Cathy los tipos que vinieron ayer preguntando por mí.

Mark asintió, pensativo.

—¿Sabes? —continuó Broxton—. Ayer por la mañana, sobre las ocho y media, dos hombres elegantes tocaron al telefonillo de mi casa.

—¿Mormones?

—No creo. No les abrí, así que se marcharon.

Mark martilleaba con su dedo índice la tarjeta dibujando con su ceño sobre su frente un gesto de análisis.

—No sé —añadió Jerry tras una breve pausa—, tengo la corazonada de que sí, de que son los mismos tipos de la tarjeta.

—¿Y qué querrán?

Broxton le respondió alzando los hombros. Mark le devolvió la cartulina y la guardó de nuevo en el bolsillo delantero de su camisa.

—Pues vaya —suspiró Mark mientras su cabeza desaparecía detrás de la lámina de madera, de vuelta a su puesto.

—¡Cuéntame si te enteras de algo! —exclamó desde sus dominios.

—Ni lo dudes —el sonido de su voz llegaba apagado y disimulado entre el rumor eléctrico del aparataje de la oficina y las conversaciones telefónicas del resto de compañeros.

Después de un par de minutos de silenciosa reflexión, Broxton reparó en que no le había preguntado a Cathy por el aspecto de los individuos, por lo que echó un vistazo a la pegatina de extensiones que tenía pegada en el panel izquierdo de la caja, y telefoneó a recepción.

—Buenos días. Thorgeson Asesores. ¿En qué puedo ayudarle? —La voz de Ricitos de Oro resonaba a través del auricular.

—Hola, Cathy, soy Broxton... Jerry.

—Ah, ho-hola —al joven le pareció que la chica respondía ligeramente intimidada.

«No volveré a lanzarle un guiño: lo prometo».

—Perdona, quería hacerte una pregunta.

—Di-dime —ahora sí que sonaba intimidada.

—Es sobre los hombres que ayer vinieron a buscarme.

—*Ahhh...* Sí, tú dirás —el contenido de la pregunta pareció relajarla.

—Me comentaste que venían bien vestidos. ¿Podrías detallarme un poco más?

—*Ehhh...* —dudó—, a ver que haga memoria —hubo una larga pausa—. Ten en cuenta que, sentada desde atrás del mostrador, sólo pude verles desde los hombros hasta la cabeza —de nuevo hubo un silencio—. Y es mucha la gente que pasa por aquí todos los días.

—¿Podrías, al menos, decirme si alguno de ellos llevaba una cartera o bandolera colgada?

—Sí —respondió de inmediato—, eso seguro. Lo recuerdo porque le provocaba un dobladillo muy feo en la tela sobre la hombrera de la chaqueta. Además, el que parecía portavoz de la pareja era muy bajito. Incluso tenía que empinarse para hablar conmigo.

—Gracias, Cathy, con eso tengo suficiente.

—No hay de qué, tesoro —hubo un largo silencio; quizás se había arrepentido de llamarle así, aunque era cierto que le salió de manera natural.

—Una cosa más.

—Dime.

—¿Le pudiste echar un vistazo a la tarjeta?

—Sí. Tenía un nombre muy raro.

—No te suena de nada ese nombre, ¿verdad?

—En absoluto —respondió.

—De acuerdo —«cielo»—. No te preocupes, gracias de nuevo.

—No hay problema. *Adioos...* —la hermosa recepcionista terminó cantando la despedida con su genuina actitud desenfadada.

Ya no había lugar para las dudas: los tipos que le buscaron en su casa la mañana anterior eran los mismos que esperaron encontrarle en la oficina.

Capítulo VI

La claridad de la luna volvía a acariciar de nuevo el rostro de Broxton al salir del establecimiento; le resultaba del todo reconfortante. Desde que emergió de aquel zulo en mitad de ningún sitio, había algo en la noche que le complacía sobremanera.

Los animales aún mantenían ese profundo silencio que iniciaron cuando el muchacho apareció en escena por primera vez.

Antes de atravesar el pequeño estacionamiento con la intención de dirigirse hacia la carretera, Broxton dobló un instante la esquina a su izquierda para echar un último vistazo al hombretón que había querido darle la bienvenida a las malas. Allí permanecía, inerte, agarrando su mano derecha destrozada, con un rictus de terror indescriptible dibujado en su cara paralizada.

Había muerto, y Jerry no necesitaba siquiera acercarse para tomarle el pulso. Simplemente lo sabía. Y, sin embargo, no le produjo ningún pesar. Los conceptos de la vida y de la muerte se desdibujan en la mente tras regresar de allí; ambos estados quedan disueltos en una suerte de continuum prodigioso que fluye a través del tiempo, bien en un sentido, bien en el otro.

El joven debía abandonar inmediatamente aquel lugar si no quería meterse en más problemas de los que ya tenía.

Esa fue la primera vez que Broxton lapidaba el destino de una persona, aunque lo que más le preocupaba en ese instante no resultaba la pérdida de una vida humana, sino el reparar en que lo había disfrutado. Sintió un enorme alivio, como un extraño ardor que brotaba desde el subsuelo. Incluso el hambre acuciante le había concedido un descanso tras contemplar

aquel hombre yaciendo en el suelo en esa postura tan ilustrativa del pavor más primitivo, tieso como la cecina. Fue cuando empezó a reflexionar que, quizás, esa hambre atroz que lo dominaba no se saciaba con insignificantes alimentos terrenales, sino con deliciosos sorbos del último de los hálitos.

Extrañas imágenes comenzaron entonces a tomar forma en su mente confundida, brotando como tallos negros desde lo más profundo de su subconsciente. Instantáneas desenfocadas de dolor y de oscuridad, nutridas por un clamor indefinible que le hablaba a su corazón en un lenguaje prohibida a la naturaleza viviente, y que retumbaba entre sus huesos con cada sílaba pronunciada.

Poco había recorrido Broxton del camino hacia la carretera antes de que una inesperada punzada penetrara con fuerza en su cerebro, desde atrás; una nueva y extraña sensación que le asaltaba. El joven se vio obligado a detenerse y echar un vistazo hacia sus espaldas. Sobre el largo y llamativo cartel de «ALLENTON HOPE: REFUGIO DE ANIMALES» que coronaba la casa, una hilera de cuervos —no menos de veinte— se repartía ahora a lo largo del marco metálico que lo sostenía. Sentía sus pequeños y oscuros ojos mirándole desde la penumbra, aunque lo cierto es que sólo alcanzaba a percibir sus siluetas.

Algunos graznaron durante unos instantes. Otros agitaban convulsivamente sus alas tratando de recuperar el equilibrio mientras que unos muchos llegaban desde diferentes puntos del bosque insondable para reunirse con sus hermanos. Varios levantaron el vuelo y buscaron un lugar más despejado de la fila donde poder posarse con mayor comodidad.

Los cuervos le hablaban. Todos le hablaban. No podía oírlos, pero sí los escuchaba; los escuchaba dentro de sí, muy adentro. Los animales picoteaban sobre su mente con un incesante martilleo que se materializaba en su cerebro como versos nebulosos dictados en una jerga ignota,

verbalizados por una voz cuyo tono quedaba mucho más abajo del más grave de los más graves.

Broxton alcanzó el final del camino de tierra y quedó parado frente a la carretera comarcal que cruzaba su vista de un extremo a otro. En ese instante, una algarabía de graznidos, aleteos y gorgoteos comenzó a crecer a sus espaldas obligándole de nuevo a torcer el cuello. Todos los pájaros habían levantado el vuelo al unísono y se dispersaban en todas direcciones a través del oscuro cielo nocturno, como un montón de moscas espantadas de un puñado de azúcar.

Un cartel indicador con dos direcciones se levantaba al otro lado de la calzada: hacia la izquierda, ANNAQUATUCKET; hacia la derecha, ALLENTON.

Broxton desconocía cuál de los destinos sería el más apropiado. Tampoco sabía la distancia a la que se encontraba de cada uno de ellos, así que echó un rápido vistazo en ambas direcciones, y fue que del lado de Allenton alcanzó a atisbar un pálido resplandor sobre los árboles de ese profundo bosque bañado por la luz de la luna llena. El destello no parecía brotar de muy lejos, por lo que optó por aventurarse hacia allí.

Y de nuevo: el hambre.

Sólo el que ha tenido la fortuna de penetrar en la arboleda después del último hálito del sol puede hacerse una idea del poder sugestivo del susurro de los bosques. Aunque el muchacho caminaba por el borde de la calzada bajo el influjo de la luna protectora, todavía lograba escuchar cómo los árboles compartían entre ellos sus secretos a través de susurros articulados por una ligera brisa invernal. El sonido de la dura suela de los zapatos sobre el asfalto marcaba la marcha de ese ejército de un solo hombre.

De un solo hombre..., y de los cuervos.

Habría recorrido ya más de un cuarto de milla a pie cuando frente a él se

abrió un amplio claro en la arboleda que se adivinaba dividido en dos extensas mitades por la carretera de Allenton hacia Annaquatucket. El árido terreno parecía ser una espaciosa extensión natural atravesada de manera oblicua por la vía de un cortafuegos forestal.

Todavía necesitaría un par de minutos de marcha hasta alcanzar la mitad del claro cuando un sordo pero constante aleteo comenzó a amartillar sus oídos. Una bandada de cuervos pasaba por encima suya volando a tan baja altura, que Broxton hizo por proteger su cabeza y agacharse como un acto reflejo. De nuevo, esa poesía maldita que se instalaba en lo más profundo de su cerebro en forma de desquiciantes delirios: los pájaros volvían a susurrarle sus nefastos advenimientos.

Como relámpagos, los puntos negros se fundieron con el cielo de la noche antes de que pudiera reparar en la dirección que seguían. Al fondo, la arboleda sobre la carretera comenzaba a iluminarse de una manera armónica y festiva, brotando como un tímido pero creciente resplandor multicolor: ora azul, ora rojo, ora azul, ora rojo...

«Escóndete».

El mandato, expelido por la misma voz infraterrena que dirigía la orquesta de cuervos, fluía sobre su corazón sin conocer siquiera su procedencia.

Corría hacia adelante lo más rápido que sus escurridizos zapatos le permitían. Es cierto que se aproximaba hacia la hipnótica fuente de luz que bullía a través de los árboles, aunque también era verdad que había menos distancia hacia la espesura en esa dirección que tratando de deshacer sus pasos.

Probó suerte.

Sin esperarlo, el eco de un agudo rechinar de caucho sobre la calzada lo asaltó desde la lejanía cabalgando sobre la ligera corriente que acababa de

levantarse.

¡iiiihhhhjjjj!

A causa de la fuerte frenada, la intensidad de la luz parecía haber dejado de aumentar, así que Broxton aprovechó para apretar aún más el paso.

Al poco, el baile policromático recobraba de súbito su brío. El interior del bosque refulgía dibujando sombras de colores que se alargaban y retorcían, se alargaban y retorcían, marcando el compás de una danza creada para los dementes. A lo lejos, Broxton empezaba a reconocer el rugido apagado del motor de un vehículo que se aproximaba con rapidez. Así que, sin pensárselo dos veces, se arrojó de cabeza en mitad de un espeso soto de arbustos.

Un Ford Crown Victoria de la policía atravesaba a toda velocidad la calzada en dirección hacia Annaquatucket, con sus luces de colores girando desbocadas, aunque con las sirenas silenciadas.

«Pero, ¿cómo decides esconderte de la policía?», pensó. «¿No sería más sensato pararte en mitad de la calzada y hacer aspavientos con tus brazos para obligar al agente a detenerse, y así poder relatarle toda la historia?». Pero el joven ya cargaba un cadáver sobre sus espaldas. En ese momento no pensaba en otra cosa distinta de caminar hasta donde esa carretera quisiera llevarle. Lo que sí tenía claro es que no pensaba rendir cuentas a la policía por haber mandado al otro barrio a un tipo que le había vaciado dos cartuchos de escopeta en el pecho a menos de diez pasos, y lo único que había conseguido era destrozar su formal indumentaria.

Broxton salió de la espesura y continuó la carretera hacia el blanco resplandor que flotaba sobre la arboleda. Su intensidad había aumentado desde la primera vez que lo percibió, allá en el cruce con el refugio de animales.

Y de nuevo, esa misma sensación punzante en la nuca que trepaba con

indolencia hasta su cerebro. La misma que padeció cuando aquellas sombras aladas se alinearon sobre el cartel en las alturas mientras le escrutaban con sus pares de rubíes del infierno. Giró la vista a su derecha, nervioso, sin dejar de caminar; levantó la mirada a la negrura de las copas de los árboles en un agitado intento por localizar el origen de esa percepción sobrenatural.

Ahí arriba no.

Allá por encima, tampoco.

Apuntó entonces hacia el lado opuesto de la calzada, hacia el suelo, y allí los halló. Una miríada de gemas carmesí salpicaba el abismo que se extendía a los pies de la arboleda. Guardaban silencio, como lo hicieron al principio sus parientes los cuervos, sólo que esta vez, aunque el joven no alcanzara a reconocer ni siquiera unas siluetas difusas sobre el homogéneo follaje, sí lograba intuir unas blancas orejas redondeadas, el oscuro antifaz, el aguzado hocico y los dientes y garras afilados de los mapaches.

Mapaches... Con el rostro de un cachorrito, el estómago de una rata, el corazón de un lobo y los colmillos ponzoñosos de una serpiente.

La punzada amainaba conforme Broxton se alejaba de ese tropel de fieras en miniatura al tiempo que sus rubíes espectrales desaparecían disueltos entre la frondosidad. El resplandor sobre las copas terminaba por dejar a la vista su luminosa fuente:

COLEMAN & COLE - ESTACIÓN DE SERVICIO

El amplio cartel de neones azulados de la gasolinera se sostenía a duras penas sobre el descuidado techo de la estación. La ese de «SERVICIO» parpadeaba de manera violenta sacudida por unos erráticos chasquidos eléctricos. La techumbre sería capaz de resguardar de las inclemencias del

tiempo a no más de cuatro vehículos utilitarios. Dos solitarios surtidores, con sus marcos visiblemente oxidados, aguardaban en silencio al siguiente cliente sobre el que derramar su simiente. Al fondo, un recinto cerrado daba cobijo al encargado por esa noche de la gasolinera, el chico de los Tucson: un jovenzuelo afroamericano de *diecimuchos* o *veintipocos*, que mascaba chicle compulsivamente mientras escuchaba en sus auriculares sobredimensionados el último hit comercial prefabricado para los muchachos de su edad.

Junto a las revistas de motor y las pornográficas, dentro del local se repartían los aperitivos y salados para picar, los sándwiches plastificados, las latas de refresco al precio de un riñón y los paquetes de tabaco nacional, extranjero y de contrabando. La puerta se adivinaba cerrada por dentro: el mozo atendía desde el lado de atrás de una ventana de corredera protegida por un sólido enrejado con un agujero del tamaño justo para que pasaran un par de bocadillos apilados. Los aledaños de la estación se hallaban pobremente iluminados por un par de farolas de cuatro lámparas, de las que, a duras penas, sólo funcionaba una de las bombillas. Las polillas se arremolinaban sobre los focos anaranjados siguiendo un ciclo de idas y venidas sin sentido ni final.

«Qué hambre, por el amor de Dios». De nuevo.

Broxton se acercó entonces al local. ¿Habría allí algo medianamente decente que llevarse a la boca? No tenía dinero en sus bolsillos, aunque sí reparó en que de su muñeca izquierda pendía un reloj que no daba la hora, pero que parecía de muy buena calidad. El jovenzuelo no debería de poner trabas en hacer trueque por tres o cuatro sándwiches y un par de refrescos. Puede que incluso saliera ganando.

Justo cuando iba a poner un pie en el asfalto de la entrada a la zona de estacionamiento, la calzada quedó en un instante inundada por un haz de luz

blanca que crecía de manera arrolladora; el sonido de un vehículo que se aproximaba aterrizó sobre los oídos de Broxton. De manera refleja se apartó hacia su derecha y se sumergió de nuevo en el amparo de la espesura.

Un Cadillac Seville verde oscuro frenó casi en seco y pegó un volantazo a su derecha con la dudosa intención de acceder a la estación de servicio. Todavía daría un par de atropellados bandazos antes de terminar a escasas pulgadas de unos de los dos surtidores. Jerry se llevó instintivamente las manos a la cabeza: daba por hecho que se estrellaría de lleno contra el aparataje.

Sin apagar siquiera el motor, un hombre de mediana edad se apeaba del vehículo dando todavía algún que otro traspiés. Echó las manos a la puerta durante unos momentos tratando de retomar la compostura, y como pudo se dirigió hacia el local en busca del encargado, renqueando de un lado para otro como si resultara incapaz de mantenerse erguido ni por un par de segundos. Del escape del Cadillac al ralentí brotaba un humo azulado que flotaba hacia el techo rizándose en contacto con el frío de la atmósfera, trazando en el aire formas irreales de geometrías hipnóticas.

—Pe... *Hic*... perdona, ami... Amigo, *hic* —el tipo estaba reventado.

El joven Tucson ojeaba el último número de una revista para adultos con una hermosa modelo semidesnuda en su portada mientras seguía con sus pies el ritmo frenético de la música del demonio que retumbaba entre sus oídos.

—O... Oye... Chico... *Hic*.

El borracho golpeó dos veces con fuerza el enrejado con las palmas de sus manos.

¡Ponk! ¡Ponk!

El muchacho reaccionó separando de sus oídos uno de los auriculares al

tiempo que miraba al interfecto con un rostro en el que torpemente se mezclaban la molestia y la servicialidad.

—Ponme ve..., ponme ve... *Hic*. Ponme veinte... Veinte pavos, de la buena. *Hic*. Mi caballo también... *Hic*, también se merece celebrarlo... *Hic*, celebrarlo como lo ha hecho su *hic*..., su jinete.

El mozo hizo con sus dedos un gesto evidente de «primero la pasta, luego la *gasofa*».

—Está bi..., está bien... *Hic*, chico. Aquí... *Hic*, aquí los tienes.

Todavía necesitaría un rato para localizar su cartera en el bolsillo trasero del pantalón, sacarla, agarrar los veinte dólares y atinar a introducirlos por el espacio oportuno de la verja. Tras contarlos, el joven se adelantó y pulsó un par de botones de un cuadro de control que tenía sobre el mostrador. El tintineo de la campanita del surtidor número uno señaló el visto bueno al repostaje.

El tipo desanduvo sus pasos zigzagueando como los dientes de la hoja de un serrucho. El trecho hasta el vehículo se hizo largo tanto para él como para Broxton.

El hombre balbuceaba para sí, riéndose de sus propios chascarrillos. Necesitó no menos de medio minuto para descifrar cuál era la manguera de la que manaría gasolina de «la buena»; la agarró por el mango, y tanteando como un azogado luchando por encajar una llave en la cerradura de una puerta, finalmente logró introducir el artilugio en la boca del depósito. El murmullo mecánico de la bomba del surtidor resonaba por el bosque junto al tintineo de la campanita del caudalímetro.

El tipo parecía que iba a quedarse dormido de pie, con una mano sujetando la manguera y la otra apoyada sobre el maletero del vehículo.

«¿En serio permiten conducir a una persona en ese estado de embriaguez?», pensó Broxton.

Espoleado por un sentido natural de la responsabilidad, el joven abandonó la clandestinidad y se acercó con premura hasta el vehículo con la sana intención de persuadir al hombre de que no condujera más y optara por la seguridad de un taxi. Incluso podría ofrecerse para hacer de conductor, si resultara necesario. Así mataría dos pájaros de un tiro.

Clic-clinc-clinc-clinc...

El surtidor seguía insuflando su néctar mientras Broxton se aproximaba.

—Buenas noches —dijo.

—Cristo Jesús...

Sus ojos enrojecidos de borracho se abrieron y brillaron como dos hogueras. La tez del hombre empalideció de manera instantánea y su rostro quedó bañado por gruesas perlas de sudor que bullían con rapidez a través de los poros de su piel.

—Que Dios nos asista... —masculló.

La embriaguez había remitido en menos de un par de segundos.

—¡Espere!

El hombre alcanzó a dar tres o cuatro pasos hacia atrás antes de caer sobre el lateral del vehículo. Haciendo uso de una agilidad impropia de su nivel ético y bosquejando un insoportable rictus de espanto sobre su rostro, el tipo hizo una cabriola sobre el capó del coche que lo dejó del lado del conductor. Se introdujo a toda velocidad, y, sin siquiera esperarse a cerrar la puerta, pisó el acelerador a fondo.

Las ruedas rechinaron varios segundos sobre el asfalto antes de lograr adherencia: la hedionda humareda grisácea obligó a Broxton a retroceder unos pocos pasos. El Cadillac salía disparado hacia la carretera dando bandazos, arrancando de un tirón la manguera del combustible que aún se encontraba relleno del depósito y que ahora pendía del costado del vehículo como el rabo de una rata de dos toneladas.

Glup–glup–glup–glup...

Jerry se llevó las manos a la cabeza mientras el surtidor derramaba por el suelo los diez dólares y medio de gasolina que aún quedaban por repostar. Un riachuelo de fuel fluía lentamente desde la máquina hacia la carretera.

De nuevo, el hambre.

De nuevo, la punzada en la nuca.

Broxton miraba en todas direcciones buscando esos rubíes infernales que flotaban en el vacío. No los halló esta vez.

El mozo permanecía en la garita al margen de todo: ojeaba su revista con la música resonando dentro de su fresco cráneo.

Glup–glup–glup...

Clonc. Ploc.

El combustible dejó de brotar de la manguera después de un sordo y seco chasquido.

Broxton corrió agitado hasta la ventana: de algún modo se sentía indignado ante la actitud tan irresponsable del muchacho. Lo cierto era que, en realidad, más que indignación por el joven, estaba decepcionado de sí mismo: imaginaba que el sueldo que cobraría el chaval no debía distar demasiado del que fue su salario en Thorgeson, aunque, a diferencia del trabajo de Broxton, el del chico tan sólo requería de un culo que poder aposentar en una silla y un dedo capaz de pulsar un par de botones.

De todos modos, eso ya daba igual.

El sonido vibrante de los fluorescentes parecía haberse intensificado tras el fúnebre silencio que quedó después del cierre de la bomba del surtidor.

Broxton golpeó con los nudillos dos veces el cristal tras el enrejado. No hubo respuesta. El chico de los Tucson mantenía su insolente indiferencia

ante el mundo que le rodeaba. Jerry arremetió de nuevo contra el cristal, esta vez con más fuerza. De nuevo, nada.

Plonk-plonk-plonk.

Repitió el ejercicio del borracho golpeando esta vez las rejas con ambas manos, cuestión que sí pareció surtir efecto, pues el chaval se tomó la molestia de levantar la mirada. Broxton agitaba un dedo de su mano derecha junto a su oreja en una clara invitación al joven a que apartara por un momento los auriculares de los oídos.

En menos de lo que dura un chasquido, un espasmo asaltó las piernas del mozo y su cuerpo salió catapultado hacia atrás, cayendo sin remedio de espaldas tras partirse el respaldo de su vieja silla de oficina. Sus extremidades giraban en el aire como látigos de carne tirando al suelo la mayoría de objetos que se hallaban depositados sobre el mostrador. Los auriculares se partieron por el tirón del cable y el pesado teléfono móvil al que estaban conectados salió disparado contra la vitrina refrigerada donde se guardaban los refrescos; el cristal se cascó dibujando en un instante un bello mosaico de raíces electrificadas.

«Esto está empezando a irritarme». Pensó. —¡Pero qué os pasa a todos en este maldito lugar!

El chico había quedado tirado en el suelo, petrificado, con sus ojos negros clavados sobre los de Broxton. El sudor brotaba de su oscura frente a borbotones.

Jerry abandonó la ventana y se dirigió hacia la puerta del local. Estaba cerrada. Sacudió con fuerza el tirador, pero estaba asegurada con un pestillo desde dentro. El chico no apartaba la mirada de su rostro en ningún momento, aterrorizado, con la boca a medio cerrar y un hilo de saliva escapando por una de las comisuras de sus gruesos labios.

Regresó de nuevo a la ventana y golpeó la cristalera con la palma de la

mano.

—¡Abre!, joder. Tengo hambre.

El joven no respondía, sólo le miraba. Broxton dudaba incluso de que estuviera respirando.

—¡Mira! —se quitó el reloj de la muñeca y lo sacudió frente al cristal—. Es bueno, creo que es de oro. Quédatelo y dame un par de bocadillos y unos refrescos.

El rostro del muchacho demudó en un gesto de confusión absoluta.

—¿Pero es que no hablas mi idioma, chico?

Introdujo el reloj en uno de los bolsillos de la chaqueta y se alejó unos instantes de la ventana, indignado por completo. Tenía que reflexionar sobre la insólita vivencia que le estaba tocando padecer.

Como un relámpago regresó al ventanal en tono inquisitivo, apuntando severamente al mozo con el dedo.

—¡Escúchame bien, si no me abr...!

Clac.

El sonido de un pestillo.

Broxton miró hacia la puerta a través de la ventana enrejada: no lograba creer lo que estaba ocurriendo. Estaba seguro de lo que veían sus ojos, pero no podía creerlo. Un mapache huía desde el interior escalando con extrema agilidad la estantería de las revistas del corazón hacia una de las repisas; desde ahí saltó sin esfuerzo hacia otro anaquel y alcanzó la esquina opuesta de la pared con el techo. En un suspiro desapareció a través del respiradero roto de un conducto de ventilación.

Una insidiosa sonrisa comenzaba entonces a dibujarse en el rostro del desconcertado visitante: no sabía lo que estaba sucediendo, pero nadie podría negar en ese instante que lo disfrutaba.

De nuevo, como un rollo de película de principios de siglo proyectado a

velocidad demencial, fragmentos de imágenes difusas asaltaron el cerebro de Broxton rescatando de sus recuerdos palabras, llantos y aquellarres. Adivinaba muestras fugaces de símbolos abominables que eran inscritos sobre la piel desnuda; veía yermos sin horizonte inundados por un crepúsculo rosado, inabarcable e imperecedero; bosques de hueso y mares de cristal que reflejaban el rostro del vacío. Y una interminable estantería de ónice sobre la que se apoyaban cuatro gruesos volúmenes cuya edad resultaba imposible de determinar...

Una fúnebre plegaria coreada desde otro mundo en una lengua impronunciable lo liberó del trance con un espasmo.

El chico de los Tucson abrió la boca hasta que la mandíbula se le desencajó en un desesperado intento por gritar, pero su voz no le correspondía. Tampoco lo hacían el resto de sus músculos.

Con paso lento pero firme, el hombre regresó al umbral de acceso y apoyó su mano sobre el cristal. La puerta cedió sin esfuerzo.

Broxton paseaba despacio por el interior del local, como un turista vagabundeando en busca de algo que despertase su interés. A su izquierda, las estanterías de revistas; a su derecha, un mueble mostrador sobre el que se repartían diversos artículos para el motor. Continuó avanzando hasta que alcanzó el refrigerador junto al stand de los aperitivos salados. Echó un rápido vistazo y agarró un paquete de cuatro sándwiches de York y queso con mayonesa. También una bolsa de patatas fritas.

Había llegado hasta el mostrador. Del otro margen, el joven Tucson aún yacía en el suelo inmovilizado por el terror. Broxton depositaba ambos paquetes junto a la caja registradora mientras alargaba su mano a escasas pulgadas sobre la cabeza del chico para hurgar en la vitrina de los refrescos. Podía escuchar el sofocado silbido de la música escapando del único auricular que había sobrevivido y que todavía seguía conectado al

teléfono móvil.

—¿Te valdrá con esto? —el hombre sacó de nuevo el reloj de su bolsillo sin dejar de mirar a ese joven que apenas lograba sincronizar su respiración por el pavor que lo embargaba—. Te cojo una bolsa, chico.

Metió la mano bajo el mostrador y tanteó, palpando con cuidado, hasta que notó con la punta de los dedos un paquete de bolsas de plástico.

—Listo. Gracias, chaval.

Se despidió con una sonrisa y depositó con indiferencia el reloj sobre el mostrador.

Broxton abandonó entonces el local con una serenidad imperial. Algo en su interior estaba cambiando. Lo notaba. Algo profundo, metafísico. Algo poderoso e inevitable; algo ingobernable. Por la pared del flanco derecho del local sobresalía a media altura una sólida estructura de ladrillo que al hambriento nómada se le antojó como el lugar perfecto para su cena improvisada. Sacó los bocadillos de la bolsa, abrió una de las latas de refresco y le pegó un largo trago.

—¡*Puaj!*

«Maldita sea».

Sabía a rayos. Igual o incluso peor que el refresco de cola que se estaba tomando el gigantón del refugio de animales. Así que la dejó sobre la repisa de losa y probó suerte con el paquete de sándwiches: le dio el primer bocado esperando lo peor.

«Joder, pero qué asco».

Lo dejó caer con desprecio al interior del paquete. Y el mismo sabor insoportable empapando las apetitosas patatas fritas.

—¡Pero qué mierda es esto!

Sólo notaba el sabor a salitre. Era como si le hubieran introducido un puñado de sal gruesa en la boca.

—*¡Puaj!*

Lo escupió en el suelo de inmediato.

Embargado por un fuerte sentimiento de infortunio, fue en ese justo momento cuando Broxton reparó en que no sólo no recordaba cómo había acabado en aquel zulo en mitad de ningún sitio, sino que en sus recuerdos más recientes ni siquiera aparecían aquellos tipos de YGHAYGHA, punto y final de su vida cotidiana, germen de su vida renovada. Había un hito cronológico en el que su memoria se fundía con un vacío cósmico insondable y sin estrellas.

—*¡Cgrieeeeeeeg! ¡Ahhhhhrggg! ¡Ahhhhhggg!*

El último gemido se ahogaba entre un gorgoteo burbujeante. Broxton miraba alarmado en todas direcciones tratando de ubicar el origen de los alaridos: le llegaban por la izquierda resonando a través de las estructuras de la estación, y, sin embargo, el espectáculo se adivinaba tras la pared que se levantaba frente a sus narices.

De un salto dobló la esquina en busca del muchacho.

Y ahí estaban, de nuevo. Los cuervos.

Sus ojos color de la sangre bajo los fluorescentes resplandecían con la misma fuerza que antes le mostraron entre las sombras. Una decena de aves le vigilaban repartidas sobre los surtidores mientras que, en el interior del local, una marabunta de gruñidos, gemidos apagados y arañazos contra el suelo rompían el monótono zumbido de las lámparas. Broxton no creía lo que sus ojos le estaban enseñando, y sin embargo era cierto que lo había sentido mientras estaba sucediendo, sólo que aún no resultaba capaz de reconocer esa nueva e inefable sensación.

Una jauría de fierecillas comenzó a abandonar el local en tropel acompañada de una tierna sinfonía de tenues gruñidos que se fundía entre el murmullo del bosque. Mientras, el viento hacía aplaudir a los árboles

meciendo con pasión sus ramas, como los vítores de unos locos que hacen las veces de espectadores de una obra de teatro macabra. Los mapaches atravesaban la puerta a toda prisa, algunos de ellos por el hueco de la ventana de servicio tras el enrejado. Uno en particular, el último, huía con una falange color chocolate sostenida entre sus pequeñas fauces.

Los animales se dispersaron por el bosque en un abrir y cerrar de ojos y los cuervos levantaron el vuelo fundiéndose como antes con sus amigas las sombras. La ley del silencio fue de nuevo impuesta por el zumbido de los monótonos fluorescentes.

Al igual que en la ocasión previa, un calor reconfortante surgió del suelo bajo los pies de Broxton y se dispersó a lo largo y ancho de su cuerpo a través de la espina dorsal. El hambre desaparecía de la mano de la vida del chico de los Tucson.

La horda de mapaches sólo había necesitado unos segundos para desterrar al chaval del mundo de los vivos. Tenía el cuello completamente desgarrado a mordiscos; la sangre, que en ese momento ya había dejado de brotar, debía haber escapado a borbotones durante el accidente, pues un océano carmesí se extendía sin obstáculo por todo el suelo del local. El amplio charco de sangre se adivinaba abandonado por centenares de pequeñas huellitas que dibujaban una multitud de patrones de huida, y que terminaban disolviéndose en la distancia hasta desaparecer por la puerta de salida. En el rostro del chico la carne había sido cruelmente despegada del hueso, dejando a la vista un sanguinolento cráneo adornado por dos cuencas vacías. De sus manos faltaban un par de dedos completos.

Broxton entendió en ese momento, a las malas, cuál era la clase de hambre que lo azotaba y cuál resultaba la única manera de satisfacerla. Algo extraño, avieso y perverso, comenzaba a coger forma dentro de él. Ese bramido profundo y primordial, ese impulso inespecífico y sobrenatural,

como palabras ausentes que cuentan sin decir, se aferraba de nuevo a su alma y la agitaba con descaro. La visión de ese rostro esquelético al descubierto colmó con violencia su alma de pasiones extraordinarias, de sentimientos inconfesables que lo embriagaban de un modo cálido y reconfortante.

«Dónde estoy... ».

«Para qué...».

«Pero... quién diablos soy».

Jerry trataba de responderse a cada una de las preguntas, pero no era ese el mejor momento para diluirse entre dilemas filosóficos. Había que abandonar el lugar a la carrera, retomar su desconcertante periplo hacia la civilización, aunque no por carretera.

No esta vez.

Sus siervos le esperaban allá donde el negro se volvía más intenso. Allá, donde una sobrecogedora presencia —poderosa, primigenia, feroz y demencial— le susurraba desde el corazón de los bosques esas palabras en un idioma que no entendía, pero que sí llegaba con transparencia a comprender.

Capítulo VII

—*Jefe, 10-38 en Allenton Hope. Repito, 10-38... En Allenton Hope.*

El jefe Copley había tenido que acudir al domicilio de la señora Platter, en Virginia Ave St., por un aviso de robo con violencia. Aunque el departamento de Jim se halla en el mismo Allenton, sus competencias pertenecen a la jefatura de policía de North Kingstown, por lo que sus servicios abarcan desde Allenton y North Kingstown, hasta Annaquatucket, Lafallete y Wickford.

10-38 resultaba un incidente con daños personales en el que haría falta asistencia médica. El servicio de esa noche empezaba con mal pie. «La vida tranquila de los pueblecitos de provincia está quedando poco a poco relegada a las hemerotecas», pensaba. «El mundo se vuelve cada vez más incorregible».

—10-4. ¿En el refugio de animales? —Copley respondía con inquietud desde su intercomunicador.

Andy «*The Wall*» Figger era compañero de bolos del jefe Copley desde el día en que éste fuera trasladado a Allenton. Algunas noches, *The Wall* hacía las labores de vigilancia del refugio de animales para sacarse unos dólares extra al mes. Esa fue una de las noches. De hecho, acabó siendo la última.

—*Así es, jefe.*

—Maldita sea. Cuántas veces le habré dicho a ese idiota testarudo que debía hacer por cuidar de su salud. Tantas *maxiburguers* terminarían estrujando sus arterias como el corsé de una bailarina. ¿Va la ambulancia para allá?

—Sí, jefe. Pero creo que poco más van a poder hacer los médicos distinto de... Bueno... Certificar la pérdida.

Gildy aguardó durante unos segundos la respuesta de Copley desde el lado opuesto de la emisora.

—Lo siento mucho, Jim.

—Pero ¿cómo ha podido...? —necesitó varios segundos más antes de lograr contestar.

—Ha sido Patty la que ha llamado a la oficina.

Patricia Dyte era la hija del carnicero de Allenton. La relación de esta mujer con su padre sería, como mínimo, peculiar. Patty era una amante de los animales, defensora consagrada de sus derechos. La muestra era la regencia del refugio para animales Allenton Hope, el cual construyó con dinero de su propio bolsillo y que mantenía gracias a donaciones de particulares. Y sin embargo, su padre resultaba un saca tripas de los de toda la vida, de los de mandil de cuero sobre panza generosa.

—Parece ser que «The Wall» llamó a Patty por teléfono pero ocurrió algo que la preocupó. Lo que pasó no me quedó del todo claro, estaba muy nerviosa. La cuestión es que decidió acercarse personalmente al refugio para ver qué había sucedido. Cuando llegó se encontró al hombretón tieso junto a las perreras, tirado en el suelo en una postura insólita, con su mano izquierda agarrada a la mano derecha destrozada, y con un gesto en su cara que no fue capaz de describirme. No paraba de llorar. «The Wall» ya no respiraba ni tenía pulso, jefe.

Copley ya había activado las luces de emergencia y descendía a toda prisa por Tower Hill Rd.

—De acuerdo. Voy para allá... Corto.

Al llegar al cruce con Hamilton-Allenton Rd., Jim torció a la izquierda en un rápido giro que hizo derrapar ligeramente el eje trasero de su

vehículo. Ni siquiera se preocupó en que la forzada maniobra resultara segura.

Copley veía las afiladas siluetas negras de la arboleda pasando a su lado a una velocidad vertiginosa, como si una gigantesca masa oscura y homogénea fluyera hacia Allenton con la intención de sepultar al pueblo bajo un espeso río de tinieblas. La estación de servicio COLEMAN & COLE desapareció rápidamente por su izquierda como una luminaria fugaz sobre un firmamento sin estrellas. Las luces rojas y azules en el techo del vehículo giraban sin cesar tiñendo de un hipnótico remolino multicolor la corteza de los árboles.

—Pero qué mierda...

Iluminada la calzada por las luces de largo alcance del coche patrulla, Copley logró atisbar en la lejanía una densa mancha negra extendiéndose sobre la carretera. Era homogénea y ocupaba casi los dos sentidos de circulación. Aminoró al tiempo que entrecerraba sus ojos tratando de otear entre la oscuridad.

A escasos doscientos pies, una miríada de gemas color carmesí emergió de la masa de sombras sobre el asfalto de una manera uniforme y sorprendente.

Cuervos.

Decenas. Quizás, cientos.

Inmóviles sobre la calzada.

Mirándole.

Ambas botas fueron directas al pedal del freno: el coche necesitó un par de decenas de pies más antes de lograr detenerse.

¡iiiihhhhjjjj!

El chirrido de la frenada resonó entre la arboleda como el gemido de un cerdo en el día de San Martín. El jefe aún mantenía presionado el pedal de

freno a pesar de que el vehículo ya estaba detenido. Mientras asía fuertemente el volante con ambas manos, las luces de emergencia seguían girando y girando en su inagotable baile multicolor, tiñendo la masa de cuervos ora de azul, ora de rojo, ora de azul, ora de rojo...

Y de repente, como en un acto de perfecta coreografía antinatural, las aves emprendieron el vuelo en espantada acompañadas por una estrepitosa explosión de aleteos y graznidos, deshaciéndose en el cielo como el azúcar moreno que se disuelve en una taza de café.

Jim se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa, todavía perplejo, y retomó la marcha con la misma brusquedad con la que había retorcido el volante en Tower Hill Rd.

La densa masa arbórea, que a toda velocidad viajaba de nuevo a contramarcha de Copley, cedió espontáneamente ante el vacío del campo abierto bajo un cielo que se revelaba iluminado por la palidez de la luna llena. El trazado de la carretera atravesaba un extenso claro estéril en mitad del bosque, un enorme espacio de tierra yerma que quedó como consecuencia del incendio del verano del 99. Media milla después el vehículo regresó al abrigo de la espesura y, tras un centenar de pies de rodaje, terminó alcanzando el cruce hacia el refugio Allenton Hope.

El coche patrulla accedió al área de estacionamiento y se detuvo con un seco frenazo junto al Toyota de Patty Dyte, la regente, aparcado al lado del Chevy de su amigo en el recuerdo, *The Wall*.

La ambulancia ya estaba allí. Su conductor se encontraba junto a la puerta del vehículo relleno con resignación un buen tomo de formularios que sujetaba sobre una carpeta de cartón duro. Más al fondo, un médico trataba de calmar a una joven asustada que entre jadeos y sollozos se agitaba nerviosa de un lado para otro.

El cuerpo del hombretón yacía en el suelo, tapado en su totalidad bajo

una manta isotérmica del color del oro.

—¿Ha muerto? —preguntó Copley sin rodeos al chófer después de presentarle un apurado saludo militar que detuvo cuando sus dedos llegaron a la altura de sus ojos.

—Así es, señor —respondió—. Cuando llegamos llevaría ya cerca de quince minutos en parada cardiorrespiratoria. No pudimos hacer nada.

El jefe apoyó los brazos en asa sobre sus caderas y se retiró un poco mientras contenía un incipiente arrebató de rabia. Su rostro había demudado hacia un rictus constreñido cuyos labios dejaban entrever su blanca y uniforme dentadura.

—¡Putá mierda...! —exclamó con un golpe seco de su cabeza en el aire—. Discúlpeme... —continuó tratando de calmarse.

—No se preocupe, agente. No tiene de qué disculparse —el conductor apoyaba fraternalmente su mano sobre el hombro de Copley—. ¿Le conocía?

—Sí. Éramos buenos amigos.

—Lo lamento, señor. Puede hablar con el doctor y la dueña para que le den más detalles —los señaló con el pulgar de la mano derecha, sujetando, a la vez, un bolígrafo del North Kingstown Hospital—. Este es un caso bastante atípico ¿sabe?

—Gracias, muchacho.

El jefe Copley se acercó al lugar del óbito situado bajo la intensa luz del foco blanco que colgaba de la pared. Los perros se mantenían arrinconados en la oscuridad de sus jaulas, silenciosos, mientras los caballos mostraban sus hocicos a través de la abertura superior de sus establos individuales.

—Buenas noches —Copley repitió el parco saludo militar.

—¡Malas! —concluyó Patty entre sollozos.

En realidad, su llanto estaba más asociado al estado de neurosis que a la

propia muerte del desgraciado Andy. Al fin y al cabo se trataba de una relación meramente profesional.

—Cálmate, hija —Jim trataba de consolarla—. Era amigo mío desde hace bastante tiempo.

—Lo siento, jefe —añadió el médico.

—Gracias, doctor —Copley volvió a colocar sus puños sobre las caderas—. ¿Y cómo ha sido?

—Muy rápido —adelantó Patty Dyte—. Al parecer... Al parecer los animales llevaban un buen rato en un estado inexplicable de inquietud, dando bandazos en sus jaulas, caminando en círculos sin parar, aleteando los pájaros...

—¿Y cómo supo eso? —interrumpió el jefe Copley.

—Andy me llamó desde su teléfono móvil. Llevaba haciendo las guardias algunas noches desde hace, por lo menos, un par de años...

—Lo sé.

—Pues eso —continuó—. La cuestión es que nunca habíamos sido testigos de una agitación tan generalizada —aunque algunas lágrimas aún pendían de sus mejillas, su voz ya no se adivinaba tan entrecortada por la ansiedad—. Es verdad que, si algún animal se pone nervioso, puede contagiar a sus vecinos, y estos, a su vez, a los siguientes... —Patty apuntaba con sus dedos la idea de un efecto encadenado—. Pero estamos hablando de los animales del interior del recinto, y los de afuera. ¡Todos! —elevó el tono de voz de un modo inconsciente—. Según me dijo Andy, hasta las serpientes y los lagartos se revolvían frenéticos en sus terrarios. Y créame, los reptiles son animales muy holgazanes.

Hizo una pausa.

—Todo esto le pilló de sorpresa, por eso me llamó. Quería preguntarme qué podía hacer para apaciguarlos.

—Entiendo.

El ruido del motor de otros dos vehículos que se aproximaban al recinto llamó la atención de los presentes, deteniendo la conversación durante un instante con la intención de identificar a sus propietarios.

—Es el juez Ferguson —apuntó el doctor—. Viene a levantar el cadáver.

Se trataba de otro coche patrulla. Tras éste, un Ford Taurus negro con los cristales tintados. Ambos motores quedaron detenidos al unísono.

—Como le decía... —retomó.

El jefe Copley levantó suavemente la palma de la mano hacia el rostro de Patty Dyte, invitándola a guardar silencio.

—Espera, tesoro. Voy a evitar que tengas que contarlo una tercera vez.

El juez Ferguson, magistrado de la vieja escuela, sujetaba con las manos cruzadas sobre el pecho un grueso chaquetón negro de pana que colgaba de sus hombros. Llegaba acompañado por un agente del cuerpo de policía de North Kingstown.

—El frío comienza a arreciar en esta noche fatídica —espetó desde el amplio orificio que se abría bajo su poblado mostacho.

Todos los presentes guardaron silencio mientras sostenían la mirada al magistrado.

—Buenas noches, señores, y dama.

—Buenas noches —respondieron como en un coro.

—¿Qué tenemos aquí? —El juez se dirigió al jefe Copley.

—Un varón cuya muerte aún está por esclarecer, Señoría.

El juez no dejaba de escrutar los alrededores.

—Ha llegado justo cuando la joven nos estaba relatando los acontecimientos.

—Bien, entonces ¿ha sido usted testigo del fallecimiento, señorita? —

dijo el juez.

—No señor —las lágrimas sobre sus mejillas se habían secado por completo; como huella del llanto ya sólo quedaban sus ojos enrojecidos—. Ya estaba así cuando llegué —señaló con sus manos el bulto bajo la manta isotérmica y comenzó de nuevo a sollozar—, pero hablé con él poco antes de su muerte. Lo oí morir... —la chica se deshizo de nuevo en lágrimas.

Patty Dyte repitió al juez el relato de los animales alborotados, y cómo Andy la llamó para pedirle ayuda. Tras esto, continuó.

—Fue entonces cuando Andy me dijo que había sucedido algo. Los animales callaron en un instante. ¡Todos! Tanto los de dentro como los de afuera. Según me contó, había escuchado el sonido de algo que crujía fuera de la casa. Como hojarasca o follaje seco. Me dijo que me esperara un momento, quería confirmar si se trataba de algún animal salvaje, así que salió a la calle con el teléfono en la mano.

»Primero escuché sus pasos resonando por la tienda, después la puerta del local que se abría, y de nuevo sus pesados pies sobre el cemento del exterior. Más tarde le escuché preguntar en voz alta, como un «hola, quién va», o algo así. Después oí movimiento, y de nuevo volvió a preguntar.

»Entonces, otra vez se oían sus pasos por el cemento, pero más apresurados. Lo escuchaba respirar acelerado; creo que volvió a entrar en el local, porque el eco de sus botas comenzó a resonar de nuevo con cada pisada durante unos instantes.

»Ahí fue cuando debió meterse el móvil en alguno de los bolsillos: escuché una aspereza muy fuerte sobre el micrófono, y, a partir de ahí todo el sonido me llegaba amortiguado.

»Intuí que volvía a salir a la calle. Desde ese momento sólo escuchaba palabras sueltas, pero hubo un instante en el que juraría que oía latir su corazón con violencia, acelerado. Creo que se había introducido el móvil en

el bolsillo delantero de su mono vaquero.

»Luego, algo así como «joder» y «despacio, hijo de puta». Después escuché como un murmullo extraño, y más ruido, y luego... ¡Bum!

Patty hizo un precipitado aspaviento con sus manos que obligó a retroceder un paso a toda la formación, ensimismada por la historia que estaba contando.

—Otra vez ruido, otra vez ese desconocido rumor apagado, y después oí un grito desencajado. La voz sonaba tan quebrada que no sería capaz de asegurar si se trataba o no del ronco vozarrón de Andy —arrancó a llorar otra vez.

Copley arropó con sus brazos a la muchacha y la atrajo hacia su pecho.

—Quiero ver el cuerpo —musitó el juez Ferguson.

El médico retiró por completo la manta isotérmica del cadáver: un rictus espantoso había quedado grabado en el rostro del hombre. Los ojos blancos y saltones, como dos huevos duros colocados sobre las órbitas; su boca estaba desencajada y torcida en una extensión difícil de describir; las piernas habían quedado flexionadas en posición fetal mientras agarraba la muñeca de su mano derecha con su mano izquierda. De la mano sostenida colgaba hacia atrás el dedo índice, y el resto de falanges habían sido desencajas de sus ubicaciones habituales dándole a la mano el aspecto de una pequeña bolsa de piel en la que hubieran guardado un puñado de castañas.

Una gorra de los Red Sox de Boston descansaba a diez pasos del cadáver. Junto a ésta, una escopeta de doble cañón descargada, con dos cartuchos vacíos en el suelo, y otros tantos sin detonar repartidos por todo el terrizo.

—¡Cielo santo! —exclamó el juez.

Sin dejar de consolar a la muchacha contra su pecho, el jefe Copley

lanzó un vistazo de soslayo. Echó la cabeza a un lado y bajó la visera de su Stratton un par de pulgadas sobre su frente.

—Dios nos asista.

—El disparo de la escopeta se produjo a once pies del lugar del cuerpo, señores —añadió el agente que acompañaba al juez, desplazándose hasta el lugar indicado—. Los cartuchos cayeron directamente aquí. No fueron desplazados, aún se aprecian restos de pólvora a su alrededor —se agachaba al tiempo que trazaba sobre los cartuchos un círculo imaginario con el extremo de un bolígrafo que acababa de sacar de su bolsillo.

El oficial caminaba ahora junto a un amplio arco de arrastre que se intuía trazado sobre la tierra, desde donde se hallaban los cartuchos vacíos hasta la posición del cuerpo de «*The Wall*», ahora derribado.

—Si observáis la amplia estampa que quedó allá en el suelo —señalaba de nuevo con su bolígrafo la zona que antes estudió—, y el largo arco marcado en la arena, todo indica que el fallecido se encontraba con su trasero sobre la tierra y con su escopeta apuntando a alguien, o a algo, antes de dispararla. Después, ese algo o ese alguien agarró a nuestra víctima —echó un rápido vistazo al cuerpo—, probablemente de la mano derecha, y la desplazó con brusquedad hasta su posición actual.

—Estaríamos hablando entonces de una fuerza descomunal —añadía el juez mientras ajustaba su chaqueta sobre sus hombros.

—Muy probable. ¿Un oso, quizás? —preguntó el agente mirando al jefe Copley y a Patty Dyte.

—No... —respondió la joven mientras terminaba de sonarse la nariz con un pañuelo desechable—. No hay osos por estas latitudes.

—¿Podría haberse escapado de algún lugar? ¿Saben si hay por aquí algún circo o festival ambulante? —el magistrado no dejaba de contemplar el rostro del cadáver, impertérrito. En su larga carrera profesional se había

topado con espectáculos mucho más sórdidos y macabros que este, aunque ninguno con un semblante en el rostro tan peculiar, con ese terror tan indefinible estampado contra su cara. Eso seguro.

—No, que yo sepa —contestó Copley—. No sabemos si a algún amante de las extravagancias le habrá dado por adquirir un oso de contrabando y se hubiera dejado la gatera abierta —el agente lanzó una tímida risilla, interceptada de inmediato por la mirada inquisitiva del magistrado—, lo que está claro es que nadie lo habría denunciado. Al menos, no su propietario.

—Estamos de acuerdo —espetó el juez—. ¿Y cuál fue la causa de la muerte, doctor?

—El forense dictará con precisión los motivos exactos del fallecimiento de este hombre, pero ya le adelanto yo que ha muerto por una parada cardíaca.

—¿Tan seguro está de ello?

—Noventa y nueve coma nueve por ciento, Señoría.

El magistrado regresaba la mirada al escenario, estudiándolo.

—¿Quiere escuchar una curiosidad, señor? —apuntaba de nuevo el doctor.

—Dispare.

—Cuando llegamos, el cadáver ya se encontraba en rigor mortis, y ese estado no se alcanza hasta las tres o cuatro horas desde el fallecimiento.

—¿Insinúa entonces que puede haber muerto mucho antes de cuando la señorita indica? En ese caso, podríamos catalogarla como sospechosa de la muerte de este hombre.

La muchacha tembló de repente, aterrada.

—No, Señoría —el doctor aceleró su respuesta—. No insinúo nada. El rigor mortis precoz se asocia más a niños y ancianos, aunque también puede

acelerarse en casos de muerte violenta o estrés incontrolado.

El magistrado asintió ligeramente.

—¿Quiere una opinión personal, señor? —añadió el médico.

—Cómo no.

—Creo que ha muerto por un ataque de pánico.

—¿Pánico? —espetó el juez.

—Apostaría mi cabeza y no la perdería.

El legislador comenzó a mesarse el bigote de manera obsesiva. —¿Y qué es esa marca tan acusada en la tierra? Ahí, en la penumbra— señaló.

Todos se acercaron a la vez a lo que parecían ser las huellas en la tierra de un cuerpo que habría caído en algún momento.

—¿Y todo eso? —el magistrado apuntaba con su dedo jirones de tela quemada esparcidos alrededor de la marca, unos blancos, otros oscuros—. Eso parece seda.

—Aquí cayó de espaldas una persona, Señoría —añadió el agente—. Si observa, se pueden ver los surcos de las manos y las marcas del arrastre de los pies, que dan una idea del modo en que se levantó. Cayó de espaldas, sin duda.

—Hay huellas que vienen del bosque —dijo el jefe Copley con creciente inquietud.

—Eso parece —el juez se adelantó hasta donde las huellas desaparecían bajo la hojarasca—. Es evidente que no estamos hablando de un oso. Se trata de un hombre, no muy grande a juzgar por el tamaño de sus zapatos. Porque eran zapatos de suela lisa, de eso estoy seguro.

—¿Y esto?!

La voz del conductor de la ambulancia llegaba desde muy atrás del grupo. Entre sus dedos enguantados sostenía una pequeña pieza metálica que reflejaba la escasa luz que llegaba desde el foco central.

—Acércate, joven —indicó el magistrado haciendo un gesto de bienvenida con su mano derecha.

—Parece un pisacorbata —añadió el agente.

—Lo es, de hecho —confirmó el magistrado.

Era un alfiler de oro grotescamente torcido, en cuyo centro se intuía algún tipo de sello o escudo que había terminado volatilizado.

—Guárdelo como una prueba más, agente —ordenó el juez.

Otro vehículo, también oscuro, hacía entrada en ese momento en el ya apretado estacionamiento. El aparcamiento de Allenton Hope sólo se llenaba así las jornadas de puertas abiertas en las que familias de todo el condado traían a sus hijos pequeños para ver a las serpientes, las lagartijas, los gatitos y los pájaros, y acariciar a los caballos. Podría sonar cruel, pero en el fondo era la mejor manera de publicitarse e incrementar así las donaciones y adopciones. Dos de los tres caballos del refugio estaban apadrinados gracias a esa estrategia. Todo un desahogo.

El coche fúnebre hacía acto de presencia.

—Muy bien —concluyó el juez—. Ya han llegado para recoger el cuerpo. Rellenemos el papeleo y acabemos, el frío está helando mis viejos huesos.

—¿Necesita mi ayuda, agente? —preguntó Copley al oficial.

—Para nada, jefe —contestó con una generosa sonrisa dibujada en su rostro—. Echaré fotos a todo esto y recogeremos todas las pruebas que encontremos. Vienen para acá un par de compañeros de la brigada criminal para hacer sus pesquisas.

—Está bien.

—¡Buenas noches, señores y dama! —el juez Ferguson se despidió del gentío y se dirigió presto hacia su coche.

—¿Necesita Patricia estar aquí mucho más rato? —preguntó el jefe al

agente.

—No es necesario —respondió—. La avisarán desde la brigada para declarar. Puede marcharse si así lo desea. Eso sí, deje aquí las llaves de las instalaciones. Una vez terminemos, que todavía serán unas horas, cerraremos todo y acordonaremos la zona. Sepa que mientras el cordón esté levantado, ni siquiera usted podrá entrar sin autorización judicial.

La joven Patty Dyte asintió, más calmada.

—¿Necesitas que te acerque a tu casa, hija? —dijo el jefe con tono sincero y paternal.

—Gracias, jefe. Me iré en mi propio coche. Creo que ya estoy más calmada.

—Como gustes, pequeña.

Ambos se dedicaron una plácida sonrisa.

Jim Copley se recolocó su Stratton, arrancó el Victoria y regresó a la carretera, ya, con las luces de emergencia apagadas, de vuelta a Allenton.



Lo primero que hizo la brigada criminal al llegar al recinto fue consultar las grabaciones digitales de las cámaras de seguridad. En particular, Allenton Hope tenía tres cámaras: una apuntando al área de estacionamiento, otra que encuadraba directamente el lugar del suceso, y una última dentro del local, en dirección a las estanterías y el mostrador de la tienda.

En lugar de comenzar desde el principio de la grabación y localizar la hora aproximada del suceso, los investigadores se fueron directos al final, pues el crimen era reciente.

Algo no iba bien.

Consultaron primero la cámara del estacionamiento, después la del interior. Por último la de las perreras, lugar del incidente.

Las dos exteriores no apuntaban a la dirección correcta y la interior tenía el cristal de la lente completamente quebrado.

Se fueron al principio de las grabaciones, alrededor de veintitrés horas atrás desde ese momento. Los encuadres eran perfectos, ¡en todas! Avanzaron entonces a saltos en la grabación, yendo de adelante hacia atrás, de adelante hacia atrás, acotando cada vez más el espacio cronológico entre los puntos hasta dar con el momento en el que las cámaras se desajustaban.

Las tres cámaras, a la misma hora —22:49—, y por la misma causa.

En escena, frente a cada objetivo, un negro cuervo aparecía con sus ojos fulgurantes y se quedaba mirando fijamente al cristal del aparato. Usando sus patas y un seco aleteo, los pájaros desplazaban los encuadres hasta un lugar arbitrario. Sin embargo, la cámara interior estaba fija, por lo que el animal comenzó a picotear con esmero la lente hasta que acabó quebrando el cristal.

A pesar de los inconvenientes, la brigada pudo obtener una interesante pista de dos de las tres grabaciones. En particular, la de la cámara del aparcamiento y la del local —la de las perreras había quedado apuntando al suelo—.

En la primera se registraron durante tres segundos unas piernas oscuras que caminaban con cierto esfuerzo pasando en dirección a la carretera. Se intuían por una esquina del encuadre.

En la segunda —cuya imagen quedaba fragmentada y desenfocada por la lente rota—, parecía adivinarse una forma humana que abandonaba la estancia, vestida de un color muy oscuro, desplazándose de un modo lento y fatigoso.

Ya sabían, al menos, que se trataba de un hombre, no de un animal.

La extraña forma de su caminar podría tener explicación. Al fin y al cabo, era muy posible que hubiera recibido a quemarropa un doble disparo de escopeta en medio del torso, pero esa fuerza tan descomunal...



Capítulo VIII

Ese martes fue uno de los días de trabajo más duros que Broxton recordaba. Bueno, también resultaba cierto que, desde hacía bastantes meses, su memoria flaqueaba bastante. Y no era culpa de la edad. No. Eran la desmotivación, la apatía y la resignación crónica.

El proyecto vital de Jerry consistía en usar su trabajo como trampolín hacia esa clase de persona en la que otros habían deseado que se convirtiera. Otros, no él. Ese tipo triunfador colmado de reconocimientos y rebosante de carisma, de una autoestima a prueba de balas y una cartera bien apretada en la que no cabría ni un solo billete de dólar más sin que reventara. Todo un arquetipo de conquistador de telefilme. Lo que Broxton parecía no saber es que, para marcar los trazos de la senda hacia ese objetivo tan elevado, al menos había que asegurarse de que se cumplieran unas cuantas reglas básicas e inexcusables: mantener las distancias con los compañeros, no creer en las promesas a largo plazo y no admitir injusticias que duren más de una semana.

Él no siguió ninguna de las tres.

Cuando uno no reacciona a tiempo acaba convirtiéndose en una víctima irremediable del inmovilismo: un ente quejumbroso, indolente, deprimido; carente de energía con la que romper el círculo vicioso. Y cada día de inacción es una palada más de arena que sacas de tu propia tumba.

«¡Huye, aún estás a tiempo!» Se decía siempre a sí mismo, pero no hacía nada.

A Broxton le ofrecieron la posibilidad de mandar al cuerno todo eso de inmediato, de catapultar hacia el olvido la caja, los enchufados, y a sus

propios jefes. La oportunidad de arrojar por el suelo ese cóctel venenoso constituido por un sorbo de bajo reconocimiento, dos gotas de subestimación y un generoso chorro de sueldo miserable. ¡Y todavía llegaría incluso a dudar si debía o no aceptar la oferta!

Cobarde. Siempre había sido un cobarde.

Fue esa una jornada tan dura que ni siquiera pudo echar un vistazo a su correo electrónico personal. «*Estos* salen a fumarse un pitillo, *aquellos* se ponen a cotorrear, *los de allí* alargan los recados para estar lejos de la oficina lo máximo posible...», pensaba. Y, sin embargo, él elegía echar un vistazo a su correo electrónico o mirar por Internet si aún le quedaba algo de la paga anterior como para que el próximo recibo de la luz no le dejara la cuenta en estado comatoso.

Al llegar a casa —bien entrada la noche— Broxton encendió su viejo ordenador personal y puso en marcha una de las muchas listas de música gratuita que almacenaba en la nube mientras que la tóxica comida precocinada terminaba de calentarse en el microondas. Era el momento de revisar la bandeja de correo electrónico.

Entre los muchos mensajes sin leer de ridículas promociones y plataformas de firmas digitales, uno de ellos le llamó poderosamente la atención:

YGHAYGHA —remitente anónimo—

Ayer, a las 17:52

Asunto: Nos necesita, Sr. Broxton, y nosotros a Vd.

Jerry pensaba en cómo diablos podían conocer su dirección de correo electrónico personal. ¡Todavía más! Cómo demonios sabían dónde vivía y dónde trabajaba. Echó un vistazo rápido a la tarjeta de visita que todavía guardaba en el bolsillo delantero de la camisa. 555-2705-1503.

Estimado Sr. Broxton.

Es muy posible que jamás haya oído hablar de nuestra sociedad. De hecho, esperamos que no haya obtenido ningún resultado si ha hecho por investigarnos a través de conocidos, de Internet, o de alguna hemeroteca a la que haya tenido la fortuna de acceder. Ese hecho no es más que una muestra de la profesional discreción que nos caracteriza, así como del férreo hermetismo por el que se rigen nuestros servicios.

Nuestro grupo está formado por un amplio equipo de académicos, historiadores, letrados y asesores con una dilatada experiencia en asuntos y litigios de ese tipo que nosotros nos atrevemos a denominar «de índole especial». Nuestros integrantes se encuentran repartidos por todos los países del mundo, pues de todos los lugares se nutre nuestra cartera de clientes. Cada caso que nos llega es rigurosamente estudiado por un grupo de expertos que determina las vías a seguir para su resolución y los hilos que se deben mover, así como las generosas cuantías económicas que recibiremos como contraprestación por nuestros servicios. Efectivamente, nuestras tarifas pueden parecer astronómicas, Sr. Broxton, pero también lo es la dificultad de los casos con los que trabajamos, ya que nuestros clientes suelen gozar, en la mayoría de las ocasiones, de una sobrada notoriedad pública o de un reconocido prestigio que no puede ser puesto en tela de juicio por una mala noche, por un ajuste de cuentas, por ser esclavo de sórdidos vicios, o por ejercer prácticas sexuales basadas en gustos peculiares. De nuestros servicios han requerido mandatarios, ministros, representantes gubernamentales, diplomáticos, brokers de renombre, científicos de reconocimiento mundial, escritores aclamados, directores ejecutivos de empresas punteras, y un largo etcétera.

Ahora somos nosotros los que le necesitamos a Vd., Sr. Broxton.

Nuestra intención es ubicar un agente en el estado de Rhode Island. Tras varias etapas de minucioso filtrado, hemos determinado que su perfil es el más adecuado para nuestras necesidades.

Sepa que, al igual que el de todos los miembros de nuestro grupo, su salario se ajustará holgadamente al carácter de las circunstancias que le tocará resolver. Igualmente, dispondrá de un experimentado equipo de especialistas a su entera disposición para ejecutar todas aquellas tareas que estime necesarias en la resolución de cada caso.

Hablamos, Sr. Broxton, de un sueldo anual de 120.000 \$ después de impuestos. Estaríamos encantados de adelantarle la mitad de esa cuantía a la aceptación del contrato como gesto de compromiso y confianza.

Sin otra distinta que el deseo de concertar con Vd. una reunión personal con alguno de nuestros representantes, reciba un cordial saludo.

Barabas Varkas
Director Ejecutivo.

El mensaje dejó a Broxton del todo estupefacto.

«Bah», se dijo. «Otra estafa online más como la de la lotería nigeriana». Sin embargo, dos hombres habían llegado hasta su casa, a buscarle. ¡Incluso a la oficina!

No acababa de encajarlo.

Era cierto que Jerry sabía hacer muy bien su trabajo, pero también lo era que no había dado muestras de ello desde hacía ya bastantes años. Su currículum, al margen de la licenciatura en administración de empresas y un máster en asesoría social, se ceñía exclusivamente a su relación profesional con Thorgeson. Deberían de existir miles de posibles candidatos con mejor nivel académico que él y con una trayectoria laboral mucho más rica y dilatada. No lo entendía.

«Bah».



Sucedió al día siguiente, mientras trataba un aburrido asunto por videoconferencia con un indiferente cliente.

Broxton recorría con sus ojos la pantalla del ordenador en busca de las cifras adecuadas cuando su brazo derecho —apoyado con desidia sobre el escritorio de su caja— comenzó a vibrar de manera intermitente.

—Un momento, por favor —espetó Jerry a su interlocutor.

555-2705-1503...

555-2705-1503...

El teléfono móvil bailaba sobre la mesa con cada pulso de la llamada. Broxton quedó petrificado mirando la pantalla del aparato. La silueta de un hombre sin rostro con el número brillando en la parte superior no dejaba de asaltar su atención.

555-2705-1503...

—¿Sr. Broxton? —dijeron desde el otro lado de la conversación.

Jerry permaneció petrificado durante unos momentos, sin parpadear; fija su mirada en el teléfono hasta que el señor sin cara cedió el puesto de nuevo a la imagen de fondo. Un símbolo de llamada perdida quedó reflejado en la barra de notificaciones.

—Discúlpeme, señor... *Ehhh...* Ya estoy de nuevo con usted —respondió.

La conversación terminó alargándose hasta cerca de la media hora. Fue entonces cuando el teléfono de Jerry volvió de nuevo a agitarse: dos cortas sacudidas, esta vez. Era un mensaje de texto que transportaba un escueto consejo:

555-2705-1503: Sólo decida.

El teléfono de mesa sobre su escritorio comenzó a vomitar su fanfarria de un modo desagradable e innecesario. Toda la caja resonaba como el cuerpo de una guitarra. El maldito aparato devolvía a Broxton a la realidad con una incómoda bofetada: fue como despertar de repente en mitad de una pesadilla en la que sólo alcanzas a recordar el terror, pero no su causa.

Descolgó.

—*Jerry...* —Cathy estaba al otro lado del auricular—, *sube. El jefe quiere hablar contigo* —su tono mostraba evidentes notas de preocupación—. *No lo demores demasiado, me parece que no anda de muy buen humor.*

Broxton había metido la pata con el caso del enchufado. Había pasado por alto el recálculo de un par de partidas que sumaban varios millones de dólares, por lo que acabaron excluidas de la declaración de impuestos. La empresa afectada acabó sancionada con un par de cientos de los grandes que ahora reclamaba directamente a la asesoría. El seguro se haría cargo de la cuantía, pero eso no le importaba lo más mínimo al mandamás —un tipo acomplexado que creía que sabía más que todo el mundo por el simple hecho de pagarle su salario—. Todo, por mantener el culo de su Lenny a salvo.

Así que Broxton *decidió*.

Al regresar a su *caja*, se fue directo a su teléfono móvil y respondió a la llamada perdida.

«¡A la mierda toda esta mierda!»

Ya estaba hecho. La cita sería en Tony's, a la salida del trabajo. Esa misma tarde.

Capítulo IX

Pobre mujer.

El jefe Copley pensaba en la madre de su amigo «*The Wall*» mientras recorría el camino de vuelta hacia Allenton. Una ancianita encantadora que acababa de perder al único hijo que le quedaba. Su menor hacía unos años que había perecido abatido por fuego amigo en la guerra de Afganistán, así que la madre patria le cambió un benjamín por un puñado de medallas póstumas. ¡Qué mal negocio!

«Ese desgraciado... Tendría que haber mirado a los ojos del mismísimo Satanás para quedar así», pensaba.

Jim tenía claro que no se trataba de una muerte fortuita. Algo espantoso debía haberse cruzado delante de las narices de ese toro tejanero de doscientas ochenta libras de puro músculo para perecer de un modo tan truculento.

La negra espesura que flanqueaba la carretera daba paso de nuevo a la extensa explanada yerma antes de volver a cerrarse sobre la cabeza de Copley. De la radio ya no brotaban las animosas notas de los clásicos del folk: ahora era el silencio el que ocupaba el lugar de sus rústicas melodías. Un mutismo que quedaba quebrado de repente mediante una voz mecanizada detrás de la emisora.

—*Jefe, ¿me copia?* —Gildy. De nuevo al aparato.

Después de unos segundos de silenciosa reflexión, Copley abandonó su trance para responder.

—Te copio...

—*Accidente de tráfico en Tower Hill Rd.*

—¿En serio? —Copley lanzaba un largo suspiro. —Vaya nochecita.

—*Y usted que lo diga, jefe.*

Jim volvió a conectar la sirena silenciosa y el rugido del motor del Crown Victoria inundó de nuevo con fuerza la arboleda. Los halos azules y naranjas volvían a preñar los bosques de alargadas y veloces sombras multicolor. La luz blanca de la gasolinera ya comenzaba a adivinarse sobre las frondosas copas de los árboles.

—*Ha sido Henry Lockwood. Ha estrellado su Cadillac Seville contra la boca de incendios y la ha destrozado.*

—¿Lockwood, el de la ferretería? —respondió Copley.

—*El mismo.*

—Pues se habrá liado una buena si ha reventado la boca... —espetaba Jim con resignación.

—*Ya he avisado a los de la compañía del agua. Parece ser que la riada llega ya casi hasta la salida de la autopista.*

—Bien hecho, encanto.

—*¿Quiere escuchar algo curioso, jefe?* —Gildy entonaba la pregunta de un modo cómico tratando de quitarle hierro al asunto.

—Dispara.

—*Han sido varias las llamadas que hemos recibido de los vecinos que circundan al lugar del accidente. Parece ser que Henry salía del vehículo dando tumbos y gritando como un demente.*

El jefe guardaba silencio; un escabroso malestar empezaba a rascar con sus dedos sobre la superficie endurecida de su corazón.

—*Todos coinciden en que se le veía claramente borracho y por completo aterrorizado...*

Aterrorizado. Esa palabra parecía haber activado un resorte específico en el cerebro de Copley hasta el punto de provocarle un escalofrío.

—¿Aterrorizado? De qué —espetó.

—*No está muy claro, jefe. Dicen que, más que hablar, balbuceaba. Pero sí entendieron muy claro una cosa que repetía una y otra vez: «Ya están aquí, ya están aquí...».*

Copley aguardaba en silencio desde el otro lado de la emisora. En la distancia, el halo de la gasolinera se dibujaba ahora sobre el asfalto de la carretera de un modo peculiar: las estrellas del firmamento se reflejaban titilando sobre el áspero alquitrán al igual que el avejentado letrero de neón. Había algo que estaba anegando la calzada

—Quiénes están aquí... —añadió.

—*¡Ah!* —exclamó Gildy con desconocimiento. —*Ni idea, jefe. «Cosas de borrachos», me decían los vecinos.*

Jim suspiraba. Aún tenía grabado en sus retinas el rostro transfigurado de su amigo *The Wall*.

—¿Quiere que saque a Torres de la cama y le digo que vaya para allá?

—No, cielo. Voy de camino. Aunque espera un...

Copley aminoró la marcha de su Victoria hasta terminar deteniéndose a la altura de la estación de COLEMAN & COLE. Un riachuelo de combustible manaba desde uno de los surtidores y se extendía sin obstáculo desde el suelo de la gasolinera hasta la carretera.

—*¿Jefe?* —musitó Gildy desde el otro lado de la emisora.

Jim presionó suavemente el pedal del freno y con un pausado giro de volante apuntó el morro de su vehículo hacia el interior de la estación.

—Gildy, ha ocurrido algo en la gasolinera. Uno de los surtidores tiene la manguera arrancada y ha derramado todo el combustible por el suelo hasta la carretera. Voy a echar un vistazo —Copley detuvo el motor del vehículo. Los neumáticos del Crown Victoria dibujaron con gasolina hermosos patrones geométricos sobre el cemento de la estación.

El hálito intenso de vapores de carburante inundó las fosas nasales del jefe mientras se apeaba del coche. Un vértigo fortuito lo zarandó por el cuello durante unos segundos, obligándole a sacar un pañuelo de su bolsillo y arrimárselo a la nariz para tratar de controlar la náusea. Sin cejar en su extrañeza, Copley levantó la mirada hacia el establecimiento en busca del muchacho tras el enrejado. El joven Tucson.

«Pero qué diablos ha pasado aquí».

El jefe apretaba sus ojos maduros intentando enfocar en la distancia: los años habían recompensado su imperecedera valentía con una incipiente miopía. El mostrador parecía revuelto y al fondo se adivinaba la cristalera rota de uno de los refrigeradores. Desplazó sus ojos hacia la izquierda, escudriñando cada centímetro de cemento y cada bloque de ladrillo: la puerta se le antojaba entreabierta. Con extrema lentitud, Copley se echó mano a su cartuchera y liberó el seguro de cuero de su pistola reglamentaria. La asió con su mano derecha y la aseguró de inmediato por la base de la culata con la izquierda. Sus pasos se volvieron felinos y sus ojos quedaron abiertos como los de una lechuza.

Jim se aproximaba en silencio con el hocico del revólver encañonando al suelo.

Un paso más.

Y otro más.

Y otro.

La fina tierra del bosque que salpicaba el cemento de la estación crujía en cada pisada machacada por las ásperas suelas de sus botas.

Y otro paso más.

De una muda zancada, Copley apoyó su espalda sobre uno de los flancos del local y alargó lo que pudo su cabeza tratando de otear el interior del recinto.

—La madre de Cristo... —musitó al tiempo que esbozaba una mueca de repugnancia con sus labios. Su corazón dio un respingo y una garra invisible apretó con fuerza la boca de su estómago.

El jefe empezó recorriendo con sus ojos cada uno de los rincones de la tienda que su forzada perspectiva le permitía.

«Calma, Jim. Calma».

Sus manos apretaban la empuñadura del revólver hasta cortar la circulación en la punta de sus dedos. Se agachó despacio y quedó en cuclillas bajo las amplias cristalerías recorriendo a hurtadillas la fachada hasta llegar a la altura de la puerta.

Otro rápido vistazo tras el cristal.

Otra mueca de espanto.

«Maldita sea».

El lejano graznido de un cuervo sacaba a Copley del aturdimiento.

Un mar de sangre oscurecida tintaba en ese momento todo el suelo del local. Sobre sus orillas, pequeñas marcas de pisadas de animales quedaban estampadas sobre la solería como la huella de una hueste del infierno que abandonaba ese océano escarlata hacia la libertad. El olfato de Jim parecía haberse acomodado del todo al intenso olor a combustible que ahora se mezclaba con el olor ferroso de la sangre.

De nuevo, otro graznido, otro sonoro gorgoteo. Esta vez el eco resonaba por la estación como un clamor fúnebre y desalentador, como una llamada profunda a las almas de los penitentes. Copley miró al frente, aún con su espalda apoyada contra la rugosa pared y sus piernas flexionadas bajo las cristalerías. Sobre los surtidores, una docena de cuervos más negros que el alma de La Parca lo vigilaban con sus ojos fulgurantes. El palmeo explosivo de sus aleteos en el aire llegaba hasta los oídos de Jim como un martillo de acero golpeando su corazón. Copley regresó su mirada al espectáculo tras

la puerta de cristal y se aventuró a atravesar el umbral tratando de no perder la postura agazapada.

En el establecimiento ya no había nadie, eso lo tuvo claro nada más colocar sus oídos en el interior del establecimiento. Así que se levantó.

Sólo reinaba el caos. Sólo reinaba el espanto. Sólo la muerte. Jim fue consciente de ello mientras contemplaba el cadáver desangrado del muchacho observándole desde la oscura profundidad de sus cuencas vacías. Se atrevió a imaginar el rostro de terror del joven antes de que su calavera quedara del todo al descubierto: la instantánea de la lengua mordisqueada dentro de la mandíbula de hueso cubierta de sangre oxidada le provocó un vómito explosivo que no pudo contener. La cálida y ácida pulpa de la digestión de Copley se dispersaba por ese océano de sangre estancada liberando unos efluvios que poco debían distar del cáustico aroma del Averno.

«Que Dios nos asista...».

Otra arcada.

En ese momento, un estrépito a las espaldas de Jim lo obligó a torcer de inmediato su cabeza aún con la flema del vómito asomando entre las comisuras de sus labios. El contenido de una de las estanterías de material para barbacoas había caído aparatosamente al suelo. Copley aferró con fuerza su revólver y apuntó el arma en su dirección. Si en ese instante una sombra se hubiera cruzado por delante de su cañón, Jim habría vaciado por completo el tambor sobre su vaporoso pecho.

De nuevo, ese insidioso gorgoteo de los cuervos que sonaba como quebradas carcajadas nacidas desde sus diminutas gargantas. Jim miró hacia el exterior con agitación, pero no pudo creer lo que sus ojos le mostraban.

—Mierda... —musitó.

Copley intentó lanzar una apresurada zancada. Su ejercicio resultó tan

repentino que la acrobacia le hizo resbalar con la sangre y terminó estrellando la parte baja de su trasero contra el suelo. El estruendo de un disparo que acertaba sobre la cristalera de uno de los refrigeradores estalló contra los oídos del jefe: Jim tenía el dedo sobre el gatillo de su revólver y lo había disparado a causa del impacto de la caída. Movido sólo por un atávico instinto de supervivencia, el jefe dejó empapadas de sangre las palmas de sus manos en una desesperada tentativa por levantarse y escapar.

En el exterior, un pequeño grupo de mapaches jugueteaba sobre el extenso charco de combustible con un paquete de fósforos que acababan de hurtar de una de las numerosas estanterías del establecimiento. Los cuervos los observaban en silencio como gárgolas de carne sobre cornisas de metal, impávidos ante el irremediable e ígneo final que estaba a punto de acontecer.

La sangre bombeaba con fuerza sobre los tímpanos de Copley; apenas alcanzaba a escuchar sus propios pensamientos. Los cuervos graznaban al tiempo que los mapaches gemían tratando de comprender la sencilla mecánica de combustión del fósforo.

El jefe logró ponerse en pie, y, tras un par de largos pasos, consiguió a llegar hasta la puerta.

Estaba bloqueada.

Golpeó con fuerza el mango, pero no cedió.

Uno de los mapaches parecía haber resuelto el áspero acertijo, aunque frotaba la cerilla por la parte equivocada de la caja. Los cuervos aleteaban y graznaban con euforia; sus mórbidos gorgoteos taladraban repetidamente las esperanzas de Copley.

Jim lanzó varios golpes contra el vidrio del umbral con la culata del arma, pero el cristal de la puerta seguía resistiendo sus embestidas. En ese momento reparó en un detalle que antes le había pasado por completo

desapercibido: sobre el suelo se dibujaban con sangre las huellas de unos zapatos que se alejaban del local en dirección al bosque. No eran las marcas características de sus recias botas, no. Eran huellas de zapatos de vestir. Huellas, como las que hallaron en el refugio. Huellas, como las del hombre que imprimió en el rostro de su amigo la imagen misma del terror más primitivo. Las huellas de ese, o de eso, que terminó por arrancarle la vida sin pena ni remordimiento. La templanza de Jim quedó entonces herida de muerte.

Con el misterio ardiente ya resuelto, otra de las pequeñas bestias tomó el relevo y comenzó a restregar el fósforo por la parte apropiada de la caja, sólo que, esta vez, lo hacía con el extremo equivocado de la cerilla. Uno de los cuervos bajó nervioso hasta el terreno de juego, aleteando y molestando a los mapaches más holgazanes.

¡No seáis perezosos y ayudad a vuestros hermanos, sabandijas de a pie!, trataría de decir el ave del infierno.

Copley vació el tambor del revólver sobre la cristalera de la puerta. Los disparos parecían haber debilitado la estructura del cristal reforzado, por lo que comenzó a propinarle un sinfín de coces y puntapiés.

No cedía.

Lo habían logrado: el fósforo se inflamó. «¡Al fin!». Pero la agitación desmedida del eufórico animal sobre la cerilla volvía de nuevo a consumirla. «¡Imbéciles!». Un fino hilo de humo ascendía hacia el techo ante la mirada atónita de los mapaches y el clamor decepcionado de los cuervos.

Jim corrió de nuevo hacia el extremo opuesto del establecimiento asiéndose con brusquedad a las estanterías para no volver a golpear el suelo encharcado. Colgado sobre el cadáver del joven descansaba un enorme y pesado extintor, así que agarró la bombona en un arranque de

desesperación y regresó lo más rápido que pudo hasta la puerta.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!...

Golpeó el cristal con todas sus fuerzas hasta en diez ocasiones, por lo que el marco entero acabó rindiéndose ante su desmedida insistencia. Y Copley arrancó a correr hacia la negrura del bosque.

Una zancada.

De nuevo, el fuego sobre el fósforo.

Dos zancadas.

Los mapaches tras por el éxito.

Tres zancadas.

La llama alimentaba ahora la gasolina.

Cuatro zancadas.

Los cuervos graznaban y agitaban sus alas en una ampulosa orgía de satisfacción. Los mapaches corrían en círculos tratando de huir de la inminente inflamación.

Cinco zancadas.

El charco estalló en un bostezo flamígero cuya expansión resonó a lo largo de toda la estructura. El coche patrulla se transformó en una bola de fuego en menos de lo que dura un parpadeo.

Seis zancadas.

Los mapaches corrían ahora invadidos por las llamas. Los cuervos levantaban el vuelo.

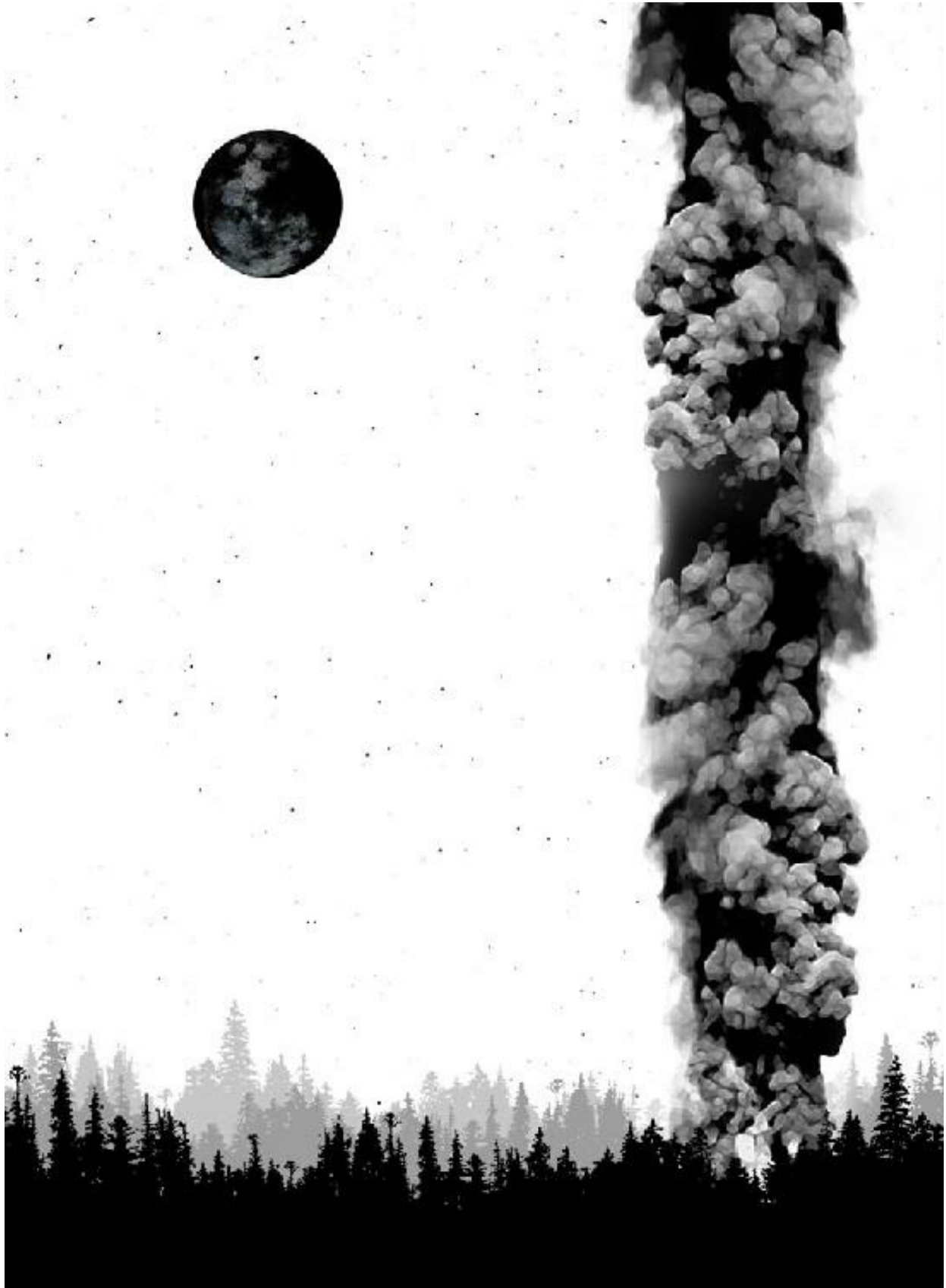
Siete zancadas.

El surtidor se inflamó.

Ocho zancadas.

Y las puertas del infierno se abrieron entonando el acorde final de la más apocalíptica de las sinfonías: una descomunal explosión de fuego purificador que se elevaba hacia ese oscuro firmamento ornamentado por

una pálida luna llena de invierno.



Capítulo X

Los amplios portones de la iglesia reverberaban por su interior con cada uno de los golpes que Lockwood les propinaba. Si en sus manos hubiera estado el poder para derribarlas, de seguro que lo habría hecho.

—¡Por el amor de Cristo resucitado! Pero quién demonios atenta así contra la casa de Dios.

El viejo reverendo Cochrane acababa de disponer sobre su mesa una modesta cena a base de pollo y arroz. El irritante estruendo de los golpes que el borracho de Lockwood descargaba sobre las puertas descendía resonando desde la nave central del templo hasta sus aposentos junto a la capilla, un nivel por debajo del suelo. El sacerdote agarró una bufanda y se la enroscó en el cuello después de ajustarse su bata de andar por casa: la temperatura del alto recinto de culto de la iglesia podría diferir hasta en diez grados de temperatura respecto a las dependencias inferiores.

—Ya va. ¡Ya va!

Los apasionados golpes sobre las puertas seguían retumbando con insistencia entre las paredes, aunque el rumor de murmullos en el exterior parecía haberlos sofocado durante unos instantes. El reverendo hurgó entre los bolsillos de su bata en busca de las llaves.

—¡Por el amor de Dios! Pero ¿qué está pasando aquí?

La hoja de la puerta entreabierta dejaba ante el padre Cochrane a un Henry Lockwood completamente desenchajado, empalidecido, con el rostro salpicado de un sudor viscoso. Apestaba a whisky. A sus espaldas, una pareja de preocupados vecinos trataban de calmar al atormentado.

—Cielo santo, muchacho. Tranquilízate —espetaba el padre Horace.

—Ya... Ya v... Ya e... —Lockwood no lograba pronunciar con claridad nada de lo que salía de su hedionda boca.

—¡Cálmate, joder! —uno de los vecinos lo agarró de ambos brazos y lo zarandeó. El hombre se agitaba como un pelele de trapo. Tras liberarlo, el borracho cayó y quedó sentado en el suelo antes de que el brillo de sus ojos se tornara cristalino y comenzara a sollozar.

—A ver, hijo —añadió el reverendo sin dejar de observar a su derecha cómo el intenso caudal de agua brotaba como una fuente de la boca de incendios destrozada—. Trata de calmarte y cuéntanos qué te ha ocurrido. No te va a pasar nada, ya estás a salvo —las palabras del sacerdote parecían ejercer un efecto balsámico en el angustiado corazón de Lockwood. En las ventanas de las casas circundantes se intuían siluetas de curiosos a contraluz.

—Pa... Padre —sollozaba—. Ya están aquí. Ya... ya vienen —balbuceó sin dejar de mirar al padre Horace con sus ojos vidriosos.

—Quién viene, hijo mío.

—La... Muerte, La Muerte ya está entre nosotros. Como usted dijo... Padre, ¡confiéseme, padre! ¡Confesión! No quiero arder en las llamas del infierno —el atormentado se agarraba con fuerza desde el suelo a la bata del sacerdote y se postraba de rodillas en gesto de absoluta sumisión.

—Qué estás diciendo, muchacho —el reverendo apoyaba la mano sobre su hombro—. Has bebido, y mucho. Eso es lo que ha pasado.

—He bebido, padre, claro que he bebido... —una mueca de decepción empezó a dibujarse en el rostro de Lockwood—. Pero lo que han visto mis ojos no lo ha creado el alcohol. Lo que han visto mis ojos no pertenece a este mundo, ¡padre!

Los rostros de la pareja comenzaban a demudar hacia una insidiosa

inquietud.

—Hijo mío...

—¡Cállese! —interrumpió Lockwood desde el suelo—. Usted mismo lo dice... ¡En su programa! Siempre lo dice. El fin se acerca, ¡arrepentíos! — la vehemencia del hombre se volvía turbadora por momentos.

—Así es, hijo, el fin se acerca. Pero no va a venir sólo a buscarte a ti, pobre ingenuo. Se acerca para todos, y vendrá en forma de... De apocalip... De apocalipsis global —el sacerdote trastabillaba las palabras al comprobar con sus propios ojos lo que sus insanas premoniciones televisadas podían hacer con la voluntad de los espíritus más débiles. En la frente del párroco comenzaban a adivinarse unas cuantas perlas de sudor.

—Pero padre... —añadió—. Me habló. ¡Me habló! Y sus palabras ¡eran La Muerte!

—Qué palabras oíste, pobre pecador —al igual que en la expresión de su rostro, en el tono del sacerdote se intuía ahora un incipiente fanatismo.

—No eran palabras, padre... No eran... ¡eran La Muerte!

—¡Tranquilízate, por favor! —exclamó el reverendo—. ¡Explícate!

—Padre... Yo venía de celebración... Regresaba de casa de unos amigos...

—Con unas copas de más ¿verdad? —interrumpió uno de los vecinos.

—Sí, con unas cuantas... —continuó—. La cuestión es que tuve que parar en la gasolinera a repostar —sus palabras se volvían cada vez más nítidas. Era como si el terror que lo embargaba estuviera acelerando el drenaje del alcohol en su sangre—. Me acerqué a la garita a pedirle al chico de los Tucson que me echara veinte pavos, y cuando terminé de meter la boca de la manguera en el depósito alguien salió del bosque... Alguien, ¡o algo! —el hombre comenzaba a tiritar—. Cuando quise darme cuenta, ¡casi lo tenía encima! No me llamó, pero algo dijo que no fui capaz de

entender, porque sus palabras no eran palabras, eran La Muerte.

—La Muerte... —repetía el reverendo.

—Sí —insistía—. No eran palabras, padre, ¡pero era un lenguaje! De eso estoy seguro. Uno que te hace estremecer con cada una de sus sílabas.

—Cálmate, hijo mío —el viejo Cochrane apoyaba ahora sus manos en los hombros de Lockwood—. Y cómo era eso que dices que salió del bosque.

—Era un hombre, padre. Un hombre... Iba vestido como un hombre... Andaba como un hombre... Pero no hablaba como un hombre... No, no era un hombre, no podía serlo. No... Imposible. ¡Era La Muerte!

Aún arrodillado, Lockwood giró su torso sin dejar de agarrar la bata del sacerdote y apuntó con su dedo tembloroso hacia la lejanía sobre la oscura arboleda.

—¡La Muerte, padre! Allí mismo, donde el resplandor blanquecino de la gasolinera.

En un instante, un espectacular fulgor anaranjado brotó tras su dedo floreciendo sobre el horizonte: una enorme bola de fuego se abría paso entre los árboles en un impetuoso intento por escapar del mundo. Al brillo del infierno se le sumaba a los pocos segundos un atronador estallido que llegaba hasta los flacos oídos de los habitantes acompañado de una poderosa ráfaga de aire caldeado.

¡Baoouuum!

Desde el interior de las casas más cercanas comenzaron a escucharse un carrillón de gritos amortiguados. Los lugareños abandonaban de uno en uno la falsa seguridad de sus hogares unifamiliares.

—¡Jesucristo salvador! —masculló el reverendo Cochrane. ¿Sería cierto que habría llegado El Final? —«No. No tiene por qué». Pensó. «Ha sido una maldita casualidad».

Quería creerlo, pero no podía.

—¿Habéis visto eso? —espetó una mujer a su vecino desde una vivienda próxima—. Ha sido en la gasolinera, ¿verdad? —el rumor empezaba a extenderse con rapidez entre la turba agitada por la curiosidad.

La hojarasca arrastrada desde el bosque por la onda expansiva aún se zigzagueaba por la avenida mientras el aire trataba de recobrar la calma después de la detonación. El fulgor del fuego dejaba el horizonte coloreado de un tono crepuscular que oscilaba sobre las copas de los árboles de un modo hipnótico. El intenso incendio parecía contenido en un área muy específica, y es que el averno aún no había sido capaz de vencer las húmedas y gélidas barreras propias del invierno.

—¡Se lo dije, padre! ¡Se lo dije! ¡Ya están aquí! —Lockwood ya no balbuceaba, Lockwood ya no temblaba; parecía derrotado ante su inevitable final.

—¡Cállate, hijo, por el amor de Dios! —el padre Cochrane empezaba a ponerse nervioso. Y es que trataba con esfuerzo de ocultar el dolor de una insidiosa espina de remordimiento que en ese instante se clavaba en silencio dentro su corazón—. Maldita sea... —blasfemó entre dientes—. Esto es sólo una maldita casualidad, Henry.

El rostro de Lockwood se tornó en horror y decepción, y el hombre empezó a retirarse a rastras de los pies del reverendo.

—¡Traidor! ¡Pecador! ¡Tú estás con ella, lo veo en tus ojos, tú estás con La Muerte! Las habladurías llevaban razón. ¡Farsante!

La pareja de acompañantes miró al sacerdote con una mezcla de complicidad y resignación. Mientras tanto, el gentío ya se adivinaba aglomerándose en la calle de un modo atropellado; el espectáculo de la fuente vomitando agua sobre el vehículo accidentado había cedido el protagonismo a la imponente columna de humo y fuego que se abría paso

hacia un cielo en el que las estrellas se habían apartado para hacer hueco a la nada, y en el que la luna llena habría preferido mirar hacia otro lado antes que soportar el inenarrable espectáculo que estaba por acontecer.

Henry Lockwood comenzó a correr calle arriba como si el mismo Diablo le estuviera persiguiendo. Su paso era firme, recto y veloz, sin una sola muestra de alcohol en su sangre, y sin embargo, sus temores se habían vuelto los propios de un demente desahuciado. La pareja miraba de manera distraída cómo el fuego de la gasolinera intentaba sin éxito escalar ese pilar de humo espeso y oscuro que se elevaba hacia el vacío infinito. La columna parecía gozar de vida propia: ascendía y descendía, ascendía y descendía, majestuosa, retorciéndose hasta topar con una corriente de aire de altura que la desviaba por el horizonte en dirección a la autopista.

El padre Cochrane, esta vez con un terror olvidado resurgiendo en ese momento desde su interior, observaba cómo dos poderosos focos de luz se acercaban presurosos por la avenida.

El motor del monstruo de metal rugía como un toro salvaje mientras descendía a toda prisa por Tower Hill Rd. Las ruedas del vehículo rechinaron sobre el asfalto tras un ágil volantazo, víctimas de una forzada maniobra para tratar de esquivar la improvisada maratón que Lockwood ejecutaba calle arriba. El Buick del viejo Tucson atravesaba ahora la turba arremolinada apurando al máximo cada frenada. Dando un giro acelerado hacia la izquierda enfiló el morro en dirección a la carretera que lo llevaría hasta la gasolinera. El estómago de su conductor ardía tan fuerte como la imponente columna de fuego a la que se dirigía, y, sin embargo, nada podría hacer ya esa antigua gloria del boxeo —Leroy «*Big*» Tucson, el peso pesado—, para mantener a su nieto del lado de los vivos. Las alimañas habían hecho del chico un macabro y succulento festín, y habían regalado su cuerpo inerte a las llamas como una muestra de oblación y servidumbre

hacia las fuerzas de las tinieblas.

De nuevo, flotando en el aire como una promesa de perdición, un grave rumor que manaba desde la profundidad del bosque agitó los corazones del cada vez más abundante gentío que se concentraba en la calle. El reverendo Cochrane se agarró el pecho con su mano derecha y la apretó con fuerza hasta que las puntas de sus dedos quedaron blancas como la tez de la luna, una luna plena que los observaba con un temor contenido, oculta detrás de un velo de humo más negro que los temores del sacerdote.

Las ratas llegaron después de que el bosque suspirara.

Capítulo XI

El viejo Tucson pisaba a fondo el pedal del acelerador de su Buick, deshaciendo a toda prisa el par de millas que quedaban en Hamilton Rd. desde Allenton hasta la estación de servicio.

Los árboles desfilaban por sus costados con una celeridad vertiginosa mientras las sombras de los faros esbozaban formas caprichosas sobre el oscuro lienzo forestal. El bramido ensordecedor del motor forzado levantaba un inexpugnable muro de ruido sobre los oídos del hombre, ya que su pierna se hallaba estirada como un madero sobre el pedal del acelerador.

El hipnótico resplandor de la columna de fuego inundaba el interior del vehículo como una cascada rojiza que se acrecentaba a medida que el viejo acortaba distancias con ese infierno que se había desplegado sobre la tierra.

Las esperanzas de Tucson se diluían entre la tristeza con cada centenar de pies que el vehículo consumía. Si el muchacho se hallaba en su puesto en el momento de la explosión, nada podría hacerse ya distinto de rezar por su alma; sus restos habrían quedado flotando por el cielo como copos de nieve gris que navegan sobre un mar de humo embravecido.

El chico de los Tucson era colegial en Kingstown. Lo cierto es que no destacaba en los estudios de una manera especial, aunque sin duda resultaba un muchacho bastante trabajador. Se fue a vivir con su abuelo materno, el viejo Leroy Tucson, por deseo expreso de su madre. De ese modo, el chaval daría a su pariente —viudo desde hacía unos años— la compañía que necesitaba, y éste cuidaría de él como si se tratara de su propio hijo.

El viejo no lograba lidiar con la dolorosa impotencia que en ese

momento lo estrangulaba, y es que hay veces en las que la diosa Fortuna acaba dándonos la espalda y nos arroja sin avisar a un profundo pozo colmado de pestilencia.

El majestuoso resplandor del brazo de fuego se empeñaba en ocupar el espacio de las tinieblas. Sin esperarlo, el asfalto bajo las ruedas del Buick de Tucson comenzó a estremecerse y agitarse entre quebradizas y bruscas sacudidas. El viejo notaba cómo su cuerpo entero se oprimía con rapidez hacia abajo, hundiendo sus anchas nalgas en el asiento todo lo que el duro almohadón bajo sus posaderas le permitía. Algo estaba levantando el vehículo de un modo súbito y extraordinario.

¿El vehículo?

No sólo el vehículo.

La extensa columna de fuego comenzaba a inclinarse dibujando un amplio arco de humo que no dejaba de apuntar hacia el firmamento. Bajo el Buick del viejo Tucson todo el terreno circundante escoraba a la derecha. Los árboles de su flanco izquierdo se elevaban hacia el cielo mientras los del costado derecho se hundían entre las sombras: la calzada entera se inclinó durante unos momentos no menos de treinta grados. Big Tucson trató de rectificar la trayectoria del vehículo con un golpe de volante para evitar salirse de la carretera, pero sus reflejos ya no eran los de antes. Tampoco su destreza. El eje trasero del coche derrapó con suma facilidad y el vehículo acabó trazando un giro forzado de noventa grados.

Pero ¿qué diablos era eso que se había cruzado ante sus ojos? El viejo había atisbado algo parecido a una silueta humana dibujada entre la frondosidad, iluminada durante un instante por los faros del Buick en plena rotación. El coche finalizó su cabriola estampándose contra un árbol.

En la mente del viejo, sólo tinieblas.

En el exterior, fuego y caos.



«¡Tucson... Tucson...!».

A los oídos del anciano llegaban gritos sofocados que mencionaban su nombre.

«¡Tucson...! Reacciona. ¡Tucson...!».

Sus ojos iniciaban poco a poco su viaje de retorno desde el vacío. Unas líneas borrosas de tonalidades ambarinas comenzaban a dibujar formas delante de él.

—Tucson... Despierta, soy Copley. ¡Despierta!

El jefe agitaba al viejo agarrándole sus dos rechonchos carrillos del color del chocolate.

—Qué... Qué ha... Qué ha pasado —alcanzó a responder.

La columna de fuego se hallaba de nuevo erguida salpicando el techo nocturno de sus nocivas emanaciones. El bosque y la calzada volvían a encontrarse nivelados, aunque todo el pavimento había quedado salpicado de grietas, brechas y hondonadas. Algunos de los árboles menos robustos habían cedido ante la inclinación y terminaron cayendo. A los pies del infierno, sólo un armazón de metal quedaba ya como recuerdo de lo que otrora fuera una modesta gasolinera comarcal.

Tucson no sabría decir cuánto tiempo pasó desde el impacto hasta que recuperara la consciencia. Después de unos pocos segundos de confusión, la angustia volvía a asaltar su corazón trayendo ante sus ojos el recuerdo de su infortunado familiar.

—Mi nieto... —las lágrimas brotaban con timidez desde sus ojos.

—Lo lamento, Leroy —musitó—. Ya no hay nada que podamos hacer

por aquí —el jefe Copley, con sus vestiduras rasgadas y el rostro ennegrecido por el hollín, había preferido ahorrarle al pobre viejo la noticia del atroz festín que le había tocado contemplar. El mejor regalo que podría hacerle en ese instante era la idea de un final rápido e indoloro, aunque no existiera nada que se alejara tanto de la cruda realidad. A partir de ahí, ese sería el secreto mejor guardado de James Copley hasta el día de su muerte, y sin embargo, por otro lado, no sería esa la más espantosa de las confidencias que se encontrarían ocultas entre las gentes de Allenton. El misterio más sórdido y truculento de la historia de esa modesta ciudad estaba a punto de revelarse.

Tucson se llevó sus artríticas manos a la cara a la vez que se deshacía entre sollozos. Jim le apretaba el hombro con sus ojos llenos de lágrimas contenidas.

—Vámonos, Leroy. El coche todavía funciona. Sólo ha recibido un fuerte impacto en el maletero —el jefe invitaba al viejo con un amable gesto de su mano a cederle el puesto de conductor—. Lo llevaré yo.

El Buick, con el motor todavía girando, inició la marcha de vuelta hacia la ciudad.

A Copley le ardían las palmas de las manos sobre el volante: dolorosas llagas se adivinaban horadando su piel en las zonas que habían quedado más expuestas al hálito del infierno. El tejido sintético de la chaqueta sobre su espalda había resultado parcialmente volatilizado dejando al descubierto una camisa color crema salpicada de tizne, sangre y suciedad. Su Stratton se había evaporado dentro del Ford Crown Victoria del que sólo se intuía ya un delgado esqueleto de metal incandescente a través del retrovisor del Buick.

La pesadilla ígnea se alejaba de ellos lo más rápido que las maniobras de Copley para esquivar obstáculos le permitían. Lo que aún desconocían

era que abandonaban un infierno de fuego para adentrarse en un averno de oscuridad.

El viejo Tucson trataba de contener sus sollozos desde el puesto de copiloto. Mientras tanto, Jim, con su mirada fija en el haz de luz que los faros del coche dibujaban sobre el asfalto, aún se preguntaba qué diablos estaba ocurriendo en aquella tranquila localidad. Qué podrían haber hecho las gentes de Allenton para que Dios quisiera castigarlos de un modo tan atroz. Lo cierto era que sí, estaban siendo castigados; que sí, algo había ocurrido en Allenton que había traído el infierno a la tierra; aunque no, no era el Dios de los cristianos el que aplicaba su implacable justicia retributiva. Y es que no existe espacio para un dios benevolente en un cosmos dominado por entidades primordiales más antiguas que el propio universo.

El brazo de fuego era ya sólo un resplandor rojizo a sus espaldas cuando el vehículo se vio forzado a detener su marcha. A poco más de una milla hasta Tower Hill Rd., una enorme grieta aparecía atravesando la calzada de lado a lado separando inevitablemente a Allenton del camino hasta Annaquatucket.

—Se acabó, Tucson —musitó el jefe poco antes de detener el motor.

El viejo, con los ojos todavía vidriosos, asentía con la cabeza sin articular palabra alguna.

—Vamos —añadió—. Salgamos de aquí. Me temo que algo maligno se está cociendo en esta pequeña ciudad.

Copley, soltando sus ampollosas manos del volante al tiempo que plasmaba en su rostro una mueca apagada de dolor, no dejaba de otear por el retrovisor el ígneo resplandor que oscilaba a los pies de ese coloso de humo que seguía elevándose hasta las alturas.

—Seguiremos a pie por la carretera —concluyó el jefe.

El viejo se apeó del vehículo a la velocidad que sus gastadas piernas y su malogrado ánimo le permitían. Mientras, Jim aprovechaba para recargar el tambor de su revólver.

De repente, un murmullo extraño.

Big Tucson abría sus marchitos ojos tanto como sus párpados enrojecidos por la tristeza le consentían, apuntando su mirada hacia la frondosidad. Jim acompañó su gesto casi al instante.

Un ignoto rosario de voz profunda emergió desde el corazón del bosque aterrizando sobre sus atemorizados oídos. A los pocos segundos, unos tímidos y apagados chasquidos desde la distancia comenzaron a martillar su ya de por sí confundida razón. Era como una sinfonía macabra de corales y percussionistas; como una algarabía de gritos disimulados entre el murmullo del bosque junto a lo que se adivinaban como lejanas detonaciones de disparos.

—Cielo santo, Jim. ¿Qué está ocurriendo aquí? —masculló el viejo Tucson, petrificado.

Cuando los versos cesaron, sólo un eco grave quedó resonando en el aire como una nota lóbrega sostenida por un sinfín de funestos violonchelos. Al galope sobre el melancólico rumor, las campanas de la iglesia de Allenton repicaban sus cuerpos de hierro fundido en una danza alocada de tañidos y piruetas, como el canto de las almas del purgatorio ante la anunciación del Apocalipsis.

Sin añadir una palabra más, Copley alzó la mano sobre el hombro del enorme Big Tucson y tiró de él con paso firme.

«Lo vamos a averiguar».

Capítulo XII

Un clamor penetrante flotando sobre un rumor áspero, de timbre grave y ensordecedor, azotaba en ese momento los tímpanos de los habitantes de la pequeña ciudad de Allenton. Como un siniestra sarta de fatalidades floreciendo desde el interior del bosque, el canto traspasaba su densa frondosidad como si fuera etérea, transportando sus tóxicos versos recitados en una lengua que no merece ser descrita, y mucho menos pronunciada, cuyos vocablos se hallan impedidos a la boca de los hombres desde las eras más pretéritas. Fue entonces cuando los corazones de los lugareños se apretaron contra sus pechos y el alma del padre Cochrane luchó por tratar de abandonar a las malas su macilento cascarón de carne y hueso.

El bosque entero se propuso exhalar un único y poderoso suspiro: su núcleo se hinchó hacia el cielo como un balón de oxígeno arrastrando con él todo lo que le rodeaba. A la velocidad de un parpadeo, el vecindario entero quedaba oprimido contra el suelo en un rápido impulso de ascensión. La tierra rugía mientras masticaba la roca y retorció el esqueleto de metal de la fontanería subterránea y la ferralla de las cimentaciones. El restallido de los latigazos del cableado eléctrico cediendo ante la increíble tensión no hacía otra cosa que alimentar aún más el terror que en ese momento sacudía a los ciudadanos.

Aunque el centro de la arboleda se había alzado hasta una altura considerable plegando el horizonte en una suerte de aterradora colina descubierta, el vecindario —más alejado del núcleo forestal— no habría logrado elevarse mucho más de cinco o seis pies. Suficiente para que la

inmediata caída tras la profunda exhalación del bosque resultara tan espectacular como destructiva.

Los edificios crujieron. Algunos de los ventanales de las múltiples casitas unifamiliares que se repartían por la avenida principal saltaron en pedazos, y unos cuantos vehículos mal asegurados llegaron incluso a desplazarse por la recién nacida pendiente hasta acabar topando estrepitosamente contra el primer obstáculo inamovible que se cruzaba en su trayectoria. Una enorme grieta se había dibujado a lo largo de la torre de la iglesia haciendo a la campana resonar con el impacto. El inagotable géiser que manaba por la boca de incendios regando el Cadillac Seville de Henry Lockwood había cesado de inmediato su actividad. Los vecinos en la calle, muchos de ellos en el suelo, todavía escuchaban el largo y profundo coro que manaba desde la arboleda verbalizado a través de un idioma deshonoroso e inexpresable.

El seísmo había logrado desarticular todo el cableado subterráneo conectándolo innecesariamente con la red de alcantarillado y de aguas residuales, por lo que un centelleante y peligroso cortocircuito terminó reventando la unidad transformadora de la ciudad con una sonora y rotunda explosión. La electricidad quedaba entonces vetada para las gentes de Allenton.

Y con la falta de luz, llegaron las tinieblas.

Desde ese momento una sombra majestuosa, una sombra extensa e imponente, como una colina monstruosa parida por el mismo bosque, se erguía con insolencia bajo el firmamento trazando un horizonte giboso que se dibujaba negro sobre las copas de los árboles.

Era La Muerte.



Tracy Copley tuvo que reducir un par de grados más la calefacción central de la casa. A pesar de que sólo vestía una camisa blanca de manga corta sobre el sostén junto a sus braguitas a juego, poco a poco empezaba a percibir un molesto sudor abriéndose paso entre los pliegues más íntimos de su piel. La mujer no iba a ser consciente del incidente hasta que ya resultara demasiado tarde.

La vivienda de los Copley —una casita unifamiliar ubicada en la parte alta de Tower Hill Rd.— se hallaba lo suficientemente alejada de la gasolinera como para que el estrépito de la explosión terminara llegando tan apagado, que apenas resultaría audible entre la algarabía del programa de variedades que Tracy tenía sintonizado en su viejo televisor.

Cuando a Jim le tocaba el turno de noche, Tracy acababa acostándose muy de madrugada. La mujer tenía la inconsciente creencia de que mientras ella se encontrara desvelada, la preocupación por su marido lo protegería contra las adversidades propias del noctambulismo. Para alargar la vigilia lo máximo posible, la señora Copley arrimaba su sillón al frente de la televisión y buscaba los programas más agitados que por esas horas tan intempestivas se pudieran emitir.

Un controvertido humorista había arrancado esa noche las carcajadas de toda la mesa de tertulia mientras el público se deshacía entre aplausos y vítores por el ácido comentario: Tracy unía una risa perezosa a la del gentío en un arrebatado de complicidad. Entre ella y el televisor, un vaso de agua tónica burbujeaba sobre la mesita esperando recibir el próximo trago.

La mujer trataba de mantener sus ojos fijos sobre el juego de manos que el comediante practicaba desde el otro lado del cristal. Al amparo de su

distracción, un grueso volumen de espuma se había formado en el fondo del vaso y ascendía a la superficie de la bebida como un eructo efervescente que abandonaba el recipiente. A los pocos segundos, otro más. Luego otro. Cuando Tracy comenzó a sentir el temblor bajo sus pies descalzos el refresco ya había comenzado a vomitar burbujas de un modo frenético. La mujer se agarraba a los brazos del sillón con una fuerza instintiva; con la espalda erguida, la cabeza recta y sus ojos oteando con nerviosismo los alrededores de su tenuemente iluminado salón.

«¡Terremoto!», exclamó para sí.

No podía ser. Allenton no era zona de actividad sísmica.

«¿Algún tipo de obra en la vía pública?».

¿A esas horas de la noche? Resultaba imposible.

En el televisor, uno de los tertulianos intentaba responder al humorista con otro comentario aún más mordaz que el anterior, pero se quedó tan corto que lo único que logró fue desencadenar una riada de abucheos entre el público. A Tracy eso ya no le importaba. Lo único que sus ojos veían era la superficie del burbujeante refresco inclinarse suavemente dentro del vaso. En sus oídos, un penetrante rumor agitaba sus tímpanos con un molesto zumbido. El murmullo le llegaba escoltado por un batallón de sílabas grotescas e incomprensibles.

La casa entera traqueteaba. Las cristaleras vibraban mientras que la esposa del jefe sentía cómo su cuerpo se oprimía sin remedio contra el sillón en un impulsivo y aterrador ascenso.

Al poco, una inmediata caída devolvió la estancia a tierra firme. La lámpara del techo se descolgó sobre la cabeza de la mujer propinándole un duro golpe contra su frente.

Y entonces, el vacío.



Los párpados de Tracy trataban de rebelarse contra el sopor. Sus ojos aturridos buscaban entre el desconcierto una silueta familiar a la que poder aferrarse. Ya no se escuchaban tertulias en la televisión; ya no había cómico, ni público, ni sátiras. El vaso de refresco había caído al suelo y su contenido empapaba ahora la alfombra.

Tracy seguía sentada en el sillón, con la lámpara que hacía un tiempo indeterminado se había estampado contra su cráneo posada aparatosamente sobre su regazo.

«Mi cabeza».

La mujer se llevó su mano temblorosa a la cara y notó la humedad de la sangre que manaba desde una pequeña brecha abierta en su frente. Por unos momentos creyó que había quedado ciega tras el golpe: ni siquiera alcanzaba a distinguir con claridad el color de la savia escarlata que resbalaba entre sus dedos. Aún desconocía que la oscuridad sólo había sido una inevitable consecuencia de la pérdida del servicio eléctrico.

De la calle llegaban ecos de lamentos, gritos apagados de mujeres y niños acompañados de fugaces estallidos que terminaban resonando entre las paredes de su propia casa. Una larga frenada; un impacto. Más gritos amortiguados.

Un ligero hormigueo comenzó a apoderarse de su brazo izquierdo. Empezaba en su mano y se extendía con velocidad a lo largo del antebrazo. En menos de cinco segundos el cosquilleo había atravesado el límite de la camiseta y se proyectaba por su pecho. Casi al mismo tiempo, una nueva comezón nacía sobre una de sus rodillas y viajaba lentamente sobre su generoso muslo, mientras que otra picazón surcaba la pantorrilla en claro

ascenso hacia la corva. Las cosquillas también iniciaban la conquista de su cuero cabelludo: escalaban desde la nuca y acababan enredándose entre su pelo castaño. Todavía caliente por la sangre de su frente, Tracy llevó por instinto su mano manchada hacia el codo para aplacar el incesante picor. Fue entonces que sus dedos se entremezclaron con los largos y rígidos filamentos que asomaban sobre la queratinosa cáscara de una insolente cucaracha. El insecto contestó al asalto haciendo vibrar enérgicamente sus alas membranosas.

—¡Iiiiiih!

Con una sonora exclamación de repugnancia catapultada desde unos labios atrapados en una tensa mueca de aversión, la mujer se deshizo del bicho infecto con un nervioso manotazo. Y sin embargo, otras dos insolentes inmundicias color pardo rojizo ya se hallaban revueltas entre su melena. Fue entonces que comprendió con terror cuál resultaría el origen de ese incesante hormigueo que se iba apoderando de su piel semidesnuda.

Tracy quería estallar como un globo. Quería agitarse sin control como un azogado a las puertas de la muerte; estremecerse como un arbusto sacudido por un huracán. Pero el horror más primitivo bloqueaba ahora sus nervios. Las cucarachas seguían con su particular competición de escalada por el cuerpo petrificado de la señora Copley mientras que luchaba contra la insalvable rigidez que le impedía respirar.

—¡Ahhrrrg!

Y ahora, un intenso dolor punzante; como un aguijonazo al rojo vivo que la arrancaba de su trance obligándola a lanzar la pierna izquierda al aire como acto reflejo. El acusado malestar ardía sobre el extremo de su pie, pero sus sentidos aún se hallaban demasiado atrofiados como para reparar en que su carne estaba sirviendo de banquete para las ratas.

—¡Dios mío! —gritó.

No menos de diez roedores luchaban en ese momento entre sí por ser el primero en hincarle el diente al manjar que debería ser el dedo meñique del pie. Un par de alimañas menos pacientes ya habían comenzado el festín por el dedo gordo y el talón. Los animales, de un impreciso color oscuro y una larga cola pelada y blancuzca, se enseñaban entre sí sus sucios dientes amarillentos en una vorágine de agudos y desafiantes chillidos y zarpazos.

De nuevo, el griterío de la calle.

De nuevo, otro disparo.

Tracy agitaba con vigor su extremidad intentando patear a las ratas que ya habían comenzado a devorar su carne. Por fortuna, un preciso puntapié golpeó a una de ellas en el costado con tal fuerza, que acabó proyectada mortalmente contra la pantalla apagada del televisor. Entretanto, las fervientes sacudidas no hacían otra cosa que enfurecer aún más al resto de sabandijas.

La mujer arrojó la lámpara que tenía sobre su regazo contra los animales mientras que estos trataban de evitar el fatal desenlace a través de brincos espontáneos y ágiles cabriolas. Algunos de los insectos habían caído al suelo por la agitación sonando en su impacto contra el solado como nueces maduras que se descuelgan de su árbol. Otras cucarachas arrancaron a volar, regando el oído de la señora Copley con el monótono y repulsivo aleteo de sus delgadas membranas. Tracy aprovechó la momentánea confusión y se levantó del sillón con una rápida zancada hacia el corredor que servía de distribuidor en la planta baja de la casa. Un buen puñado de insectos terminó crujiendo bajo sus pies desnudos y esparciendo su viscosa linfa color lima por toda su planta. Estuvo a punto de perder el equilibrio.

A pesar de la sobrecogedora cerrazón que invadía todo el hogar, la mujer aún lograba percibir cómo centenares de pequeños puntos aún más oscuros que las tinieblas que la rodeaban correteaban sin orden ni concierto

por el suelo, por las paredes y por el techo, como pústulas negras que envenenaban cada palmo que sus infecciosos abdómenes rozaban.

—*¡Ahg!*

Le dolían las mordeduras del pie. Le dolían mucho. La sangre aún brotaba después de dar el primer paso, y sin embargo, su objetivo en ese instante se alejaba bastante de valorar el grado de las punzantes lesiones. Su meta era llegar hasta la cocina y agarrar algún útil que le ayudara a espantar las alimañas de un modo más eficaz que lanzando erráticos puntapiés y neuróticos pisotones.

Las heridas la obligaban a caminar cojeando. Sin esperarlo, una mancha difusa del tamaño de la palma de su mano apareció a toda velocidad por debajo del mueble del recibidor colocándose justo al lado de su pie. La gigantesca cucaracha acariciaba con delicadeza su empeine mediante suaves vaivenes de sus largas y queratinosas antenas.

—*¡Iaaaah!* —*otro grito desesperado.*

La repulsión la forzó a dar un paso en falso que la hizo tropezar a lo largo del pasillo. Todas las figurillas sobre el taquillón del corredor acabaron estrepitosamente esparcidas por el suelo en su exitoso intento de evitar besar la solería, un pavimento que ahora se hallaba empapado de restos orgánicos. A pocos pies de distancia, como un eco desacompañado en respuesta al reciente estruendo del recibidor, una lluvia de piezas de vajilla estallaba contra el piso de la cocina.

Tracy no lograba enfocar con claridad sus pensamientos. Un resplandor anaranjado y oscilante penetraba a través de las cortinas de las ventanas: el oscuro corredor que hasta hacía unos minutos había constituido un elemento seguro de su acogedor hogar, se transformaba ahora en un espantoso pasadizo hacia los infiernos. El centelleo de los incendios en la calle salpicaba el panorama con un errático patrón de grotescos y caprichosos

claroscuros rojizos, dejando a la galería transfigurada en un gigantesco gahzate que luchaba por tragarse a Tracy.

Las ratas reorganizaron sus filas y emprendieron de nuevo su alocada marcha en busca de los pies de la señora Copley. La mujer aguantó el resuello y retomó su desesperada y renqueante carrera hacia la cocina.

Los gritos en el exterior no lograban ocultar los ásperos gorgoteos de los cuervos, aunque en los oídos de la mujer sólo quedaba ya espacio para el acelerado bombeo de su corazón y el grave zumbido del fluir de la sangre comprimiéndose contra sus tímpanos.

Tracy agarró como pudo el marco de la puerta de la cocina y se asomó con horror hacia su interior. Una marabunta de sucias y despreciables ratas había sembrado el caos por toda la estancia. Los platos saltaban de sus muebles y las estanterías caían al suelo vencidas por el peso de tanta carne de roedor que acumulaban. Los animales brotaban de las cajoneras en un parto abominable. Otros tantos jugueteaban con los reguladores del horno de gas como si esa fuera la más divertida de las actividades. La garganta de la señora Copley quedó tan firme por el espanto que resultó incapaz de proferir un mínimo lamento.

—*¡Aaaarg!*

Uno de los perseguidores había logrado morder de nuevo su apetitoso pie.

Tracy dio un respingo en el aire de manera refleja y cayó aplastando con el talón a la más veloz del ejército de las alimañas. Algunas de las bestias de la cocina ya se habían percatado de su presencia, así que comenzaron a bajar de las alturas para darle caza. La mujer percibía en la oscuridad a los animales como sombras borrosas que chillaban, saltaban y corrían hacia sus lastimados pies desnudos. Las ratas trepaban y descendían por los muebles y tuberías con la facilidad con la que un gorrión salta entre las ramas de su

árbol.

Ya no sentía el dolor en su pie, el horror era ahora el sentimiento prioritario.

Tracy emprendió la marcha de ascenso hacia la planta superior. Nunca antes hubiera creído que fuera capaz de escalar los peldaños de las escaleras a esa velocidad, pero es que el pánico tiene el poder de convertir en atleta a la más sedentaria y perezosa de las criaturas.

Un estrépito, de nuevo, a su derecha; recién alcanzada la planta superior. Venía del cuarto de baño principal.

Tras la puerta cerrada, un vaso caía al suelo y se rompía. El cristal de la ventana se hizo añicos y los chillidos de las ratas se mezclaron con los graznidos de los cuervos que entonces se intuían detrás de la madera. Mirando de soslayo, Tracy reparó en que las alimañas subían las escaleras a sus espaldas lanzando ágiles respingos y simpáticas piruetas que frivolizaban el augurio de una muerte atroz. La manivela de la puerta del aseo se agitaba compulsivamente acompañada de un sonoro chasquido después de cada intento de apertura fracasado. Estaba claro que no tardarían más de cinco ensayos adicionales antes de que el mecanismo cediese por la impetuosa insistencia de las sabandijas.

Tracy corrió hacia la izquierda en busca de su dormitorio. Atravesó el umbral y echó un rápido vistazo por las tinieblas del interior de la estancia tratando de localizar alguna sombra hostil que se adivinara agazapada, pero el griterío de las ratas a tan solo diez pies de sus espaldas la invitaba a terminar rápido con el escrutinio. Entró, giró sobre sus pasos, cerró la puerta, echó el pestillo y la atrancó como pudo con el respaldo de una silla. Se subió en la cama y se agarró sus piernas encogidas sin dejar de mirar la entrada apuntalada del dormitorio.

Se deshizo en llanto.

Por fortuna, las lágrimas que manaban profusamente de sus ojos no lograron oscurecer su lucidez: a su izquierda, sólo un fino cristal en la ventana la separaba del oscuro y amenazador exterior, así que el pánico volvió a apoderarse de su corazón.

El corredor de la segunda planta ya era pasto de las ratas. Un fuerte golpe metálico marcaba el punto y final a las tentativas de abrir la puerta del aseo principal.

Tracy Copley, en un acto de valentía espartana, soltó sus piernas de la presa de sus brazos y se catapultó hacia la cristalera con la apasionada intención de cerrar las contraventanas exteriores de madera. Sus manos temblorosas le impedían manipular con acierto el seguro del cristal, por lo que en más de una ocasión tuvo que abofetear su propia cara para intentar contener la neurosis.

Y lo logró.

Tiró con fuerza de la ventana hacia arriba.

La brisa del bosque acariciaba su rostro con susurros de muerte y resurrección. Al fondo, una inmensa colina negra había reemplazado por las malas al corazón del bosque. A su derecha, aún más alejada, una densa columna de humo negro ascendía hacia el cielo avivada por una llama a sus pies que no cesaba de bullir. Por su izquierda, un intenso haz de luz brotaba desde el firmamento dibujando un gran círculo blanco sobre las copas de los árboles: una luminaria que navegaba sobre un océano de frondosidad siguiendo caóticos patrones formados de trazados rectos. Amortiguado aún por la distancia, el batir de los rotores de un helicóptero que oteaba los alrededores del incidente llegaba hasta los oídos de la mujer. Y sin embargo, en menos de un par de parpadeos, una miríada de diminutos fulgores carmesí se encendió sobre la arboleda frente a ella como faros de sangre aislados entre las tinieblas. Iluminada por la luz pálida de la luna, la

masa de sombras aladas arrancó a volar de inmediato desde los ramajes hacia la ventana, así que las manos de Tracy asieron al unísono ambas hojas de madera y tiraron hacia ella con un brío antinatural. Tras el golpe seco de la madera contra la madera, el chasquido metálico del pestillo echó el cierre definitivo a su doméstico fortín; fuera sólo quedaban los vaivenes de los aleteos de los cuervos y sus malsanos gorgoteos ahogando el lejano zumbido de las aspas del helicóptero. Tracy regresó entonces a la cama, y las lágrimas retornaron a sus ojos.



El rascar de la madera tras la puerta oscilaba en intensidad de un modo imprevisible. Para mantener la mente fría, la señora Copley jugaba a adivinar cuántas ratas estarían batallando por su inminente banquete a lo largo del corredor; ella sabía que, más tarde o más temprano, las alimañas acabarían encontrando la manera de entrar en sus fortificadas dependencias. Fruto de la insoportable desesperación, la mujer incluso empezaba a albergar la ilusión de su inevitable final. A pesar de ello, sin lograr zafarse aún del irremisible aturdimiento, un casual gesto de cordura centelleó como una chispa entre la abrumadora soledad: el teléfono auxiliar que descansaba sobre su mesita de noche.

«Cielo santo. Tengo que hablar con Jim...».

Con pulso trémulo, Tracy agarró el aparato y descolgó el auricular. Al acercárselo al oído, un par de lágrimas profusas brotaron sin obstáculo de sus ojos vidriosos, pues no había línea que pudiera transportar sus inútiles lamentos. La insalvable desesperanza la sujetaba con fuerza en un abrazo que apenas le permitía respirar. Y a pesar de todo, su nariz, aunque

atrofiadas e inflamadas sus fosas por el llanto incontenible, todavía le permitía reconocer un olor agradable y familiar que comenzaba en ese momento a invadir toda la instancia.

Qué extraordinario y emotivo es el poder evocador del olfato, capaz de hacer navegar al espíritu hacia orillas lejanas sobre un océano de recuerdos que hasta ese momento habían quedado relegados a un borrón en los mapas del tiempo. La fragancia trajo hasta su mente un carrusel de hermosas reminiscencias de su infancia ocultadas a la consciencia bajo el áspero e indolente manto de la madurez. Memorias de la niñez de una párvula criada entre los campos de maíz de Kansas, a la sombra de los fresnos frondosos y los robles centenarios. Tracy rememoraba a su padre contándole historias de fantasmas durante las noches más frías del invierno, al amparo del calor de la chimenea y bajo el influjo del agradable crepitar de la madera de fresno candente. El aroma del hogar, del hogar feliz.

—Tracy, amor, ¿sabes por qué no te dejo que te subas sobre aquella enorme piedra de la colina?

Una preciosa pequeña de ojos castaños y coletas rubias negaba con la cabeza sin dejar de mirar el rostro severo del hombre que la sujetaba sobre su regazo.

—Hace casi cien años, en esta casa vivía una familia de colonos que llegaba a América desde la vieja Europa.

—¿Qué son *cononos*, papá? —sus ojos eran como dos enormes perlas tostadas sobre las que las llamas del hogar proyectaban divertidos y centelleantes reflejos crepusculares. El hombre dejó escapar una tímida risotada.

—Los co-lo-nos son personas que vienen desde otros lugares del mundo donde la vida es muy dura porque se pasa hambre, se pasa sed, y hay muchas enfermedades.

—¿Y la vida en Europa es mala porque Europa es vieja?

El hombre agarró la cabeza de la chiquilla y la acercó con delicadeza hacia sus labios. El intenso beso que le propinó en la mejilla izquierda resonó como un latigazo por toda la estancia. Desde el otro extremo de la sala, su esposa reía complacida sin levantar la mirada del zurcido que cosía con esmero sobre el pantalón de su marido.

Divina inocencia.

Tracy sonreía a su padre en un reflejo de simpatía sin entender aún el motivo de su arrebato amoroso.

—Porque es vieja, cariño, y porque lleva toda su vida en guerra.

—Guerra...—respondía la niña con gesto dubitativo—. La guerra ¿es mala?

—Es lo peor, hija mía. Lo peor de todo lo peor.

Tracy suscribiría muchos años después las palabras de su padre a través de las tristes experiencias de un esposo que se alistaba en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América.

—Por eso, corazón, esos colonos vinieron a América: para empezar una nueva vida.

—*Sip*. Porque aquí en Kansas se vive muy muy muy bien —la jovencita volvía a sonreír y agitaba nerviosamente unas piernas que colgaban como dos ramas de sauce desde los muslos de su padre.

—Así es. Esa familia también estaba formada por tres personas, como nosotros: una mamá —el hombre señalaba con su dedo al bello rostro sonriente que los observaba desde el otro extremo de la estancia—, un papá..., y ¡un hijito como tú! —le hurgó con la mano en garra en la tripa mientras Tracy retorció su cuerpecito lo suficiente para que pareciera que le molestaba, pero sin excederse demasiado, fuera a ser que la resistencia impidiese que su padre siguiera cosquilleándola.

»Pues resulta que, al niño, le gustaba salir a buscar saltamontes y lagartijas para guardarlas después en tarros de cristal y alimentarlos con hojas de lechuga y otros insectos.

—*Puaj*. Bichos —espetó la criatura.

—Sí, ¿y sabes dónde hay muchos bichos?

La niña abría de pleno sus ojos y su boca esperando la resolución de tan sencillo acertijo.

—Debajo de las piedras.

—No pienso volver a tocar una piedra en mi vida —Tracy dibujó en su pequeño rostro un gesto de absoluta repugnancia mientras arrugaba sus dedos como si los tuviera impregnados de brea.

—Haces bien, corazón mío —continuó—. La cuestión es que, un día, el niño pensó que si debajo de las rocas se podían encontrar bichos y lagartos de todas clases, formas y colores, ¿qué podría encontrarse en una roca del tamaño de la piedra de aquella colina?

—Bichos... ¡Como una vaca de grandes! —exclamó la niña sin ocultar su sorpresa, estirando los brazos para intentar abarcar todo el aire que le rodeaba.

—Eso mismo pensó el niño. Necesitaría tarros de cristal todavía más grandes, o, a lo mejor, incluso le haría falta el establo entero para guardarlos. ¿Comerían lechuga, o tendría mamá que prepararles también a ellos la comida? ¿Comerían entonces en la mesa con la familia? ¿Les pondría nombres bonitos, o quizás que dieran miedo? ¿Se los podría llevar al colegio atados con una cuerda como si fueran perros? Todas esas preguntas lo único que consiguieron fue que el niño tuviera todavía más ganas de ir a la enorme piedra de la colina, a buscar esos enormes bichos.

—¡Uf!, normal —la pequeña Tracy asentía agitando la mano en un gesto de absoluta comprensión.

Un rotundo chasquido de la madera incandescente bajo la chimenea distrajo por un instante al cuentacuentos de su relato. La rotura de la gruesa rama liberaba de repente en la estancia un suave y dulce soplo de olor a carbón de fresno. Era el perfume del bienestar, el aroma de la inocencia.

—Una tarde —añadió—, después de varios días en los que el niño había estado imaginando todo lo que podría encontrar debajo de la enorme roca, decidió armarse de valor y acudió a la búsqueda del hogar de los bichos más misteriosos y grandes del mundo.

»De camino hacia la colina, el muchacho caminaba haciendo eses buscando un arma firme y resistente que pudiera usar para defenderse en caso de que los bichos no fueran todo lo simpáticos que él esperaba.

La niñita permanecía en todo momento en estado de asombro evidente.

—«¡Allí!». Una rama perfecta: ni muy larga, ni muy corta; ni muy gruesa, ni muy delgada; con ramitas más pequeñas en la punta perfectas para atacar a varios bichos al mismo tiempo, si ese fuera el caso. Así que la agarró con fuerza, se la echó al hombro y emprendió su marcha hacia la gran roca como un pequeño soldadito invulnerable.

—*Inmul... ¿nerable?* —respondió.

—Que nada puede hacerle daño, corazón mío —respondió el padre conteniendo la risa.

—*Ahhhh...*

—Y ahí estaba la piedra, después de un buen puñado de pasos cuesta arriba, ahí estaba —el hombre hacía aspavientos con la mano que no sujetaba la espaldita de la pequeña Tracy—. Imponente, durísima, llena de agujeros y filos vivos: la Gran Roca de los Bichos.

—*¡Halaaaa!*

—El niño se paró a descansar, y estuvo pensando un rato en cuál sería la mejor forma de hacer que los bichos salieran. Estaba claro que tendrían

que vivir debajo de la piedra: no podían vivir arriba, arriba los vería todo el mundo y los cazarían. No. Debían vivir debajo. ¿Sabes entonces lo que hizo el muchachito?

Expectación suma.

—¡Intentó levantarla para ver si los bichos estaban debajo! —exclamó el hombre llevándose una mano a la cabeza.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué tonto! —la pequeña Tracy estalló en carcajadas. Su padre la acompañó.

—Exacto, pesa demasiado. ¿Cómo va a levantar un niño una piedra que pesa como una casa? No, no podía ser. Así que el jovencito comenzó a darle vueltas a la roca buscando algún escondrijo en el que poder meter su palo...

—Pero es una piedra gorda, no tiene *gujeros* —interrumpió.

—Cierto. Es una roca muy compacta.

—Com-pac-ta —respondió la criatura.

—Después de mucho pensar, ¿sabes entonces lo que hizo?

La rubita negaba con la cabeza.

—¡La escaló!

—Lo que tú no quieres que haga yo —contestó de inmediato.

—Lo que yo no quiero que hagas tú, hija mía. ¿Y sabes por qué?

De nuevo, negación.

—El jovencito se subió hasta la cima con su palo agarrado entre sus dientes. Arriba del todo, ¿y sabes lo que descubrió?

La niña dejó caer su mandíbula, mirando a su padre con una impaciencia candorosa.

—Una enorme grieta en la piedra que la partía casi por la mitad —el hombre dibujaba el zigzagueo de la brecha con su dedo sobre los muslitos de la jovencita.

—¡Halaaaa! ¿Y había bichos dentro?

—No lo sabía, así que, lo mejor, era comprobarlo. Pero, ¿cuál era el problema?

Otra negación nerviosa con su cabecita.

—Que la grieta era muy grande... Y el niño muy pequeño.

—¡Ay! —la niña exclamó un agitado suspiro—. ¡Y se cayó dentro!

—Y se cayó dentro... —respondió en tono severo.

—Pobrecito —el rostro de la jovencísima Tracy demudaba hacia una tristeza incipiente.

—Se cayó con la cabeza por delante y los pies por detrás, bocabajo, metido casi hasta el fondo de la roca.

—¿Y cómo salió? —la niñita no podía controlar su expectación.

—No salió, cariño. No salió.

La pequeña se estremeció.

—El niño llamaba a sus padres: «¡Papá! ¡Mamá!». Pero estaba muy lejos de su casa y muy profundo en la roca como para que su voz pudiera ser escuchada. Al anochecer, sus padres salieron a buscarlo, pero no lograron encontrarlo.

La mueca de tristeza en el rostro de la rubita era evidente y desoladora.

—Día tras día, noche tras noche, los vecinos del pueblo acompañaban a los padres a recorrer los campos, los prados y los bosques para intentar localizar a su hijito, pero resultó imposible.

—¿Y qué pasó? —preguntó la niña, conmovida.

—Que nunca lo encontraron. Que el niño se murió en la grieta, y que su esqueleto todavía sigue allí, llamando con desconsuelo a sus padres por las noches para que vayan a recogerlo.

Un rictus de espanto se trazó de repente sobre las mejillas de la chiquilla.

—Y, ¿sabes lo que hace también el esqueleto? Engaña a los niños para que se suban arriba de la piedra, así puede agarrarlos por sorpresa de las manos y meterlos allí con él, ¡para siempre!

La pequeña Tracy dio un sobresalto y se apretó sus delicadas manitas contra su pecho.

—Pero no te preocupes, corazón mío. Mientras no te acerques a esa gran piedra, no podrá pasarte nada —el hombre acarició con su mano curtida por el trabajo el rostro compungido de la jovencita.

—No le cuentes esas historias a la niña, Louis —la madre salió en su auxilio al ver el desafortunado giro que acababa de dar la historia que había inventado su marido. El hombre reía sin pesar alguno.

—¿Qué es lo que no vas a hacer entonces? —preguntó Louis a su pequeña hija.

—Subirme a la piedra —susurró de manera casi imperceptible.

—Así me gusta, cariño.

El complacer el ruego de su padre parecía haberla tranquilizado, pues una inocente sonrisa volvía a conquistar su tierno rostro y el rubor regresaba tímidamente hasta sus carrillos.

Con los años, Tracy alcanzó a comprender que el relato de su padre no era más que una historia disparatada inventada para que ella no escalara la piedra y se acabara lastimando. No obstante, con más de cuatro decenas de años reposando ya sobre sus maduras espaldas, una opresión inconfesable todavía la embargaba cuando, las veces que tocaba regresar al hogar para visitar a sus amados padres, sus ojos aterrizaban en aquella roca sobre la colina en cuyo interior yacería el pequeño esqueleto de un niño curioso, llamándole para que le acompañara en su eterna soledad.

—Pues venga, ahora... —espetaba el hombre con un esfuerzo contenido mientras bajaba a la niña de su regazo hasta el suelo—, agarra el atizador y

mueve un poco esos maderos, pequeña. Que no se apague el fuego, que esta noche va a ser muy fría.

A la pequeña Tracy le encantaba remover la madera de la chimenea con el atizador metálico. Se trataba de un trabajo sencillo que le reportaba tremendas recompensas. Se sentía heroica, como una diosa del fuego que somete a las llamas bajo el control de su poderosa varita. Cada estocada del atizador sobre la madera incandescente inundaba sus pequeñas fosas nasales con el aroma dulzón de la leña de fresno al rojo, una cálida fragancia que grababa una impronta imperecedera en su joven y cándido cerebritito.

Si su padre hubiera estado en ese momento con ella seguro que tendría algún apropiado consejo que regalarle. Seguro que su mano firme la sujetaría con fuerza al borde mismo del precipicio, seguro que la apretaría contra su amplio pecho y le diría con voz cálida: «Tranquila, hija mía. Mientras yo esté aquí, no puede pasarte nada».

Pero no era así. Su padre no estaba.

Se encontraba sola. Sola, en el infierno. Y el mismo olor que hacía unos momentos había llenado su mente de hermosos y cándidos recuerdos de su infancia era el que ahora los reemplazaba por aterradoras y atroces evidencias.

La fragancia se presentaba ante los ojos de la señora Copley en forma de una creciente humareda negra que se filtraba por debajo de la puerta. El olor a madera quemada iba ganándole el terreno al perfume propio y genuino de su hogar. Tracy agarró con fuerza la colcha de la cama y arrancó a gritar entre sollozos.

Al menos, las ratas y las cucarachas también perecerían con el fuego. Al menos, no abandonaría sola este injusto mundo de los vivos. Al menos.

Un fuerte golpe metálico que llegaba desde la planta inferior del

inmueble la sacó del llanto con rapidez. Sus lágrimas quedaron de repente detenidas en su rostro.

Otro golpe más, y otro golpe seco.

La estructura de la casa parecía estar cediendo ante el salvaje acoso de las llamas.

De nuevo, otro impacto. Las alimañas chillaban enfurecidas, debían de estar ardiendo como la tea.

Los golpes se oían cada vez más cerca. Ahora lo tenía claro, resultaba indiscutible que se hallaban en su planta. Incluso lograba diferenciar con claridad dos tipos de impacto: uno vibrante, agudo y metálico; el otro más grave, más seco y apagado. En un instante, dos fuertes estruendos seguidos de madera que crujía. Otros dos más, y otros dos. Un pedazo de la casa parecía haberse caído en una vorágine de tablones estallando.

Por fin llegaba el final. Tracy sólo deseaba que fuera rápido.

Otro impacto metálico.

Tres golpes agudos de nuevo, a pocos pies tras su puerta. Había algo ahí, algo grande, ya no quedaba lugar para las dudas.

Tracy, sin dejar ni un momento de temblar, abrió una cajonera de su mesita de noche y agarró a tientas unas pequeñas tijeras de coser. Las asió con fuerza entre sus dos manos en un torpe intento por intimidar a lo que adivinaba que estaba por llegar. Nada lograba ver de las profundidades a través de las cataratas de lágrimas que inundaban sus ojos. Su respiración entrecortada entraba de repente en sintonía con los palpitos de su acelerado corazón.

La silla que apuntalaba la puerta comenzó entonces a temblar con cada impacto que el umbral recibía. Los fuertes golpes se sucedían uno tras otro, uno tras otro, como una orquesta de percusión a punto de estallar en un redoble final.

Otro golpe más. Y un murmullo tras la madera.

Otro más.

Un último empujón y la silla acabó rindiéndose ante el ímpetu, cayendo al suelo de un modo estrepitoso.

Y la puerta se abrió.

El dormitorio quedaba de nuevo expuesto al arbitrio de las tinieblas del exterior.

—¿Tracy? —la voz de un hombre.

Las lágrimas en sus ojos y el terror en su corazón no le daban tregua que le permitiera distinguir en la negrura las dos siluetas que se dibujaban bajo el bastidor de la puerta. Una, más grande; la otra, más pequeña.

—¡Tracy! —una voz familiar.

La mujer era incapaz de mascullar una sola palabra. Estaba paralizada por el pánico.

—¡Señora Copley, vamos!

Un timbre más infantil brotaba esta vez de la silueta más achaparrada que se acercaba con rapidez hacia la cama. Entre sus manos asía lo que parecía ser un bate de béisbol casi tan alto como la propia sombra. Tracy alcanzó por fin a ponerle rostro a la forma difusa en la penumbra.

—Buddy... —farfulló. —¿Buddy?!

Buddy Preston júnior, con su característica gorra enarbolando la sentencia OBEY calada sobre su cabeza de cabellos rizados, agarraba el brazo que la mujer apretaba contra su pecho sujetando aún con fuerza las pequeñas tijeras de coser.

—¡Vamos, Tracy! Nos marchamos de aquí —Bud padre robaba ahora el turno de palabra. En su mano sostenía un hacha de cortar leña de un tamaño considerable.

La señora Copley miró al joven, conmocionada, y se levantó de la cama

con lentitud. Aunque el miedo todavía la embargaba, un pequeño foco de esperanza comenzaba a centellear en su malogrado corazón. Su llanto había cesado, y sin embargo, todavía necesitaría un tiempo extra para que todas las lágrimas sobre sus mejillas se secaran por completo.

—Vístase y póngase unos zapatos, señora Copley, por favor.

El pequeño Preston parecía haber aumentado un grado de madurez desde la última vez que lo había visto. De eso hacía tan solo dos semanas: fue una tarde soleada, junto a su marido Jim. Juntos habían ido a despedirse de la esposa de Bud y de sus otras dos hijas. El trío de féminas se iba a Kingsport a pasar unos días con la familia. Los varones Preston se quedaban en Allenton para no desatender el bar. Mala decisión para ambos, de haberlo sabido, aunque providencial, por el bien de Tracy Copley.

La mujer agarró un par de zapatos deportivos, un sencillo vestido y un abrigo, y, sin dejar de abrazar al muchacho, le propinó un sonoro beso en la mejilla que lo hizo enrojecer —aunque las tinieblas no permitieran al rubor hacer eco de su presencia—. De inmediato, asió con fuerza la mano del muchacho y lo acompañó hasta la puerta con su padre.

Incluso al amparo de las sombras el espectáculo que se derramaba por el suelo resultaba aterrador. Los Preston habían destrozado a palazos y hachazos a la turba de alimañas que habían asaltado la casa por las malas. Una de las puertas del dormitorio del fondo se encontraba destrozada.

—Tapaos las narices con la ropa y andad agachados —espetó el hombre.

El humo se hacía cada vez más denso mientras bajaban las escaleras hacia la planta inferior. Manchas negras y viscosas y diminutos paquetes de vísceras salpicaban cada metro cuadrado al que sus ojos se enfrentaban. El fuego creciente de la cocina ya iluminaba intensamente el corredor. Y en la lejanía, amortiguado por el monótono murmullo de las llamas ardiendo, un

familiar tañido metálico comenzaba a repicar entre los oídos del grupo.

—¿No lo vamos a apagar? —exclamó la mujer sin dejar de mirar con tristeza cómo las llamas devoraban sin remedio ni excepción su hermosa cocina.

—No. Vámonos, por el amor de Dios —respondió—. ¿Oyes eso? —Bud padre apoyaba una mano abovedada en su oreja.

El atronador zumbido de las aspas de un helicóptero volando a baja altura sobre sus cabezas los ensordecía durante unos segundos antes de desaparecer en la distancia.

Tracy miraba al hombre, todavía confundida.

—No, no es ese sonido al que me refiero. Escucha...

Cuando los rotores de la máquina quedaron lo suficientemente alejados, el tañido de unas campanas volvió a llegar apagado hasta su posición. Tracy asintió sin proferir palabra alguna.

—Las campanas de la iglesia comenzaron a tocar desde poco después de que empezara esta pesadilla. Todos los vecinos que podemos nos estamos dirigiendo hacia allí.

—Pero... ¿Qué pesadilla? ¿Qué está pasando? —los ojos de Tracy volvían a cristalizarse.

Bud sénior abrió en ese momento la puerta de la calle. La señora Copley contuvo la respiración mientras mordía sus labios asaltada por la impotencia y el estupor.

La camioneta de los Preston esperaba en silencio atravesada en el porche. Por detrás, la calle entera se presentaba preñada de grietas, badenes y agujeros. Frente a ellos, la vivienda del otro lado del acerado se alzaba con la planta superior invaginada sobre el piso inferior. Un coche ardía estampado contra un árbol con su conductor todavía en el interior, crepitando mientras su carne se cocía con rapidez en su propio sebo. Por

doquier, las ratas iban y venían sin origen ni destino. Un buen puñado de ellas se arremolinaba en torno al cadáver de un hombre al que no le quedaba ya tejido conectado a sus ensangrentados huesos bajo las ropas raídas. Otras sombras difusas de lo que también se intuían como restos humanos se esparcían a lo largo y ancho de todo Tower Hill Rd. A lo lejos, calle abajo, los ecos de insoportables gemidos llegaban sofocados entre el tañido del hierro fundido sobre el campanario de la iglesia. Tracy arrancó de nuevo a llorar mientras una bandada de cuervos pasaba veloz aleteando y graznando sobre sus cabezas.

—Todo ha sido de repente, querida —Bud padre apretaba a la mujer contra su pecho intentando consolarla. Resultaba inútil. Buddy hijo observaba a la pareja con una mirada adulta impropia de un muchacho de poco más de diez años.

—Jim... —espetó la mujer con el corazón encogido.

Bud la miró con un desconocimiento cómplice.

—No sé nada de él desde que salió del club hará un par de horas, Tracy —respondió—. Los teléfonos no funcionan. Tampoco los móviles —el padre miraba hacia las alturas y los alrededores sin dejar de abrazar a la mujer.

En la distancia, el helicóptero continuaba sobrevolando a baja cota la arboleda; el zumbido de los rotores llegaba atenuado hasta sus oídos mientras que el poderoso cañón de luz seguía navegando sobre las copas de los árboles. Bud sénior entrecerró sus ojos para intentar descubrir la huella del propietario del aparato que debía hallarse impresa sobre su costado.

—De la televisión —dijo.

—¿Cómo? —Tracy le miró con extrañeza. Por un instante había conseguido que dejara de llorar.

—Es verdad, es de la tele —interrumpió el chico, señalando con el

dedo al helicóptero.

—No es de rescate, es de la televisión —un gesto de decepción se dibujó en ese momento sobre el rostro de Preston padre.

Los tres se quedaron mirando cómo el aparato sobrevolaba en círculos la siniestra colina negra que se había levantado en mitad del bosque. Pero Bud miraba con atención un detalle que parecía estar pasándole desapercibido a sus dos compañeros, y es que sería capaz de apostar la cabeza y no perderla a que la mole absorbía la luz del imponente foco a medida que éste se aproximaba a ella. Lo podía notar en el aire agitado que rodeaba al helicóptero. El cañón de luz proyectaba una extensa columna que iluminaba las partículas en suspensión que flotaban en la atmósfera, permitiéndole determinar con suma certeza hacia dónde apuntaba el foco en cada momento. Fue gracias a esa observación que el hombre reparó en que la luz no se perturbaba cuando el amplio círculo sobre las copas alcanzaba la colina. No. Directamente, desaparecía. Era como si la enorme masa negra absorbiera la luz sin reflejarla en modo alguno, como una suerte de agujero negro cósmico a ras de suelo.

De nuevo, el fogoso aleteo de una bandada de cuervos que sobrevolaba sus cabezas distrajo la atención del grupo que en ese momento se hallaba clavada sobre el aparato. Y en poco menos de un segundo, el zumbido monótono del helicóptero tornó de repente en un traqueteo ensordecedor que obligó al trío a retornar su mirada hacia la máquina. Algo muy largo, algo muy negro, más incluso que el oscuro firmamento, enfermizo, ajeno y desafiante, había nacido espontáneamente de la colina y se había enroscado con firmeza en el cuerpo del aparato. Un grueso probóscide cuya carne debían de formarlas las tinieblas y en cuyo hueso el mismo averno debería haber derramado su hálito cáustico. El espantoso apéndice arrastró sin esfuerzo el helicóptero hacia la espesura hundiéndolo de inmediato entre la

arboleda.

Una majestuosa bola de fuego se levantó en el aire sobre la posición del accidente, transformándose en su ascenso en la hermana menor de la ominosa columna de humo que todavía brotaba sobre la gasolinera. El eco de la explosión llegó hasta los oídos del trío un segundo después, amortiguado por la impenetrable frondosidad.

—Cielo santo... —masculló Tracy.

—Entremos a la camioneta. Tenemos que llegar hasta la iglesia —espetó Bud.

—Pero... ¿Por qué no nos dirigimos hacia arriba, hacia Wickford? ¡Alejémonos de este infierno! —exclamó la mujer de nuevo entre sollozos.

—Imposible —contestó apresurado el pequeño Buddy—. La carretera hacia el norte está destrozada a la altura de Haverhill Ave. Nada puede entrar ni salir por la parte de arriba.

—Debemos ir hacia la iglesia. Desde allí estudiaremos si podemos huir hacia la autopista por el sur —concluyó el padre.

—Pero Jim... —farfulló de nuevo la señora Copley.

—Estará bien, querida. Ha sobrevivido a peores situaciones.

¿Peores? En absoluto, y Bud lo sabía. Tracy quiso creerle, aunque, en el fondo, tampoco podía.

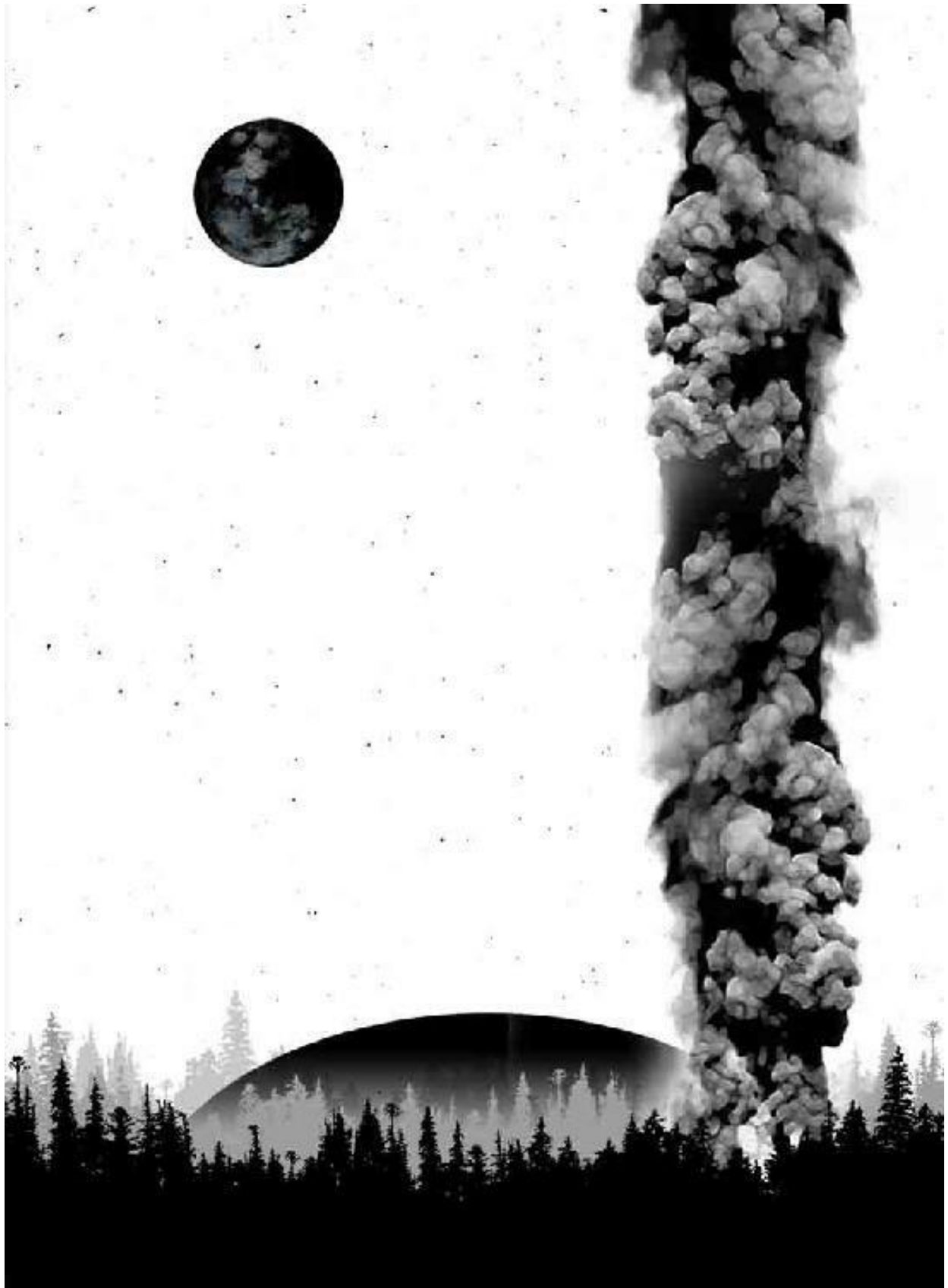
—Ahora tenéis que dejar que yo cuide de vosotros. El testarudo de tu marido sabrá averiguárselas por sí mismo.

—Yo ya soy mayorcito, papá. Ya has visto como manejo el palo... —el joven Buddy hacía aspavientos con la herramienta como si quisiera batear el aire.

—¡Uo-uo-uo, muchacho! Baja eso, que no queremos hacernos daño.

—Sin problema —el joven se quitó la gorra y se la volvió a encajar con precisión sobre su rizada cabellera.

Los tres entraron en el automóvil y éste encaró el lado sur de Tower Hill Rd. La iglesia quedaba a poco menos de una milla desde el que una vez fuera el hogar de los Copley, y que en poco tiempo acabaría por completo convertido en un amasijo de hierro y cenizas.



Capítulo XIII

El viento había amainado pero la noche arreciaba. A esa hora de la tarde, el bar de Tony estaba a rebosar. Broxton se alegraba por él, aunque no se sentía nada cómodo lidiando con los bullicios ni los eventos sociales.

Jerry traspasó el umbral de la puerta y lanzó un seco resoplido. Entre el gentío alborotado y la calefacción, el contraste de temperatura con el exterior le había dejado noqueado. Tony atravesaba veloz el amplio salón hacia la barra con ambas manos repletas de espumosos vasos de cerveza vacíos. Hizo un ademán con la cabeza en su dirección, sonriente, como siempre, y Broxton se lo devolvió con la palma de la mano.

El muchacho oteaba lentamente por encima de las cabezas de la abundante clientela. Escrutaba cada rincón del establecimiento con sus ojos cuando, en un instante, su mirada acabó enfrentada con la de un hombre bajito y repeinado. Sin duda era el que había estado llamando al videoteléfono de su casa en la mañana del lunes anterior.

El tipo dibujaba en su cara una amplia y extravagante sonrisa que emparejaba en exceso con el brillo de su pelo engominado. Aunque estaba claro que el individuo trataba de presentarse ante Broxton como un sujeto próximo y agradable, había algo en su forzada expresión que le transmitía cierto malestar. Como la sonrisa artificial de un muñeco de porcelana que te observa con su mirada vacía. El hombre agitaba su mano en un gesto de animosa invitación. Frente a él se sentaba el mismo tipo alto que lo había acompañado en aquella excursión hasta la puerta de su casa; el maletín marrón colgaba sobre el respaldo de la silla. Jerry Broxton le devolvió la

sonrisa y se acercó hacia ellos afectado por una confusa inquietud, mezcla de excitación y desconfianza a partes iguales.

—Sr. Broxton... —el hombre más bajo se levantó de su asiento buscando su mano para estrecharla. Jerry hizo por devolverle el saludo, aunque el entusiasta ya había alcanzado a agarrarle primero y le propinaba un par de fuertes y rotundas sacudidas—. Mi nombre es Perkins, Adam Perkins.

—Mucho gusto —le devolvió la sonrisa.

—Este es mi compañero, Moore.

El mencionado se levantó un palmo de la silla y le alargó una mano huesuda de dedos finos y estirados. Su piel era suave y aterciopelada como la de un melocotón. Su rostro enjuto y cadavérico logró vencer durante unos breves instantes la simpatía natural de Broxton.

—Tome asiento, por favor —Perkins señalaba con la palma de la mano la silla junto a él. Ambos le miraban en silencio, sin dejar de sonreír.

—¿Te pongo algo, Broxton? —la voz del barman les llegaba desde la distancia a través de una nube de charloteos.

«Una valeriana, por favor».

—Ponme un té frío con limón —añadió—. ¡Bien frío! —No quería inducirles una impresión de debilidad. Al menos, no más de la que ya señalaba su rostro demudado con la frente salpicada de sudor.

—¿Se encuentra bien, señor Broxton? —Perkins le puso la mano en el hombro.

—Sí... No se preocupe —mentira—. Sólo es el calor bochornoso que hace aquí —otra mentira.

Lo cierto era que el tacto de la palma de Perkins le había producido un extraño escalofrío que, por suerte, había sido capaz de controlar. Al menos, en gran parte.

Tony tardó menos de un minuto en traerle la bebida. Jerry le dio un solemne trago; notaba cómo el líquido helado se abría paso a través de su constreñido gaznate.

—¿Y bien? —espetó Broxton—. Ustedes dirán.

—Por supuesto —Perkins se quedó mirándole en silencio sin reducir ni una pizca de su incómoda sonrisa artificial. Poseía un aura de autosuficiencia que lograba intimidarle—. Como ya le indicó el señor Varkas a través del correo electrónico, somos un grupo empresarial un tanto..., peculiar —su sórdida mueca de cordialidad se dilató aún más—. Nuestras tareas ordinarias contemplan un amplio espectro de circunstancias: desde consultoría contable hasta asesoramiento jurídico, gestiones administrativas de grandes volúmenes financieros, inversiones en bolsa... Desde encubrimientos hasta ajustes de cuentas —hizo una pausa de control—. No sé si me entiende. Lo cierto es que somos como una gran familia. Como una hermandad.

—¿Está insinuando que mi trabajo consistirá en hacer labores de matón o en ordenar a alguien que lo haga?

Perkins emitió una fugaz carcajada que parecía haberse ejecutado amortiguada por una sordina. Moore mantenía su cadavérico rostro severo, atento a la respuesta de su compañero.

—En realidad no, señor Broxton. No tendrá usted que hacer nada de eso. Aunque, bueno... —una modesta sonrisa se intuía de nuevo en sus alargados labios—, le estaría mintiendo si le digo que desde nuestro grupo no hemos tenido que dar alguna vez un tironcillo de orejas a alguien. Ya me entiende —le lanzó un guiño que lo aterró. Cuando sus finos labios se estiraban lo suficiente como para dejar entrever su perfecta e inmaculada dentadura de piezas homogéneas como teclas de piano, era cuando a Broxton más le asaltaba la idea de estar conversando con una figura de cerámica.

—Creo que sí.

—¡Perfecto entonces! —sonrió a su compañero Moore y éste le devolvió el gesto con una mueca impostada—. Como le digo, no será esa tarea suya, se lo prometo. Lo cierto es que necesitamos con urgencia un socio trabajando en este estado, y créame que usted encaja perfectamente con nuestro perfil.

—De acuerdo —respondió—. Pero todavía no logro entender por qué encajo yo en ese perfil, y cómo es que ustedes saben tanto de mí, si jamás he oído hablar de su grupo.

—Buena pregunta, Jerry. Porque puedo llamarle Jerry, ¿verdad? Puedo tutearle, ¿cierto?

El hombre parecía encontrarse cada vez más cómodo. No cabía duda de que su zona de confort contemplaba el terreno de las relaciones públicas.

—Claro.

—Has enviado currículos a otras empresas, ¿cierto? Buscando una manera de escapar de ese trabajo que te está robando la vida. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, no.

—¡De tú, por favor! De tú.

—No te equivocas...

—¡Ahí está! —dio una sonora palmada de victoria en la mesa—. De seguro que en esos currículos incluías tu número de teléfono, tu dirección de correo electrónico y un largo etcétera. ¿No es así?

Asintió.

—Con eso, amigo Jerry, acabo de responder a tu segunda cuestión.

—¿Y la primera?

Por qué Broxton, y no otro. Por qué.

—La falta de arraigo, mi estimado colega.

Era cierto, Jerry Broxton estaba solo. Su madre, soltera, murió cuando el joven exhaló el primero de sus llantos en este mundo injusto. La identidad del padre había quedado enterrada en la sepultura junto a ella. Sin familia directa, el neonato fue criado por una tía lejana hasta que pudo independizarse a los diecinueve años. A los veintiuno ya estaba trabajando en la maldita asesoría. Su pariente se marchó a vivir a la costa oeste —a Portland, Oregón—, y sus amigos —los de verdad— habían emigrado a Europa.

—Hijo, el trabajo que te proponemos requiere de mucha discreción y de una total disponibilidad para viajar a lugares remotos. Eres nuestro hombre, ¿entiendes?

Perkins hizo un gesto con la mano a su delgado compañero, a lo que éste se giró y hurgó en su maletín en busca de unos documentos. Después de contarlos con la punta de los dedos los desplazó sobre la mesa hasta dejarlos a la altura de Broxton.

—Jerry, este es el contrato y estas son sus condiciones. No hace falta que lo leas ahora: hazlo en la comodidad de tu hogar. Revisa las cláusulas. Como podrás comprobar, te ingresaremos sesenta mil dólares en tu cuenta en el mismo momento en el que aceptes este trabajo, el resto lo irás percibiendo conforme vayas completando las tareas que se te encomienden.

—Me parece bien —dijo—. Lo leeré con detenimiento.

—¡Fantástico! —exclamó—. Misión cumplida. ¿Tienes alguna duda más que podamos resolver, amigo mío?

—¿Viajaré mucho?

Ambos estallaron en una sonora carcajada.

—Más que mucho, *muy lejos*.

Broxton intentó acompañar la risotada. En realidad, estaba horrorizado.

—De hecho, si aceptas, tu primer viaje será a Hungría. Conocerás en

persona al señor Varkas. Te caerá bien, es un magnífico anfitrión.

Jerry Broxton asintió en silencio sin dejar de mirarle, con una sonrisa artificial garabateada sobre su cara.

—¿Todo claro, entonces?

—Creo que sí —dijo.

—¡Estupendo! —repitió de un modo histriónico.

Volvió a alargarle la mano al tiempo que Moore se levantaba de la silla recogiendo su maletín.

—Un placer —respondió Broxton resistiendo de nuevo la fuerte sacudida.

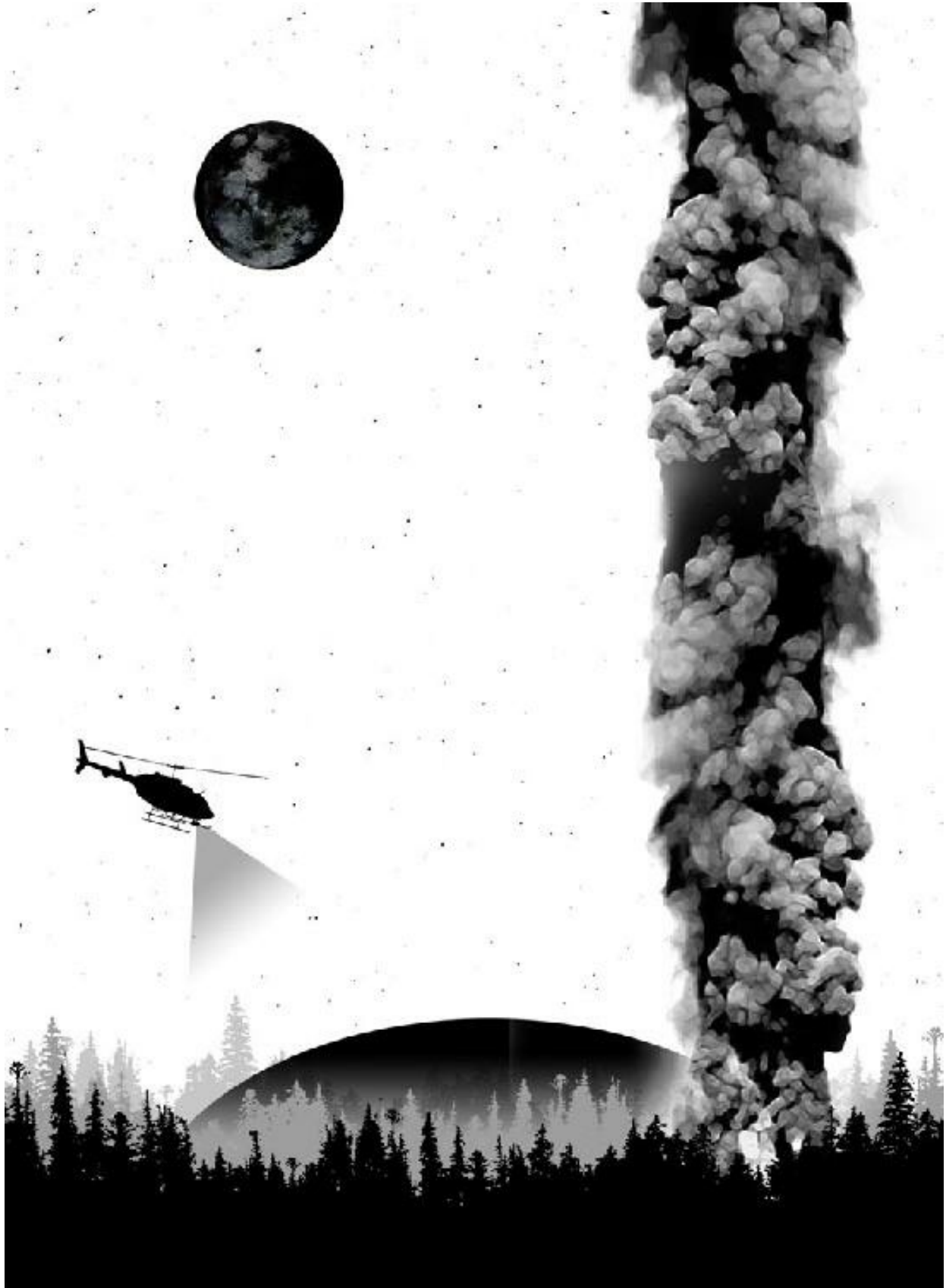
Dejaron veinte dólares sobre la mesa y se marcharon.

Broxton no se lo pensaría demasiado: su hartazgo haría todo el trabajo de análisis.

A los dos días, el joven firmaba el contrato.

Al tercero, su cuenta bancaria se inflaba de repente con un soplo de sesenta mil dólares.

Al cuarto, el hombre ya se dirigía hacia Europa en el que sería el penúltimo de sus viajes.



Capítulo XIV

La opacidad del bosque envolvía a Broxton con una calidez maternal. Los animales ya se habían dispersado entre la espesura mientras su razón todavía buceaba bajo un océano de tinieblas. El accidentado sendero que se abría hasta el esclarecimiento definitivo debía ser recorrido en absoluta soledad.

Aunque la cerrazón apenas permitía al joven percibir un hálito de vida entre la densa vegetación, sí alcanzaba a reconocer al fondo del tupido telón un tenue resplandor rojizo que se filtraba a hurtadillas entre las negras siluetas de los árboles, como un faro nebuloso que refulgía guiando a las almas extraviadas hacia un final apoteósico.

Un éxtasis desconocido presionaba el alma de Broxton a cada paso que sus pies adelantaban hacia el radiante núcleo del bosque. Notaba cómo su conciencia, cómo su ego, cómo su esencia, iban siendo poco a poco absorbidos a cada pálpito de su afligido corazón como si una insaciable sanguijuela se estuviera alimentando de sus ilusiones vitales y las estuviera reemplazando por esperanzas antinaturales. Esa humanidad que Broxton aún creía poseer iba degradándose hacia un estado vestigial; una humanidad que resultaba incompatible con el tipo de tareas que para él habían sido concebidas, y que en esos momentos no era capaz de ubicar en su memoria. El ensordecedor estruendo del batir de las aspas de un helicóptero que sobrevolaba el bosque a baja altura no fue capaz de distraerlo un instante de su creciente trance.

Y por fin, *el recuerdo*.

Un sinfín de difusas instantáneas comenzó a precipitarse sobre su

cerebro como una espesa lluvia que transportaba centenares de reminiscencias imposibles.

Broxton se veía a sí mismo separado de la realidad a través de una cortina líquida tras la que se levantaba un imperio del silencio; un aislado reino de expiación sumido desde el inicio de los tiempos en un eterno atardecer rosado. Observaba sus pies desnudos de carne caminando con paso lento sobre un sendero de cráneos, amalgamados estos con el músculo y las vísceras desecados de aquellos que, allá por eras pretéritas, habrían formado parte del reino de los seres que viven; del reino de los seres que sienten y padecen; de los que aman. Las falanges de sus pies flotaban con delicadeza sobre el pavimento en una suerte de marcha volátil. Mientras, sus brazos esqueléticos acompañaban el ritmo oscilante de sus fémures y tibias que, livianos y ágiles, colgaban con gracia de las huesudas caderas.

Tras la línea que trazaba sobre el panorama el lejano horizonte de perpetuo atardecer, un gigantesco sol negro crepuscular mantenía contenida contra su voluntad a la noche creciente. Una corona vaporosa de tonos rojizos envolvía a la fúnebre estrella tintando de matices rosáceos el manto de tinieblas que, como una marea oscura, trataba de avanzar desde el otro extremo de la bóveda celeste. La ola de vacío sobre el firmamento avanzaba su frente con paso firme y regular, milímetro a milímetro, día a día, siglo tras siglo, eón tras eón, hasta que, por fin, su sempiterna y férrea voluntad acabara venciendo la resistencia de esa estrella del ocaso, sometiéndola sin remedio a sus designios allá por el fin de los tiempos.

«El libro», recordó ese ser que ahora reemplazaba los pensamientos de Broxton al tiempo que sus esqueléticos pies flotaban sobre un camino construido con restos de vidas consumidas.

De algún modo, ese torrente incontenible de recuerdos le hacía sentir que su humanidad habría quedado varada al otro lado de ese velo líquido que le había tocado atravesar. Sabía que, de este lado, una versión más primigenia de su ser, como una entequeia colmada de matices indescriptibles, había tomado las riendas de su renovada consciencia, y había abandonado a su suerte todo recuerdo de lo que una vez fuera un hombre contemporáneo sometido por la aflicción propia de una sociedad corrupta y decadente.

Lo poco que en ese momento quedaba de Broxton comenzaba a padecer una euforia inconfesable, una emoción que llegaba hasta él como la rotura de los grilletes que lo mantenían amarrado al mundo terrenal. Un retorno a la seguridad del útero materno; un útero de sombras, un útero de muerte y de resurrección, nido de tinieblas, aunque cálido y reconfortante como el fuego del hogar. Aún no sabía que, en cierta medida, sus pasos lo dirigían sin distracción hacia el regazo de la que una vez fuera su Madre Verdadera, una madre que desde hacía siglos le esperaba en otro reino con una paciencia inagotable. Serena, hermosa, despiadada; sentada bajo uno de los Doce Tronos junto a Su Señor.

«El libro».

Un enorme haz de luz pálida enfocó de pasada la expedición de Broxton

hacia el centro del bosque. El intenso y ensordecedor batir de las aspas del helicóptero lo sacó por un momento de su mesiánico duermevela. Con los ojos trataba de encontrar con desconsuelo la poderosa fuente de luz, deseando por un momento que la cegadora luminaria tuviera las respuestas a las inefables reminiscencias que en esos momentos aterrizaban sobre su mente. Pero no las tenía: detrás del albor, sólo quedaba la nada.

Y cuando la luz se fue, la oscuridad se hizo.

Y cuando la oscuridad se hizo, las imágenes retornaron, y Broxton, o lo que por ese momento creía ser Broxton, reanudó su marcha hacia el corazón del bosque.

Sus recuerdos volvían a posarse sobre el reino de las desdichas, un imperio donde sus ojos y oídos exteriores habían quedado reemplazados por sentidos mucho más interiores.

En el horizonte, el eterno sol negro vomitaba en silencio un extenso nimbo de resplandor anaranjado que en pocos instantes acababa inundando por completo el dilatado firmamento. De inmediato, ese reino por el que ahora vagaban sus pasos comenzaba a retorcerse y agitarse; los cráneos peor acomodados chocaban en el suelo los unos contra los otros levantando una percusiva sinfonía de cáscaras vacías. El inescrutable manto de tinieblas que Broxton sabía que se extendía bajo el macabro pavimento exhaló en ese instante un profundo y espantoso gemido de placer. El sol había proyectado sobre el reino sus más grandiosas y opulentas excreciones, y el reino mismo, como la representación palpable de un ente superior imposible de categorizar, había quedado de pleno satisfecho. Y de nuevo, el cielo se halló colmado por las insistentes sombras que avanzaban

pertinaces en su eterna lucha contra el inamovible crepúsculo de color rosado.

A Broxton le costaba recordar su nombre, y es que incluso sus sentidos naturales viraban poco a poco hacia unas nuevas e inefables experiencias sensoriales.

La vista...

En sus cuencas vacías —pozos insondables donde una vez residieron unos ojos ciegos ante la *Realidad Verdadera*— los colores ordinarios quedaban ahora salpicados de tonalidades cuya definición se hallaría más conectada con los horrores de ultratumba que con las regiones más limítrofes del espectro electromagnético. Su visión renovada le llevaba a percibir con claridad la prodigiosa y abominable belleza que le rodeaba. A cientos de pies de distancia, quizás miles, o centenares de miles —en el reino del Devorador de Estrellas el espacio no es más que un concepto eludible e innecesario—, imponentes cordilleras que brotaban de la tierra hacia el cielo crepuscular comenzaban a presentarse ante él con el hueso como único sustento para sus titánicas estructuras. Los cráneos, las tibias, los fémures y costillas; las clavículas, los húmeros, los radios y paletillas. Todos, sin excepción, consolidaban de una manera inexplicable la espantosa argamasa que mantenía en pie a tamañas montañas de expiración.

Ante sus ojos etéreos se levantaba entonces la visión de centenares de majestuosas y esqueléticas esculturas erigidas por doquier como macabros gigantes de complexión antropomorfa pero de insoportables proporciones. Sobre ellas, unos aborrecibles individuos cincelaban y moldeaban sus rígidas formas en una desarmonizada composición de golpes, chasquidos y crujidos; unos seres asexuados cuya descripción sólo es comprensible por las mentes más enfermas y las imaginaciones más retorcidas.

«Búscalo. Busca el libro».

El oído...

Su otrora limitado sentido del oído había resultado relevado por el don extraordinario de la clariaudiencia. El clamor de las osamentas que una vez fueran despojadas de vida resonaba ahora en su hueca calavera como himnos transportados por el viento. El cielo mismo hablaba con la tierra que pisaban sus pies descarnados mientras ésta le devolvía con entusiasmo sus plegarias, adivinándose las palabras que manaban de sus labios vacíos como cantos terroríficos verbalizados a través de la muerte. Las montañas sobre el horizonte conversaban las unas con las otras en una avalancha de lamentos que resultaba de inmediato respondida por el llanto de una muchedumbre. Entre tanto, las esculturas de hueso lanzaban al espacio sus diáfanos quejidos a cada golpe del maestro escultor. Unas parecían suplicar misericordia a los dedicados artesanos. En cambio, muchas otras esperaban con entusiasmo el siguiente impacto del imaginero, rubricando la tarea con una indescriptible y lasciva muestra de placer contenido.

El murmullo de la expansión del cosmos penetraba en su cráneo como un torrente de aguas turbias fluyendo incontenible desde que el tiempo es tiempo. Sobre éste flotaba una voz tenue y aterciopelada que le llamaba por su nombre verdadero. Una voz tan suave y melosa como la más afinada de las liras del Olimpo, y tan severa y ancestral como el rumor del más antiguo de los infiernos. Esa esquelética ánima errante que una vez fuera Broxton sentía ahora cómo ese clamor insistente invadía lo más profundo de su inexistente corazón. Era plácido como el arrullo

de una madre amorosa, melodioso como el susurro de las hadas y embriagador como el canto de las sirenas, sólo que, a oídos inexpertos, a sentidos nacidos para escuchar las frecuencias más anodinas del universo, la tonadilla repiquetearía entre sus tímpanos como el estruendo de cien tempestades del averno.

«Búscalo. Llévame hasta él».

El tacto...

A su avance, sobre sus flancos se levantaban ahora altas paredes que se adivinaban apuntaladas con las ciclópeas osamentas de criaturas propias de las eras más pretéritas. Enfoscadas con la materia desecada de seres que entonces habitarían del otro lado del umbral, grotescos motivos se revelaban estampados por su superficie sin dejar un resquicio de estructura sin algún tipo de ornamentación. Si bien ante los ojos del hombre corriente podrían pasar por macabras representaciones de óbito y de tormento, ante las clarividentes cuencas de lo que una vez fueron los ojos de Broxton la belleza que contenían esas formas resultaba casi del todo insoportable. La cuidada y elaborada rugosidad de los matices plasmados sobre las paredes de hueso invitó al ánima errante a posar sobre ellas la punta de sus esqueléticos dedos. Fue entonces cuando el que una vez fuera un hombre comprendió la magnitud de su reformulado sentido del tacto. El traqueteo de sus falanges sobre los motivos labrados transportaban hasta su mente las vivencias completas de aquellos que ahora yacían frente a él, inertes, tejidos entre sí como el lienzo de una magnífica obra de arte sobre la que los más dedicados y extraordinarios maestros habían depositado sus más soberbias representaciones. Las vivencias de la plebe, de sus líderes, de sus reyes y de sus dioses, burbujeaban en su mente como si él mismo hubiera sido partícipe de ellas. Unos instantes de revelación que hollaban su alma con recuerdos tumultuosos en los que se agolpaban sin obstáculo decenas de centenares de siglos.

De súbito, sus huesos comenzaron a vibrar con cada uno de los suspiros que el mismo reino estaba exhalando; como una titánica respiración que hasta ese momento no había sido capaz de percibir. Podía sentirlo resonando entre su vacío costillar: el palpito del descomunal corazón del imperio, un músculo de dimensiones inconcebibles que bombeaba la vida, o la muerte, a lo largo y ancho de todo ese inabarcable espacio que se extendía bajo un crepúsculo eterno.

Fue tras ese instante de eufórica epifanía cuando el ánimo sintió sobre sus huesos desnudos la implacable mirada del escrutinio divino. Y es que no se pueden traspasar los umbrales hacia los Reinos de Yghaygha sin pasar antes por el rígido e incorruptible estudio de Las Oteadoras.

Dedicadas y laboriosas, Las Oteadoras consagran sus interminables jornadas a sondear las voluntades de los recién llegados, estudiando con esmero sumo los detalles imperceptibles que el tiempo dejó grabados en sus huesos. Escudriñando su pasado y su presente a través de las muescas labradas en los malogrados periostios. Las selectoras, radiantes de una belleza blasfema, sentencian de modo inapelable el inminente futuro — aciago o dichoso— de los nuevos residentes. Y es que en el imperio incognoscible del Devorador de Estrellas, o se es escultor, o se es escultura.

El que una vez fuera Broxton giró entonces su inmaculada calavera para contemplar por primera vez el rostro de aquella cuyos designios marcaban el destino del visitante. Las cuencas huecas del advenedizo centelleaban eufóricas tras cruzarse con esas enormes esferas escarlata, perfectas, cristalinas, que daban

forma al par de ojos de la concienzuda Oteadora. Los oídos invisibles del esquelético vagabundo interpretaban las silenciosas palabras que brotaban con fluidez del amplio rostro vacío y sonrosado de la vigilante tras La Puerta. El ánimo errante supo entonces con radiante claridad que había regresado al hogar; supo que las centurias de espera habían merecido la pena, que su sitio era ese. Que su madre le aguardaba paciente junto a uno de los Doce Tronos. Supo que era príncipe; príncipe del ocaso, de la belleza verdadera; príncipe exiliado de un reino clandestino, siervo incondicional de una entidad cósmica superior y primitiva; hijo de un dios eterno.

La supervisora, rebosante de una hermosura indescriptible y turbadora, contorsionó grotescamente su desnudo cuerpo en señal de servil reverencia y se alejó silenciosa de su príncipe retornado para continuar con sus insólitos menesteres.

«Ya sabes de cuál te hablo, muchacho. Sé cómo abrir La Puerta, pero desconozco el método para atravesarla».

Una fuerte explosión disimulada entre la espesura del bosque sacó a Broxton de su viaje onírico y lo devolvió de nuevo al mundo de los vivos durante unos escasos momentos. Sobre las copas de los árboles, una densa bola de fuego se abría paso hacia el oscuro firmamento como un hongo negro que crecía formidable: el helicóptero no volvería a volar ni una vez más sobre su cabeza. Pero eso a Broxton ya no le importaba, ya no quería permanecer sobre la tierra que pisaban sus pies. Broxton quería seguir viviendo en el reino de sus recuerdos.

«El libro. El tercer libro».

El olfato...

Con un ego del todo renovado y espoleado por un conjunto de nuevos e indescritibles dones, el Príncipe Esqueleto continuó su mansa marcha hacia los templos de hueso que se levantaban sobre el horizonte de eterno atardecer.

En su camino hacia su irremediable destino, el ánima atravesaba las rutas de trabajo de unos seres grotescos, famélicos y encorvados, sombras de lo que una vez debieron ser hombres, cuyos huesos quedaban ahora cubiertos por una fina película de pellejo pardo, marchito y arruinado. Sus cabezas se hallaban por completo enrolladas en una tela pajiza, sucia y raída, sin espacio alguno para la vista o la respiración. Los afanosos operarios buscaban, seleccionaban y almacenaban los restos óseos que se encontraban esparcidos por todo lugar donde la atención alcanzara a detenerse. Fragmentos abandonados de las que otrora fueran las almas más débiles. Despojos de vidas pasadas borradas por el flujo del tiempo.

Algunos peones encaraban temerosos con su rostro de trapo hacia las cuencas vacías de su príncipe pródigo. En cambio, otros muchos desfilaban por sus flancos haciendo muestras de la más absoluta y osada indiferencia. Y es que las labores en los Reinos de Yghaygha son tan productivas como eternas resultan sus jornadas. Los infatigables artesanos delegan en sus vasallos más infames la recogida de los materiales con los que dar forma a sus prodigiosos sueños. Sueños que el hombre puede creer como representaciones grotescas de los espantos más atávicos, cuando la realidad es que en los dominios del Devorador de Estrellas no

existe hueco para la consternación: sólo se admite la belleza verdadera. Una belleza forjada sobre columnas de huesos erigidas con el dolor de las almas que una vez los poseyeron. Incluso el más loable de los siervos acaba tornado en producto si la calidad de su ofrenda no es del gusto del maestro escultor. En los reinos de Yghaygha no hay desecho, no hay despojo, no hay residuo. Sólo existe la materia prima.

Fue tras ese lapso de contemplación que el Príncipe Esqueleto alcanzó a reconocer un extraño aroma inundando sus calcáreas fosas nasales. Una fragancia de una familiaridad peculiar que le resultaba imposible reconocer. Su transformado sentido del olfato guiaba en ese momento su vacía mirada hasta la fuente de tan embriagador perfume. Y no fue sólo él quien reparó en la sorprendente aparición de ese incienso celestial. No. Los atareados recolectores también lo habían percibido tras sus sucias caras de tela, pues cesaron sus concienzudas labores asaltados por un nerviosismo colectivo.

A poca distancia de la muchedumbre, una enorme torre cuadrangular rasgaba el suelo quebradizo y se erguía hacia los cielos brotando de la tierra como un grueso tallo de hueso deshojado. Rocas, astillas y osamentas crujían, estallaban y rodaban apartándose apresuradas del paso de su solemne ascenso mientras que densas y pesadas nubes de polvo amarillento se arremolinaban furiosas alrededor de la construcción. Su cima se adivinaba cerrada a través de una bóveda circular tan ciega como los cuatro muros majestuosos que sostenían la estructura. Las paredes habían reemplazado sus sillares de piedra por ladrillos contruidos de huesos apelmazados cuya superficie se revelaba

salpicada de motivos erráticos con un nivel de detalle extraordinario. En el centro mismo de la que debería ser su esplendorosa fachada, una oquedad irregular a modo de tosco ventanal dejaba a la vista el negro e inescrutable interior de la sólida atalaya. Como un bostezo nauseabundo, el cíclope abrió su boca cuadrada mostrando ante los espectadores el grotesco espectáculo de su insondable y carnosa garganta. Se trataba, sin ceder ni un ápice de lugar a la duda, de una de las imponentes Puertas a los Reinos de Yghaygha.

Entre las sombras de sus profundidades, una pequeña y difusa silueta rosada comenzaba a tomar forma a medida que la luz crepuscular del sol negro la inundaba con su resplandor.

¡La carne!

El aroma que los alcanzaba... Era el olor de la carne. ¡El olor de la vida! Y es que la vida resultaba el más codiciado y valioso de los ingredientes para las obras de los maestros artesanos.

Un osado advenedizo posaba ahora sus pies descalzos sobre el suelo del reino prohibido. Desnudo, palpitante y cálido, brillante, como un faro de medianoche en mitad de un océano de cristal. Obstinado e insolente, el imprudente individuo atravesaba el umbral vestido con su carne, copado por un largo y lustroso cabello castaño, con el rostro adornado con sus ojos, sus orejas y sus labios. Se extendían sobre su tersa piel extraños y sofisticados grafemas cuya pronunciación y significado resultaban inéditos para el Príncipe Esqueleto, y sin embargo, su inequívoca interpretación se le presentaba diáfana y reveladora, pues su regia y renacida condición ya no necesitaba conocer para comprender. No necesitaba ver para saber, ni oír para escuchar, ni tocar para

sentir. Los versos del forastero transcritos sobre papel de carne
atravesaban los huesos impolutos del príncipe con la fuerza
propia del verbo divino.

«Tráelo. Cumple la empresa para la que te he reclamado».

El gusto...

Los enjutos operarios se amontonaban alrededor del forastero con un ansia irreprimible. Algunos, incluso llegaron a arrojar sus preciadas pertenencias al suelo con afán de arrancarle al extranjero una muestra de su preciada vida. Por muy pequeña que ésta fuera, sería bastante para aplacar los caprichos de sus maestros y asegurarles uno o dos nuevos privilegios.

El hombre giraba confundido sobre sus pies descalzos, espantado ante la turba de execraciones que en tropel se le aproximaba. Su maduro rostro desnudo se constreñía en una mueca de horror incontenible, dejando su frente de repente bañada en un sudor frío y resbaladizo. Un sudor salado, turbio, abundante; delicioso a ese nuevo paladar del que ahora disfrutaba el príncipe de hueso: sólo le bastaba depositar su atención en el temerario forastero para sentir el delicado sabor burbujeando sobre su mandíbula como el más añejo de los caldos de la tierra, como un licor crepuscular reservado sólo a los paladares más exquisitos. Pero nadie puede escapar al escrutinio de Las Oteadoras. El príncipe no lo había hecho, por lo que tampoco lo iba a evitar el extranjero.

La incontenible avalancha de encorvados trabajadores se detuvo en un instante al sentir cómo la indescriptible hermosura del cuerpo de La Oteadora emergía radiante entre la muchedumbre. Como el tallo de una planta espinosa que germina entre el estiércol, la silueta difusa de la selectora brotó de la tierra a la vez que extendía sus brazos hacia su público como una flor de primavera que abre sus pétalos rosados hacia el sol, hacia

un sol negro. Su belleza —o su poder— resultaba tan temida y admirada que la turba entera cayó en un estado de parálisis colectiva cuando sus perfectos y enormes ojos carmesí encararon el rostro del insolente invasor.

Sin dejar de hallarse aún conectada a esa tierra oscura y palpitante que sostiene los dominios del Rey sobre los Doce Tronos, La Oteadora acercó con calma sus pasos seductores hacia el extranjero. Desde la distancia, el Príncipe Esqueleto contemplaba el magnífico espectáculo dibujando una sonrisa invisible sobre su regia calavera.

El individuo cayó sin remedio de espaldas al suelo. No pudo evitarlo: la insoportable belleza de ese rostro vacío sobre el que flotaban dos ojos vidriosos del color de la sangre había minado la rigidez de sus piernas. Fruto de una musculatura lastrada por una lasitud repentina e incontrolable, los genitales del sujeto encarnado quedaron expuestos ahora en una postura obscena que de nada le serviría a éste para interferir en los imparciales designios de La Oteadora. Las esferas escarlata escrutaban uno a uno cada signo que se hallaba trazado sobre ese lienzo de carne; el forastero sudaba y jadeaba sometido por un terror que lo ahogaba sin un pronóstico de mínima salvación. Mascullando de un modo casi inaudible, el protagonista rogaba a algún dios benévolo del otro lado del umbral que su caligrafía hubiera sido la adecuada para tan determinante evaluación.

Los largos dedos de seda de la selectora comenzaron a recorrer con sus yemas los matices de los ribetes de la insólita tipografía. Sus ojos de vidrio sobre el rostro vacío bullían en su interior con la interpretación de cada símbolo. Mientras, el

interfecto trataba de tragar saliva en un inútil intento de lubricar una garganta reseca por el pavor.

Este símbolo es el adecuado.

Este también, y aquel.

Sus manos aterciopeladas acariciaban con suavidad el cabello del hombre recostado sin dejar ni un momento de leer los inefables versos escritos sobre su piel.

Este también es bueno, y ese otro, también.

Las sombras encorvadas miraban expectantes y en silencio, a la espera del inminente designio de La Oteadora. El rígido y grueso cordón grisáceo que aún conectaba el lomo de la funcionaria a la tierra cedió unos cuantos pies para concederle algo más de margen de maniobra. Se agachó ligeramente y empujó con el dorso de su mano el hombro del sujeto hasta forzarle a rotar sobre sí, dejándolo encarado contra el suelo. De espaldas al cielo.

Este, de nuevo, es el adecuado.

Y aquel también.

El encarnado levantaba con esfuerzo la cabeza y quedaba mirando al frondoso bosque de piernas secas y consumidas de los operarios a su alrededor. Entre tanto, la bella selectora seguía con el riguroso escrutinio de sus lomos.

Este también.

Y este, de nuevo.

Y este.

Pero este... Este no, este no sirve.

No servía.

Había uno que no servía.

Con absoluta indiferencia, las delicadas manos rosadas de La Oteadora levantaron el vuelo sobre la espalda del infeliz y su rostro vacío quedó enfilado hacia el firmamento. Sus ojos escarlata dejaron de bullir mientras que esa suerte de cordón umbilical que la sostenía por la espalda la hacía flotar con suavidad sobre la muchedumbre, como una Venus de mirada cristalina navegando por un mar de pellejos marchitos. La bella silueta de la selectora quedó perdida entre la turba y terminó sumergida de nuevo en su lecho infraterreno.

El Príncipe Esqueleto saboreó entonces el terror atávico del desventurado. Resultaba dulce, placentero. Afrutado en boca. Con matices de sino insatisfecho y toques de bravura cercenada. El hombre aún no había reparado en la regia mirada vacía de Su Esquelética Majestad: su atención se hallaba presa del entusiasmo colectivo de ese insano y famélico gentío. El príncipe exhaló entonces una sorda pero elocuente exclamación de placer que desató las cadenas que mantenía contenido al hervidero de recolectores.

Decenas de manos huesudas asaltaron violentamente al forastero hundiendo sus sucios dedos en la carne y tirando de ella como si fueran hebras de algodón. La multitud se arremolinaba en torno a él en un malsano torbellino de codicia. La sangre manaba a borbotones dibujando una extraordinaria catarata que se derramaba sobre un lago de matices escarlata. Los gritos y gorgoteos del bravo aventurero resonaban en la hueca calavera del príncipe como una coral esplendorosa formada por centenares de voces. De nada servía ya su lucha. De nada servía ya su resistencia. La Oteadora había dictado sentencia, y su designio es

sagrado en los reinos del Devorador de Estrellas: el extranjero sería escultura.

Aquel cargaba con un trozo de bíceps. Aquellos de allá se peleaban por su lengua. Otros tantos se disputaban las entrañas y el corazón, mientras el cráneo, desconectado del torso en último lugar, era separado de su carne con dedicación extrema hasta que el hueso quedó del todo límpido e inmaculado.

Después de unos minutos, o quizás, de años —quién sabe qué significa el tiempo en un imperio donde el crepúsculo es eterno y el deseo es irreductible—, ya no había gritos burbujeantes, ya no había sollozos ni clamores. Sólo se oía el quejumbroso silencio de los operarios desandando sus pasos en busca de sus maestros; ilusionados, eufóricos por la consecvente e inminente recompensa. Los menos ágiles, los menos dichosos, se vieron obligados a conformarse con los restos de las osamentas que los más habilidosos habían desechado. Nada quedó del atrevido visitante. Nada, salvo un sofocado lamento suspendido de por siempre en la atmósfera de la eterna noche creciente. La torre de hueso acabó hundiéndose de nuevo en las profundidades de la tierra mientras ésta se la tragaba de una sentada. Después, la soledad. Después, el silencio.

La luz anaranjada, creciente y vacilante tras las negras siluetas de los árboles logró rescatar de nuevo del sopor durante unos instantes a ese ser que una vez fuera Broxton. Detenido y en silencio, el hombre alzó su vista hacia el oscuro cielo estrellado que se filtraba a través de las copas de la espesa arboleda. En su mente deshilaba el ovillo de pesadillas y trataba de entretejerlo con sus propios recuerdos. Aunque las reminiscencias que lo

asolaban parecían más adecuadas para un ser de otras realidades que para un hombre sencillo, su corazón le insistía en que había más de él mismo en ese plano rosado por el que navegaban sus sueños que en la tierra donde ahora se posaban sus pies. Y es que algo se intuía levantado en el núcleo del bosque que lo atraía de un modo inexorable. Algo que lo encadenaba a un trabajo para el que no hallaba una manera de rechazarlo.

«El libro, busca el libro».

Pero su mente era débil, y las pasiones que dominan el imperio del Devorador de Estrellas resultan intensas y reveladoras: sus pies podrían estar dirigiéndolo hacia la colina negra en el corazón mismo de la oscura arboleda, pero su pensamiento ya había regresado otra vez a la calma del claustro maternal.

El Príncipe Esqueleto reanudó su marcha en dirección a los templos majestuosos que se alzaban sobre ese horizonte de crepúsculo rosado coronado por un sol negro. El sendero emplastecido mediante restos de vidas anteriores lo llevaba en ascenso hacia una empinada colina sobre la que se erigía una ciudad inerte. Una ciudad gris, una ciudad muerta; una ciudad cuyas enormes y abundantes edificaciones de cemento se apiñaban unas junto a otras de un modo caótico y desorganizado, sin apenas espacio por el que poder transitar sus angostas calles. Los amplios y compactos edificios de hormigón —ciegos, sin ventanales, sin accesos— se levantaban hacia la bóveda celeste como mudas alegorías de la melancolía cuyas paredes cenicientas mantenían confinados de por siempre a los urbanitas del silencio.

El cielo sobre la ciudad se percibía algodónado y burbujeante, bañado en su completitud por un nimbo escarlata a través del cual se filtraba con cierta cobardía la eterna noche creciente. Una fina llovizna de sangre parecía desprenderse del nubarrón, y, a pesar de ello, no alcanzaba a percibirse gota alguna que lograra tocar el suelo.

El príncipe pródigo caminaba despacio entre las paredes que conformaban las ajustadas avenidas de tan regias y silentes edificaciones. Los muros grises que se alzaban por sus flancos casi llegaban a rozar sus huesos durante el transcurso de la marcha. El fin de un bloque de hormigón marcaba el inicio del siguiente, y éste, a su vez, el del próximo, preñando la urbe con un sinfín de intersecciones más propias de un laberinto inexpugnable que de un reducto cosmopolita. El extranjero levantaba sus cuencas vacías y observaba cómo los arreboles rojizos del cielo se filtraban en las alturas a través de la fina y alargada rendija que quedaba entre las titánicas paredes ciegas que lo acompañaban en su paseo, hasta que por fin la estrechura terminó cediendo el puesto a la necesitada amplitud.

En el núcleo abierto de la urbe, plaza muerta del mutismo y el desamparo, un púlpito austero —tan frío y gris como los bloques inertes que lo rodeaban desde la distancia— se posaba sobre una tribuna levantada encima de una pequeña loma de cráneos. Trabajando en éste, un maestro artesano labraba con dedicación entre sus largas y huesudas manos lo que otrora debió ser una indiferente calavera, y que ahora se había convertido en una joya de un valor incalculable. Un rostro cetrino y vacío se dibujaba sobre la cabeza oblonga y lampiña del escultor, una cabeza que

reposaba sobrepuesta entre dos amplios y elevados hombros tapados hasta el suelo a través de una espesa túnica negra. Su mirada severa de cuencas sin fondo quedaba fija sobre su filigrana mientras sus dedos rascaban con delicadeza la superficie del hueso. Aunque el Príncipe Esqueleto podría haber detenido la labor del artesano con sólo desearlo, sus propósitos quedaban mucho más allá de esa tumba de cemento con aspecto de ciudad.

«¡La reina!», exclamó Su Alteza con palabras mudas.

Sin alzar ni un instante la vista de su labor, el tallador levantó una de sus manos y apuntó con firmeza hacia la distancia que se extendía a las afueras de la urbe de hormigón, más allá de los cultivos de agonías y los bosques de hueso. Sin más dilación, el príncipe siguió entonces las indicaciones de su siervo y enfiló sus pasos hacia las afueras baldías, abandonando para siempre la metrópoli del infortunio.

El cálido y oscilante fulgor del núcleo del bosque ya bañaba toda la vista tras las pocas siluetas arbóreas que quedaban entre Broxton y el reducido claro que se abría en el corazón de la espesura. A sus oídos llegaban versos entonados en esa jerga ominosa que no conocía, pero que sí alcanzaba a comprender. Brotaban de una boca dibujada sobre la forma difusa de un hombre iluminado con delicadeza por el resplandor de cuatro intensas hogueras, cuatro fogatas repartidas por los márgenes del pequeño prado que se abría hacia el cielo, ubicadas cada una en uno de los cuatro puntos cardinales. Las piras se agitaban trémulas sobre enormes cuencos de bronce repletos de aceite que reposaban en el suelo. En el centro, el rostro familiar de un individuo alto y majestuoso se presentaba ahora a la vista de ese ser que una vez fuera Broxton.

Ataviado con una tupida túnica blanca y negra recargada con un sinfín de magníficos símbolos bordados, el hombre de regio porte hacía las veces de oficiante de ese aquelarre que se desarrollaba al abrigo de esa insidiosa noche de invierno. Sus cabellos grises, lacios y finos, caían con timidez sobre sus estrechos hombros como cascadas plomizas que manaban desde ese estanque marchito que formaba su amplia calva salpicada del tizne propio de la vejez. Y su tez: angulosa, taciturna, plena de unas arrugas finas y abundantes labradas con esmero por el paso de los años, o de los siglos. Y esos labios estrechos y deshidratados a la sombra de una nariz estilizada. Y los ojos... Esos ojos cerúleos de mirada torva que contemplaban implacables los ineludibles designios del universo más primitivo plasmados sobre una lengua escrita; esos ojos que vislumbraban unos propósitos que fueron redactados en eras olvidadas por unas manos impías a través de trazos irreconciliables con la razón humana, y que en ese momento se esparcían por el denso tomo que el sacerdote sostenía sobre sus manos.

En el suelo había quedado dibujado sobre el pasto un enorme círculo de pólvora consumida. Por su interior se distribuían una miríada de símbolos y patrones geométricos de imposible interpretación, trazados en la tierra con alguna clase de polvo de cal. A su alrededor, no menos de ocho personas se repartían por la circunferencia ataviadas con largas túnicas blancas que ocultaban sus rostros mediante holgadas capuchas, y que recogían sus manos cruzadas bajo un par de amplias mangas. Flanqueando al oficiante, otros dos acólitos sostenían dos altos cirios sobre los que también se habían trazado símbolos indescifrables. Sus caperuzas, al igual que la de su maestro, quedaban recogidas hacia atrás dejando a la vista sus reconocibles rostros.

A Broxton ya no le quedaba espacio para la duda. Ya no había sitio para

el misterio.

Ahí estaban.

Estaban los tres.

A un lado, el más alto, el más huesudo. Serio, solemne, con su rostro cadavérico. Al otro, el más bajito, el más dicharachero, con su reluciente cabello oscuro peinado hacia atrás y su maquiavélica sonrisa de muñeco de porcelana.

Broxton miró entonces sus manos. Ahora por la palma, ahora por el dorso... Tocó entonces su rostro. Su frente, sus ojos, su nariz, su boca. Palpó entonces con cuidado su cuello, sus hombros, su pecho abierto... ¡Abierto! Ahora comenzaba a comprender.

Aquella imagen impoluta e inmaculada que había contemplado en el reflejo del espejo del refugio de animales no era más que una reminiscencia de su pasado, un fragmento residual de su ego que se proyectaba sobre su mente en lugar de sobre sus ojos. El indefinido lapso de vacío en su memoria que se llenaba por momentos con el torrente de imágenes de ese mundo de eterno crepúsculo, conectaba ahora con sus recuerdos forjados en la tierra de los mortales. La rabia en su interior empezaba a germinar.

—Muchacho. Al fin has regresado —el sacerdote que oficiaba la ceremonia sonreía al que una vez fuera Broxton de un modo cálido y paternal—. Te estábamos esperando —aumentaba su sonrisa—. Ahora, ya sabes cuál es tu cometido.

Los ojos vacíos del ser esperado se abrieron como dos lunas negras y una vida entera desde el otro lado pasó como un relámpago por delante de su alma. Una eternidad que resultaba condensada en un único e infinitesimal instante.

Y es que el Príncipe Esqueleto regresaba por fin al hogar.

Sentía el amor incondicional de su madre tirando de él con fuerza a través de los insondables campos sembrados de huesos que se extendían hasta el horizonte crepuscular. Sus pasos flotaban ligeros sobre losas sin nombre bajo las que se acumulaban los restos calcificados de vidas malgastadas en siglos descartados. Los lamentos de aquellos que reposaban por obligación bajo sus esqueléticos pies llegaban a sus etéreos oídos como una ópera extraordinaria cantada por millares de voces, y ni siquiera ese clamor tan poderoso resultaba capaz de sofocar el melodioso timbre de la voz de la reina llamando a su príncipe exiliado.

«Madre...»

Su larga marcha entre sus recuerdos le llevó entonces hasta la boca del Bosque entre el Desfiladero.

Una enorme meseta de roca se presentaba inamovible ante el monarca en ciernes. Justo en el medio, una brecha zigzagueante y angulosa partía en dos mitades la altiplanicie abriendo al caminante un angosto corredor de altísimos flancos rocosos. El extenso barranco enclaustrado se hallaba por completo colmado por un bosque cuya espesura despreciaba en ocasiones la luz del ocaso imperecedero. Un bosque que fluía sereno a lo largo de la grieta como un río inerte cuyas aguas habrían sido reemplazadas por la muerte. Un bosque de hueso, un bosque de calma. Un bosque de árboles de troncos formados de tibias y fémures, y en el que sus copas se adivinaban entretejidas por centenares de costillares y clavículas de las que pendían rígidas ramas de húmeros y radios. Sobre éstas, millares de cráneos pendían como vistosos frutos de cáscara esperando con paciencia a ser quebrados para arrebatárles su jugosa pulpa.

El príncipe lograba saborear los brotes con sólo palparlos con la punta de sus renovadas falanges. Mientras marchaba, escuchaba a través de sus dedos las historias que los árboles se atrevían a contarle. Unas hablaban de tormento, otras hablaban de sosiego. Otras conversaban sobre la guerra. Otras, sobre redención. Pero ninguna, ni siquiera una, osaba preguntar a Su Alteza el porqué de tan largo exilio.

La luz rosada del ocaso, que a duras penas alcanzaba a rozar el fondo del desfiladero, se filtraba vergonzosa entre el enramado de hueso regando la espesura interior con una plétora de contrastes y matices cuya belleza no podría ser descrita con palabras mortales. La voz de Eloisse aún repicaba entre los fémures clamando por la llegada de su hijo retornado.

—¿Aún no recuerdas para qué te he traído de nuevo a nuestro mundo?
¿Aún no recuerdas para qué te había enviado allí?

La voz del sacerdote interrumpió de nuevo el viaje de Broxton entre sus recuerdos. Detrás del oficiante, una imponente pared negra se alzaba majestuosa absorbiendo cada uno de los gemidos de fuego que las hogueras de aceite proyectaban sobre ella. Un muro solemne que se agitaba con voluntad propia, extendiéndose por la arboleda mientras fluía entre los troncos y las ramas como una brea negra que no dejaba rastro alguno en su retroceso. Estaba viva, o, quizás..., estaba muerta. La muralla de negrura se perdía por los extremos entre la frondosidad del bosque y se levantaba suavemente hacia el cielo culminando su ascensión en una giba monstruosa. Broxton lo sabía, la mole era la puerta cerrada hacia ese reino prometido; una puerta cuyo extremo opuesto se levantaría como una ciclópea torre de hueso que brotaba de la tierra; que brotaba de la tierra a la que había

logrado llegar después de varias centurias de búsqueda inconsciente, y de la que le habían arrancado sin piedad ni remordimiento.

Pero no. Aún no era el tiempo de la contemplación. Era el tiempo del recuerdo, el tiempo del esclarecimiento.

Y ahí estaba, al fin, en su memoria. Ahí se alzaba con el sol negro a sus espaldas. Ahí se hallaba, frente a él. Majestuoso, titánico, soberbio. Erigido sobre un lago de cristal con cuyas aguas nadie osaría calmar la sed. Como un puño de roca que se eleva hacia el cielo: sin ventanas, sin puertas, sin accesos. Ciego y mudo. Uno de los Doce Palacios. Uno, en el que reposa uno de los Doce Tronos. Uno, en el que la reina espera la llegada anunciada de su hijo.

El Príncipe Esqueleto enfiló sus volátiles pasos hacia el mastodonte de piedra. Su colosal contorno se levantaba ante sus cuencas vacías como una estrella de múltiples puntas truncadas, como una clase de ciclópeo engranaje de paredes lisas y arenosas que culminaban en las alturas en un exquisito y extenso tallado de patrones óseos y geometrías insólitas.

Su Alteza no necesitó de una puerta para acceder al interior del palacio, no necesitó de un salvoconducto ni tampoco de un santo y seña. Sólo precisó su regia presencia y la pasión de su paciente madre para que la monstruosa roca abriera sus fauces y tragara al príncipe con una delicadeza más propia del amor que de la fría piedra.

La oscuridad plena dio paso al silencio absoluto, y el silencio absoluto, a la sumisión.

No resultaba necesaria la luz rosada del ocaso eterno para que

el príncipe pudiera contemplar la inmensa sala del trono cuyas paredes quedaban fuera de los límites no sólo del templo que la contenía, sino también fuera de los márgenes de la propia razón. En su mismo centro, una loma de huesos sostenía un enorme bloque de cemento sobre el que reposaba Su Graciosa Majestad, el que es, a su vez, Rey, Reino y Dios, como una impía y blasfema trinidad. El Devorador de Estrellas, Rey sobre los Doce Tronos.

Yghaygha.

Frente a Él, a sus pies, en la falda del trono de roca, sentada y apoyada su espalda sobre la rugosa piedra, Eloisse. La Reina, Su concubina, Su sierva, protegida por sus tres heraldos de hueso: medio cánidos, medio ofídicos; medio hombres, medio bestias; medio amantes, medio contendientes.

Su Majestad sobre el trono de roca miraba a su hijo desde las alturas a través de unos ojos invisibles sostenidos sobre una cabeza negra de la que manaba una neblina tenue aún más oscura que su rostro vacío. Su porte resultaba magnánimo, soberbio, divino. Sobre sus hombros se descolgaba una ligera túnica de color pajizo inundada por un número inconcebible de pliegues y frisados que se extendían por todo el bloque del trono, y que dejaban entrever los pies de roca que deberían conectar a la tierra a ese dios de un imperio forjado en la belleza, a ese dios de un imperio de eternidad. Un imperio que era, a su vez, el mismo emperador y su mismo dios, sentado de por siempre en todos y en cada uno de los Doce Tronos.

Una miríada de manos etéreas brotó de repente bajo su espeso manto permitiéndole al príncipe intuir por un instante el profundo y oscuro vacío cósmico que conformaba el cuerpo de Su Inefable

Majestad. Algunas de ellas señalaron con delicadeza a su concubina, mientras que otras encaraban sus palmas hacia el Príncipe Esqueleto en gesto de regia invitación.

La belleza misma del universo primitivo resultaba condensada en las formas y el rostro de la Reina Eloisse. Su Alteza abandonaba su postura de sumisión bajo Su rey y alargaba sus finos brazos y piernas forjados de deseo al tiempo que su cuerpo se desconectaba de los heraldos de hueso que la protegían. El gesto llegaba hasta los invisibles oídos del príncipe acompañado de una sinfonía de crujidos secos y sordos chasquidos, como si el paso del tiempo, o su ausencia, hubieran cubierto la existencia misma con una pátina de vejez inamovible. Su desnudez despertaba sin remedio la lascivia del cosmos mismo; su hijo, carne de su carne, hueso de sus huesos, príncipe de todos los príncipes, trataba inútilmente de contener el embrujo que la perfección de la silueta de Eloisse causaba sobre sus más inconfesables pasiones.

«Madre». Espetó con palabras mudas.

«Hijo». Respondió.

Los largos brazos de Eloisse alcanzaron con sus delicadas manos el rostro cadavérico de su vástago exiliado.

Los huesos del príncipe se alzaron en busca del amor de su madre y ambos terminaron fundidos en un abrazo eterno, como dos afluentes que se transforman en un único río por el que fluye el más poderoso e imperecedero de los amores. El amor de una madre.

Su Majestad, dios de sí mismo y de todos los que habitan su reino, devorador de estrellas y de esperanzas, escondió sus

múltiples brazos bajo sus ropajes ambarinos y exclamó desde el vacío de su rostro un verso de júbilo en un idioma único conocido tan sólo por un puñado de entidades en todo el universo.

«El libro».

Pero las palabras del sacerdote resonaban ahora en el cráneo hueco del Príncipe Esqueleto mientras envolvía a su madre con sus brazos huesudos.

«Madre... El libro». Preguntó sin palabras a Eloisse.

«¿El libro?», respondió ésta sometida por una confusión incapaz de mermar un ápice la belleza que invadía su rostro lloroso.

En tan solo un instante, el príncipe alcanzó a comprender la naturaleza del texto que el sacerdote le había requerido. En tan solo un momento, el conocimiento de su contenido, de su ubicación, de sus consecuencias, asaltó su mente brotando directamente del saber absoluto que se encerraba en el corazón del Rey sobre los Doce Tronos. En tan solo un segundo, el infante supo cuál era su verdadero cometido en las tierras de sus ancestros, por lo que fue incapaz de contener las lágrimas intangibles de tristeza que comenzaron en ese instante a manar desde sus cuencas vacías.

«¡Madre!»

—¡Hijo!

Y el príncipe se volatilizó en un suspiro de entre los brazos amorosos de su madre, abandonando los Reinos de Yghaygha para retornar de nuevo a la insignificante tierra de los vivos y

cumplir el cometido que le había sido encomendado antes de su partida: «pregunta a Su Majestad por la ubicación del tercero de los cuatro tomos que conforman los Libros de Laorn, y vuelve en la noche que los astros eligieron para revelármela».

El llanto de la reina Eloisse, todavía abrazada al espacio vacío que antes ocupara su esperado retoño, había traspasado sin esfuerzo la frontera de las dimensiones y de los espacios, pues el dolor de una madre no encuentra barreras ni puertas que resulten capaces de contenerlo.

Broxton recordó entonces su despertar en aquel reducto subterráneo, su resurgimiento desde la tierra de los muertos, su resurrección... Como el despertar desde un sueño hermoso hasta una vigilia de pesadillas. Y vio al sacerdote frente a sí, solemne, poderoso, y el odio y la represalia hicieron presa irreductible sobre su corazón.

Broxton había sido arrancado sin remisión de los brazos amorosos de su madre verdadera, y eso el viejo debería pagarlo con su vida, debería pagarlo con su destino.

Pero no hizo nada.

No pudo.

La furia que inundaba los ojos del muchacho no logró hacer otra cosa distinta de someterlo a una tristeza incontenible: había algo escrito en la piel de ese avieso sacerdote que impedía al retornado desbocar su ira sobre él.

El clérigo, advertido de las intenciones que el visitante tenía reservadas para él, le sonrió de un modo condescendiente y agarró con su mano el cuello de la túnica tirando de él hacia abajo. Un pictograma incierto, como una estrella de trazos enigmáticos y aborrecibles, se hallaba tatuada en la

carne del cogote del viejo sacerdote. Una suerte de barrera infranqueable a los deseos de retribución de ese pobre ser que una vez fuera Broxton y que ahora conocía su naturaleza verdadera. Los ojos secos del muchacho no lograron estrujar ni una sola lágrima, por lo que no le quedó otra opción diferente de obedecer.

—El libro, muchacho. Tráemelo, y con gusto te llevaré yo mismo de nuevo hasta el regazo de tu madre.

Capítulo XV

La visión de Tower Hill Rd. se le revelaba a Tracy desoladora. La camioneta de los Preston avanzaba sorteando con lentitud el sinfín de grietas y baches que salpicaba toda la calzada.

—Ten cuidado, papá —Buddy alargaba su cuello tratando de elevar su línea de visión por encima del salpicadero.

Los postes de la luz derribados atravesaban la avenida con sus gruesos flagelos de cobre yaciendo sobre el asfalto.

—No los pises, papá, no me quiero electrocutar.

Bud Preston sonrió.

—No hay corriente, hijo. Todo esto se ha ido al traste.

—Vale, pero no los pises.

Bud volvió a sonreír dejando escapar una sorda carcajada.

La casa de los Marsh estaba siendo pasto de las llamas. La clínica del Doctor Collins, también. El supermercado tenía el techo derrumbado y un vehículo utilitario se hallaba estampado sobre una de sus cristaleras. Los cuervos y las alimañas celebraban banquetes sobre los cuerpos inmóviles de los que otrora fueran alegres vecinos de la tranquila localidad de Allenton.

Tracy lloraba tapando con sus manos unos ojos que luchaban en secreto contra una morbosa e inconfesable curiosidad.

—Dios mío, Bud. No entiendo qué está ocurriendo... —el pálpito angustioso de su corazón encogido mantenía sometida la fluidez de sus palabras.

Preston guardaba silencio mientras revolvía su baúl de esperanzas en

busca de las escasas expresiones de consuelo que pudieran existir para un momento tan nefasto.

—Tranquila, señora Copley. Está en buenas manos —respondió el pequeño Preston en un alarde de artificial autosuficiencia.

El chiquillo también se hallaba aterrado, eso era indudable. Y a pesar de todo, su caballerosa e inocente intentona por calmar a la dama en apuros parecía haber conseguido parte del efecto que se esperaba. Tracy dibujó una sonrisa en su rostro cristalino y tocó la mejilla del muchacho con una caricia maternal.

—Un momento... ¿Ese es Lockwood? —espetó Preston entrecerrando los ojos tratando de escudriñar el espacio que se extendía fuera de los márgenes de la luz de los faros.

Henry Lockwood abandonaba su ferretería justo en el instante en el que el establecimiento comenzaba a perder la batalla contra las llamas. Ya no se apreciaban signos de embriaguez en sus andares, ya no existía ningún grado de alcohol barato fluyendo por sus venas, y si lo hubiera, parecía no tener fuerza suficiente como para vencer a su instinto de supervivencia. Sujetada con sus dos manos, el hombre portaba una enorme llave de grifo de cuyas máculas escarlata se intuía una reciente refriega resuelta, muy probablemente, con alguna que otra víctima mortal. Lockwood atravesaba el acerado con lentitud, aturdido.

Preston tocó el claxon y detuvo el avance de la camioneta. Como respuesta a la estridencia, el ferretero apretó el ceño y usó su mano como visera en un inútil intento por otear el negro telón de fondo que se levantaba tras las intensas luces que lo encañonaban.

—¡Henry! —la mujer asomaba su generoso busto y su cabeza por la ventanilla—. Soy Tracy, ¡Tracy Copley!

Bud apagó las luces de largo alcance y dejó prendidos sólo los tenues

faros de posición.

—¿Copley? —respondió Lockwood confundido mientras agarraba la herramienta de metal con una fuerza innecesaria.

—¡Sí, Henry! ¡Estoy con los Preston!

El hombre no aún alcanzaba a reconocer al grupo de siluetas que se disolvían entre las sombras tras el parabrisas.

—¡Sube, ven con nosotros! —Tracy agitaba su mano en un claro gesto de invitación.

—¿A dónde os dirigís?! —preguntó a voces, todavía confundido.

—¡Y qué más da, joder! —Gritó Bud moviendo su brazo por fuera de la ventanilla—. Entra en la camioneta, por el amor de Dios.

Lockwood comprendió lo innecesario de su pregunta y terminó por relajar la presión sobre la pesada herramienta.

—Acércate a tu padre, cariño.

Tracy se apretó contra el cuerpo del pequeño Buddy para dejar sitio al nuevo tripulante. La camioneta, una Dodge Ram del 87 color marrón, llevaba el baúl trasero por completo al descubierto, por lo que todos deberían viajar en los asientos delanteros.

—Gracias... —musitó el hombre con cierta vergüenza mientras aseguraba el vehículo con un sonoro portazo.

—No las merece, Lockwood —respondió Bud sénior sin soltar sus manos del volante—. Sube la ventanilla, por favor.

—Oh, Dios... Claro —Henry se apresuró con la tarea y apoyó la pesada llave sobre su regazo.

Preston volvió a conectar las luces de largo alcance.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Lockwood.

—Sí. Sanos y salvos —dijo el pequeño Buddy con satisfacción.

Todos sonrieron al unísono mientras el vehículo reanudaba su

zigzagueante marcha.

—Yo sé lo que está pasando aquí. ¡Y nadie quiso creerme! ¡Nadie! — exclamó.

Preston, pisando a fondo el pedal del freno, obligó al grupo a balancear sus cabezas en una imperativa reverencia ante las tinieblas.

—¿Qué sabes, Lockwood? —preguntó con seriedad.

—Es La Muerte, la he visto con mis propios ojos. La misma Parca ha venido esta noche a redimirnos de nuestros pecados.

—Deja de decir estupideces, Lockwood —exclamó Tracy—, ¿quieres asustar al chico?

—Yo no me asusto, señora Copley —espetó mirándola a los ojos como una lechuza que acecha a su presa. La mujer volvió a acariciarle suavemente el rostro.

—Habla —sentenció Preston padre.

—Todo empezó en la gasolinera. Venía de estar de celebración con unos amigos y me propuse llenar el depósito del coche cuando esa cosa se me acercó. ¡Salió del bosque!

—¿Qué salió del bosque, Lockwood? —preguntó Bud.

—¡La Muerte!

Preston soltó las manos del volante y se las llevó al rostro en un evidente gesto de impaciencia. Los ojos del recién llegado se inyectaban en sangre mientras recordaba los sórdidos acontecimientos que le había tocado padecer.

—¿La Muerte? ¿La de la túnica negra y la guadaña? —dijo el pequeño Buddy. Lockwood lo miró aturdido.

—¿Guadaña? —respondió—. ¡No! Quería devorarme. Vino hacia mí, ¡y yo hui de él!

—Hueles a *whisky*, Henry —añadió la señora Copley con un tono de

absoluta incredulidad.

—¿No me crees? ¡Nadie me cree! ¡Nadie! —embargado por la impotencia, el hombre golpeaba con ambos puños la herramienta sobre su regazo—. ¿Habéis visto lo que ha sucedido aquí? ¿Habéis visto cómo ha acabado este pueblucho en cuestión de segundos? ¿No habéis notado cómo la ciudad entera se levantaba hacia el cielo y caía de repente? ¿No habéis sido asaltados por las cucarachas, las ratas y por los cuervos? ¡Y todavía seguís sin creerme!

—Y hemos visto cómo el bulto negro del bosque enganchaba el helicóptero de la televisión y lo estrellaba contra los árboles... —el joven Preston fue el único que se atrevió a complementar las retahílas del ferretero mientras señalaba con su dedo pulgar hacia la columna de humo negro que se levantaba a sus espaldas, cerca del corazón de la arboleda.

—¡Y todavía seguís sin creerme! —repitió.

—Vámonos de aquí —musitó Bud mientras reiniciaba la marcha hacia la iglesia.

—El reverendo tampoco me creía, ¿sabéis? Y todo esto... Todo esto ¡es culpa suya! Lo vi en sus ojos.

—Qué quieres decir con que fue su culpa, Henry —espetó la señora Copley con cierto temor aflorando sobre sus labios.

—No sé la forma, Tracy, pero te aseguro que se sentía responsable en algún modo —añadió—. Tanta charlatanería, tanto anuncio del Apocalipsis... Yo le seguía, ¿sabes? Iba a sus misas, le veía en su canal, le escuchaba por la radio. Pero ahora... Si conseguimos salir de esta, no quiero saber nada más de él. ¡Fue él!

—¡Cierra la boca ya, Lockwood! —exclamó Bud—. Vamos a la iglesia. Si tiene algo que decirnos lo escucharemos de su propia boca.

—¿A la iglesia? ¡No! ¡Él sabe que La Muerte ha venido esta noche a

buscarle! ¡Lo sabe! Y por sus pecados ¡vamos a pagar todos!

—Podríamos ir directamente a la autopista... ¿No, papá? —El pequeño Preston estaba empezando a asustarse. Las retorcidas palabras de Lockwood comenzaban a mellar su joven e influenciado corazón. Tracy también miraba a Bud con ojos de duda: los funestos augurios del hombre resultaron ser más poderosos de lo que esperaban.

—Está bien... —masculló tras un largo suspiro.

Las campanas de la torre de la iglesia ya habían dejado de sonar cuando la camioneta de los Preston pasó por delante de sus amplias puertas del color del fango. Lockwood mantenía en todo momento su mirada enfocada al frente mientras Bud echaba un último y rápido vistazo al edificio. La señora Copley y el pequeño Buddy contemplaban por el cristal a sus espaldas cómo una bandada de sombras negras aleteaba en círculos en torno al estrecho tejado de cuatro aguas bajo la aguja del campanario.

El Cadillac Seville estampado contra la inerte boca de incendios quedó al flanco derecho del grupo cuando la camioneta pasó por el cruce con la carretera hacia Annaquatucket. Un escaso minuto después, las edificaciones cedieron el paso a los extensos prados, y tras otros tantos centenares de pies de rodadura, la sombría espesura empezó a revelarse imponente frente a los viajeros.

Las estilizadas siluetas de los árboles huían con premura del intenso halo de los faros de la camioneta. El grupo se encaminaba hacia la autopista lo más rápido que la desgastada calzada le permitía, y, sin embargo, a poco menos de media milla de su anhelado destino, una elevada brecha intransitable les aguardaría con indiferencia atravesando la calzada y dividiéndola en dos. La enorme grieta se extendía por ambos flancos de la carretera fundiéndose entre las tinieblas del bosque.

Bud Preston pisó el pedal del freno con suavidad hasta que el vehículo

se detuvo por completo. Los focos quedaron dibujando dos amplios círculos blancos sobre el imponente muro de escombros que los separaba de la salvación.

—Maldita sea —masculló Bud—. Hasta aquí hemos llegado.

Los cuatro pasajeros necesitaron guardar silencio durante algunos segundos más. El motor al ralentí del vehículo resonaba en sus oídos como una monótona y desoladora maquinaria trituradora de esperanzas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Tracy con voz queda.

—Yo no pienso regresar a la ciudad —espetó Henry.

—No nos queda otra, Lockwood —Bud contraatacó.

—Yo ¡no! —insistió.

De nuevo, el silencio. De nuevo, la zozobra.

—¿Y si nos quedamos aquí y esperamos a que amanezca? —dijo el pequeño Preston. En realidad, era la menos descabellada de las propuestas.

—Me parece bien —suscribió el temeroso Lockwood.

—Yo creo que tampoco es mala idea, Bud.

Preston padre aguantó unos momentos de pronunciarse. Las llaves giraron sobre el bombín de hierro y el rugido del motor quedó sofocado en un instante. Los haces de luz menguaron levemente en su intensidad, y el silencio más absoluto los asaltó como el vaticinio de la calma que precede a la tempestad.

El chófer apagó las luces de la camioneta: temía acabar con la batería agotada para cuando necesitara arrancar de nuevo tras despuntar el alba. Fue entonces cuando ese silencio de camposanto que reinaba en derredor quedó en su justa medida correspondido por las omnipresentes sombras de la noche. El murmullo de la brisa agitando las copas de los árboles inundaba sus afligidos oídos de un rumor que portaba una calma desconcertante. Los cuatro corazones palpitaban en sus pechos con tal

fuerza, que incluso los latidos resultaban audibles a corta distancia. Después de un par de mudos minutos, sus ojos se hicieron al pálido brillo de la luna llena.

—¿Y ahora qué va a pasar, papá? —preguntó el pequeño Buddy entre susurros—. ¿Vamos a dormir?

—¿Tú puedes dormir, hijo?

—Yo creo que sí —respondió sin mirarle—, estoy muy cansado.

—Pues duerme entonces.

Tracy levantó su brazo e invitó al chiquillo a recostar la cabeza sobre su pecho. El muchacho se quitó la gorra y la dejó sobre el salpicadero: aceptó la invitación sin mediar una sola palabra.

—Angelito —masculló la señora Copley mirando a su padre—. Al fin y al cabo sólo tiene diez años.

Bud los miraba a ambos con un gesto de comprensión. El rostro de su hijo durmiente, pleno de una candidez y una inocencia conmovedoras, parecía haber alejado por unos momentos a los demonios que azotaban su alma. Henry Lockwood permanecía mirando al frente presa de una insoportable rigidez.

—Los vestimos como adultos, y ya por eso nos creemos que son adultos —dijo Bud entre susurros sin apartar la vista de su retoño.

Tracy asintió en silencio.

—Son tiempos extraños estos que nos ha tocado vivir —musitó la mujer.

—Duerme tú también, querida. Yo haré guardia, y creo que Lockwood me va a acompañar, ¿verdad? —Preston padre sonreía al pasajero del extremo opuesto del habitáculo.

—Verdad —respondió mirando de soslayo a su interlocutor.

La mujer esbozó una ligera sonrisa y apoyó con suavidad su rostro sobre la cabellera rizada del muchacho. Cayó rendida en tan solo unos segundos.

El ululato de una lechuza atravesaba las sombras de la noche y les llegaba en parte amortiguado por los fríos cristales de la camioneta.

—Qué es exactamente lo que ha ocurrido, Lockwood —susurró Bud aprovechando el sopor del chico y la mujer—. Trata de ser conciso.

—Ya te lo he dicho, Preston —respondió con voz queda—. Me asaltó en la gasolinera.

—Pero ¿estabas bebido, o no?

—Lo estaba, por supuesto que lo estaba —añadió con cierta vergüenza—, pero te juro por mis antepasados que lo que vi en ese lugar nada tiene que ver con los efectos del alcohol.

—Y qué fue lo que viste.

—La Muerte —insistió sin alzar la voz—, ya os lo he repetido a todos mil veces.

—Maldita sea, Lockwood, deja ya esa cantinela —espetó Bud conteniendo el volumen de su voz lo más que su incipiente irritación le permitía—. Qué-fue-lo-que-vis-te.

El hombre agachó la mirada en un esfuerzo por recordar con detalle la imagen de ese ser que se le había presentado en aquel endemoniado lugar. La luz de la luna se proyectaba sobre su piel sembrando su rostro de cadavéricos claroscuros. Bud Preston lanzó un rápido vistazo a su teléfono móvil: seguían sin conexión a la red.

—Es... Es..., es complicado, Preston —añadió sin mirarle a la cara—. No sé si es efecto de la bebida, o qué, pero no lo recuerdo con claridad —en su rostro se adivinaron gestos de decepción—. Quizás... Quizás se trataba simplemente de un hombre, pero no podía ser un hombre. No podía...

—Por qué no podía —susurró.

—Porque un hombre no puede hablar así. Y ese rostro... —una sutil

catalepsia se apoderó durante unos instantes del cuerpo del ferretero.

—Cómo habla, Lockwood, ¿y qué hay de su rostro? —Bud comenzaba a disgustarse. Aún no alcanzaba a comprender el mecanismo psicológico que mantenía protegida la mente de su interlocutor de un horror tan indescriptible.

—De su boca salían palabras, Preston, pero sonaban como rugidos del infierno. Era un lenguaje, de eso estoy seguro, aunque apostarí mi cabeza a que no hay nadie en este mundo que lo conozca. Y si existiera, de seguro merecería la muerte.

—¿Rugidos? —dijo confundido.

—Sí. Rugidos. Era una voz muy grave, una voz impropia de un ser humano. Imponente y reverberante.

Bud creía saber de lo que hablaba Henry. Lo había escuchado naciendo del bosque poco antes de la aparición de aquella escalofriante colina.

—Creo que sé a qué te refieres, Lockwood.

—¿Lo sabes?! —exclamó.

—¡Chist! —Preston se llevó el dedo índice a sus labios—. Haz el favor de bajar la voz, cretino —el crío se removió ligeramente sobre el busto de la señora Copley.

—Lo siento —susurro en un tono mortecino—. ¿Por qué lo sabes?

—Lo escuchamos todos antes de ese extraño terremoto. Parecía venir desde el bosque.

—¡Sí! Bueno... ¡No! —añadió atribulado—. Yo también lo oí, y me atrevería a decir que se trata de la misma lengua, pero la voz que brotó del bosque era diferente a la de la criatura que vi en la gasolinera —durante un instante, un atisbo de iluminación quedó dibujado en su rostro—. Se estaban comunicando... Eso es. ¡Estaban hablando! —ahora era una epifanía.

—Quiénes estaban hablando, Lockwood.

—La criatura y el bosque. ¡Se comunicaban!

—¡Chist! —de nuevo—. Por favor...

—Bueno, no. En realidad, me hablaba a mí. Pero ambos ¡hablaban el mismo idioma! —exclamó lo más susurrante que su pavor le permitía—. El bosque le estaba llamando, y él, de algún modo, acudía a su reclamo.

—¿«Él»? En qué quedamos, Lockwood. ¿Era bestia o era hombre? —Añadió, aún confundido.

—Las dos cosas, Preston. Era hombre, porque vestía como hombre... Llevaba pantalones, y una chaqueta... Pero... Pero... Llevaba el pecho abierto, joder, Preston. Abierto, como si se lo hubieran reventado, y estaba negro, ¡y vacío! Y a pesar de todo ¡caminaba!

—¡Chist!

Lockwood se mordió los labios.

—¿Y su rostro? —añadió Bud.

—No lo recuerdo bien, Preston. Lo tuve a escasos cinco pies, y no lo recuerdo bien... Era tan alto como yo, eso sí es cierto. Se acercaba hacia mí caminando de un modo extraño.

—Extraño...

Sin apenas reparar en ello, un profundo murmullo comenzó a brotar del abismo de oscuridad de la arboleda. Se levantaba por el flanco izquierdo del vehículo.

—Sí, con torpeza. Caminaba con cierta rigidez.

—¡Chist! —espetó de nuevo Bud, alzando ligeramente su cabeza.

—Estoy hablando bajo... —susurró.

—Calla —espetó agitando su mano—. ¿Oyes eso?

—El qué.

—¡Chist!

El áspero crepitar de una avalancha de hojarasca machacada resonaba

tras el sinfín de rígidas siluetas que daban forma a la espesura. Una sinfonía de violentos chasquidos y tallos crujientes aparecía como el susurro de la tenue llovizna que se adelanta a la tormenta.

—Viene desde la izquierda —masculló Lockwood.

Ambos quedaron durante unos segundos encarados hacia las sombras.

—Sí, viene del bosque.

Los chasquidos y repiqueteos aumentaban su intensidad hinchando sus corazones de un pavor atávico. El suave ronroneo de la vegetación había tornado de repente en un clamor espantoso.

—¿Animales?

—Espera...

Las copas de los árboles vibraban con violencia bajo el cielo estrellado.

—Joder, ¡Preston! —el hombre ni siquiera se esforzó en controlar el volumen de su voz. El chico y la mujer salieron del sueño de inmediato, aturdidos.

—Maldita sea... —musitó Bud mientras retorció la llave de arranque y la maquinaria comenzaba de nuevo a rugir—. ¡Vámonos de aquí!

Una mole viscosa, untuosa y oscura se abría paso a través del interminable laberinto de árboles; como la vanguardia de un glaciar titánico que avanza sin oposición entre los valles helados en busca de su muerte en el mar, o, quizás, como una marea negra que arrastra su ponzoña hacia una costa de arena inmaculada. La masa avanzaba entre la espesura en dirección a la calzada con su borboteante cima rozando en ocasiones las copas de los árboles más bajos; la brea negra logró traspasar el margen del bosque con la carretera y el sonoro estruendo de su progreso se volvió terrorífico y abrumador.

—¡Acelera, Preston, por el amor de Dios! —exclamó Lockwood

mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Tracy apretaba con fuerza al pequeño Buddy contra su cuerpo.

Bud comenzó la maniobra retrocediendo a toda máquina. Las ruedas traseras estuvieron rechinando sobre el asfalto durante unos pocos segundos antes de poder arrastrar al vehículo; el olor viscoso a caucho quemado de los neumáticos penetró en sus narices con rapidez. El blanco resplandor de los faros de marcha atrás de la camioneta iluminaba con su brillo las ramas más bajas de los árboles y los troncos que aún lograban asomarse sobre el denso lomo de esa mórbida marea de tinieblas. Y sin embargo, el brillo de los focos quedaba disuelto sin remisión en el cuerpo de esa temible masa como si la mole fuera capaz de engullir la luz con la misma avidez que devoraba el bosque.

Preston empujó la palanca de cambios con fuerza y encajó la marcha directa: apretó el pie sobre el pedal del acelerador como si el fin de la maniobra resultara atravesar el suelo del vehículo con el talón. El motor del Dodge barritó con desesperación y las ruedas traseras de la camioneta patinaron unos segundos más sobre el asfalto mientras saeteaban los tímpanos de los pasajeros con el molesto y monótono chirrido.

—¡Aléjate de eso, Preston! —gritaba Lockwood.

Bud esquivaba a toda velocidad los obstáculos sobre la calzada como una liebre perseguida por un lobo.

Intuían el lento y pesado avance de la mole hacia la carretera a través del estrecho cono de luz que los faros de largo alcance proyectaban sobre el horizonte. El resplandor se fundía con el tono azabache de la brea dibujando sobre el asfalto una llamativa silueta de líneas ameboides, como la pleamar de un magma tan frío como el cielo de la noche y tan negro como el espacio infinito. Preston alejaba el vehículo de las espantosas prolongaciones aproximándose a toda prisa hacia el arcén opuesto de la calzada.

Un volantazo forzado a la derecha para evitar un árbol derribado.

—¡Agarraos!

Otro hacia la izquierda para alejarse de nuevo de la masa hambrienta.
Otro para esquivar una grieta.

—¡Cuidado con eso, papá!

Y otro más. Ahora, un bache. Después un salto sobre una pendiente quebrada. Luego, otro árbol.

—¿Se ha detenido? —farfulló Lockwood.

El avance de ese mórbido y terrible glaciar de tinieblas a través de la arboleda parecía haber quedado rezagado en la lejanía.

—¿Lo ha hecho? —repitió.

Esa era la percepción que los viajeros tenían en su apresurado regreso hacia Allenton. La carretera se revelaba libre del magma negro que ya sólo se intuía como una sombra difusa en la distancia reflejada sobre el espejo retrovisor.

—¿Se ha acabado? —dijo el pequeño Buddy con voz trémula.

Todos guardaron silencio durante unos momentos.

—Se ha quedado atrás —sentenció Henry Lockwood.

—Creo que sí —añadió Preston.

—¡Qué demonios era eso, joder!

—Cuida esa boca, Henry —espetó la señora Copley—. Hay niños delante—. Pero el chico ni siquiera había reparado en la grosería del ferretero, su corazón aún palpitaba inyectado del terror propio del despertar de una pesadilla.

—Creo que eso fue lo que derribó el helicóptero —añadió Bud.

—¿Eso? —dijo Lockwood—. Cómo va a derribar un helicóptero una masa que flota a ras de suelo.

—Yo pienso lo mismo, papá —el muchacho parecía estar calmándose,

aunque su mano no dejaba de apretar la de Tracy.

—Lo que lo derribó surgió de la colina negra, Lockwood. Brotó de ella como una espantosa extensión de su giba y se enrolló alrededor del metal. Las aspas del helicóptero ni siquiera hirieron ese apéndice tan extraño. Lo arrastró hacia los árboles como si fuera un pedazo de algodón y lo convirtió en una bola de fuego.

—Os lo he dicho, es La Muerte que viene por nosotros.

—¡Calla ya, por Dios! —exclamó la mujer.

—Sí, cálese... —repitió el chico.

Henry Lockwood miraba de nuevo al frente, más atormentado que avergonzado.

—¿Y qué hacemos ahora, papá? —Preguntó el pequeño Buddy.

—Volvemos a la iglesia, hijo.

Preston echó un rápido vistazo de soslayo esperando la inminente negativa de Lockwood, pero no hubo respuesta.

Capítulo XVI

Copley aún tenía que tirar en ocasiones del pesado brazo del viejo Big Tucson para no aminorar su marcha. El corazón del anciano palpitaba con un desconsuelo irremediable.

—Ánimo, Leroy. De nada sirven ya las lamentaciones. Volvamos a casa.

El hombre asentía entre sollozos contenidos mientras caminaba con apatía junto al jefe Copley. El cálido resplandor de las llamas a sus espaldas ya no era más que un tenue brillo que ascendía sobre el oscuro horizonte. La calzada, salpicada por completo de obstáculos y desperfectos, obligaba a la pareja a marchar con cautela zigzagueando en un slalom improvisado bajo un manto de tinieblas.

Los muros de sombras que la espesura levantaba por sus flancos mantenía al dúo confinado en un opresivo e interminable canal en cuyo extremo se intuía el umbral hacia la esperanza, una esperanza que de nada serviría ya al pobre Leroy Tucson, pues la insostenible carga de una culpa que no le pertenecía descansaría sobre sus fatigadas espaldas por siempre, como el peso del mundo reposa sobre los hombros de Atlas. Y a pesar de que sus buenas intenciones nada podrían haber hecho para evitar tan fatal desenlace, también es cierto que el raciocinio tiene la batalla perdida cuando acaba enfrentándose a las pasiones del corazón.

El bosque comenzaba a murmurar de nuevo.

—Oyes eso. Tucson... —Copley se detuvo. El hombre le imitó.

—No —el viejo Leroy sólo alcanzaba a escuchar el burbujeante siseo de su respiración abriéndose paso entre unas fosas nasales inundadas de lágrimas.

—El bosque. Está crujiendo... —añadió.

Por su lado derecho, la vegetación parecía estar cobrando vida tras el espeso muro de oscuridad.

—Sí, creo que sí lo oigo —el viejo restregó el dorso de la mano por su nariz para enjugarse las perlas saladas que aún brotaban desde sus orificios.

El follaje seco y la hojarasca sembraban la arboleda de estridentes chasquidos mientras que alguien —o algo— los pulverizaba en su pesado avance a través del ejército de gruesas columnas de madera.

La sombra viscosa de muerte y destrucción llegaba también hasta la carretera de Allenton hacia Annaquatucket: fluía entre los árboles como una lenta y espesa avalancha de tinieblas cuyo progreso resultaba imposible de detener, y casi aún más difícil de contemplar. La imponente mole de brea negra se escurría sobre la calzada hacia el otro flanco de la carretera en un inminente intento por inundar todo el bosque con su perdición.

—Por el amor de Dios, Tucson...

El albor de la luna llena se derramaba sobre el sucio asfalto hasta encontrarse con la negra superficie. Una materia que avanzaba viva —o muerta—, y cuyo apetito por la luz la mantenía sumida en una tenebrosidad tan profunda, que ni las mismas estrellas podrían mantenerse al margen de su avidez.

—Vámonos de aquí, Copley.

Ambos trataron de aligerar el paso lo máximo que las artríticas rodillas del viejo Tucson les permitían. Con casi ochenta primaveras reposando sobre sus amplias espaldas, Leroy aún gastaba la corpulencia propia del fructífero boxeador de provincias que fuera en su juventud. Big Tucson. Pero el tiempo no entiende de excepciones.

Sólo necesitaban unos minutos más de caminata para llegar al cruce con Tower Hill Rd.

El frente de lava negra atravesaba el bosque sin prestar atención al dúo de corredores. Unos cuantos tañidos del campanario de la iglesia llegaron apagados hasta sus oídos disimulados entre los espantosos gemidos de los árboles.

—¿Es eso lo que se ha llevado a mi nieto, Copley? —preguntó el hombre entre resuello y resuello.

—No, Tucson. «Fueron las alimañas». Fue la explosión. «Lo habían devorado vivo». Le pilló por sorpresa. «Dejaron su rostro limpio de carne». A mí también me pilló sin esperarlo. «Sorbieron sus ojos y devoraron su lengua». Te aseguro que no sufrió nada... Te lo aseguro.

El viejo agarró el brazo de Jim Copley y lo apretó con fuerza. Asintió, agradecido por sus palabras.

El corazón de Copley logró respirar un breve aunque balsámico soplo de paz.

—Mira, jefe. ¡Al frente! No estamos solos... —una leve sonrisa parecía dibujarse en el rostro cansado del viejo Tucson.

Al fondo, a toda velocidad sobre la carretera, la silueta oscura de una camioneta precedida por el hálito de dos poderosos focos de luz atravesaba el cruce de Tower Hill Rd. en dirección a la ciudad.

—No lo estamos, Leroy. No lo estamos.

No lo estaban, para su pesar. Aunque eso aún no lo sabían.

Capítulo XVII

Los hierros del campanario, a la vista de nuevo desde la distancia, no habían vuelto a agitarse desde que el escurridizo cuarteto decidiera abandonar la pequeña urbe.

De vuelta en el vecindario, Bud levantaba el pie del acelerador hasta casi detener el vehículo. El monótono murmullo del caucho de los neumáticos rodando sobre el asfalto amortiguaba durante unos instantes el silencio preternatural que desde hacía un buen rato se hallaba instalado en toda la ciudad.

Ya no había pájaros, ya no había ratas; ya no había gritos, ni lamentos. Ya no había disparos. Ya no había esperanza. Sólo la muerte, y su silencio.

El bosque ya no aullaba, tampoco los árboles removían sus ramajes agitados por el compás que las tinieblas les marcaban. Los dos pilares de humo negro seguían elevándose con orgullo desde su mullido lecho forestal. Y sin embargo, ni un solo eco de los fuegos meciendo sus lenguas bajo la madera lograba alcanzar sus oídos.

El Cadillac Seville verde de Lockwood seguía en su sitio, empotrado contra la boca muerta de incendios; inútil, inerte. Tan mudo como quedó en el momento del accidente. El grupo sostenía en silencio la mirada sobre la instantánea del suceso durante los pocos segundos que la camioneta, circulando al ralentí, necesitó para superarla. Todos miraban. Todos, excepto Bud.

Preston padre enfiló sus ojos sobre las pequeñas sombras aladas que revoloteaban sobre la aguja del campanario, iluminadas como pavesas en ascenso hacia el resplandor de la luna plena. Una luna blanca que de sobra

adivinaba una muerte negra; una luna pálida que huiría sin dudarle si fuera capaz de liberarse de las fuerzas de las que depende.

—Qué silencio... —susurró el pequeño Buddy.

Tracy apretó el muslo del chico con los dedos y lo acarició en un gesto de cariñoso consuelo.

—El bosque no se mueve —musitó Lockwood—. Es como si se hubiera quedado detenido en el tiempo.

—Pero los fuegos siguen ardiendo, Henry... —añadió la mujer, también con voz queda—. Mira al fondo —la señora Copley apuntaba con su mano las casas que aún se intuían ardiendo al final de la avenida. La suya incluida.

—No es el silencio lo que me preocupa —sentenció Bud en un tono menos sigiloso. Todos le observaron al unísono mientras que Preston mantenía la mirada fija en la calzada—. Es aquello de allá lo que más me inquieta —señaló inclinando su cabeza hacia la frondosidad con un gesto brusco.

La ignota joroba negra se levantaba sobre los árboles aún más espléndida que la primera vez que la contemplaron. No había aumentado su tamaño en demasía, eso era cierto, pero sí lo suficiente como para que el grupo fuera capaz de reconocerlo.

—¿Ha crecido? —preguntó el pequeño Bud, aún entre susurros.

—Eso parece, cariño —dijo la mujer.

El templo quedaba ya a tan sólo un minuto escaso de rodaje.

—¿Y qué vamos a hacer en la iglesia? —añadió el muchacho.

—¡Morir! —exclamó Lockwood sujetando el volumen de su voz tanto como sus nervios le permitieron.

Tracy Copley esbozó una mueca de decepción.

—Como vuelvas a abrir el pico de esa manera delante de mi hijo,

Lockwood, te juro por aquella mierda negra de allá que te parto la boca — espetó señalando al hombre con el dedo delante de las narices de su retoño.

Tracy miró entonces a Preston con sus ojos de nuevo cargados de decepción.

—Lo siento, querida... Este hombre me pone de los nervios.

Buddy júnior profirió un par de carcajadas contenidas que hicieron sonreír a la mujer.

El vehículo se detuvo antes de que Preston parase el motor. Todos guardaban silencio hasta que Bud —que de un modo tácito se había hecho con el rol de líder del grupo— diera la siguiente instrucción.

Los portones de la iglesia se presentaban ante el conjunto como un infranqueable muro de madera que parecía inmune a la herejía y al sacrilegio. A pesar de ello, un fino halo de luz ambarina sí lograba filtrarse por la estrecha rendija que se abría por debajo de las puertas. Las aves negras que se arremolinaban sobre el campanario habían desaparecido.

—Esperad... —musitó Bud al grupo. Su mano asió el tirador interior de la puerta de la camioneta y empujó. El chasquido del seguro repicó contra las paredes del templo. Preston presionó la suela de su bota izquierda contra el asfalto y de un rápido impulso colocó todo su cuerpo en el exterior del vehículo. El niño, advertido, sujetaba con ambas manos el hacha de su padre a la espera de una señal para alargársela. No fue necesario.

—Salid ahora —añadió entre susurros—. Despacio.

El joven Buddy desplazó sus posaderas por el asiento hacia la puerta del conductor mientras que la pareja repetía la operación por el lado contrario. Henry Lockwood sostenía con fuerza la pesada herramienta de metal tratando de evitar que su creciente neurosis terminara contagiando al resto de sus compañeros.

El bosque seguía inmóvil; el vecindario seguía inmóvil. El mundo entero permanecía en silencio. Un silencio que se quebró durante unos instantes a través de los tres fuertes golpes que los nudillos de Bud Preston propinaron a uno de los portones. El eco de los impactos quedó resonando unos segundos en el amplio vacío que se levantaba tras el muro de madera.

Sin respuesta.

De nuevo, el silencio.

—¡Cochrane! —otros tres golpes más. Esta vez con la palma de la mano—. ¡Horace Cochrane!, por el amor de ese dios al que sirves y que esta noche parece habernos abandonado. ¡Abre estas malditas puertas!

Lockwood jugueteaba con la herramienta sin dejar de otear el horizonte, nervioso.

—Van a venir... —farfulló Henry—. Van a venir a por nosotros.

—¡Chist! —Tracy azotó con una mano el hombro del ferretero sin dejar de rodear con su brazo al pequeño Buddy.

—¡Cochrane! Soy Bud Preston. Estoy con mi hijo, con la mujer del jefe de policía y con el borracho de Lockwood.

—No estoy borracho... —musitó en un tono casi inaudible.

—Ábrenos, jodido viejo paranoide. ¡Hay un niño aquí fuera!

—Papá —susurró—, si lo enfadas no te va a abrir —el muchacho agarraba con fuerza los brazos amorosos que lo rodeaban.

—Hijo, si no nos abre, por el mismo Diablo que echaré esta puerta abajo de una patada.

Unos pasos ligeros parecieron intuirse detrás de la madera. Tras unos segundos, un par de chasquidos culminaron en un golpe seco y metálico: la puerta se entreabrió dejando a la vista el rostro marchito del viejo Horace, abrigado aún con su bufanda y su bata de estar por casa.

—Entrad —espetó con voz queda—. Entrad, pero guardad silencio, por

el amor de todos los santos.

El sacerdote abrió la puerta lo suficiente como para que alcanzaran a pasar al interior, aunque de uno en uno.

—Caminad hasta el fondo.

La nave principal se hallaba empapada del mismo silencio que dominaba el exterior. Una luz tenue y anaranjada manaba desde las mechas de una multitud de velas y cirios que el viejo párroco había procurado repartir por toda la estancia. Lo cierto era que el interior se hallaba arropado por una atmósfera sacra y acogedora. Fría como la fría noche, aunque comfortable, como el hogar.

No menos de quince vecinos más se adivinaban dispersos entre los bancos de las primeras filas. Sus rostros, unos más viejos, otros más jóvenes, reflejaban con claridad el sofocante desconcierto y el temor que emponzoñaba sin remedio sus desdichados corazones. Entre murmullos pronunciaban plegarias recitadas de memoria cuyo significado hacía tiempo que habría perecido en el olvido.

—No hay niños, señora Copley —susurró el pequeño Preston.

—Eso parece, cariño —respondió sin dejar de apretarlo contra su costado para que no cogiera frío.

—Buenas noches a todos —espetó Bud sénior en voz baja al contingente de parroquianos obligados. La práctica totalidad respondió al unísono. Cada uno a su modo.

—¿Estáis todos bien por aquí? —preguntó Preston al sacerdote.

El anciano, rezagado, llegaba caminando por el pasillo central.

—Sí. Al menos, aquí dentro parece que estamos a salvo, pero lo que es fuera...

Un sollozo contenido llegó desde uno de los bancos.

—¿Qué está ocurriendo, padre? —preguntó Tracy luchando contra la

congoja que la estrangulaba.

El párroco guardó silencio durante unos instantes.

—Me temo que se han liberado fuerzas que el hombre jamás será capaz de comprender, hija mía —Cochrane apoyaba su mano sobre el hombro de la mujer de un modo paternal.

—¿De qué fuerzas habla, padre? ¿La ira de Dios? —añadió Tracy.

—No, mujer, no. Dios no tiene nada que ver en esto, ni siquiera el Diablo tiene vela en este siniestro entierro en el que nos hallamos atrapados. Incluso el silencio que oímos son las campanas de un apocalipsis que no viene escrito en las Santas Escrituras, bien fueran veraces o apócrifas. No. Viene plasmado sobre volúmenes olvidados más infames aún que la propia muerte.

—Me estoy asustando... —un ligero puchero comenzaba a dibujarse sobre los labios del pequeño Buddy.

—Cochrane, por favor. Basta ya de tanta cantinela apocalíptica —espetó Bud tratando de contener su enfado.

Bud Preston era un escéptico de libro, por lo que todas las extraordinarias e inexplicables vivencias que le estaban tocando padecer no hacían otra cosa que patear su recelo con indolencia.

—No son cantinelas, Preston —añadió Lockwood—. ¿Es que ya no recuerdas de lo que hemos escapado hace unos minutos?

—¡Jim...! —Tracy llevó las manos a su rostro y sus ojos se vieron inundados por lágrimas de desaliento.

—Tranquila, señora Copley, ya verá cómo el jefe estará bien —el chico frotaba con la palma de su mano el brazo de la mujer. Tracy le correspondió con un sonoro y húmedo beso en la mejilla.

—No sé lo que era eso, Lockwood, pero me niego a pensar en dioses ni en demonios que descargan su rabia sobre nosotros —contestó—. A lo

mejor se trata de algún tipo de canalización de crudo que ha reventado. De ahí los incendios, el accidente y esa mierda negra burbujeante.

—Y la colina... —dijo la mujer.

—¡Y la colina! Debe ser como una bolsa de petróleo. No tiene otra explicación.

—¿Y las ratas, Preston? —contraatacó Lockwood.

—Sería una consecuencia del terremoto —sentenció—. Toda la red de alcantarillado ha quedado al descubierto. ¿No lo has visto? Las alimañas no han tenido otra opción que brotar hasta la superficie.

—Y los cuervos... —musitó Tracy.

—Los cuervos acuden a los cadáveres, querida, y ya sabes que, de esos, hemos visto bastantes...

Tracy Copley quería creer a su amigo, el escéptico, el sabelotodo, pero su corazón no se lo permitía.

—Papá... El helicóptero. Esa cosa negra agarró el helicóptero y lo estrelló en el bosque —el muchacho mostraba más lucidez desde su plástica inocencia que su propio padre desde la rígida madurez.

—Tu recelo de nada te va a servir para luchar contra las fuerzas a las que nos ha tocado enfrentarnos, muchacho —concluyó el sacerdote.

—¿Qué sabes, anciano? —el rostro de Preston adoptó un rictus severo y oscuro.

—Os dije que era culpa suya, ¡os lo dije! —exclamó Lockwood.

—¡Cállate ya, cretino! —respondió Bud.

El párroco miró a Henry Lockwood con unos ojos de los que brotaban el miedo y la desesperanza.

—Lo cierto es que... Puede que...

El sacerdote titubeaba.

—¡Creo que sí! —concluyó el viejo Horace—. Creo que vienen

buscando algo.

—¿Vienen? Quién viene. ¿Algo? Qué es ese algo —contestó Preston embargado por la impaciencia.

La muchedumbre escuchaba al reverendo con temerosa atención.

—Creo que buscan un libro —dijo Cochrane.

—¿Un libro? Qué libro —añadió Tracy.

—Un libro. Uno... Que tengo yo.

—¡Joder, sí! —Lockwood agitó la pesada herramienta en el aire con un gesto de celebración—. ¡Os lo había dicho! ¡Quién es ahora el cretino!, ¿eh, Preston? ¡Quién!

Bud guardó silencio mientras miraba de soslayo al ferretero con cierta vergüenza.

—Quiénes vienen, Cochrane —continuó el escéptico.

¡Bom! ¡Bom!

Dos fuertes golpes sobre la madera resonaron a lo largo y ancho de la magnífica nave.

—Cielo santo... —Tracy luchaba por mantener erguidas sus piernas.

—Ellos. Ellos son los que vienen —sentenció el sacerdote.

¡Bom! ¡Bom! ¡Bom!

Tres golpes más. Y de nuevo, el silencio.

Horace Cochrane llevaba sus manos al rostro y comenzaba a sollozar.

—Yo estoy listo, Preston —musitó Lockwood sujetando en alto su pesada herramienta.

—Y yo también, papá —añadió el pequeño Buddy soltándose de la presa de la señora Copley y agarrando su bate de béisbol recostado sobre uno de los bancos.

—Tú te quedas aquí, jovencito —le espetó Tracy.

—Trae acá ese palo, chico —añadió uno de los parroquianos al tiempo

que se levantaba del asiento de un respingo y alargaba su mano—. Vamos a acabar con esto de una vez.

—Dáselo, cariño —dijo la mujer.

El hombre asió el bate mientras Bud le agradecía el gesto con una leve agitación de su cabeza.

—Dame las llaves de las puertas, viejo —concluyó Preston.

El sacerdote metió la mano en su bolsillo y le alargó un par de metales.

Toda la comunidad quedó expectante mientras los tres hombres se alejaban del grupo, temerosos, y se acercaban a ese pedazo de madera que los mantenía separados de la maldad. Tres hombres convertidos en soldados de Dios sin votos ni ceremonias. Tres hombres armados con un hacha de talar, un bate de béisbol y una llave de grifo. Tres, como los tres golpes que de nuevo sacudieron los enormes portones de madera que aislaban ese templo de los reinos descarnados. Tres, como las tres formas con las que Yghaygha se revela al final del cosmos insondable.

Una llave para un cerrojo. La otra, para el otro.

Una respiración forzada parecía filtrarse disimulada desde el otro lado de la madera.

Preston asió el tirador, y aguardó. Los tres se miraban en silencio mientras debatían con sus ojos si despejar el umbral resultaría la mejor de las opciones. Bud agitó la cabeza: sin más dilación, apretó sus dientes y arrastró la hoja con fuerza. La pesada puerta cedió ante el tirón contestando con un ronco crujido de sus goznes.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lockwood.

Toda la comunidad sujetaba sobresaltada su corazón entre sus manos para evitar que escapara de su pecho. Dos enormes gotas saladas brotaron de los ojos del pequeño Buddy.

—Joder —espetó el bateador.

—¡Copley! —gritó Preston.

Bud agarró la ajada camisa del jefe de policía y tiró de él hacia el interior propinándole un abrazo colmado de sonoras palmadas en su dolorida espalda.

—Maldito zorro del desierto —continuó—. Sabía que estabas vivo.

A James Copley le costaba encontrar las palabras más adecuadas para tan afortunado encuentro, así que guardó silencio. Su sincera sonrisa resultó suficientemente elocuente.

—Pasa, Tucson —Henry Lockwood se acercó al viejo Big Tucson y le ayudó a entrar en el templo—. Siento mucho lo de tu chico.

El hombre le devolvió la mirada con unos ojos empapados aunque agradecidos tras los que trataba de disimular la rabia y la impotencia que lo asolaba.

—¿Jim? ¡Jim!

Tracy Copley corrió desbocada hacia los brazos de su desmejorado esposo. Ambos se fundieron en un único y emotivo abrazo que habría durado cien vidas si el destino así se lo hubiera permitido. La mujer limpiaba el hollín del rostro de su marido con las propias lágrimas que había derramado sobre las mejillas del jefe.

—¿Estás bien, cariño? ¿Estás... Estás bien? —preguntaba la mujer con el corazón a punto de estallar de satisfacción.

—Estoy bien, tesoro. Ya veo que tú también —Copley le regalaba una plácida sonrisa.

—Sí, Bud y Buddy vinieron a buscarme. Si no hubiera sido por ellos...

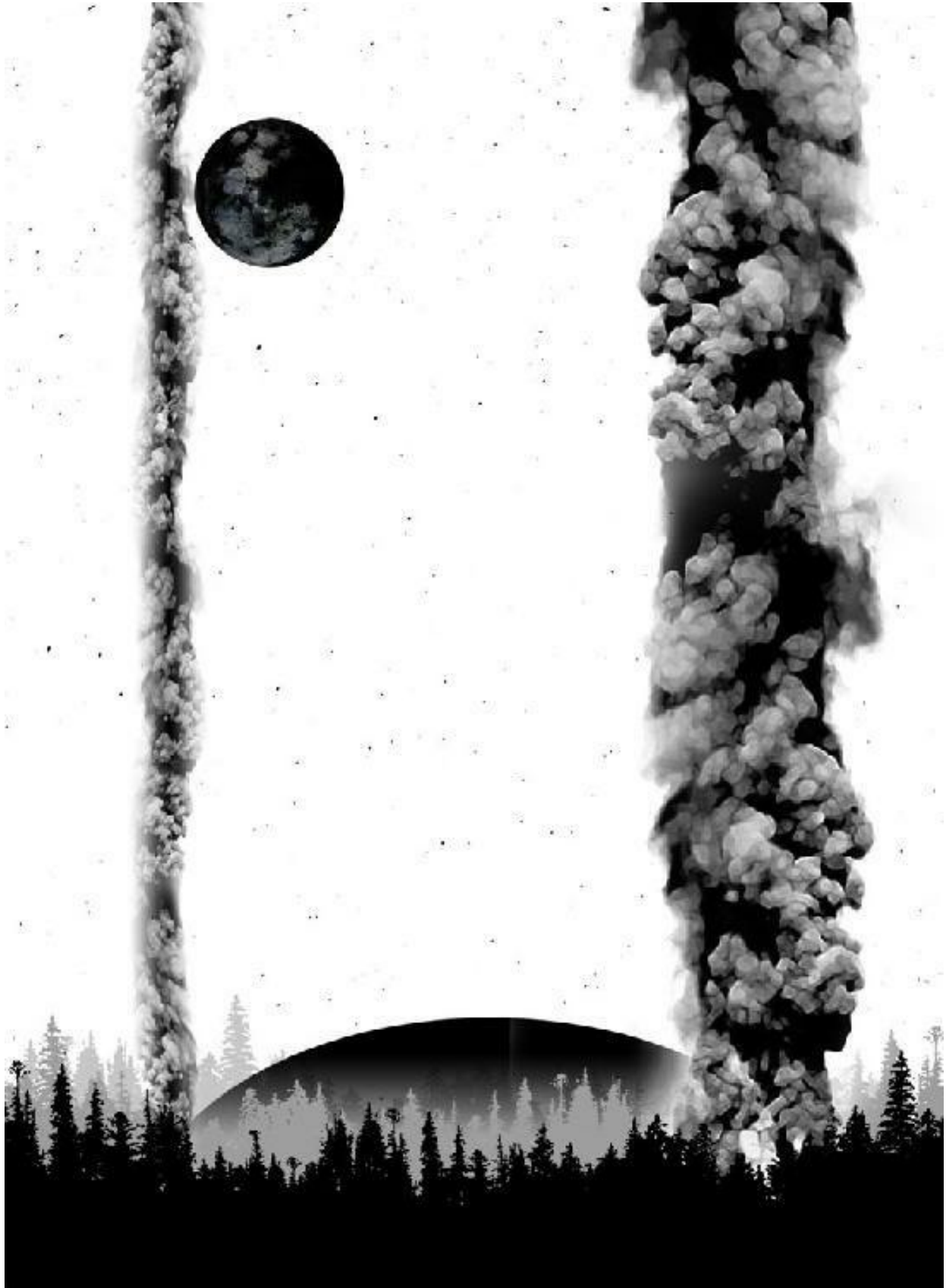
Justo en ese momento, Preston padre pasaba de largo junto a la pareja lanzándoles una sonrisa de complicidad.

—Parece que te debo una, Bud —añadió el jefe.

—Estamos en paz. Por los diez pavos que yo te debía a ti —dijo

alejándose mientras les daba la espalda.

Todos rieron sin contención. Un tímido brillo de esperanza quedaba flotando sobre un océano tintado de la más profunda negrura.



Capítulo XVIII

—Así que un libro, ¿verdad? —dijo Jim Copley.

El sacerdote se hallaba arrodillado sobre un reclinatorio frente a un pequeño altar en el que se sostenía una figura de yeso de San Judas Tadeo. Apartado por voluntad propia del resto de miembros de la fortuita comunidad, el viejo Cochrane no había logrado escuchar la pregunta de su interlocutor.

—¡Padre!

—Dime... Hijo —el reverendo respondió aturdido a la reclamación. De espaldas al resto de fieles, el anciano parecía encontrarse rezando sus oraciones por el bien de sus feligreses, cuando lo más cierto era que en su corazón se mezclaban espinosos e inconfesables sentimientos de culpa y de ignominia.

—Le preguntaba, padre, que qué es ese libro del que me han hablado nuestros compañeros.

Toda la congregación guardaba un silencio sólo superado por el vacío que en ese momento colmaba los exteriores del templo. El sacerdote inclinó su cabeza intentando disimular el hastío, y se levantó y acercó un poco más hasta su expectante feligresía.

—El libro es uno de otros tantos —respondió—. Para ser más precisos, se trata del tercer volumen de una colección de cuatro títulos, James.

—¿Y qué contiene ese libro? —añadió Preston.

Cochrane lo miró con un rostro aún más avejentado que de costumbre. Parecía estar midiendo las palabras antes de pronunciarlas.

—Qué contiene... —el sacerdote calló durante unos instantes fijando su

mirada sobre el listón que hacía las veces de reposabrazos de su banco—. Lo peculiar de la obra no es sólo lo que contiene ese volumen en particular, hijo mío, sino de lo que versa toda la colección.

La comunidad se mantenía en absoluto silencio. El suave bailoteo anaranjado del resplandor de los cirios tropezando contra sus rostros inmóviles dibujaba en el entorno un fúnebre escenario de máscaras de carne sembradas sobre un prado de sombras.

—Por favor. Concrete, padre —dijo Jim.

—Los libros de los que os hablo, en realidad, no son los textos originales. Son copias al latín tardío de unos volúmenes cuya redacción original se dataría en épocas jamás mencionadas en la historia de la humanidad. Los cuatro ejemplares, cada uno en su medida, tratan sobre las vicisitudes de un reino proscrito y condenado a estar a la sombra de un eterno crepúsculo; un imperio que muchos de nosotros acabaremos descubriendo tras la última de nuestras exhalaciones.

—¡El reino de los muertos! —interrumpió Lockwood.

Esta vez, Preston no dijo nada. Sólo escuchaba.

—En cierto modo sí, hijo mío. En cierto modo.

»No es El Infierno tal y como nos dictan nuestras Santas Escrituras. Tampoco es El Paraíso. Ni siquiera sería el limbo. Es... Es... —farfulló, calculando sus palabras.

»Es un imperio del silencio, es un imperio de la calma.

»Es un reino donde la belleza y el sosiego colman la tierra hasta allá donde tus pies sean capaces de transportarte. Pero no, no es una belleza tal y como nosotros la podemos interpretar. No. Se trata de una hermosura forjada desde lo impensable, una lindeza moldeada desde lo inexplicable. Un primor indigno para razas tan inferiores como la nuestra. Es una perfección exquisita reservada sólo a unas pocas fuerzas elementales

nacidas junto al universo primordial. Y no es tampoco una calma que nosotros, pobres mortales, pudiéramos alcanzar a disfrutar. En absoluto. Es una quietud de unos pocos que se construye con los restos de otros muchos. Una paz más propia de la muerte misma, pero tan viva y penetrante que resulta incapaz de soportarse.

»Os hablo de un reino dominado por un solo rey, el cual, a su vez, es el reino mismo, y su propio dios.

»¡Yghaygha!

El silencio se volvió aún más intenso y desesperanzador.

—No estarás creyéndote tus propias patrañas, ¿verdad, Cochrane? —dijo Bud.

Tracy Copley y el pequeño Buddy —que volvían a estar unidos desde el abrazo que le había dado la mujer a su esposo retornado— observaban al reverendo con la esperanza de que, fruto de un brote de humor grotesco e innecesario, rectificara y exclamara «¡es broma!».

—No son patrañas, hijo mío. Ese es el prodigioso contenido de los Cuatro Tomos de Laorn.

—Ahora resulta que hasta tienen un nombre exótico... —espetó Preston.

—Calla, Bud, por favor —sentenció el jefe Copley. Su templado y recio carácter parecía controlar con eficacia el nerviosismo del barman—. Déjale continuar.

—Gracias, James.

El jefe no respondió al agradecimiento.

De uno u otro modo Cochrane comenzaba a presentir una afilada sospecha pendiendo sobre su cabeza. Y es que Copley intuía algo que le escamaba, una inquietud que brotaba desde su subconsciente electrificando su espina dorsal. Aún no alcanzaba a comprender la clase de oscuro advenimiento del que su rancio olfato de sabueso callejero le estaba

previniendo: «Ojo, Jim. Tras esas rocambolescas y lóbregas explicaciones, ese hombre encubre algo sórdido e inconfesable».

—Los cuatro tomos originales se hallan almacenados en las bibliotecas de ónice de Celephaïs —continuó el párroco—. Celephaïs... Urbe majestuosa. Erigida sobre las Tierras del Sueño a orillas del Mar Cerenariano y a la sombra de las Cordilleras Tanarianas, sólo resulta accesible a los navegantes de los sueños más experimentados. Aquellos viajeros oníricos que disfrutaban de cualidades psíquicas tan extraordinarias que logran sin esfuerzo desplazar su consciencia a lo largo y ancho de las insondables extensiones del reino de las quimeras.

»El nombre verdadero de uno de esos onironautas de los que os hablo, hijos míos, aún se halla enterrado bajo el peso de los siglos. No obstante, sí conocemos el seudónimo con el que habría firmado cada última página de los cuatro volúmenes que duplicó: Capón Marceti.

»De seguro ocupando no menos de la mitad de su desconocida vida, Capón Marceti visitaba cada noche durante sus sueños las bibliotecas de ónice de Celephaïs. Uno a uno, Capón memorizaba en sus viajes cada pasaje, cada verso y cada símbolo que encontraba trazado sobre las hojas de tan asombrosas escrituras. Al día siguiente, el onironauta transcribía tras su despertar el contenido que había memorizado durante la noche, plasmándolo en una derivación del latín vulgar sobre unos ejemplares cuya manufactura sería datada en los finales del siglo X y principios del XI. ¿Y cómo aprendió ese viajero de los sueños la funesta lengua en la que se hallan manuscritos los textos originales? Ese es otro de los muchos misterios que orbitan la figura de Capón Marceti.

—¡Vaya! ¿Y de qué trata cada libro, señor Cochrane... padre Cochrane?
—interrumpió el pequeño Buddy.

—Esa, muchacho, es una pregunta muy acertada —respondió el

sacerdote acariciando el rostro del chico.

»El primero de los cuatro volúmenes versa sobre la naturaleza de Yghaygha, sobre sus orígenes —si es que alguna vez existieron—, sobre su blasfema trinidad. El texto menciona al supraser como una entidad cósmica imperecedera de dimensiones difíciles de establecer; un dios primordial cuyos incomprensibles propósitos le fuerzan a recorrer el universo mientras engulle aquellas desafortunadas estrellas que se interponen en su eterno deambular.

»El segundo volumen trata sobre los Reinos de Yghaygha, sobre el Imperio del Silencio, sobre los Dominios del Devorador de Estrellas. Habla sobre los seres pesadillescos que lo pueblan, sobre el rey que los gobierna. Sobre los Doce Tronos donde reposa, a la vez, en todos y en cada uno de ellos. Sobre la fragancia indomeñable que impregna el aire, sobre la belleza indescriptible que lo empapa. Sobre su paz y sobre su calma; sobre sus ciegas ciudades y sobre sus monumentos; sobre sus planicies sembradas de muerte y sobre sus cordilleras dibujadas sobre montes de huesos. Sobre el corazón que late bajo la inabarcable extensión. Sobre la estrella negra alrededor de la que orbita a la espera del inexorable final.

Las llamas afiladas de los innumerables cirios bailaban al ritmo que marcaban las heréticas palabras que de entre los labios del sacerdote brotaban con espantosa vehemencia. El tenue resplandor anaranjado de las candelas oscilaba sobre las mechas salpicando el rostro del orador con una plétora de fúnebres contrastes muy apropiados para la sordidez de su discurso. En el exterior, la enigmática quietud que inundaba el vecindario comenzaba a tornarse incómoda y turbadora.

—El tercero... El tercero —el sacerdote hizo una pausa reflexiva—. El tercero contiene las claves de apertura de la puerta desde nuestro mundo hacia ese lugar condenado. Contiene los salvoconductos para las

incorruptibles Oteadoras (amparo de los vivos en su tránsito a través del Imperio del Silencio). Contiene las palabras que recorren los velos de roca que bloquean la entrada de cada uno de los Doce Templos, accesos directos al Rey sobre todos los Reyes, Dios sobre todos los Dioses. Puentes hacia el «conocimiento verdadero», caldo primigenio sobre el que flota la sabiduría del universo. Y ese, hijos míos, es el bien máspreciado del cosmos: un bien más valioso que el amor más puro o que el mismo tiempo. ¡El discernimiento absoluto! ¡El control sobre el arbitrio de las leyes de la naturaleza!

La exaltación y el fanatismo que acompañaban la exhortación del sacerdote sólo lograron incrementar aún más el malestar que ya de sobra compartían sus espectadores. Lockwood lo miraba con un espanto evidente cincelado en su rostro. Bud Preston, por el contrario, trataba con esfuerzo de mantener sus párpados abiertos ante el irremediable sopor que trataba de conquistarle.

—El cuarto y último de los libros trata sobre la invocación de sus seres y de sus leyes. Sobre sus voluntades, sobre sus caprichos y sus facultades. Y lo más importante: incluye los versos que llaman a nuestro mundo a los habitantes de las tierras del sosiego, entidades que sólo alcanzan a permanecer en nuestro espacio durante unos pocos momentos a causa de su inmundada naturaleza, pero que sí resultan capaces de animar la carne de nuestros hermanos fallecidos para vagar por esta esfera a voluntad, y satisfacer así sus más insólitos deseos. En este cuarto volumen también se encuentran las múltiples y complejas maneras de ejecutar tan aborrecibles y espantosas reencarnaciones.

»¡Y ese es, hijos míos, el extraordinario contenido de los pérfidos Tomos de Laorn! ¡Y ese es, pobres mortales, el motivo por el que se ha desatado el caos en esta noche tan funesta!

El sacerdote culminó su perorata con una apoteósica pose sentenciada por un profundo silencio. El llanto contenido de una feligresa rasgó durante unos momentos el velo de mutismo.

—¿Está hablando en serio, padre? —preguntaba Tracy Copley, aterrorizada, al tiempo que agarraba con fuerza la mano de su marido.

—No creerás esas memeces, ¿verdad, querida? —dijo Preston. La mujer le devolvía la mirada, confundida.

—¿Por qué van a ser mentira, Bud? Ya has visto lo que ha pasado aquí esta noche —respondió.

Jim no quería relatar el detalle de su experiencia en la gasolinera para no sobresaltar al viejo Big Tucson, aunque comenzaba a creer más en las heréticas palabras del sacerdote que en las escépticas argumentaciones de su amigo Preston.

—Lo he dicho antes, Tracy: ¡todo esto tiene explicación! —exclamó Bud buscando sin éxito la aprobación de los presentes. La muda respuesta de la comunidad acabó finalmente derrotándolo.

—No seas así, papá —añadió el chico.

—¿Y por qué tiene usted ese libro, padre? —preguntó Copley lanzándole al sacerdote una mirada inquisitiva.

—Bueno, esa es una larga historia, James...

Inconfesable, más bien.

—No viene al caso mencionarla. Lo único es que, de un modo u otro, el libro terminó acabando entre mis manos.

—De acuerdo. Entonces, si el libro acabó definitivamente entre sus manos, padre, ¡devuélvaselo a ese demonio! ¡Devuélvaselo ya! —exclamó Lockwood—. ¡Dónde está ese libro maldito!

El ferretero se levantó de su banco con su pesada herramienta en la mano. Neurótico, incontrolable.

—Cálmate, Henry, por el amor de Dios —espetó el jefe Copley.

—No es tan sencillo, hijo —sentenció el viejo párroco.

Sí lo era. Bastaba con abrir el doble fondo del tabernáculo y agarrarlo. Lo difícil resultaba deshacerse de él después de tantos años de sórdidos e inconfesables esfuerzos.

—Cómo que no es tan sencillo... —añadió Preston sénior.

Los ojos del sacerdote saltaban nerviosos entre las miradas de sus interlocutores. Unas, severas. Otras, temerosas. El reverendo no hallaba las palabras adecuadas para aplacar la inquietud de sus oyentes.

—Sí, padre. Respóndale, por favor —concluyó Jim.

—Es una reliquia de tiempos pasados, un tesoro demasiado valioso como para desprenderse de él. Sería un error insalvable que acabara en las manos inadecuadas.

—¿Y por qué sus manos sí son las más adecuadas, padre? —añadió Copley.

El sacerdote dejó sus ojos fijos sobre los del jefe de policía. Sus temores afloraban hacia el exterior en forma de viscoso sudor: la regia disposición de su entrevistador estaba horadando sin esfuerzo su cada vez más debilitado secretismo.

—Han sido muchos años de estudio... Muchos años. Muchos intentos fallidos... Muchos —musitaba el sacerdote apartando su mirada del jefe Copley—. Además, ¿quién es ese «ese» al que hay que darle el tomo! ¡Quién! —gritó dirigiéndose a su público.

—¡Ese «ese» es La Muerte! —exclamó Lockwood—. ¡Maldito viejo charlatán! ¡Sacerdote de doble fe!

Una sombra de rebelión comenzaba a gestarse entre las inquietudes de la comunidad, asediada sin remedio por la desesperanza y el terror. Unas voces parecían increpar las sentencias del reverendo mientras que otras se

proponían el animar su causa. Un estado colectivo nada adecuado para un contexto tan espinoso.

—Calma, por favor. Calma —espetó Jim agitando sus manos de un modo sosegado al tiempo que se erguía por encima de sus compañeros—. Lo último que podemos hacer ahora es enfrentarnos entre nosotros.

Sus palabras sofocaron la inminente tormenta.

—Es evidente que nos encontramos en una situación de emergencia —continuó—. Hay algo ahí fuera que sin duda se ha levantado contra nosotros, y, sin embargo, sea como fuere, aquí dentro parece que nos encontramos a salvo. Las comunicaciones con el exterior siguen interrumpidas, y la noche es larga. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí y esperar. Los hombres montaremos guardia hasta que amanezca. Cuando el sol brille sobre nuestras cabezas, saldremos.

La mudez generalizada confirmó la coherente propuesta del jefe Copley. Y a pesar de todo, el tiempo ni siquiera les daría tregua suficiente como para comenzar la primera de las rondas. El infierno ya se hallaba aguardando desde el otro lado de la puerta. Un infierno de silencio. Un infierno de oscuridad. Un infierno de muerte.

¡Bom! ¡Bom! ¡Bom!

Tres golpes pausados sobre las amplias hojas de madera dejaron resonando de nuevo un estruendoso eco por el interior del templo. El pequeño Buddy apretó su cuerpo contra el de la señora Copley.

¡Bom! ¡Bom! ¡Bom!

Otros tres impactos más.

—Abran, por favor. Abran —la voz, de marcado acento europeo, se filtraba entre las rendijas del portón hinchando de pavor el corazón de los parroquianos.

—No queremos hacerles daño, por favor. Venimos buscando un objeto

que nos pertenece.

«Queremos», pensó Copley. «Nos pertenece». No se trataba de un solo individuo, sino de varios.

—Buscamos un libro. Abran, por favor —repitió la voz marchita que se hallaba tras la puerta. Aunque sonaba vieja y carrasposa, su timbre vibraba cargado de una calidez insólita y embriagadora.

—¡Quiénes sois! —gritó Lockwood.

Copley alargó su mano y le agarró con fuerza del brazo.

—¡Chist!

—Mi nombre es Varkas, Barabas Varkas. Venimos desde el viejo continente en busca de una reliquia que nos pertenece. Créanme, no queremos hacerles el más mínimo daño. Sólo queremos el libro —la voz del hombre retumbaba entre las paredes de la iglesia como un orfeón celestial.

—Le habla James Copley, jefe de policía de North Kingstown —espetó—. Creo que tenemos ese libro que buscan. Si se lo entregamos, ¿cómo podemos estar seguros de que cumplirán su palabra y se marcharán?

—No se negocia con terroristas, Jim —susurró Bud Preston.

—Ya lo sé —masculló—. Sólo estoy tanteándolos.

—No tienen otra opción que creernos, señor James Copley, jefe de policía de North Kingstown.

—¿Y se llevarán sus demonios con ustedes? —añadió Lockwood con voz temblorosa.

Unas risillas entrecortadas parecieron colarse desde el otro lado de las puertas.

—Así será. Nuestros «demonios» —puntualizó— se marcharán junto a nosotros.

—Haz el favor de callarte, Lockwood —espetó Jim en un tono casi

inaudible.

—¡*Nooo!* ¡Jamás! —el inesperado grito del padre Cochrane pilló por sorpresa a toda la comunidad—. ¡Mi Número Tres!

—Pero qué estás diciendo, viejo chiflado —sentenció Preston.

—¡Jamás! —repitió, mirando esta vez a los ojos de Bud de un modo desafiante.

—¡Maldito seas, viejo loco! —el barman agarró con fuerza al sacerdote de su bata y lo atrajo hacia sí.

—¡Basta ya, Bud! —interrumpió Copley echando sus brazos por delante de su amigo—. Haz el favor de calmarte.

Cochrane miraba a la pareja con desconcierto.

—Deme el libro, padre. Intentaré dialogar con ese pastor de demonios.

—No pienso decirlos dónde está —el rostro del párroco había demudado por completo hacia el semblante de un desequilibrado. Ya no resultaba necesario mantener la farsa durante más tiempo, el espectáculo había terminado. Llegaba la hora de quitarse el maquillaje y desmontar la tramoya.

—No complique esto más de lo que ya está, padre... —el autocontrol de Copley comenzaba a ceder filas frente al irremediable terror.

—¡Entrad aquí, sucios herejes! ¡Llevo décadas preparándome para cruzar el umbral! ¡No me asustan vuestras amenazas ni vuestras alimañas del infierno!

¡Plaf!

Una sonora bofetada repicó entre las paredes de la nave. La palma de la mano de Tracy todavía hormigueaba segundos después del golpe. De sus ojos vidriosos brotaba la impotencia en forma de lágrimas de desengaño. Todo el grupo quedó sumido en un silencio sepulcral.

—Deme-ese-libro —repitió Jim con tono grave.

—No —sentenció—. Aquí dentro no pueden hacernos daño... ¡Aquí dentro no podéis hacernos daño, despreciables zelotes del demonio!

Al otro lado de las puertas, un tenue murmullo.

Tras el silencio, una respuesta en forma de abominable dictamen proferido en un lenguaje siniestro.

¡Baaaaaum!

Acompañadas de un fuerte estallido, las dos hojas de madera saltaron por los aires como hebras de paja lanzadas contra el viento para <separarlas del grano. Disimuladas tras la intensa nube de polvo y astillas, cuatro siluetas humanas se bosquejaban bajo el umbral reventado. Y al fondo, sobre el horizonte, la mórbida y ciclópea colina negra derramaba su fatalidad sobre todo ser que hiciera acopio suficiente de bravura como para contemplarla.

La fila de visitantes se hallaba presidida por un hombre de porte solemne y majestuoso. Sobre sus hombros colgaba una tupida túnica blanca de ínfulas negras preñada de bordados incomprensibles, y de cuya espalda pendía una pesada y amplia capucha pálida. Alto y enjuto, sus rasgos flácidos aunque afilados y su larga cabellera canosa invitaban a pensar en edades ciertamente inexplicables. Bajo su brazo, el anciano sostenía un grueso volumen cuyas raídas hojas color pajizo y su gruesa cubierta de piel curtida con esquinas rematadas de metal ubicarían el tomo en eras muy cercanas al medioevo más arcaico.

A su izquierda, dos acólitos acompañaban los pasos de su maestro ataviados de igual modo, sólo que sobre sus mantos blanqueados no se trazaban esta vez formas ni grafemas que alteraran el austero aspecto de sus vestiduras. Uno, más alto y joven, de rostro cadavérico y reservado. El otro, de baja estatura y mediana edad, y con su escasa cabellera maqueada reflejando con intensidad el cálido resplandor de los cirios, observaba a la

muchedumbre desde la distancia con unos ojos codiciosos que adornaban una lóbrega sonrisa de muñeco de porcelana.

—¡La Muerte! —gritó Lockwood mientras dejaba caer su pesada herramienta al suelo y señalaba con su dedo hacia el individuo que quedaba a la derecha de ese clérigo de olvidadas creencias.

A la derecha, La Muerte.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser —farfulló Preston hasta en tres ocasiones, como las tres veces que Pedro renegó de Jesucristo.

La Muerte.

—¿Ese es...? ¿Ese es...? —balbuceaba Tracy—. ¿Es...? ¿Es Doyle?

Parecía el viejo Matthew Doyle, pero no lo era. Llevaba sus zapatos, llevaba sus pantalones, la que una vez fuera su immaculada camisa; también su chaqueta. Pero no. No era Doyle. No. Gastaba el que una vez fuera su mismo rostro, su mismo cabello cenizo y su mismo peinado, pero no lo era. No podía serlo. El viejo Doyle había fallecido de cáncer hacía más de dos años, y se le dio sepultura en la cripta del cementerio de Elm Grove junto a otros tantos de sus familiares.

Y no lo era, no. No era Doyle. Era Broxton, Jerry Broxton, o el que una vez lo hubiera sido en una vida anterior. Ocupaba el cuerpo marchito y cuasi momificado de un hombre al que desconocía. Animaba sus brazos, animaba sus manos, animaba sus piernas, y sus pies. Agitaba su cadavérica mandíbula para expresar mensajes verbalizados con sonidos imposibles. Manipulaba la realidad que lo rodeaba con tan sólo desearlo.

El que una vez fuera Broxton vagaba por nuestro mundo sobre un cascarón de carne descompuesta amortajada con cuidada elegancia. Con el poder de un príncipe exiliado de un mundo que orbita las estrellas más distantes, lo cierto era que su voluntad se hallaba sometida por una suerte de efectivo sortilegio en forma de símbolo teúrgico tatuado sobre el pellejo

de un viejo fanático.

Localizar el libro resultaba la empresa para la que había sido convocado, y el Príncipe Esqueleto, arrancado por segunda vez de los brazos de su amada madre, cumplió con la tarea muy en contra de su voluntad.

Ahí se encontraba el libro, ahí.

Ahí se encontraba el usurpador, ahí.

—Es Doyle, sí... —dijo Copley con voz temblorosa.

—No lo es. ¡Es La Muerte! —repitió Lockwood.

El pequeño Buddy agarraba el brazo de Tracy clavando sus uñas justo al límite de rasgar su piel. Estaba acostumbrado a leer cómics de zombis, a ver películas de zombis, e incluso a jugar con sus amigos a los zombis, pero no lo estaba a toparse de bruces con la propia muerte. Aquello no era un zombi, aquello no era un muerto viviente. Era un príncipe ocupando un carruaje que no le pertenecía.

El viejo extranjero comenzó a marchar con marcada parsimonia. A través del pasillo central de bancos, el anciano caminaba sorteando los pedazos de madera de las puertas que habían resultado desperdigados por toda la nave. Su melancólico séquito iniciaba el paso tras de él guardando las espaldas del príncipe reencarnado. Al acercarse a las proximidades de la muchedumbre, la luz más intensa de las candelas le permitió a Copley reconocer el cinto que cruzaba el pecho del acólito más bajo y turbador. La correa sujetaba con firmeza contra sus espaldas lo que se adivinaba como algún tipo de fusil o carabina.

Jim agarró de un modo reflejo su revólver y lo desenfundó. Con deliberada lentitud, el jefe presionó con el pulgar el martillo percutor y la atmósfera a su alrededor se agitó con un seco chasquido metálico. La punta de mira del cañón quedaba enfilada hacia la cara del primer individuo de

tan sacrílega procesión, sumo sacerdote y gran maestro de las causas injustas.

—No den un paso más —dijo Copley tratando de controlar el incipiente temblor que se hacía con el control de su mano. Un terror instintivo al que Jim jamás había tenido que enfrentarse convulsionaba sin remedio su sistema nervioso. La punta del revólver oscilaba trazando pequeños círculos en el aire—. Abriré fuego si no obedecen mis instrucciones.

El anciano togado esbozó una sonrisa paternal.

¡Baaaaaum!

Los bancos que quedaban a los lados de la comitiva saltaron de repente por los aires proyectándose contra las paredes del templo. Un espantoso estruendo de cristales reventados y madera resquebrajada asoló las ya de por sí débiles esperanzas de los refugiados. La criatura reencarnada sólo había necesitado elevar ligeramente sus manos para convertir el interior de la iglesia en una debacle de vidrios y astillas. El pequeño Buddy se apretaba contra el vientre de la señora Copley al tiempo que ésta le devolvía el abrazo aún con más fuerza.

Aunque Jim no dejaba de encañonarles con su revólver ni un sólo instante, resultaba evidente que el pavor a lo desconocido había acabado venciendo a su bravura genuina. El arma se agitaba como un junco mecido por la crecida del río.

—Baje esa arma, por favor. Les repito que no es intención nuestra la de hacerles daño. Al menos no más del que ya les hayamos podido ocasionar.

El sacerdote alargaba su amigable sonrisa aderezándola con unas pizcas de ternura que enfatizaban el natural pavor que su majestuoso semblante provocaba. Aunque la criatura del averno —ángel de las tinieblas reencarnado sobre la carne fétida de un exiliado— había quedado claramente a la vista de la comunidad, era esa aura hipnótica de

autosuficiencia tintada de un insólito paternalismo del sacerdote la que captaba por completo la atención de los atormentados.

—Sólo denme el libro —repitió.

—Dales ya el libro, viejo chiflado —exclamó Preston acusando al padre Horace.

—Déselo, padre, por el amor de Dios —añadió Tracy—. Por el chiquillo que tengo entre mis brazos —los dos miraban al terco clérigo a través de unos ojos humedecidos por la impotencia.

En realidad, el chiquillo sería lo que menos le importaría al reverendo.

—Jamás... —musitó.

La amplia y familiar sonrisa del anciano forastero demudó de súbito hacia un rictus severo e impaciente.

—Tráemelo, muchacho —le indicó con voz queda a ese que una vez fuera Broxton.

El silencio sumió de nuevo al templo en un estado de terror contenido. La criatura reencarnada —príncipe desterrado, huérfano de reino y de Dios —, quedó apuntando sus cuencas reseca de ojos vacíos hacia el rostro de Cochrane.

Ese monstruo de otras eras lo sabía, la bestia retornada lo había leído con claridad en esos huesos que se escondían bajo la carne del falso clérigo de Allenton, estaba escrito en la pátina de egoísmo que los recubría. El padre Horace había cometido actos de los que el propio príncipe se avergonzaba; había traspasado umbrales vedados a la ética de los hombres, caminando sobre páramos yermos reservados para las almas más sucias.

Y por eso mismo lo odiaba; lo odiaba tanto como odiaba al que lo arrancó de nuevo del más puro de los actos que un hombre pueda concebir. Lo extirpó del abrazo de su madre.

Y por eso Debía morir.

Y por eso debían morir. Ambos.

Pero no podía hacerlo. No podía hacerlo con ninguno de los dos.

«No puedo», dijo el que una vez fuera Broxton a su cruel señor en ese idioma impronunciable que ninguno de los presentes alcanzó a comprender.

—¿Acaso osas desatender mi mandato, muchacho? —respondió el anciano con desdén.

«La marca», añadió la criatura usando palabras indecibles. «Lleva la marca», repitió, apuntando con su rostro nauseabundo hacia el enredado símbolo que el sacerdote de pálida túnica ocultaba tatuado sobre su cuello, y que le salvaguardaba de la rabia imperecedera que el príncipe exiliado le profesaba.

—¿Llevas la marca, anciano? —el extranjero dirigió al reverendo una mirada precisa y escrutadora.

Cochrane le respondió en silencio con unos ojos desafiantes.

—¿La llevas? —insistió, agarrándose el cuello de la túnica con su mano y alzando el cogote para que todo el mundo pudiera contemplarla.

La turba conmocionada hundió su atención en el deslucido cuello del viejo Cochrane, abrigado desde el principio por una gruesa bufanda de lana que envolvía su gatzate. Bud agarró la prenda y la desenrolló por la fuerza con un par de secos tirones.

—Hijo de puta... —farfulló Preston.

El reverendo presentaba grabado sobre su piel el mismo símbolo impío que ese malintencionado sacerdote del inframundo llevaba tatuado en el cuello. Desde que el clérigo iniciara sus ejercicios de sacerdocio en Allenton allá por mediados de los años ochenta, jamás nadie había logrado reparar en ese símbolo tan llamativo y misterioso. El culpable de tal argucia del disimulo resultó ser el modesto alzacuellos que el párroco se preocupaba siempre de llevar bien ajustado a su cogote.

—De acuerdo pues, camarada de falsa fe —pronunció el hereje—. Quizás no pueda este poderoso heraldo de otros reinos osar siquiera a levantar su mano sobre ti, aunque no dudo que Perkins, mi servil subordinado, sí sabrá actuar con la esperada eficacia como para hacerte confesar —añadió señalando gentilmente con su mano libre la espalda del acólito de cabellera lacada y sonrisa de porcelana, sobre la que descansaba un reluciente fusil.

El viejo Cochrane estalló en carcajadas.

—¿Hablas en serio, viejo farsante? —continuó riendo—. ¿De verdad crees que vas a arrancarme la ubicación del libro con amenazas de muerte y de tormento? —el eco de su risa histriónica retumbaba entre las paredes como una coral de orates desquiciados—. Antes muerto y mártir que entregarte ese tesoro, viejo embaucador. Mírame, ¡mira! —exclamó mientras se desabrochaba la bata y levantaba la parte del pijama que guardaba su torso—. Yo también estoy preparado para el viaje, ¡ilusos! Llevo años preparándome para la marcha —su tórax se presentaba salpicado por un sinfín de ideogramas inconcebibles tatuados bajo su piel con una tinta verdosa similar a la que marcaba su cogote—. Sólo necesitaba abrir La Puerta, viejo ingenuo, ¡y tú lo has hecho hoy para mí!

El terror que Horace Cochrane sintió al presenciar los malignos acontecimientos que terminaron asolando la tranquila localidad de Allenton ya no resultaba nada más que un sentimiento etéreo y difuso. El Cochrane oscuro y paranoide, el Cochrane que regentaba los programas de televisión y escupía enloquecedoras proclamas contra sus temerosos telespectadores, ese Cochrane anunciador del Apocalipsis, volvía de las sombras para tomar de nuevo las riendas del destino del viejo sacerdote. La muchedumbre comenzaba a dudar sobre en cuál de los dos bandos se encontraban. En realidad, en ninguno. Se adivinaban desnudos en mitad de un erial sobre el

que volaba el fuego cruzado de dos enemigos irreconciliables.

La autosuficiencia del viejo extranjero había demudado hacia un evidente estado de nerviosismo. Si el viejo Cochrane no cedía ante el padecimiento de la carne o del espíritu, no serían muchas las herramientas que le quedarían al hereje para forzar su confesión. Fue en ese momento que el príncipe desmadrado comenzó a recitar un caudal de inauditas expresiones cuya sustancia parecía satisfacer de buen grado a su misterioso y regio señor, pues sobre su rostro comenzaba a dibujarse una creciente mueca de júbilo.

Las carcajadas del padre Cochrane quedaron ahogadas de inmediato: una sospecha de espanto acababa de asaltar su podrido corazón.

Tras unos segundos de silencio, el viejo Varkas reanudó las negociaciones.

—De acuerdo, anciano —dijo—. Si ni yo ni mis discípulos gozamos de los dones necesarios para hacerte declarar, quizás sí dispongan tus propios hermanos de los medios adecuados. ¿O es que acaso no conocen la ignominia que reposa sobre tus hombros, sacerdote?

El rostro del reverendo quedó petrificado. Profusas perlas de sudor comenzaron a brotar de su frente estriada.

—¿Acaso no saben la cantidad de veces que has intentado pasar al otro lado a costa de la vida de inocentes?

Cochrane tragó saliva mientras navegaba entre las miradas esquivas de sus espantados compañeros. El fluido atravesaba su seca garganta como si fuera una pasta de arena fina. Carraspeó.

—El muchacho me lo ha contado —dijo el viejo sonriendo a su heraldo de ese lejano imperio del silencio—. Me lo acaba de explicar todo, capellán hipócrita.

El corazón de Cochrane se detuvo durante unos largos instantes.

—No pudiste evitar hacerte con ese volumen maldito, ¿verdad, anciano? Tan abundantes y extraordinarias resultan las promesas que se ocultan entre sus abominables páginas que no pudiste resistirte, ¿no es así?

El hereje acariciaba despacio con su mano la cubierta de piel curtida del grueso libro que traía consigo.

—Es inevitable —añadió—. Su sólo tacto ya embruja los sentidos. Y es que es el acceso al *conocimiento verdadero* ¿no es cierto? —unas tímidas lágrimas de júbilo asomaron bajo sus párpados marchitos—. A la clarividencia más absoluta. Hay magia en su interior, una magia seductora...

Todos guardaban silencio mientras Copley aún mantenía el hocico de su revólver encañonando al extranjero.

—La ambición del hombre se nos presenta siempre infinita e imperecedera —continuó—. Aunque intentemos refugiarnos bajo doctrinas forjadas por el arbitrio de unos hombres que concibieron a sus dioses moldeándolos a partir de sus caprichos, nuestra codicia siempre nos lleva a sondear los desfiladeros más angostos e inaccesibles en busca de las más pestilentes ciénagas y los más espesos lodazales, pues, en el fondo, muy en el fondo, sabemos que la realidad que nos rodea no es más que una farsa levantada ante nuestros ojos para someternos. Que no es más que un teatro de títeres por cuyos hilos se disputan entidades inconcebibles para nuestra limitada inteligencia. Y créeme que te comprendo del todo, viejo farsante. Créeme. Yo también comparto tus mismas ambiciones y tus mismos anhelos, pero son pocos los medios que existen en nuestro mundo inferior para acceder a tales faros de clarividencia. Uno de ellos, anciano, como bien sabes, son las cuatro copias de los Tomos de Laorn. Y tú, cavernícola insensato, tienes uno de ellos.

El padre Horace trató de nuevo de tragar saliva, pero, esta vez, no fue

capaz.

—Viejo desmañado —continuó—. Has sostenido entre tus manos el tercero de los tomos durante décadas y tan sólo has sido capaz de sesgar la vida de unos pobres infelices, ¿a cambio de qué, pobre anciano? ¡A cambio de nada!

Copley frunció el ceño y miró de soslayo al reverendo. Una escalofriante sospecha empezaba a brotar con fuerza dentro de su mente.

—Yo sí he logrado abrir de par en par las puertas hacia ese reino imposible, padre. ¡Yo sí! Míralas, ahí están —el herético sacerdote señaló con su mano abierta a la giba monstruosa que se elevaba orgullosa sobre el horizonte—. ¡Contéplalas, osada sabandija! ¡Lo hice yo! Pero no alcanzaré a atravesarlas sin los salvoconductos que me permitan sortear el designio de Las Oteadoras; no lograré traspasar el umbral de ninguno de los templos, ni podré dialogar frente por frente con el Devorador de Estrellas. No seré capaz de retornar de sus dominios con mi carne marchita rodeando mis viejos huesos mientras no disponga de los símbolos que se esconden dentro de esa codiciada reliquia de cuero y papel.

»Y sin embargo tú, lacayo de un falso mesías, tú sabías que la mejor manera de clamar por el apetito del Rey sobre los Doce Tronos es a través de la más pura de las ambrosías y del más insalvable de los caprichos. A través del hueso más pulcro, del costillar más límpido; de la espina más radiante y del cráneo más inmaculado. Tenías que usar al hombre que aún resulta niño, y que a la vez es niño que aspira a convertirse hombre. Sabías qué palabras escribir sobre la piel de tan inocentes criaturas para rogar la atención de El Gran Conocedor, para invitarle a un fresco y exquisito banquete como muestra de tu pleitesía. Y es que ansías su sabiduría tanto como yo la necesito, y para adquirirla, viejo, para llegar hasta Él penetrando en su reino, para llegar hasta Él accediendo a sus templos,

irrumpiendo en su seno, desafiando su misericordia, para eso, nada mejor que los incólumes huesos de un niño. ¿No es cierto, anciano?

El rictus de los espectadores de tan grotesca representación comenzó a viajar desde la incredulidad hasta la repugnancia más insoportable.

—¿No es cierto?! —repitió.

El silencio aún mantendría contenidos los sollozos de algunos de los presentes durante unos eternos y dolorosos instantes más.

—Jodido viejo hijo de puta... —masculló Bud Preston—. ¡Fuiste tú!

Horace Cochrane al fin logró tragar la espesa flema que obstruía su ajada garganta.

—Pobres criaturas, tú... Tú... Tú los asesinaste —añadió Copley. El jefe, hombre de firmes y rígidas creencias, había retirado todo el respeto que por su condición de sacerdote le profesaba al reverendo—. Nueve chiquillos desgraciados que tuvieron que rendir cuentas ante El Altísimo por tus delirios, maldito farsante discípulo de Satanás.

Una mueca de triunfo solemne quedó trazada en el flácido rostro del extranjero sostenida como una máscara de perversa satisfacción.

—¡Iä, Yghaygha! ¡Iä! —exclamó Barabas Varkas.

—¡Iä! ¡Iä! —le acompañó el cortejo.

Bud Preston agarró del pecho al reverendo Cochrane con su mano izquierda y alargó hacia atrás la derecha balanceando su cuerpo. Su puño se cerraba en un espasmo preparándose para salir catapultado contra sus fauces.

Jim lo asió con fuerza de la muñeca.

Durante unos instantes, las miradas de los dos amigos quedaron enfrentadas conteniendo su pesar detrás de una fina pátina de lágrimas. En el corazón de Copley luchaban dos sólidas fuerzas elementales, dos empujes contrapuestos de igual intensidad aunque con distintos propósitos.

Una: la ética, la reflexiva, la justa; la que sujetaba con esmero el ariete de hueso, cartílago y pellejo de Preston; la que entregaría al viejo a las autoridades para que la falsa ecuanimidad de los hombres saciara el hambre de las masas. La otra: la visceral, la retributiva, también la justa; la que cedería ante el torpedo de carne que Bud padre pensaba estampar contra el ajado y sudoroso rostro del reverendo Cochrane.

Preston y Copley dialogaron en silencio durante unos momentos que se alargaron como cien eones, lidiando con sus pasiones escritas en el fondo de sus corazones rotos, debatiendo sobre el aciago desenlace de ese puño creado para aterrizar sobre la cara de un infanticida.

Jim cerró los ojos, derrotado. Derrotado por la rabia de Preston. Derrotado por la suya propia. Soltó la muñeca de Bud como el que deja caer al amigo que cuelga de su mano sobre el desfiladero, anticipando un inevitable y estrepitoso final.

El puño del barman se estrelló contra la nariz del reverendo Cochrane y éste cayó de espaldas sobre uno de los bancos como un viejo árbol podrido que acaba vencido por la fuerza de la tormenta. La nariz del sacerdote comenzó de repente a sangrar con profusión, aunque sus ojos aún se empeñaban en ocultar cualquier signo de arrepentimiento. El párroco tocó sus narices bañadas por su propio manantial escarlata y sonrió con indiferencia a su castigador.

—¿Aún no te ha vencido la vergüenza y el escarnio, sacerdote? —replicó el hereje.

Aún no. Hacía ya tiempo que el escrúpulo y el remordimiento habían emigrado desde el corazón del reverendo Cochrane hacia destinos inexplorados.

—Entonces arderás en el infierno, jodido monstruo —musitó Bud Preston mientras lo levantaba del banco y lo arrastraba hacia el altar en un

alarde de fuerza impropio de un hombre de su delgada complexión—. Tú, tu maldita iglesia y tu maldito libro.

—E... Espera, hijo. Espera —balbuceó el sacerdote—. Qué vas a hacer —la conmoción del golpe parecía estar sumiéndolo en un estado de aturdimiento inevitable.

Preston levantó al viejo Horace y lo recostó sobre el altar mayor de un seco empellón, arrastrando con él las palmatorias de cerámica que reposaban sobre la superficie y que terminaron hechas trizas contra el suelo.

—La justicia del pueblo, viejo —añadió Preston con los ojos llorosos y los dientes apretados. Agarró con su mano uno de los cirios más grandes y lo acercó hacia la solemne madera del altar.

—¡No lo hagas, Bud! —Tracy le gritaba acongojada mientras sujetaba al pequeño Preston con sus brazos.

Jim Copley miraba en silencio cómo su amigo se había propuesto ajusticiar a una bestia para la que los hombres no podrían nunca aplicar auténtica justicia. Sus actos resultaban los propios de los engendros del inframundo, por lo que, en realidad, la humanidad quedaba excusada de la obligación de ejecutar la más mínima sentencia.

—¡Por favor, piedad! —gritó el padre Cochrane.

Resultó que sí había algo a lo que el párroco parecía temer de verdad. Pero los ojos del reverendo no miraban a los de su verdugo, no rogaban por su clemencia ni su misericordia: miraban disimuladamente en otra dirección. El sobrecogimiento del reverendo no nacía del miedo a su flamígera inmolación, venía de la notable posibilidad de que las llamas redujeran a cenizas la reliquia que desde hacía varias décadas ocupaba el hueco de su pecho en lugar de su corazón. El jefe Copley, sabueso taimado, hacía ya unos minutos que había logrado interceptar sus esquivos temores.

Desde que aquellos invitados del inframundo asaltaran por la fuerza ese

templo de las lamentaciones, madriguera pestilente de un sacerdote de doble fe, el viejo Horace había estado lanzando miradas fugaces al tabernáculo que se hallaba encastrado en el modesto retablo que se levantaba a las espaldas del altar.

—Espera un momento, Bud —el tono calmado del jefe detuvo la inminente tropelía de Preston con mayor eficacia que si le hubiera exclamado algún impropio. Bud había quedado petrificado con sus ojos clavados en los de su amigo y el rostro atrapado por la confusión.

Con el público expectante ante su siguiente movimiento, Jim Copley avanzó con paso templado hacia el altar y subió con calma la pequeña escalinata, dejando al lado con indiferencia la estampa del frustrado sacrificio sobre el altar. Sus ojos estaban fijos sobre las pequeñas puertas color caoba del tabernáculo, labradas con un gusto y un detalle sobradamente exquisitos.

—¿Dónde está la llave, anciano? —dijo dándole la espalda a la muchedumbre como lo hicieran otrora los sacerdotes en las antiguas liturgias católicas.

El viejo mantenía su boca tan muda como resultan las esperanzas de un muerto.

Sin mediar palabra, el jefe extendió su brazo derecho y propinó un fuerte y estruendoso codazo contra las puertas del sagrario. Otro impacto más y el débil cerrojo acabó por ceder.

Dentro no halló otra cosa distinta de un modesto cáliz de bronce chapado en oro, un copón repleto de hostias consagradas y una lustrosa patena de porcelana. Y sin embargo, el descubrimiento no acababa de convencer al sagaz olfato de Jim Copley. Los ojos delatadores del viejo Horace se expresaban en ese instante con más claridad que la más detallada de las ilustraciones renacentistas. Los nudillos del hombre se fueron

entonces hacia el fondo aterciopelado del tabernáculo y golpearon su superficie hasta en tres ocasiones. Era evidente que se ocultaba un doble hueco tras la madera forrada. Unos cuantos golpecitos más en los lugares adecuados y la plancha afelpada acabó rindiéndose a los esfuerzos de su asaltante. Sus manos curtidas agarraron el par de pesados objetos que se disimulaban entre las sombras y los exiliaron de las tinieblas acumuladas al fondo.

Y allí se hallaba pues.

Recostado sobre sus amplias palmas, el insólito volumen se revelaba ante sus ojos como una reliquia del medioevo más oscuro apartada de las conciencias más frágiles. Su grosor, su cuero revestido de esquinas de metal matizadas por el paso de los siglos, así como su terrible e incomprensible contenido, anunciaban al vetusto ejemplar como un hermano mellizo del texto que el herético monje extranjero traía cargado bajo su brazo. Sobre la cubierta, un «III» labrado con pan de oro se observaba repujado sobre la centenaria envoltura de piel desecada. Compartiendo el secreto junto al sacrílego tomo, un libro mucho más pequeño y contemporáneo, de suaves tapas oscuras y asegurado mediante una cinta de goma negra reposaba inerte ante los ojos escrutadores de Copley: sin duda se trataba de alguna clase de diario personal escrito en italiano. Una hermosa y pomposa rúbrica a pluma sentenciaba su inédito contenido: *Cardinale Marcelo Atto*.

—¡Vaya! —exclamó el hereje—. Parece que, al final, el esfuerzo ha merecido la pena —su forzada sonrisa se antojaba como una cicatriz que dividía su rostro en dos mitades desiguales.

Los ojos de Copley enfrentaron durante unos instantes los del padre Horace. El reverendo logró finalmente tragar la poca saliva espesa que aún brotaba de sus glándulas y que se mezclaba con la sangre que manaba desde su nariz. Su conmoción parecía haber desaparecido en el momento en el que

su atención se depositó sobre los textos descubiertos.

—No lo hagas, hijo —espetó Horace Cochrane—. Esos libros son míos.

Jim seguía guardando silencio, escogiendo con cuidado las palabras que decir en tan decisivo momento. Evaluaba cada una de las infinitesimales probabilidades que tenían de escapar de allí sanos y salvos.

—Viejo canalla... —musitó Bud.

El sonido de un impacto seco quebró el tenso silencio que Copley trataba de sostener. Preston había descargado un rotundo golpe sobre el lateral izquierdo de la cabeza del reverendo con el pesado cirio que asía con sus manos. El hombre quedó derribado sobre el altar y la mitad superior de la enorme vela —ahora partida— cayó al suelo tras el encontronazo con su avejentado cráneo. La mecha encendida golpeó la solería en primer lugar y la llama acabó sofocada mientras el cilindro rodaba escalinatas abajo. Los párpados del sacerdote se encogieron y sus ojos vidriosos quedaron en blanco disimulados tras dos estrechas rendijas de tejido lacio.

—¿Lo has matado, papá? —dijo el pequeño Buddy dibujando pucheros en sus mejillas.

—No —interrumpió Copley—. No lo está, hijo —Jim ni siquiera lo había comprobado, aunque lo cierto era que le daba lo mismo.

Preston arrojó el resto del cirio al suelo con un marcado desprecio. Sin duda, el hombre libraba en su interior una violenta batalla en la que se enfrentaban una impotencia y un moderado sentido de la justicia.

—No es ese el mejor ejemplo para mostrar a tu hijo, Bud —añadió Tracy con un gesto de evidente decepción.

Preston padre la miraba de soslayo y se restregaba las narices con el dorso de la mano mientras trataba de contener la vergüenza que las acertadas palabras de la señora Copley le estaban causando. El sonido del

impacto que aún retumbaba en sus oídos y el cuerpo flácido del reverendo descansando sobre el altar parecían haber templado sus nervios como para que empezara a pensar con algo de mayor claridad.

El jefe Copley devolvió el diario al interior del sagrario y elevó con sus dos manos el pesado volumen número tres hasta la altura de sus ojos.

—¿Es esto lo que busca, extranjero? —exclamó dejando a la vista del sumo sacerdote el ordinal patinado en oro.

—Ciertamente, hijo —la sonrisa del monje se relajó por un momento. Con un rápido gesto hacia su discípulo más alto —aquel al que Broxton conociera como Moore en aquella fatídica cita en la cafetería de Tony—, el acólito adelantó sus pasos y atravesó el resto del pasillo en unas pocas zancadas hasta llegar al altar. Copley alargó el volumen hasta sus manos, y la noche quedó entonces sentenciada.

—Gracias por vuestra acertada colaboración, hermanos infieles —exclamó el anciano alargando su mano libre en un artificioso aspaviento de bendición.

El iniciado regresaba al amparo de su maestro abrazando con delicadeza el texto contra su pecho.

—Muéstrame ahora, muchacho —el hereje se dirigió con severidad a su manso discípulo—. Magnífico —musitó mientras palpaba con la punta de sus dedos el áspero tacto del cuero que forraba la cubierta—. Ha llegado el momento de marchar, hijos míos —hizo un gesto a su segundo discípulo—. Tráeme al chico —la sentencia llegó con una lentitud que inundó de terror los corazones de la muchedumbre.

—¡No! —exclamó el viejo Big Tucson, todavía conmocionado por el amargo final de su amado nieto—. ¡El chico no!

Tracy Copley miraba confundida al resto de sus compañeros. Sus brazos rodeaban el cuerpo del pequeño Buddy casi hasta el punto de impedirle la

respiración.

—No te atreverás, viejo chiflado —Jim Copley desenfundó de nuevo el revólver y encañonó desde la distancia el rostro del sacerdote. El clic del martillo llegaba hasta los oídos del monje como un aguijonazo de advertencia. En esta ocasión, el hocico del cañón no se sacudía, se mantenía firme como las columnas de una catedral.

Bud Preston había quedado petrificado de pavor.

—Te juro por Dios que te meteré esta bala en el cráneo si alguien se atreve a dar un paso hacia el muchacho.

El sacerdote le sostenía la mirada sin dejar de sonreír.

—¡Lo haré!, viejo —le gritó.

—No. No lo harás —respondió impávido.

—Tu destino pende de que alguno de vosotros se atreva a dar un paso al frente, demonio —añadió el jefe con severidad absoluta—. No me tientes.

—No lo harás, muchacho.

El dedo índice de Copley comenzaba a temblar sobre el gatillo. Dos imponentes fuerzas enfrentadas luchaban en su corazón por el control del revólver.

—No lo hará —la sonrisa del sacerdote dejó entrever sus dientes raídos —, ¿verdad?

Los ojos del viejo quedaron encarados hacia las cuencas vacías de ese ser que enarbolaba las bondades de la muerte. Aunque la faz de la criatura se hallaba ajada y marchita por los efectos de una inconclusa momificación, aún se alcanzaba a distinguir en su rostro una leve mueca de resignada sumisión.

—¡¿Verdad?! —le repitió el hereje.

A ese que una vez fuera Broxton sólo le bastó levantar con suavidad una de sus manos para que los dedos del jefe Copley que abrazaban la culata

del revólver se abrieran convulsamente como los alambres de un paraguas vencido por el viento.

—*¡Ieeeeeeeegh!*

Los crujidos de sus falanges partiéndose no resultaron más espantosos que el escalofriante gemido gutural que brotó desde la garganta de Jim. El arma cayó de inmediato al suelo colmando el aire con un rotundo impacto metálico. Copley asió su mano rota con la que aún le quedaba sana mientras se recostaba contra el altar con un rictus de dolor insoportable apoderándose de su rostro.

—Trae al chico, muchacho —musitó de nuevo el sacerdote a su adlátere, Sonrisa de Porcelana.

Los pasos del discípulo se encaminaron entonces hacia la señora Copley. A su avance, el resto del gentío se alejaba por instinto del pequeño visitante como las ovejas que se esparcen por el prado al ver al lobo que atraviesa el umbral de su corral.

—No te acerques, muchacho —el viejo Big Tucson interpuso su voluminoso cuerpo entre el captor y el rehén—, o tendré que darte la azotaina que debió propinarte tu madre hace ya mucho tiempo.

Tucson levantó sus puños hasta la altura del pecho adoptando la clásica guardia de boxeo de mediados de siglo.

Lockwood apretaba con fuerza su herramienta desde el lado opuesto de los bancos. Sometía a su cerebro a un acelerado análisis en el que sopesaba la posibilidad de intervenir a costa de que sus manos pudieran también resultar destrozadas, o quedarse observando y esperar el adverso e inevitable desenlace de los acontecimientos.

—Acércate más, muchacho, y te plantaré este par de puños en cada uno de tus malditos ojos —espetó el viejo.

Sin apenas tiempo para que sus anquilosados brazos alcanzaran a

reaccionar, el acólito agarró el fusil y le lanzó un fugaz golpe a la barbilla con la culata que lo desestabilizó de inmediato. Sus viejas posaderas golpearon el suelo y su ancho lomo acabó recostado sobre el travesero de uno de los bancos, conmocionado.

—¡No! —gritó la señora Copley. Y sin embargo, sus brazos no pudieron hacer otra cosa que liberar al chiquillo, extendidos con suma delicadeza por un ímpetu sobrenatural que manaba de las herméticas intenciones de ese ser que una vez fuera Broxton.

La mujer no sufriría ningún daño. Al menos, no mientras que ese amasijo de carne desecada que por ese entonces habitaba el Príncipe Esqueleto se hallara presente para poder evitarlo. El poderoso e insalvable influjo del símbolo tatuado sobre el cuello del hereje podría, en cierta medida, controlar sus actitudes y sus acciones, pero jamás lo obligaría a dañar a una mujer que trataba de salvar la vida a un niño con el amor como única salvaguarda.

Tracy acabó suspendida en el vacío como un Cristo sin cruz; pero sus huesos quedaron indemnes, y su piel, incólume. Sólo podría llorar.

El discípulo agarró al pequeño Buddy del brazo y lo arrastró hacia su maestro. El chico pataleaba y rugía como una fierecilla clamando por el auxilio de su petrificado padre, pero aunque el muchacho pensara que Bud parecía haberle abandonado con su inacción, lo cierto era que el hombre sabía que la única manera de proteger su vida y la del resto de la comunidad se resolvía no interfiriendo en ese momento en los menesteres de los siniestros visitantes.

—¡Señores, a más ver! —El hereje esbozó una teatral reverencia y acabó deshaciendo sus pasos hacia el exterior.

Tras un gesto acordado de antemano por el sumo sacerdote, el repeinado Sonrisa de Porcelana se acercó hacia la muchedumbre y se propuso

mantener su posición. Descolgó de nuevo el fusil de su espalda y encaró al gentío en absoluto silencio. Su silueta quedaba ante la multitud como un centinela de cera que preservaba la segura retirada del resto de la cohorte. Su sonrisa diabólica inundaba las esperanzas e ilusiones de los presentes como una metástasis de terror.

Tracy, depositada con suavidad en el suelo por su poderoso aunque piadoso captor, liberada ya de la sobrenatural parálisis, gimoteaba desconsolada encogida sobre sus piernas, incapaz de contener las abundantes lágrimas que se escurrían entre sus finos dedos.

Bud Preston apretaba con rabia la bata que tapaba el cuerpo inconsciente del reverendo Cochrane mientras que sus ojos vidriosos observaban cómo su amigo Jim trataba de reubicarse las falanges hacia algo parecido a lo que deberían ser sus posiciones originales.



Toda la comunidad llegó sin palabras a un tácito acuerdo de silencio, muchos necesitaban respirar un poco de esa calma que desde hacía horas parecía haber huido de la tranquila localidad de Allenton. En cambio, otros tantos ansiaban clamar a ese Dios ignorante e irresponsable que esa noche los había abandonado al infortunio. Y sin embargo, en la cabeza de uno de ellos ya comenzaba a gestarse el que podría ser el primer paso hacia la única salvación; un corazón sin esperanzas que bombeaba los últimos impulsos de sangre que le quedaban por disfrutar, si es que la vida mereciera ser disfrutada. En la cabeza del viejo Big Tucson ya sólo bailaba una única y resoluta idea.

El reverendo empezaba poco a poco a recobrar el conocimiento.

Capítulo XIX

El pequeño Horace siempre había resultado un muchacho de carácter insurrecto. En cierto modo, la taxativa disciplina de su padre fue la que logró hacer de él un hombre medianamente respetable.

Criado en el seno de una familia acomodada de férrea educación católica, el más benjamín de los seis vástagos de los Cochrane terminaba sus años de bachiller en el colegio religioso Instituto Mayor Obispo Hendricken, un claustro apostólico para varones en Warwick, Rhode Island.

Aunque el resto de sus hermanos llegarían a estudiar disciplinas que les permitirían posicionarse en puestos directivos de cierto reconocimiento social —gracias, dicho sea de paso, al círculo de poderosas influencias al que pertenecía su devoto padre—, el cabeza de los Cochrane, el viejo Jacob, había decidido hacer de la más joven de sus creaciones un eclesiástico de renombre. Qué clase de orgullo podría existir que fuera más emotivo para un padre temeroso de Dios, que el más frágil de sus retoños acabara convirtiéndose en obispo; qué digo en obispo, en cardenal. ¡O en el propio Papa!

Nada más completar sus estudios en Warwick, el joven Horace Cochrane ya viajaba hacia tierras italianas para formarse como sacerdote en uno de los colegios mayores católicos más prestigiosos de Milán. Ahí es donde el impresionable muchacho conocería al impulsor de sus más heréticos e inconfesables anhelos, e instigador silencioso de sus más mórbidas y detestables necesidades: Su Ilustrísima, Su Excelencia, el

cardenal Marcelo Atto. Con él, el ingenuo estudiante aprendería las verdades que se ocultan tras la cenicienta acuarela que da forma a nuestra realidad. Por él, el desamparado Cochrane acabaría forzado a jugar sus cartas más valiosas contra su destino, y perdería.

Aunque la disciplina inquisitorial y las dogmáticas y manidas temáticas de las interminables clases causaban en el joven Horace un desánimo insalvable, no era menos cierto que aún lograba destacar con intensidad entre el resto de sus aborregados compañeros. Fue así como *il cardinale* Marcelo Atto acabó fijándose en él. En él, y en el segundo de su grupo, el joven y apuesto Lorenzo Pisano. El segundo, pero en calificaciones, pues, en términos de religiosa actitud, el agraciado Pisano se posicionaba a años luz de distancia del impostado comportamiento de Cochrane, cuestión ésta que jamás le pasaría desapercibida a ese hombre que en un par de décadas acabaría convertido en el infanticida de «los crímenes satánicos del condado de Washington».

Il cardinale encontraba en la extraña pareja de Cochrane y Pisano una especie de deliciosa combinación contrapuesta. Pisano rezumaba una belleza candorosa aderezada con una pizca de religiosa paciencia y un buen manojito de noble obediencia. En cambio, Cochrane resultaba inteligente y perspicaz, recio en su aspecto y en sus formas pero de una vivaz y seductora curiosidad innata.

Era de sobra conocido en toda la curia de Milán que los apetitos carnales de *il cardinale* Atto quedaban muy apartados del carácter binario del género del ser humano, y mucho más de la santa e innegociable castidad que impone el dogma católico a sus pastores. En realidad, los deslices de Su Excelencia no eran más que pequeñas concesiones que el sumo poder pontificio otorgaba al prelado a cambio de su silencio. Y es que, al fin y al cabo, como ya quedara una vez sentenciado por el segundo mayor exorcista

de la Santa Iglesia de Roma después del propio Jesucristo: «el diablo existe, y tiene su hogar en el mismo Vaticano».

Pisano y Cochrane.

Cochrane y Pisano.

Ambos se convertirían en sus más reservados confidentes; ambos serían las más eficaces herramientas para satisfacer sus más insaciables e inconfesables deseos. Ambos. Los que habrían sentenciado su destino con la aceptación de tan ominoso e impío menester.

Gracias a la reconocida y bien remunerada posición jerárquica de *il cardinale*, sus dos adláteres gozaban también de diversos aunque reservados privilegios. En cierto modo, el sacerdote también compraba el silencio de sus más íntimos subordinados otorgándoles algunas dispensas, tal y como lo venían haciendo con él las esferas más elevadas.

Cochrane desfogaba sus más reservados deseos con las acostumbradas mercedes ofrecidas por el cardenal. Era bien cierto que el joven no se hallaba en Milán en cumplimiento de una bienaventurada llamada espiritual, sino por satisfacer el capricho de su temido padre y evitar así la consecuencia de sus decepciones. Por el contrario, el templado y disciplinado Pisano rehusaba las inadecuadas prebendas de Monseñor con el respeto propio del voto de humildad que le sometía. Esta cuestión enfurecía al ávido Horace de un modo insoportable, pues, con esa actitud, Lorenzo no sólo lograba dejar en clara evidencia la corrupción espiritual que rezumaba por los poros de ese muchacho rebelde de la Costa Este americana, además, inflamaba de pasión el viejo y turbio corazón de *il cardinale*. El candor de Pisano y su aparente incorruptibilidad invadían sin remedio los sueños húmedos de Su Ilustrísima. Y no es que Cochrane ansiara el amor lascivo del prelado. En absoluto. En realidad, el hombre despreciaba al sacerdote con toda su alma: sus intolerables perversiones

junto a la connivencia obligada que le había tocado padecer hacían que su repugnancia se canalizara hacia la figura del cardenal como una riada imparable de remordimientos. Lo cierto era que Horace Cochrane codiciaba la posición del eclesiástico, y, de un modo u otro, Pisano siempre se le antojaba varios pasos por delante de él.

Como muestra del innegociable voto de obediencia que en su momento reconocieran ambos discípulos, de la limpieza y el mantenimiento de las amplias y ostentosas dependencias de il cardinale se encargarían ellos sin objeción. Esto permitía a la pareja acceder, entre otras cosas, a la poblada y atractiva biblioteca personal de Su Excelencia. Una librería preñada de vetustos incunables y de códices polvorientos, de espesos y reconocidos ejemplares y de volúmenes antediluvianos de dudosa procedencia. Y sin embargo, sólo uno de ellos llamaba la atención de los acólitos de una manera especial. Un grueso texto de cubierta de piel curtida y esquinas rematadas en metal, con un número tres en grafía romana repujado y patinado con una lámina de pan de oro.

No sería la primera vez que el par de siervos de Su Ilustrísima tocaban a la puerta de sus dependencias sin recibir respuesta. Tras atravesar el umbral sin el oportuno permiso del pastor, la gran mayoría de las ocasiones lo encontraban recostado sobre su escritorio con tan misterioso ejemplar abierto por alguna de sus múltiples páginas. En su mano izquierda, una flamante pluma ornamentada con delicadas filigranas de oro descansaba inerte entre sus dedos flácidos. Bajo su cara aplastada se intuía un cuaderno manuscrito en cuyas hojas se dibujaban manchas amarillentas por la saliva reseca que habría escurrido de las fétidas encías de *il cardinale* durante su sopor.

—Su Excelencia... —interrumpía siempre alguno de los subordinados —. Debe levantarse. Es hora del desayuno y de la oración de intercesión

por las ánimas del purgatorio.

El sacerdote se mostraba siempre muy celoso del contenido que se hallaba manuscrito en su libreta, de modo que trataba de mantenerla apartada de la vista de sus siervos el mayor tiempo posible. Este hecho, qué duda cabe, no hacía otra cosa distinta que alimentar aún más la curiosidad inherente a la naturaleza humana.



—Hijos míos —dijo el padre Atto a sus acólitos en el reservado de la capilla menor del templo minutos antes de que diera comienzo el Ángelus —, esta noche pasada el Señor me iluminó de nuevo con su gracia —apretó los arrugados párpados que descansaban sobre sus ojos enrojecidos—. ¡Aleluya!

Si bien Cochrane sonreía ante las palabras de su mentor, Pisano trataba de disimular la mueca de decepción que sus finos e inmaculados labios se empeñaban en dibujar. Horace obedecía a su prior por diversión. Pisano lo hacía por voto. Y era eso mismo, precisamente, lo que provocaba en el dócil muchacho esa clase de insumisa repugnancia ante su viejo y orondo educador.

—Nuestro Padre en Los Cielos me ha encomendado de nuevo la salvación de una oveja descarriada —continuó—. En esta ocasión se trata de una triste jovencita que vagabundea las calles durante las noches aciagas en busca de nuevas almas a las que corromper, allá cerca de Porto di Mare —añadió gesticulando con sus manos como si la gracia de Dios fluyera a través de sus artríticos y rollizos dedos—. Su nombre es Flora.

«Flora», pensó Cochrane. «Pobre desgraciada». La joven habría

cumplido las diecinueve primaveras poco después de la última de sus noches.

—Traédmela, hijos míos —sentenció—. Traedla esta noche hasta mi seno, pues el Creador ya ha llenado mi germen con la dádiva de la salvación. Que la obra de este humilde pastor se haga completa con la inestimable ayuda de sus siervos. Vuestras manos serán las cadenas que Cristo ha impuesto para arrastrarla hacia su redención, y mi hisopo esparcirá dentro de su vientre la simiente bendita que le abrirá las puertas del Paraíso.

«Pobre desgraciada», repitió Cochrane dentro en su cabeza. Pisano asentía a Monseñor con suma tristeza.

En las «jornadas de caza de pecadores» —no siempre se trataba de mujeres: también habría hombres, infantes e incluso animales, en la minoría de las veces— Lorenzo actuaba como un espíritu de la iluminación, como el padre que consuela a su hijo ante la irrefrenable crueldad de la vida. En cambio, el atento Horace era el músculo tenso, el dóberman de Su Santidad. El despierto Cochrane era el cilicio que se ceñía al cuerpo de aquellos que se oponían a los designios divinos de Su Ilustrísima.

Esa noche la lluvia reciente había dejado el empedrado del suelo de las pestilentes calles de Porto di Mare salpicado de pequeños océanos de podredumbre. Sobre ellos se reflejaba la tenue luz de las escasas farolas que adornaban sus avenidas. Los dos sacerdotes marchaban juntos y en silencio escrutando con cuidado cada esquina, interrogando con delicadeza a cada prostituta, a cada proxeneta, a cada furtivo transeúnte, hasta que la hermosa y joven Flora quedó localizada en la distancia apeándose de un vehículo junto a una parada de autobús abandonada a esas horas tan intempestivas.

El penúltimo de sus pecaminosos servicios parecía haberse completado

en el interior de un vehículo blanco que se daba a la fuga antes de que algún conocido lograra identificarlo. El penúltimo, pues el último de los negocios durante esa noche resultaría, como en numerosas ocasiones anteriores, *el último de sus servicios*. Y es que los actos divinos de redención de *il cardinale* culminaban siempre con un envío directo hacia el Reino de Los Cielos, o hacia el de Satanás. En realidad, el destino era lo que menos le importaba.

Ataviados con su clásica indumentaria negra de pantalón, camisa y chaqueta, la pareja PisanoCochrane se aproximaba en silencio hacia esa parada de bus iluminada tan sólo por la parpadeante luz de unos fluorescentes que resplandecían tras un cartel anunciante de un nuevo modelo de bolso-bandolera. En la penumbra imperante, el intenso fulgor anaranjado de un cigarrillo recién encendido inflamaba con su cálido resplandor los finos labios pintados de escarlata de la joven Flora. La mujer, sentada en el banco bajo la marquesina a la espera de un autobús que nunca llegaría, vio como un par de immaculados alzacuellos blancos se acercaban hacia ella flotando entre la oscuridad. Su corazón se detuvo durante unos instantes antes de que las figuras de los sacerdotes se hicieran visibles a la luz de los fluorescentes.

—Eres Flora, ¿verdad? —dijo Pisano.

La muchacha todavía necesitaría unos cuantos segundos antes de lograr reaccionar. Mantenía sujeto con sus dedos el cigarrillo que aún titilaba tras la primera calada. Un perro respondió a la pregunta desde la distancia mediante un par de ladridos amortiguados por los edificios abandonados.

—Sí —respondió con rotundidad.

—Tenemos un trabajo para ti, muchacha —añadió Lorenzo mientras Cochrane los contemplaba en silencio con sus oídos de sabueso dispuestos y en alerta.

La chica sonrió durante unos instantes y volvió a posar el cigarrillo sobre sus húmedos y seductores labios. Después de una intensa calada le respondió con una evidente autosuficiencia impostada.

—Si hay pasta de por medio, soy vuestra chica, hermanos, padres, o lo que seáis...

Estaba claro que era una primeriza. No sólo por su edad o por sus formas, también por la manera en la que arqueaba sus cejas, y por la mueca forzada de sus labios. De eso Cochrane estaba del todo seguro: no era esa la primera ni sería la última de las veces que le habría tocado salir en busca de alguna fulana para saciar los deseos de *il cardinale* —o los suyos propios—. Si era neófita en el oficio, aparte de que sus pecaminosas carnes aún gozarían de una tersura y una solidez exquisitas, resultaba obvio que habría un proxeneta por los alrededores vigilándola con atención dedicada. De eso Cochrane también estaba seguro.

Pisano introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y la chica dio un seco respingo en el banco hasta apoyar sus descubiertas espaldas sobre el frío metal despintado de la parada de bus. Lorenzo sacó un generoso fajo de billetes impolutos.

—¿Te vale con esto, jovencita? —añadió.

A la muchacha se le posaron dos lunas llenas donde antes residían dos ojos negros como la noche que los envolvía. Sonrió, tratando de simular calma.

—Me vale —espetó—. ¿Qué clase de guarrerías pasan por esas cabezas tan amuebladas que descansan sobre esos hombros, hermanospadres? —volvió a sonreír.

Disparado desde las sombras que se abrían entre las silenciosas calles, a sus oídos llegaba el estruendo de un cubo de basura derribado que debería haber esparcido su fétido contenido por todo el encharcado empedrado. Un

rabioso y desagradable maullido puso la nota final a la insolencia.

—Acompáñanos, hija mía —el rostro de Pisano resultaba tan tierno y embriagador que, muy probablemente, ni siquiera hubiera necesitado del dinero para convencerla.

—Sin trucos, ¿de acuerdo? —añadió la chica con cierto reparo.

—Sin trucos —sentenció esta vez el parco Cochrane.

Pisano le lanzaba a su compañero una mirada de resignación salpicada con un toque de gratitud.

Ingenua criatura.

La muchacha se levantó y los tres arrancaron la marcha como si un cabritillo blanco resultara escoltado por ambos flancos por dos negros carneros del infierno. De nuevo, de camino hacia las tinieblas en busca del Fiat de Cochrane.

—*Ey-ey-ey*, padres... —una voz áspera burbujeaba desde la negrura aterrizando por sorpresa en las espaldas de ese trío de la perversidad—. Hacia dónde marchan vuestras mercedes —añadió en tono burlón la silueta de un hombre que comenzaba a tomar forma bajo la luz de la farola que en ese momento los coronaba.

Un par de perros en la lejanía trataron nuevamente de adelantar la respuesta con sus sofocados ladridos. Esta vez, el incómodo eco de un claxon se encargó de poner fin al tempestuoso vocerío.

Era el chulo que Cochrane esperaba. El chulo que de sobra sabía el destino que le esperaba a su recién adquirida mercancía, a su rebelde pero pasional Florecilla, si él no lo obstaculizaba. Y es que, a diferencia de la cría, ya eran muchos los años de experiencia que el proxeneta había disfrutado participando de tan reprobable actividad, y en su círculo, los mórbidos deseos de *il cardinale* y el fatal desenlace de sus caprichos resultaban muy de sobra conocidos. Eso, Cochrane, el sagaz, el despierto,

también lo había adivinado en sus ojos.

—Viene con nosotros, hijo —respondió Pisano con su característica delicadeza—. Será justamente recompensada por sus servicios.

Mentía. Lorenzo mentía. Horace lo sabía. El chulo lo sabía.

—No, no. La perrita se queda aquí —sentenció el hombre—. Lo podemos hacer por las buenas, o por las malas.

El rostro de la chica parecía demudar desde la ilusión, hacia el estupor; desde el estupor, hasta el temor.

Por un momento todos esperaron el distante ladrido de esos perros maleducados, o el ruido de otro cubo lanzado contra el maloliente acerado. Quizás, el aullido de un motor lejano recorriendo las calles a todo gas, o una vecina sorda e insomne subiendo al máximo el volumen del televisor. Cualquier cosa, con tal de relajar el abrumador silencio que imperaba por la fuerza en el debate que estaba a un instante de finalizarse.

La farola sobre sus cabezas parpadeó un par de veces durante unos momentos. Ni siquiera los secos chasquidos de la incandescencia lograron distraer a sus oídos oprimidos por la tensión contenida.

—Si me pagan, ¿por qué no voy a poder ir? —respondió la chica con timidez.

—Tú te callas, zorra —escupió el proxeneta mirándola directamente a sus dulces e ingenuos ojos esmeralda.

Cochrane no necesitaba más argumentos para que la gracia de Dios insuflara de energía sus músculos y decidiera actuar a través de la fina sogá que llevaba escondida en el interior de su negra chaqueta.

Con un furtivo movimiento en el que tan sólo transcurrió un escaso segundo, el sacerdote ya se encontraba a las espaldas del rufián abrazando su sudoroso cuello con el recio y áspero cordón de esparto. El hombre trató de llevarse las manos al cogote para intentar zafarse de la presa antes de

que las venas que palpitaban furiosas en sus enrojecidas sienas llegaran casi al límite de reventar.

Tampoco se escucharon ladridos esta vez. Tampoco había maullidos ni estruendos de metal. Tampoco el claxon de un noctámbulo. Sólo los sordos estertores de un hombre que intentaba por todos los medios aferrarse a la vida, luchando por llevar hasta sus pulmones un último hálito de oxígeno. Ni siquiera tenía fuerzas ni control como para alcanzar la navaja que llevaba escondida en el bolsillo trasero de su pantalón.

Los ojos del proxeneta se inyectaron en sangre y, tras una repentina convulsión, cayó al suelo desplomado como un títere rechazado por la mano misma que lo estaba guiando. Cochrane aflojó el lazo y la sangre volvió a acceder con libertad hacia su amoratada cabeza.

—No te asustes, muchacha —musitó el sacerdote mientras recogía la cuerda y la volvía a introducir en el forro de su chaqueta—. Se despertará en unos minutos sin recordar nada de lo que aquí ha ocurrido.

—¡Que te jodan, viejo maricón! —exclamó la chica—. Con esta pasta ya puedo escapar de esta vida de mierda.

En eso la chica llevaba razón. Escapar, escaparía. Escaparía de la vida.



A la mañana siguiente, como de costumbre, la pareja de fieles accedía a las amplias dependencias de Su Ilustrísima. Y ahí mismo, como también resultaba habitual, una hermosa joven yacía sin vida sobre la lujosa cama de *il cardinale*. Sus partes íntimas, destrozadas. Su gaznate, intensamente marcado por los artríticos dedos de Monseñor. Su rostro y sus labios, amoratados por la asfixia. Una hermosa florecilla que quedaba aplastada

por el peso de la perversión. A la mañana siguiente. Como de costumbre.

En un alarde de total indiferencia, el padre Atto apuntaba sobre su esquivo cuaderno las notas que correspondían a la noche anterior y se retiraba en silencio de sus dependencias hacia el templo para acudir a las primeras liturgias de la mañana.

—Otra alma que se salva de las llamas del infierno, mis leales discípulos —el sacerdote sonreía a sus acólitos con una repugnante mueca de convicción dibujada en su complacido rostro.

—Amén —respondió Cochrane ojeando de soslayo a su compañero Pisano. Lorenzo guardaba silencio mientras le respondía con una triste y resignada mirada.

En esta ocasión, y a diferencia de las veces anteriores, el cuerpo inerte de la víctima no iba a acabar dispuesto para su incineración en los hornos de las extensas dependencias subterráneas del colegio episcopal. No. Esta vez se le daría sepultura en un nicho vacío de la parte más profunda de las antiguas catacumbas. Nadie se atrevería nunca a mencionar el insidioso destino de tan joven florecilla; nadie se atrevería nunca a cuestionar una mínima palabra; nadie se atrevería nunca a insinuar tan siquiera un ínfimo reproche. Lo que ocurre en el seno de la Iglesia, se queda en el seno de la Iglesia.



Una calurosa mañana de primavera de primeros de abril del 1972, Cochrane abría de par en par las numerosas ventanas de las estancias de Su Ilustrísima. El rancio y repulsivo olor a semen y a sudor avinagrado contaminaba todo el aire de las dependencias, asfixiándole.

Esa noche previa no hubo muerte, no hubo redención divina, aunque no por eso dejaba de existir una víctima. En esta ocasión se trataba de un muchacho preadolescente que hacía las veces de monaguillo en la Basílica de San Simpliciano, en el barrio de Brera, en el mismo Milán. El muchacho cumplía con el sagrado oficio en la iglesia, al menos, tres veces por semana.

El padre Clementino, párroco del templo de San Simpliciano, gustaba de encomendar a sus más exquisitos e inocentes feligreses a los caprichos de Su Ilustrísima Marcelo Atto. A cambio, *il cardinale* le concedía al pastor sacras indulgencias por sus pecados más imperdonables. El reverendo Clementino, fanático y devoto arrepentido, pretendía acceder al Reino de los Cielos tras su muerte fuera cual fuere su coste, aunque para ello tuviera que entrar por la mismísima puerta del servicio. Su Ilustrísima, por aquel entonces, resultaba sin duda el mejor contrabandista de exoneraciones.

Pisano. El bueno de Pisano...

Lorenzo se había ofrecido voluntario para acompañar al lloroso jovencito de vuelta a su hogar. Aunque el monaguillo tenía orden expresa de no confesar a nadie lo ocurrido durante esa perturbadora y traumática noche, los sollozos de su corazón y las molestias de su cuerpo acabarían irremediablemente por delatarlo. Y sin embargo, nunca nadie había osado arrojar una sombra de amenaza sobre Su Excelencia el cardenal Marcelo Atto, jamás nadie se había atrevido a derramar sobre su imagen algún tipo de culpa o atribución. Sus viejos dedos podrían adivinarse apelmazados y artríticos, pero eran largos, sibilinos y habilidosos. Sabían tocar las cuerdas adecuadas en los momentos oportunos para arrancar de ellas atronadoras notas de temeroso silencio. En Milán, *il cardinale* era como el mismísimo Dios.

Por desgracia, ese muchacho no habría sido el primero de los jóvenes

que, ante el insalvable desconsuelo de sus desdichadas familias, acabaría precipitándose sobre el acerado desde el balcón de su casa *sin un motivo aparente*. Por fortuna, en esta ocasión sí resultaría ese el penúltimo de los púberes que entregaría sus tersas nalgas a cambio de nada. El destino aguardaba con paciencia el momento exacto en el que le concedería a Su Ilustrísima el más extraordinario de los finales. Una apoteosis del que Cochrane y Pisano serían testigos postfacto.

Cochrane terminaba de asear y airear las dependencias de Monseñor mientras que Su Excelencia oraba en el templo por la redención de los pecados del padre Clementino. Pisano aprovechaba para devolver discretamente al inocente mancillado al seno de su hogar. Qué momento más íntimo que ese para que el americano pudiera dar rienda suelta a su indomeñable curiosidad.

Por mucho interés que el joven Cochrane ponía en escudriñar cada resquicio de la ostentosa estancia de su mentor, aún le resultaba imposible localizar el paradero de ese huidizo cuaderno de bitácora del Navío de la Perversión.

El tañido de las campanas por la primera liturgia de la mañana se colaba entre los amplios ventanales sorteando el ululato de las tórtolas y el canto de los gorriones urbanitas. Las suaves nubes de primavera que se adivinaban flotando en las cotas más altas del firmamento oscurecieron el cálido sol durante unos instantes.

El apetito de Cochrane debía saciarse de alguna manera. El sordo y cadencioso tictac del antiguo reloj que adornaba una de las paredes de la extensa estancia le indicaba al sacerdote que aún le quedaba algo más de media hora antes de que *il cardinale* regresara de nuevo a sus aposentos. El propio Pisano podría presentarse antes de tiempo si el caótico tráfico de la ciudad le hubiera resultado favorable. Por lo que, sin más dilación, el

hombre agarró el lomo del pesado volumen marcado con el número «III» y lo sacó de la apretada estantería donde descansaba.

Estaba escrito en algo parecido a un latín viciado, como intoxicado por algún siniestro dialecto que le resultaba completamente desconocido.

Aunque su contenido parecía disperso y en apariencia inconexo, el poco tiempo que Cochrane pudo dedicar a ojear tan misterioso y recargado ejemplar sí le permitió intuir —al menos— una amalgama de insólitas descripciones que culminaban en una abundancia de detallados y complejos sortilegios. Parecía versar sobre un extraño paraíso del silencio —la expresión «silentium» se adivinaba plasmada en sus gastadas hojas en innumerables ocasiones—, un espacio sin límites negado a la carne del hombre, aunque no a su hueso.

«Sapientiae», «sapientiae»... Se repetía de igual forma en una elevada cantidad de líneas. Y los símbolos... Esas indescriptibles filigranas rematadas de precisas explicaciones...

El exótico contenido del volumen logró absorber de tal modo la atención del ávido Cochrane, que fue incapaz de advertir el sigiloso acceso de Su Ilustrísima a las dependencias.

—¿Te gusta lo que lees, hijo mío?

El joven quedó petrificado antes siquiera de poder levantar la vista del *scriptorium* donde reposaba ese texto tan abyecto.

El padre Atto lanzó una honda y única carcajada que brotó directamente de su generoso buche.

—No te atribules, mi fiel discípulo. Las consecuencias de tu insaciable curiosidad de seguro te acabarán aproximando un día hacia dificultades de las que no podrás escapar, hijo mío —añadió Su Ilustrísima con tono paternal—, pero hoy... Hoy no será ese día —el cardenal volvió a reír con indulgencia, y Cochrane le devolvió la sonrisa acompañada de una mirada

temerosa.

—Observa estos símbolos, mi leal Horatio —*il cardinale* rehusaba mencionar el nombre del americano en su lengua materna—. Observa su complejidad. Observa su belleza, sus curvas y sus trazos.

Cochrane miraba embriagado cómo la mano de Monseñor acariciaba con una delicadeza maternal las hojas reseca de ese libro de lo inalcanzable.

—Entre estas páginas se encuentra el verdadero camino a la salvación, hijo mío. A la verdadera salvación. A la verdadera vida eterna. Al *conocimiento verdadero*.

—¿El conocimiento verdadero? —musitó Cochrane, confundido.

—El «por qué» y el «para qué» de todas las cosas, mi joven aprendiz. La manera de acceder al Reino del Silencio donde la Verdadera Trinidad nos espera con los brazos abiertos.

Cochrane no lograba salir de su estupor. La rolliza mano libre del padre Atto reposaba ahora sobre su hombro izquierdo. El cercano y ruidoso batir de un puñado de tórtolas aleteando sobre las cornisas bajo los ventanales se interpuso durante unos instantes entre sus insidiosas inquietudes.

—Y sin embargo —continuó—, mis intenciones sobre este magnífico texto son muy distintas de la eterna salvación. Esa ya la tengo de sobra acordada con nuestro Creador —añadió conteniendo una risa de placer.

»Lo cierto es que mis apetitos se vuelven más insaciables con cada día que pasa, mi joven sacerdote —*il cardinale* arrancó a pasear con aires reflexivos mientras oteaba el contenido de las estanterías colmadas de volúmenes inclasificables—. Y es que entre las líneas de ese viejo libro se ocultan las claves que satisfarán por siempre, y para siempre, mis más inconfesables apetencias.

Cochrane tragó saliva mientras giraba su torso sobre la silla tratando de

seguir el lánguido paseo de Monseñor.

—Eloisse. Eloisse...

El joven guardaba silencio, espantado.

—Eloisse Duclair... El gozo en su máxima expresión. El placer en sí mismo. Eloisse...

—¿Quién...? ¿Quién es Eloisse..., Su Ilustrísima? —se atrevió a preguntar.

Il Cardinale sonrió.

—Eloisse... El único ser en la historia del hombre que logró alzarse con el título de Consorte de la Verdadera Trinidad. La única persona que pudo atravesar El Umbral con su carne incólume. La única mujer que alcanzó a seducir al mismísimo Yghaygha, rey, reino y dios, forzándolo a abandonar sus Doce Tronos para pisar la tierra de los mortales y derramar así sus inefables milagros sobre su hermosura.

»Eloisse Duclair, la concubina de Yghaygha. La madre de un príncipe proscrito, hijo de la carne de una mujer y la simiente de una deidad primordial cuya edad se remonta a eras anteriores a nuestro propio universo.

—Eloisse... —repitió Cochrane confundido.

—Eloisse... —concluyó el padre Atto—. La diosa del deleite. La diosa de la perversión.

»Con la ayuda de este libro pienso devolverla a la tierra de los vivos, mi leal estudiante. Con la ayuda de este libro pienso arrebatársela sin temor a esa deidad atroz que orbita una estrella muerta en el extremo más lejano del cosmos infinito, mi fiel adepto. Con la ayuda de este libro pienso someterla a mis caprichos, a mis deseos, y a mis aflicciones, mi estimado servidor. Y será entonces cuando alcanzaré a saciar sin excepción ese monstruo que me corroe el alma y que se nutre de mis más espantosos

apetitos.

Cochrane volvía a tragar saliva.

—Puedes estudiar ese ejemplar si así lo deseas, hijo mío. Mi anhelo final se divisa ya muy cerca... Mi anhelo comienzo se divisa ya muy cerca, y tu ayuda... Tu ayuda resultará inestimable en esta la última y más extraordinaria de las apoteosis.

Il cardinale agarró una ínfula dorada de su vestidor y abandonó de nuevo la estancia. En silencio.

—¿Estarás preparado para cuando te necesite, mi amado Horatio? —exclamó desde la lejanía mientras descendía por las amplias escalinatas del palacete.



—Lorenzo... Lo... Lorenzo.

A la tercera mañana desde que Su Ilustrísima hiciera uso del que sería el último obsequio del padre Clementino, *il cardinale* clamaba entre estertores la atención del joven y bello Pisano. Ambos discípulos compartían los austeros aposentos asignados a la servidumbre del cardenal Marcelo, anexos a su propia habitación, por lo que los dos escucharon con temor la extenuada llamada de Monseñor.

La puerta cedió de un ligero pero rotundo tirón sobre la manija. Y allí se hallaba Su Excelencia, yaciendo sobre la cama entre agotadores sofocos y con el rostro amoratado por la asfixia. Su mano derecha agarraba con fuerza la carne que cubría su pecho.

—Llama al prior, ¡rápido! Que llamen a una ambulancia —exclamó Pisano.

Cochrane obedeció. En parte conmocionado por lo imprevisto del acontecimiento, en parte satisfecho por la que se adivinaba como una muerte inminente. Quizás, su tristeza vendría motivada más por el poco tiempo del que dispondría para deleitarse con tan deseado final, que por el sufrimiento que pudiera padecer Su Ilustrísima el Maestro de la Depravación.

Por suerte —en realidad, por desgracia—, el cardenal logró llegar a tiempo al hospital. Un acuciante infarto había querido arrastrar al sacerdote antes de lo previsto hacia los dominios del que él creía que sería su creador. La ciencia, esta vez, habría actuado con más rapidez que la desdicha. Pisano decidió quedarse con Su Ilustrísima la semana que le quedaba de permanecer en la clínica.

Lo cierto fue que, más que una decisión misericordiosa del hermoso Lorenzo para con Monseñor, la solución había nacido de un dictamen inexcusable del cardenal. Cochrane se vio entonces obligado a continuar en las dependencias de la curia, en soledad, como representación funcional de su preceptor. Fue entonces que su incontenible curiosidad terminó espoleada por el inevitable empuje de la intimidación. Durante un puñado de días, el joven Horace tendría carta blanca para escudriñar cada renglón y cada símbolo de ese misterioso ejemplar que robaba el sueño de Su Ilustrísima.



Cada mañana al terminar sus labores, el joven Cochrane arrancaba el destitulado tomo de la estantería y se sumergía con impaciencia en el productivo estudio de su contenido.

Por más que trataba de encajar las piezas que se desarrollaban en tan

peculiar volumen, todavía era incapaz de comprender las indescriptibles enseñanzas que se escurrían entre sus líneas como una lava negra y maloliente. Aunque su conocimiento del latín no era tan avanzado como para permitirle exprimir toda la pulpa que se concentraba en cada una de sus páginas, sí resultaba adecuado para dilucidar, al menos, la estructura principal del denso documento.

Lo primero que Cochrane adivinó era que el volumen debería ser un elemento dentro de una colección más extensa. Por otro lado, ese Reino del Silencio que tantas veces aparecía mencionado en el texto se representaba tan alejado de nuestro primitivo e insignificante mundo, que el tiempo mismo aún no habría alcanzado siquiera a tropezar contra sus vastos márgenes. Un imperio inaccesible a la voluntad de los mortales, pero despejado a los indómitos caprichos de su señor. Y a pesar de todo, algunas de sus inexpugnables puertas aún lograrían abrirse si se conocieran los sortilegios adecuados y se desarrollaran los rituales oportunos. Unos portales que se presentaban velados por unos seres a los que la imaginación del sacerdote no alcanzaba a darles forma, y cuyo único propósito era la rigurosa valoración de la calidad del producto que, de un modo u otro, lograba finalmente acceder a sus inabarcables dominios. «Las Oteadoras», se le antojó traducir.

Otras páginas trataban sobre el poder de los símbolos; sobre las capacidades asombrosas de ciertas geometrías inverosímiles y sobre las espantosas consecuencias de errar en alguno de sus trazos. Una sola línea mínimamente alejada de su naturaleza original podía acabar provocando un efecto tan devastador en aquel que hubiera osado grabarla sobre su cuerpo, que su travesía por aquellos dominios de silencio y redención terminaría inevitablemente sentenciada. Porque así era: los insólitos jeroglíficos debían quedar tatuados directamente sobre la piel, y todavía más, la

composición misma de la tinta se regía de igual modo por unas normas y unas proporciones muy estrictas y determinadas.

Cochrane luchaba en vano contra el estupor.

Todo lo que lograba traducir de tan seductoras páginas le sonaba a cantatas de herejía y paganismo. No obstante, la coherente complejidad que relacionaba cada uno de los conceptos que quedaban expuestos en sus detallados esquemas terminaba tornando el alma del sacerdote en terreno fértil sobre el que derramar un torrente de impíos principios. Sus infundadas y rígidas creencias cristianas parecían tambalearse con cada nuevo y extraño símbolo que sus ojos curiosos descubrían.



Il cardinale era un perro viejo y desconfiado; un diablo que sabía más por anciano que por diablo. La condescendiente indulgencia que Su Ilustrísima había tenido con su joven y amado Horatio acerca del libre estudio del tomo número «III» no había hecho otra cosa que alimentar aún más las hambrientas suspicacias de Monseñor.

La tercera mañana, aún convaleciente en el hospital y aprovechando una ausencia de la habitación de su leal Pisano, el cardenal realizó una llamada telefónica con la intención de emitir una discreta disposición. El padre Atto trataba de evitar así un problema que consideraba casi del todo inevitable, cuando, en realidad, con esa acción —precisamente—, lo único que conseguiría sería precipitarlo.

A la caída de la noche, el corrupto padre Clementino de San Simpliciano accedía de un modo furtivo a las dependencias de Su Ilustrísima en el colegio episcopal. Cochrane, apostado ya en sus humildes

apostentos y formulando las oraciones previas al descanso del final de la jornada, acabó distraído de su meditación tras escuchar un familiar chasquido que saltaba hasta sus oídos desde la puerta de la habitación contigua.

Si el padre Atto resultaba sagaz por viejo, Cochrane lo era por condición natural. El sacerdote sin duda habría adivinado la sospecha que su curiosidad levantaría en el envenenado corazón de Monseñor: sabía que el viejo haría todo lo posible por alejar la libreta de los hocicos del americano, así que Cochrane optó por entreabrir su puerta con el mayor de los cuidados. Una estrecha rendija quedó trazada entre la hoja y su jamba dejando el espacio justo para que el ojo del sacerdote alcanzara a otear la amplia escalinata que descendía hasta los pisos inferiores.

Y esperó.

El tiempo quemaba cada uno de sus segundos marcando su avance con el ronco tictac del reloj que colgaba desde el otro lado de la pared. Afuera, en la lóbrega penumbra que por las noches baña las callejas de los barrios viejos de Milán, dos perros ladraban desde las tinieblas a una pareja de borrachos enzarzados en una irrelevante discusión que al sacerdote se le antojaba vomitada en una grosera jerga napolitana.

«¡Ahí está!», exclamó para sí. «¿Es ese el viejo Clementino?».

Lo era. Y portaba algo bajo su brazo izquierdo. Cochrane lo vio más claro después de que el viejo cura tornara en el primer rellano de la escalera. Era el cuaderno de *il cardinale*, de eso no había duda.

El corazón de Cochrane lo impelía a perseguir al párroco. A detenerlo. A interrogarlo. Quizás, incluso a requisarle ese misterioso paquete que trataba con torpeza de ocultar bajo su desgastada chaqueta. Puede que ese resultara el método más inmediato para hacerse con el dichoso bloc. Y sin embargo, tarde o temprano —más bien, lo segundo— *il cardinale* acabaría

descubriendo su osadía, por lo que sería esa, definitivamente, la última vez en la que podría acceder al contenido de tan anhelado librito. Posteriormente, cómo no, llegaría el inevitable escarmiento.

Cochrane contaba con una baza a su favor. Como si se tratara de su propia casa, el americano conocía con suma precisión la disposición de cada elemento de los aposentos de Su Ilustrísima, y Clementino era un viejo torpe y desmemoriado; un cura de la vieja escuela calabresa cuya principal motivación consistía en mantener a salvo su gastada retaguardia, «aquí en la tierra como en el cielo». Así que el joven sacerdote esperó el tiempo prudencial antes de infiltrarse en silencio en la habitación del padre Atto. Una vez dentro, cerró con cuidado la puerta, corrió por completo las lujosas cortinas que pendían frente a los amplios ventanales y prendió la luz.

Las yemas de sus dedos estudiaban cada palmo visible del mobiliario. Sus nudillos repiqueteaban de nuevo los tableros y los listones que ya habían sido golpeados en ocasiones anteriores, con iguales e infructuosos resultados. Sus ojos se depositaban en cada rincón y en cada saliente en busca del mecanismo, en busca de la rendija, en busca de la huella plasmada sobre la inapreciable lámina de polvo.

Los perros en el exterior habían callado.

Los borrachos ya no discutían.

El tiempo seguía señalando su paso lento y cadencioso con el severo tictac de ese viejo reloj de pared.

Ahí estaba, sobre una de las pobladas repisas de la biblioteca. Su Número Tres. Y ahí se hallaba la réplica apócrifa al francés del Libro de Enoch. Por allí se adivinaba el infame Picatrix, escrito en su árabe vernáculo. Y junto a éste, su reproducción al castellano y al latín ordenada por el mismísimo Alfonso X el Sabio. En aquella esquina, apoyado sobre una extraña roca negra esculpida con una forma de difícil descripción, una

copia del *Unaussprechlichen Kulten*, de von Juntz, en alemán arcaico. En la otra, una copia anónima al francés de la Biblia Negra de Thimotée. Y allí arriba, en la parte más alta, todos y cada uno de los ejemplares del *Index Librorum Prohibitorum et Derogatorum* establecido por la Santa Inquisición Española en 1551. Sin duda se trataba de una loable labor recopilatoria la de Su Excelencia, la cual, muy probablemente, le habría ocupado casi la totalidad de su perversa y sin embargo fructuosa vida.

Cochrane revisaba con cuidado cada tramo de madera que quedaba a modo de cornisa entre los lomos de los libros y la estantería sobre la que descansaban. Se agachaba aquí; comprobaba. Se aupaba allí; tanteaba. Entrecerraba uno de sus ojos y lo alineaba con los anaqueles al tiempo que enfocaba en la distancia, escudriñando, buscando el reflejo de la luz sobre el lustre. A la caza de esa inadvertida pincelada de limpieza sobre la pátina de polvo que marcaría el carril de salida de alguno de los ejemplares excepcionales que descansaban en la biblioteca.

—Eso es...

El sacerdote sonreía de satisfacción. Uno de los volúmenes había sido recientemente retirado y devuelto a su posición. Cochrane se puso en cuclillas y agarró ese ejemplar que había trazado una huella reveladora sobre el estante. Se trataba de una versión al latín del Dioscórides de 1632, del farmacéutico y botánico español tachado de hereje, Andrés Laguna. Al menos, eso es lo que indicaba su cubierta, pues el interior se le presentaba al americano deliberadamente hueco. Las hojas habían sido recortadas con cuidado para dar cabida a un ejemplar mucho más pequeño que quedaría oculto entre sus páginas. Un ansiado cuaderno que, por esos momentos, se hallaba fuera de su sitio. El sacerdote volvió a depositar el libro en su lugar, y sonrió.

Ya sólo quedaba esperar a que el libretto volviera a descansar dentro de

su nicho.



Serían nueve los días que transcurrirían antes de que el cardinale volviera a residir en el colegio con normalidad. Hasta ese momento, Pisano habría visitado una sola vez sus humildes aposentos compartidos en busca de algo de ropa limpia, por lo que Cochrane dispuso de todo el tiempo necesario para sondear los abismos que se abrían entre esos símbolos indescriptibles, entre esos insólitos grafemas cuidadosamente trazados sobre las páginas de un volumen que, desde aquel entonces, comenzaría a llamar «Su Número Tres».

De algún modo, el sacerdote empezaba a comprender la clase de obsesión que ese texto maldito había estado cultivando todo este tiempo en el podrido corazón de Su Ilustrísima. Él mismo empezaba a padecer extrañas y recurrentes pesadillas que se alargaban hasta la vigilia en forma de nublitos grises arremolinándose sobre sus pensamientos.

Cochrane decidió abandonar definitivamente sus clases poco después del retorno al colegio de Su Excelencia. Prefería dedicar el mayor tiempo del que dispusiera al estudio de Su Número Tres. Y todavía más: a la revisión furtiva de ese anhelado cuaderno cuyo escondrijo ya no guardaba secretos para él; ese libretto que salvaguardaba los más inconfesables pecados de *il cardinale*, amén de sus más oscuros e inconcebibles propósitos. Cuando el bloc no yacía bajo la pluma del padre Atto, sin duda se encontraba clandestinamente entre las manos del sacerdote de la Costa Este.

El Número Tres acabó despertando en Cochrane pasiones muy distintas

de las que habían germinado en el sucio corazón de Su Ilustrísima, aunque sí resultarían igual de adictivas y terriblemente poderosas. Donde Horace adivinaba en sus descubrimientos una vía de acceso al *conocimiento verdadero*, a esa verdad que le haría libre de un modo transparente y definitivo, Marcelo Atto buscaba alcanzar a través de sus sortilegios el mayor de los placeres carnales jamás imaginados por el hombre.

«Algo maligno está creciendo dentro de mí», leía Cochrane en ese cuaderno escrito por la artrítica diestra de Su Excelencia. «Algo grande, algo perverso. Lo noto...», continuaba.

«La piel tersa de las bellas féminas que mis siervos me disponen, sus cálidas y apretadas carnes, su húmedo y viscoso sexo... Apenas consiguen ya apaciguar mis deseos más fervorosos durante unos miserables instantes; apenas logran aliviar la presión que la simiente divina provoca sobre mis partes más íntimas.

El vello del varón, su tez áspera; sus brazos musculados, sus recios y cálidos cetros labrados de turgentes enramados; esos troncos palpitantes del placer copados por un bulbo carmesí del que brotan perlas preñadas de vida... Apenas alcanzan ya a alimentar un ápice el inexplicable deseo que me corroe las entrañas.

Tampoco los púberes, tampoco los infantes, ni los neonatos. Ni tan siquiera las bestias pueden ya satisfacer mis apetencias».

A Cochrane se le mezclaban en la boca la náusea y ese sabor acerbo propio del nerviosismo. El sacerdote creía conocer de primera mano hasta dónde podían llegar los perversos anhelos de Su Ilustrísima, y sin embargo,

gracias a ese sórdido y ponzoñoso cuaderno, pudo comprobar que aún se encontraba muy distante de la maliciosa realidad. La repugnancia que el americano sentía desde el principio por el baboso y orondo cardenal se acrecentaba con cada nueva línea del libreto que sus ojos devoraban.

«Dicen que la experiencia es el mejor de los maestros. Y sin embargo, los acontecimientos a los que la vida nos acaba enfrentando no hacen otra cosa que escarbar en nuestro más profundo interior para ir deshojando, pétalo a pétalo, la verdadera naturaleza que nos conforma».

Cochrane tragaba saliva.

«Algunos piensan que las experiencias nos moldean; otros, que nos refuerzan. Algunos ilusos, que nos definen. Pero los conocedores de la verdad sabemos que la realidad es muy diferente. Los gozos, los padeceres..., sólo acaban descubriendo la pulpa jugosa que siempre se ocultó bajo nuestro cascarón de carne. Los que nacieron muertos, se volverán muertos; los que nacieron como dolor, demudarán en dolor; los que nacimos como placer, tornaremos al placer. El tiempo siempre acaba separando el grano de la paja».

Fue gracias al libreto, que Cochrane conociera la terrible historia de la musa secreta de *il cardinale*. Eloisse Duclaire. Mujer, consorte de un dios que es a la vez el reino y rey, y madre atormentada de un príncipe exiliado. A medida que el sacerdote descubría el mórbido anecdótico que giraba en torno a la fémica, era que comprendía en qué manera Su Excelencia quería

aplicar los fatales conocimientos que se recogían en Su Número Tres, y alcanzar así el que él consideraba como el epítome del placer verdadero.

«La historia me ha llevado al fin hasta ella. Los años de estudio me han colocado definitivamente ante su desinhibida presencia. Eloisse...

Incluso en los dominios de Yghaygha su belleza resultaba insoportablemente seductora. Sus peculiaridades no hicieron otra cosa que dilatarse aún más al traspasar las puertas del reino del Devorador de Estrellas, y es que el destino de Eloisse no era otro que servir a los insólitos placeres del Rey sobre los Doce Tronos».

Cochrane descubrió cómo Eloisse, unigénita de los marqueses de Duclaire —una influyente y aristocrática familia parisina de finales del siglo XVII—, ya había dado muestras de sus inconfesables apetitos a edades especialmente tempranas.

Según cuentan algunos diarios sensacionalistas de la época, fueron numerosas las ocasiones en las que los Duclaire tuvieron que aplicar justicia capital a sus sirvientes con objeto de sofocar los rumores que se levantaban contra su primogénita dentro de su esfera social. La chiquilla, adornada por una belleza jamás concebida para un ser mortal, parecía acabar víctima de actos pecaminosos provocados por algunos de los integrantes del servicio que profesarían la pedofilia. Y sin embargo, la realidad resultaba espantosamente diferente. Por el bien, por el honor y por el prestigio de la familia Duclaire, la verdad jamás podría salir de los muros de palacio. Pero no se puede detener con las manos descubiertas el torrente incontenible de la crecida de un río, y aún menos de uno cuyos

afluentes brotan de manantiales alimentados por las pasiones más instintivas.

Una tarde de verano, a la tierna y candorosa edad de trece años, la joven Eloisse fulminaba el virgo de la mayor de sus primas carnales a través de un festival de juegos indecentes, los cuales, la muchacha disfrutó tanto o más que su propia instigadora. Pobre Véronique.

Con dos años más que su prima Eloisse, la sobrina de los marqueses de Duclaire se hallaba prometida con el que sería el próximo duque de Bonsaint a la muerte de su anciano padre, y qué mayor deshonor para la familia que la futura duquesa de Bonsaint pisara al altar sagrado con sus immaculadas prendas salpicadas por los pecados de la promiscuidad, del incesto, de la sodomía y de la homosexualidad.

El matrimonio BonsaintDuclaire no llegaría nunca a formalizarse. Por ende, los Duclaire acabaron sus días enfrascados en turbulentas e irreconciliables rencillas familiares que terminarían sentenciadas por varios duelos a muerte; y, finalmente, la ruina.

«Eloisse... Mi bella Eloisse.... La obligaron a comenzar su adolescencia recluida en el Priorato de las Hermanas Celestinas de París. Novicia por obligación. Religiosa por encomendación divina. Sacerdotisa de las causas perdidas. Encerrada entre cuatro paredes hasta que Jesucristo limpiara de su alma la lacra de la perversidad. Y si Cristo no lo hiciera, que fueran los cilicios, el hambre y el martirio los que llevaran la redención hasta su alma».

Ni la oración, ni el ayuno; ni el dolor, ni el aislamiento; ni Cristo, ni Dios. Nadie resultaba capaz de aplacar las malsanas apetencias de la

hermosa novicia. Y lo más extraordinario: nadie resultaba capaz de escapar de su embrujo; nadie resultaba capaz de huir de su caricia pecaminosa. Nadie.

La lascivia de la joven carecía de límites en la tierra de los hombres: nobles, burgueses, aristócratas, sacerdotes, la alta clerecía, sus mismas hermanas del priorato... Hasta los incorruptibles inquisidores españoles caían rendidos ante el sortilegio de su carne, ante el fulgor de su corazón y la jugosa calidez de su intimidad.

Con la imperiosa intención de lograr sosegar sus más indescriptibles e inconfesables apetitos, la mujer dedicaría sus años de estudio en París a escudriñar los tomos más deplorables que se hallaban olvidados en algunas de las bibliotecas reservadas sólo a las esferas más poderosas. De un modo inexplicablemente natural, Eloisse intuía que debería existir en algún lugar, o, quizás, en algún tiempo, ese pozo de placer imperecedero e inagotable que saciaría, al fin, sus anhelos más inenarrables.

Y lo encontró.

Tras varios años de búsqueda, la novicia lo encontró. Y su nombre era Yghaygha. El que resultaba a la vez rey, reino y dios. Pero, por desgracia, a pesar de lograr adivinar su insondable magnificencia, aún desconocía el medio de acceder hasta él. Quizás, sí existiría algún modo de, al menos, hacerle a él acceder hasta ella...

Eloisse anduvo causando estragos en la aristocracia de París durante algunos años más antes de que, allá por el 2 de julio del año 1701, el Santo Oficio decidiera rubricar su nombre en la temida lista de los herejes irredimibles. Con el simple garabato de la punta tintada de una pluma bañada en polvos de oro, la apasionada e incomprensida vida de Eloisse Duclaire quedaba definitivamente sentenciada a la excomunión y el martirio hasta la muerte. La orden, autografiada por el mismísimo Inquisidor General

español por ese año, se adivinaba firme e irrevocable:

«Captura, excomunión, tortura seglar y óbito. Sin juicio. Sin clemencia. Sin misericordia. Que Nuestro Padre en los Cielos la exima de sus pecados con varias eternidades a la diestra de su maestro Lucifer.

*En Segovia, el 2 de julio del año 1701 de Nuestro Señor.
Su Eminencia, Baltasar de Mendoza y Sandoval».*

Eloisse ya conocía desde hacía tiempo la lóbrega sombra que la Europa apostólica cernía sobre su incomprendido destino, así que procuró mantener siempre un as de corazones guardado bajo su manga.

Haciendo uso de ese milagroso embrujo natural que fluía con fiereza a través de sus venas, la novicia había logrado sin esfuerzo colar hasta la misma médula a un viejo noble esclavista francés. Un duque apartado de la aristocracia que alimentaba sus lucros traficando esclavos berberiscos con las colonias inglesas de Las Américas.

El anciano, de firmes y temerosas creencias católicas, solía sufragar regularmente a las Hermanas Celestinas con la inútil intención de acallar en cierto modo las voces de remordimiento que asediaban desde hacía años su conciencia de esclavista. El hombre, enviudado recientemente y con sus dos hijos muertos en los últimos coletazos de las guerras francoespañolas — hacía de eso ya más una década—, resultó del todo incapaz de enfrentar sus rígidos prejuicios religiosos a la insoportable belleza de Eloisse. Al tiempo en que la mano de Baltasar de Mendoza terminaba de suscribir su lapidaria sentencia de busca, captura y muerte, la novicia ya marchaba camino de Nantes con su nuevo y anciano amante. Dos escasos días más y la mujer ya se hallaría navegando por aguas atlánticas hacia las fértiles tierras

de Nueva Inglaterra.

«Eloisse era curiosa, como lo soy yo. Eloisse era estudiosa, como lo soy yo. Eloisse era insaciable, como lo soy yo», continuaba leyendo Cochrane con un estupor y expectación mezclados en un brebaje agrio que degustaba lentamente, palabra a palabra, a medida que sus ojos recorrían cada una de las líneas de tan despreciable libreto.

Eloisse tan sólo necesitó de un día tras el ataque del navío en el puerto de Boston, Massachusetts, para deshacerse del débil lazo de interés que le mantenía unida a su anciano mecenas. Un viejo infeliz ajeno por completo a los promiscuos menesteres que su joven y complaciente amante había estado resolviendo durante todo el viaje, bien fueran miembros de la tripulación, bien fueran esclavos, bien fueran sus mismos guardas.

Después de conquistar en un antro demacrado el solitario corazón de un marchante de telas embriagado de whisky barato, Eloisse le convenció para que, a la mañana siguiente, desviara unas cuantas millas su itinerario programado con objeto de dejarla a las puertas de la ciudad maldita de Salem, cuna de brujas y nefastas leyendas. La mujer sabía desde hacía tiempo adónde debía dirigirse; sabía desde hacía tiempo a quién tenía que dirigirse.

Con los últimos suspiros rojizos del atardecer aún flotando sobre las copas de los olmos de los Marble Meadows de Salem, Eloisse ya se encontraba a las puertas de las lindes amuralladas de la repudiada finca de Saltwaters Manor: una enorme hacienda ubicada en las afueras de la ciudad cuya impía reputación levantaba un oscuro velo de temor sobre los lugareños.

«Tras no menos de diez minutos de espera después de que la novicia tañera las pesadas campanas que se sostenían sobre el

portón enrejado que separaba la hacienda Saltwaters del exterior, una tímida luminaria comenzó a adivinarse en la distancia avanzando entre las penumbras. El frágil resplandor del ocaso moribundo atravesaba con esfuerzo el tupido enramado de los árboles que extendían sus copas sobre el sendero que llevaba al corazón de la finca, por lo que las sombras se habían hecho ya dueñas de todo hueco en el que alcanzara a depositarse la vista. Al monótono sonido de unos pesados cascos machacando el terrizo a paso presto, le seguía el familiar traqueteo de las ruedas de una vieja carreta.

Como un espectro anaranjado navegando sobre un océano de tinieblas, el rostro iluminado de un africano tan negro como la noche quedó detenido a diez pies del otro lado del enrejado. El hombre viajaba sentado en un madero clavado sobre un rudimentario carro tirado por una demacrada mula.

Incapaz de articular su lengua ante la insoportable belleza que los trémulos claroscuros de la lámpara de aceite dibujaban sobre el rostro de Eloisse, sus gruesos labios bailaban flácidos tratando de agitar su mandíbula para emitir su primera palabra.

—Busco a tu señor —añadió sin reparo la mujer.

La novicia sólo necesitó una de sus gorgónicas sonrisas para conquistar el primitivo corazón del africano. El hombre se apeó del carro y tiró con fuerza del pesado pestillo que acerrojaba las puertas. Con un seco y rotundo tirón, el advenedizo arrancó la verja de su posición y la entreabrió lo suficiente para que el frágil cuerpo de la bella Eloisse atravesara la linde prohibida. El africano invitó a la dama a subirse a su rudimentaria calesa con un tosco gesto de su negra mano curtida por el trabajo.

El sendero resultaba largo y angosto, lóbrego y perturbador. Sólo la infalible memoria de la terca mula, nacida sin duda de la continua repetición, permitiría a la pareja navegar con seguridad entre las profundidades del bosque.

La candela de la lámpara se agitaba con fiereza a cada obstáculo que al carromato le tocaba sortear, permitiendo así a las sombras dibujar contrastes fantasmagóricos sobre el fatigado rostro del corpulento vasallo. Sus brazos musculados, su complexión simiesca y su grueso torso cubierto por un modesto mono oscuro de algodón no lograban encender en la joven Eloisse ni una mínima chispa de temor. Era el africano, en realidad, el que recelaba de la mujer de un modo extraño e instintivo.

La perpetua oscuridad de la noche se evaporaba de repente al alcanzar el claro central del bosque. En su núcleo se levantaba un modesto caserón de madera con dos plantas de un evidente estilo georgiano, aunque su entrada principal se resolvía con una enorme marquesina de corte paladino sostenida por cuatro columnas talladas a partir del mismo material. Todo el alrededor del inmueble se adivinaba iluminado por una amplia colección de lámparas de aceite repartidas a lo largo de toda la fachada.

Esa noche, el propietario de la hacienda y cabeza de la familia von Vaier —el barón Markus von Vaier— haría de anfitrión junto a su esposa la baronesa y su más leal servidor —un voluminoso hindú de gruesa barba y prieto turbante—. Su actual invitado —un historiador británico apellidado Hartley y con título de Sir— acompañaría también en la mesa durante la cena a la hermosa Eloisse.

El barón llevaba esperando la llegada de la novicia desde

aquel ocaso de aquelarre en el que la vieja Babarse, madre de todas las brujas, le anunciara desde su trance que la belleza del cosmos primordial hecha carne tocaría una noche venidera a sus evitadas puertas en busca de la sobrecogedora respuesta a todos sus anhelos. En esa ocasión, la mujer debería ser alimentada, aseada y venerada como una reina de otro mundo, pues reina sería. ¡Reina! Reina de un reino impedido a los mortales; de un imperio reservado para la belleza verdadera y el apetito primitivo. Reina de los dominios del silencio.

Tras cumplir con los inexcusables dictámenes que la Madre de Brujas le hizo jurar al barón, él mismo acompañó la noche siguiente en su propio carruaje a esa dama que una vez fuera novicia de las Hermanas Celestinas de París, y que en breve se convertiría en soberana de un universo de pesadillas.

Alentados por el atronador restallido del látigo que el brazo musculado del africano agitaba en el aire, los dos corceles marengos del barón, engalanados sus copetes con largas plumas color carmesí y forradas sus cañas también del color escarlata, anduvieron tirando al galope de la calesa familiar hasta la cima de la Loma Negra durante poco menos de una larga y silenciosa hora.

La Loma Negra. Esa colina maldita donde las discípulas de la vieja Babarse se reunían en las noches adecuadas para dar rienda suelta a sus más execrables ceremonias. Donde las adeptas practicaban sus mórbidos rituales de iniciación para rendir pleitesía a dioses sepultados bajo el peso del olvido, cuyas meras descripciones lograrían petrificar los corazones más aventurados. La Loma Negra.

La vieja Babarse ya se hallaba en el círculo frente al altar de oblación cuando el negro carruaje llegó hasta la cima de la colina portando a la reducida comitiva. Dos jóvenes hechiceras, ataviadas con vaporosas telas que revelaban casi sin obstáculo sus más deliciosos e íntimos secretos, agarraban las manos de la bella Eloisse con la suavidad propia de una madre que acaricia el rostro de su hijo.

Por desgracia, el barón Markus von Vaier no recogió en sus memorias con demasiada claridad los actos innobles que se gestaron sobre el altar durante esa jornada pernicioso. Tan sólo insinúa, y no con demasiado acierto, cómo algo terrible, cómo algo voluminoso, algo oscuro..., profundo como el cielo que los resguardaba del indolente cosmos, surgía de la tierra e inundaba el bosque circundante con una brea negra espesa y pestilente. De la imponente mole brotó un ser que el barón trataría infructuosamente de describir a lo largo de dos páginas completas. Sus trazos resultaban del todo ininteligibles, por lo que el mismo escritor apostillaría más tarde tal galimatías con una nota al pie revelando su incapacidad para transcribir la abominación de la creación que sus ojos habían contemplado durante esa aciaga celebración.

Y sin embargo, la apoteosis de ese infausto aquelarre sí quedaría transcrita en sus memorias con suma y diáfana transparencia. Eloisse, desnuda de carne y de espíritu, por completo ofrecida sobre el altar negro a los caprichos de su nuevo señor escupido desde las profundidades infraterrenas, practicaría la más atroz y malévolos de las orgías que un hombre cuerdo alcanzara jamás a imaginar.

Entre gritos y alaridos de terror imposibles de emitir por garganta humana, el fornido hotentote africano, el corpulento y musculado vasallo del barón, huía espantado colina abajo mientras se sumergía en las oscuras profundidades de la frondosidad de ese bosque maldito que los observaba. El barón jamás conocería nunca alguna del paradero de su siervo, ni tan siquiera rumores.

De ese acto maldito, de esa noche de lujuria inconcebible, de esa noche de pasiones negadas a los hombres y de satisfacciones más propias de dioses criados al amparo de un universo recién nacido, quedaría plantada una semilla divina en el fértil vientre de esa reina que, nueve meses más tarde, allá por el año 1702, germinaría en la forma de un niño de tez tan blanca como la luna llena y cabellos tan negros como esa noche en la que resultó engendrado de un modo abominable.

La vieja Babarse aceptó a la novicia en su círculo como una más entre sus hijas hasta que el retoño exhalara el primero de sus sollozos. Llegado ese día, el Rey sobre los Doce Tronos retornaría a nuestro primitivo mundo desde sus dominios y se llevaría con él a su hermosa consorte y a su vástago neonato, los cuales satisfacerían sus más indescriptibles necesidades durante el resto de la eternidad.

La vieja Babarse enseñó sencillos sortilegios y embrujos a su nueva hija, así como la fabricación de asombrosos brebajes que deberían mantener sus pasiones enclaustradas a buen recaudo hasta la vuelta de Su Señor, pues, la que una vez fuera novicia, ahora era reina.

Durante los nueve meses de gestación, la bella Eloisse dedicó

las horas de sus días al estudio de las oscuras y maléficas artes que la Madre de Brujas practicaba junto al resto de sus hermanas. En ocasiones, la comunidad se acercaba hasta los dominios de los von Vaier con la malsana intención de efectuar rituales de veneración a ignotas deidades infraterrenas y supracósmicas; liturgias que resultaban oficiadas por ese orondo sacerdote hindú de espesas barbas y ajustado turbante que al barón se le antojaba como el más leal de sus lacayos».

Pocos días después de su regreso del hospital, el joven Cochrane comenzó a observar en *il cardinale* un nuevo e inusual comportamiento. Un hábito repetitivo cuyas fundadas sospechas despertaban en el americano un temor indescriptible.

Todas las noches, al terminar la copiosa cena a la que el viejo padre Atto estaba habituado, Su Ilustrísima subía presto hasta sus dependencias en busca de Su Número Tres y ese maldito cuaderno del infierno. Poco después, el viejo acababa desapareciendo en el laberinto de corredores que se abrían bajo los sótanos del colegio.

Las pesquisas diarias que Cochrane llevaba a cabo devorando las páginas de ambos textos no hacían otra cosa que alimentar cada día sus nuevas obsesiones y sus antiguos miedos, pues, poco a poco, en su mente comenzaba a dibujarse esa abominable apoteosis de la que le había hablado Su Excelencia.

«Y el momento tan esperado llegó. Una oscura noche de invierno en la que la luna se habría escondido para evitar presenciar tan sórdido espectáculo, en el altar sobre la cima de la Loma Negra la hermosa Eloisse daba a luz al que sería el

Príncipe del Imperio del Silencio. El retoño del Devorador de Estrellas lanzaba su primer llanto al cielo de nuestro mundo, y el Rey sobre los Doce Tronos, el mismísimo Yghaygha, Sacrílega Trinidad, accedió al cumplimiento de su palabra.

Del suelo emergió de nuevo esa negra mole que otrora se abriera hacia tierras ajenas, y de ella brotó del mismo modo ese ser cuya mera transcripción resultaba imposible de racionalizar.

Yghaygha regresaba a por su consorte, y sin embargo, renegó sin remordimiento de su vástago neonato. En un instante en el que las hermanas no pudieron hacer nada por evitarlo, la masa terminó de engullir a esa madre deshidratada que lloraba sin consuelo por el inexplicable destierro de su hijo. La puerta hacia ese reino proscrito se cerró, y fue de nuevo tragada por la tierra hasta que sólo quedaron los sollozos de un recién nacido resonando entre la vasta extensión de la arboleda que los amparaba.

Quizás, el Devorador de Estrellas no lo había considerado apto para heredar su trono al final de los tiempos. Quizás, Su Alteza esperaba un engendro más propio de nuestras pesadillas que de los anhelos de una joven madre.

Quizás.

Lo cierto es que nada más quedaría escrito sobre la bella Eloisse, reina nueva de un mundo viejo, después de esa noche del horror.

El retoño nació sano y fue criado entre todas las hermanas hasta los diecisiete años de edad, instante en el que, de un modo súbito e inexplicable, el muchacho acabó pereciendo víctima de una extraña y fatal afección. Una de las discípulas de la vieja

Babarse redactaría en sus memorias que el chico se hallaba junto a ella y otra de sus hermanas buscando amapolas para preparar láudano, cuando el joven se desplomó sin aviso como un cuerpo al que se le escapara el alma en un suspiro.

Los rumores corrieron por el pueblo de Salem a la velocidad de la tormenta. Unos afirmaban que alguna de sus insidiosas hermanas lo habría envenenado por temor a su naturaleza blasfema —las habladurías exclamaban que el muchacho era hijo del mismísimo Belcebú—; otros aseveraban que debería haber sido Dios el que lo habría castigado por ese mismo pecado irredimible. No obstante, la Madre de Brujas intuía la verdadera causa de su impensado fallecimiento.

La vieja Babarse hizo cuentas y comprobó que fueron nueve meses los que transcurrieron desde que el huérfano de mundo desflorara a una joven adolescente hija de un campesino local. La familia, avergonzada y temerosa de que por las venas de su benjamín fluyera la sangre de Satanás, trató con esmero de ocultar el embarazo al resto de conciudadanos. Hasta que, a la caída de esa mañana de primavera, la muchacha no fue capaz de contener más la nueva vida que se abría paso entre sus entrañas y terminó dando a luz a la criatura. La familia huyó entonces de la ciudad durante la noche de ese mismo día, y nada más se supo nunca sobre su paradero.

La propia Madre de Brujas redactaría en uno de sus tratados de magia negra:

“Y el Príncipe Abandonado terminaría sus días viajando entre los siglos a lomos de su descendencia, hasta que el amor

irreductible de su madre lograra convencer al Devorador de Estrellas de su ansiado retorno”.

A partir de ahí, nada más se hallaría en la historia apócrifa ni oficial que versara sobre el muchacho o sobre su linaje. Sólo rumores. Sólo leyendas».

—Nada más... —musitaba Cochrane para sí en la intimidad de sus aposentos.

Nada. Hasta esa noche en la que todos los deseos de Su Ilustrísima convergerían en un único pecado.

El americano ya tenía claras las intenciones de *il cardinale*. Ya comprendía el porqué de esos viajes a los sótanos cargado con ese pesado volumen y el malévolo libreto; ya entendía cómo pensaba devolver a esa madre deshijada hasta el mundo de los vivos y satisfacer al fin sus más ansiadas e indescriptibles perversiones.

¡Le espantaba! Y a la vez ¡le admiraba! Sentimientos enfrentados de remordimiento y de impaciencia, de repugnancia y de euforia. Una agrídulce mezcolanza que le resultaba del todo insoportable.

Y esa noche tan esperada por Su Excelencia llegó. Llegó, un 27 de mayo del año 1972.



—Bajad a los sepulcros, mis amados discípulos —le indicó *il cardinale* a Cochrane y Pisano—. Traedme el cuerpo de esa bella florecilla que una vez probara las mieles de la salvación a través de mi divina intervención.

Pero no os asustéis por lo que podáis ver allí, pues el momento ansiado por fin ha llegado.

»Esperad a la media noche. Envolved con mimo a la chica en esta mortaja inmaculada y subidla de nuevo a estas dependencias con la máxima discreción.

Las palabras de *il cardinale* resultaban órdenes para ellos.



El recinto subterráneo quedaba escasamente iluminado por un par de bombillas eléctricas de baja potencia. Una hilera de no menos de veinte nichos encastrados en la pared se le presentaba a la pareja sellados todos con cemento y debidamente etiquetados. Todos, a excepción de uno. Uno que sólo se hallaba cerrado con una sencilla portilla de madera.

—Santa Madonna... —farfulló Pisano.

El cadáver de la muchacha ya se hallaba en avanzado estado de descomposición. Su belleza pubescente había transfigurado hacia una lasitud inmundada y pestilente. El hedor a detritus y muerte resultaba intolerable, y, a pesar de ello, no era eso lo que había secuestrado la atención de los sacerdotes.

Su piel, ahora cenicienta, árida y tornasolada de grotescos patrones preñados de matices cianóticos, se adivinaba del todo sembrada de una panoplia de símbolos imposibles cuyas insólitas geometrías dejaron la mente de Pisano en estado próximo al shock. La mente de Pisano, que no la de Cochrane, pues el americano ya había visto en Su Número Tres muchos de los trazos que fueron grabados sobre la piel de esa pobre desgraciada; incluso se sentía capaz de interpretar algunos de ellos.

—Vamos, Lorenzo —dijo Cochrane—. Terminemos con esto.

El sacerdote agitó fraternalmente el hombro de su compañero para apartarlo de sus tribulaciones.

—Sí... —respondió conteniendo la náusea y el sollozo.

Con un cuidado movido más por la repugnancia que por el respeto, la pareja lio el cadáver y lo depositó en una camilla de mano para el transporte de cuerpos que aguardaba en el mismo recinto para su uso a discreción del personal. En absoluto silencio y amparados por el sosiego que la hora de las brujas les prestaba en ese momento, los sacerdotes deshicieron sus pasos por los laberínticos sótanos del colegio episcopal y ascendieron las dos plantas que conformaban los recintos subterráneos, más las tres que se levantaban sobre el cuerpo del centenario edificio.

Cuando llegaron hasta los aposentos de Su Ilustrísima, la tela incólume que amortajaba a la muchacha ya se había empapado en gran medida de las hediondas secreciones que brotaban de su cuerpo en descomposición. Pisano difícilmente lograba contener las arcadas. En cambio, Cochrane se mantenía del todo imperturbable. Su curiosidad siempre había resultado más poderosa que sus prejuicios, y a punto estaba esta primera de terminar repleta hasta la saciedad.

—¡Pasad! Pasad —musitó de segundas tras reparar en el elevado tono de su exclamación, motivado sin duda por una sobredosis de entusiasmo—. Dejad el cuerpo ahí, encima del escritorio de la biblioteca, sobre ese círculo.

El padre Atto había colocado la mesa en el centro de la librería y había dibujado sobre su superficie un círculo afilegrado con un sinfín de pictogramas tan extraños como los que poblaban el cuerpo corrupto de la florecilla. A pocos pies del improvisado altar, *il cardinale* había ubicado un atril en el que se observaba abierto el Número Tres por una página muy

específica, y, sobre éste, desplegado del mismo modo, el perturbador cuaderno ya de sobra conocido por el joven Cochrane. Junto a los textos también se hallaba esa extraña roca negra de forma indefinida que otrora hiciera las funciones de sujetalibros en una de las estanterías.

El hedor resultaba nauseabundo, pero era esa una minucia irrelevante frente a las atrofiadas fosas de Su Ilustrísima.

—Hijos míos —dijo una vez que los actores de tan espantosa obra se hallaban en sus respectivas posiciones—, el ansiado momento ha llegado —el viejo comenzó a retirar de su cuerpo las costosas vestimentas que lo cubrían mientras exhortaba sin pudor a sus discípulos—. Llevo media vida preparándome para este momento —continuó al tiempo que sus descuidadas y rollizas carnes tumefactas quedaban del todo a la vista de sus siervos.

»Es ahora, mis leales acólitos, que la Belleza Verdadera retornará a nuestro lado para animar este cuerpo putrefacto, y su pasión por la vida alimentará mis anhelos de tal forma, que mi alma será de inmediato catapultada a la derecha de Nuestro Padre, Nuestro Dios.

Il cardinale, completamente desnudo, se acercó hasta la pareja y les besó la frente sin esfuerzo alguno por contener su monstruosa erección.

—Ahora, idos —añadió—. Si mi corazón no logra latir hasta el alba, sabed que os estaré esperando a la vera de Nuestro Señor en los Cielos. Que no os alarmen los gritos que esta noche anhelada logren traspasar vuestras paredes, pues no serán cosa distinta de la sinfonía tocada por las trompetas celestiales de los arcángeles que en breve bajarán a presenciar el más extraordinario de los espectáculos. ¡Idos! —sentenció.

—Amén —contestó Cochrane con una rabia contenida al tiempo que Pisano se enjugaba sus ojos vidriosos.

La lástima por un ser tan despreciable que el americano veía en el rostro de Lorenzo no hacía otra cosa que alimentar aún más el rechazo por el

pusilánime de su compañero.

—Vámonos de aquí... —añadió—.

Mientras giraba sobre sus pies aún veía por el rabillo del ojo la estampa de Su Excelencia desnudo sonriéndole con una condescendencia inevitablemente ofensiva.

Pisano salió primero.

Cochrane cerró de un portazo.



Lorenzo se pasó rezando la primera media hora desde el inicio de la sacrílega ceremonia. Unos minutos que al joven Horace se le pasaron como treinta eternidades, mientras mataba el tiempo contemplando el descuidado techo de la habitación a la espera de captar alguna muestra o señal del impío ritual.

Nada. Sólo silencio.

Otra hora más.

Pisano seguía rezando al tiempo que Cochrane ya comenzaba a ceder ante el sopor propio del noctambulismo y el aburrimiento. Fue entonces cuando algo los interrumpió de pronto de sus menesteres.

Un crujido seco resonó estrepitosamente a través de la pared compartida.

Y otro más.

En un instante, una amplia brecha se dibujó en el encalado del muro atravesándolo desde el techo hasta el suelo.

—Jesús... —musitó Pisano.

Cochrane se incorporó de la cama, confundido.

Extraños murmullos femeninos parecían estar colándose en las mentes de los sacerdotes.

—¿Oyes eso? —susurró Pisano—. ¿Lo oyes?

El americano asintió tratando sin éxito de tragar saliva. Ninguno de los dos lograba comprender lo que ese eco del inframundo farfullaba.

—¡No!

Eso sí lograron entenderlo. Era una categórica negativa de Su Ilustrísima.

—¡No! ¡No!

Un nuevo chasquido, mucho más apagado que el anterior. Esta vez sonaba como si un tallo de madera seca se partiera.

—¡Noooooooo!

La exclamación de *il cardinale* llegaba ahora a sus oídos avivada por el padecimiento. Cochrane miraba los ojos vidriosos de su compañero.

—Debemos entrar... —musitó Pisano.

—Ya sabes que no —interrumpió—. Son órdenes de Su Excelencia —a Cochrane no le detenía la promesa de obediencia, sino el pavor que en esos instantes constreñía su espina dorsal. El pavor, y la ambición—. Él ha elegido su profano destino, y ahora deberá afrontar sus consecuencias.

Un gemido sofocado. Sin duda había brotado de una garganta femenina.

—¡Dios mío, apiádate de este pecador!

Los ecos del padre Atto llegaban amortiguados por la pared de ladrillo.

Más crujidos. Más chasquidos

—¡Ieeeeeeeegh!

No era madera lo que se partía. No. No lo era...

Una sinfonía más de estridentes roturas. Ahora, un chapoteo. Otro golpe seco y un montón de libros que parecían haberse estrellado contra el suelo en una avalancha interminable.

—¡Iaaaaaaaglglggl...!

El grito del cardenal terminó apagado entre un estertor burbujeante, y fue entonces que un seco temblor sacudió con violencia toda la estancia.

—¡Jesucristo salvador! —exclamó Pisano mientras se sujetaba a su escritorio. Cochrane hizo lo mismo agarrando con fuerza el cabecero de su cama.

Y después, silencio.

Pisano, sin poder contener ya las dos enormes gotas que brotaban de sus ojos, se levantó de un brinco sin esperar la aprobación de su compañero.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó el piadoso Lorenzo a su maestro—. ¡Padre!

Cochrane levantó el vuelo y le persiguió dando zancadas.

Tras tres rotundos empujones, Pisano derribó la puerta de Su Excelencia, y entró. También Cochrane.

Lo que en realidad ocurriera esa noche en la pagana biblioteca personal de *il cardinale* sólo lo sabrían él mismo, y esa criatura del infierno que durante unos momentos ocupó la pulpa hedionda e informe que otrora fuera el cuerpo marchito de una hermosa jovencita, y que todavía burbujeaba sobre la superficie del escritorio.

Su Excelencia yacía en el suelo. Medio bocabajo. Medio bocarriba. Ahogado entre los restos de algo que parecía brotar de su vientre abierto y cuya imagen Cochrane trataría durante años de borrar de su memoria. Su cuerpo había adoptado una postura del todo imposible de describir, y al insoportable hedor a putrefacción que el cadáver ya traía consigo, se le sumaba ahora un familiar aroma a ciénaga infecta y a sexo.

Pisano no pudo aguantar más, y vomitó. Vomitó hasta que su estómago a punto estuvo de escapar a través de su gaznate.

Todo era caos. Todo era sangre. Todo era muerte. Y sin embargo, los

ojos de Cochrane seguían aferrados a la imagen de ese libro maldito que ahora permanecía cerrado en el suelo junto al cuaderno de notas, caídos ambos a escasos pies del atril derribado.

El sacerdote se agachó a recogerlos.

—¡Espera! —sentenció Pisano entre sollozos mientras le agarraba del hombro.

Cochrane le lanzó una fulminante mirada de soslayo.

—Deja todo como está, hermano —añadió Lorenzo—. Debemos avisar al prior.

Al americano se le antojó que tras los ojos de su compañero comenzaba a despertarse un espíritu de acusación. De algún modo sentía que Pisano le achacaba gran parte de la culpa de lo que le había ocurrido a su maestro.

Lorenzo sabía que su propia naturaleza noble le restaba el carácter necesario para plantar cara a las locuras de *il cardinale*, pero Cochrane ¡sí! Cochrane sí lo tenía. Cochrane era un tipo rudo, de genio fuerte y subversivo, y a pesar de ello había actuado con irrespetuosa indolencia.

—Voy a llevarme estos libros, Lorenzo. Son muy valiosos, y peligrosos. No deben caer en las manos equivocadas.

Cochrane creía captar en su compañero un sentimiento de rabia contenida. Incluso empezó a convencerse de que, en realidad, Pisano querría los libros para él mismo. Y es que el embrujo de los textos resultaba muy poderoso.

—No lo hagas, Horatio...

«¿Horatio?», pensó. «Ahora incluso se atreve a llamarme como lo hacía ese viejo depravado». Lo cierto era que le había llamado «Horace», como siempre lo hacía cuando no lo mencionaba como «hermano», pero su turbación y su anhelo de poseer esos libros nocivos comenzaban a jugar con su cordura.

—Todo esto te está afectando, hermano —continuó Pisano—. Dejémoslo como está y pongámoslo en manos del prior.

«Quiere los libros. No me cabe duda. Quiere que nos vayamos los dos para luego cogerlos él a hurtadillas».

—No —sentenció el americano.

—Sí... —el rictus de Pisano demudó hacia una severidad paternal.

«Los quiere para él...».

La mano de Cochrane palpaba el suelo.

—Por favor, Horatio...

«¡Otra vez...!».

La mano de Cochrane siguió palpando el suelo tratando de localizar un objeto que su memoria había ubicado en las cercanías del atril derribado.

—No —le repitió a Pisano.

Ahí estaba. La incomprensible silueta bulbosa se oprimía ahora contra la palma de su mano.

—¡Cochrane, por el amor de Dios! —exclamó Pisano con tono autoritario sin dejar de apretar el hombro de su compañero.

—¿De Dios? —respondió—. A cuál de los dioses te refieres, hermano...

Y ocurrió lo inevitable.

Ese resultaría el bautismo de fuego del joven Cochrane, ese muchacho indisciplinado metido a cura por la voluntad su padre. Esa sería la primera vez. Más adelante, vendrían las demás.

El sacerdote agarró con fuerza la roca negra tallada que ahora sostenía bajo su mano y con un rápido giro de su torso la estampó de un golpe seco contra la sien del temeroso Pisano.

El impacto resultó fulminante.

El muchacho cayó derribado a la vera del americano con los ojos en

blanco y el cráneo cascado como una nuez.

Sin duda, el bueno de Lorenzo habría llegado en ese mismo instante a la vera de su dios sin pasar antes por los infiernos, pues no se merecía padecer ni una sola eternidad de purgatorio. Su sufrimiento había terminado, su redención se había completado, y sus pecados habrían de ser pagarlos por el traidor de Cochrane.

El joven Horace apretó contra su pecho sus ansiados textos y decidió poner el punto y final a la más trágica de las noches que hasta ese momento le había tocado padecer.

Rebuscó en la cajonera de la modesta capilla que Su Excelencia tenía en su dormitorio y agarró una pequeña caja de cerillas que *il cardinale* usaba para encender las velas. Con una sonrisa dibujada en su rostro de demente, Cochrane se acercó de nuevo hasta el vórtice del caos y con un rápido gesto encendió uno de los fósforos.

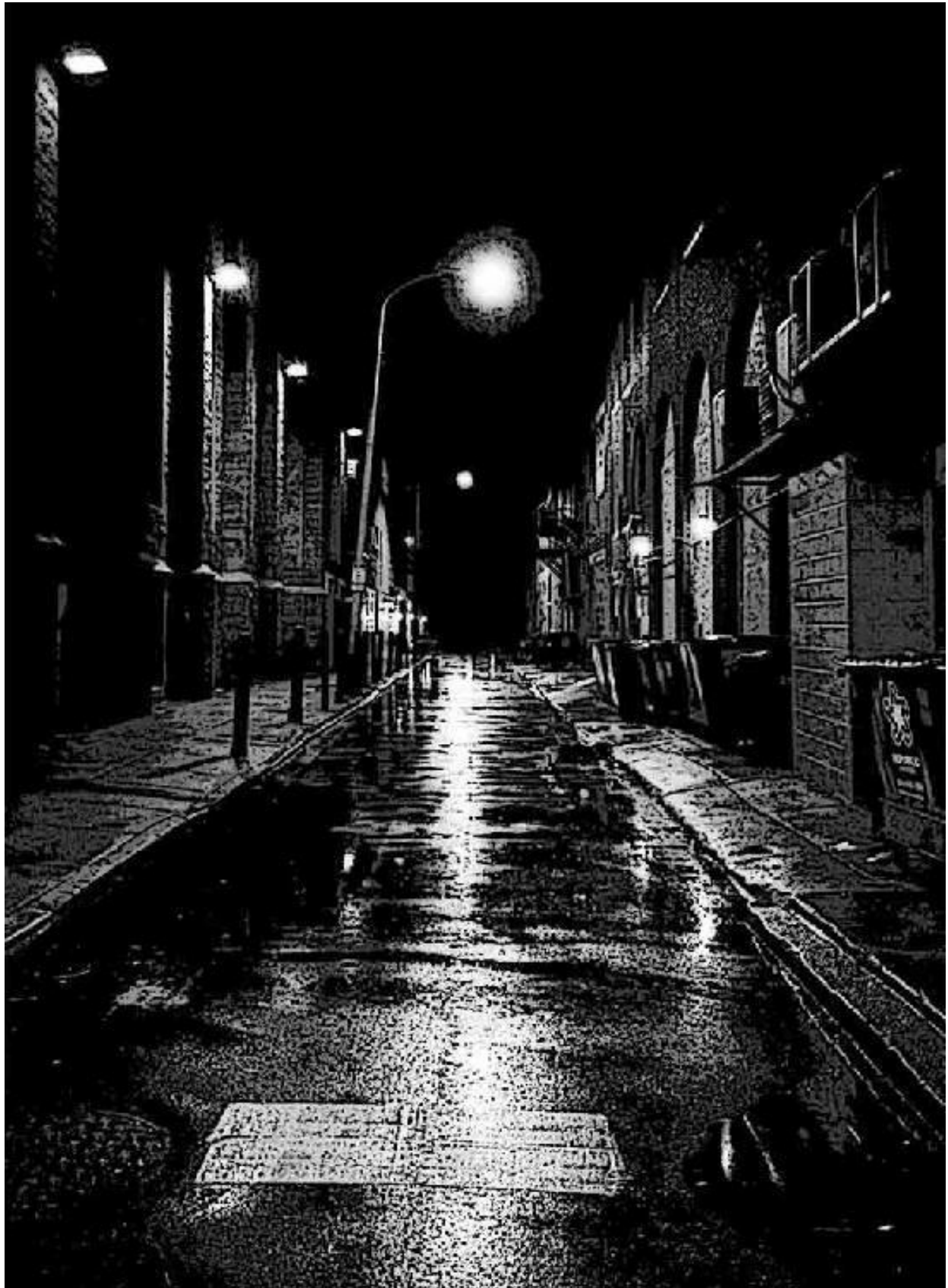
—Adiós, cerdo pervertido. Y gracias. Gracias por tus valiosas enseñanzas.

El americano lanzó la cerilla contra la montaña derrumbada de libros y el fuego se elevó con furia hasta el techo, contagiando con su ígnea pestilencia toda materia que sus ardientes dedos alcanzaban a acariciar.

Cochrane corrió hacia sus aposentos y llenó un par de bolsas con lo imprescindible. Agarró sus libros y se marchó de allí.

Esa noche la pasaría en vela a las puertas de la estación de ferrocarril. A la mañana siguiente tomaría un tren hasta Génova, y, a la caída del ocaso, el sacerdote y su valioso equipaje ya estarían navegando camino de Boston.

Sin investigaciones. Sin acusaciones. Sin preguntas. Aún más, cuando el difunto resultaba uno de los garbanzos más negros que jamás hayan formado parte de la Santa Comunidad. Lo que sucede en el seno de la Iglesia, se queda en el seno de la Iglesia.



Capítulo XX

Bud Preston ayudaba al jefe Copley a vendarse la mano destrozada con una de las ínfulas que el viejo Cochrane guardaba en uno de los cajones bajo el tabernáculo. Sabía que esa criatura del infierno siquiera le habría dejado un par de falanges sanas. El dolor era insoportable.

—Qué hacemos, Jim... —susurraba Preston—. Le van a hacer al chico lo que ese viejo cura le hizo a todos esos pobres desgraciados —el barman trataba de bajar el nudo que le aprisionaba la garganta. Ya no hacía nada por contener sus lágrimas de impotencia.

El jefe no hablaba. Sólo pensaba.

La feligresía se amontonaba en torno al altar sobre el que aún yacía medio adormilado el viejo Cochrane. Sentados todos en la amplia escalinata que elevaba el presbiterio un par de pies sobre el nivel del suelo, Lockwood extendía su brazo con delicadeza por la espalda de Tracy con la inútil intención de apaciguar su pesar. La mujer lloraba desconsolada.

—Por favor —musitaba el ferretero—. Verás como salimos de aquí y traemos al chico sano y salvo.

Aunque quisiera, la señora Copley no podía creerle.

A cuatro hileras de bancos de la forzosa reunión, ese monje impertérrito de pelo repeinado y sonrisa de porcelana había arrastrado una de las bancas hasta el centro del corredor principal, y se había sentado cómodamente sin dejar ni un momento de contemplarles desde su aventajada posición. El fusil reposaba sobre su regazo mientras que el revólver del jefe Copley descansaba sujeto bajo su cinto. El viejo Big Tucson, apartado un par de

posiciones del resto de parroquianos, no dejaba de desafiarle con la mirada.

—Qué le vais a hacer al pobre chico, hijo de Satanás... —preguntó Tracy tratando de no perder el control de su voz entrecortada.

Sonrisa de Porcelana la buscaba con la mirada.

—Lo que le vaya a ocurrir al muchacho ya no es de nuestra incumbencia, querida —respondió—. Eso lo decidirá La Oteadora cuando salga de su madriguera.

—No me llames querida, ¡cerdo del infierno!

—¿La Oteadora? —espetó Lockwood, confundido.

—Los muchachos sólo sirven como anzuelo para abrir la puerta y atraer la atención de alguna de Las Oteadoras —continuó el hereje.

—O... Ote... Oteadoras... —balbuceó el viejo Cochrane yaciendo aún sobre el altar, todavía conmocionado.

Perkins sonrió todavía más.

—Lo... lo matarán... —añadió el reverendo—. Lo... lo harán...

Todo el mundo se giró espantado por la contundencia de los delirios del viejo sacerdote.

—Lo harán como lo hicieron... como lo hicieron con todos los demás... —sus ojos aún se hallaban en blanco insinuados tras las tímidas rendijas que trazaban sus párpados.

—¡Calla, maldito viejo hijo de puta! —exclamó Bud Preston aún agachado junto a Jim al pie del altar.

—Yo no... Yo no quería que murieran —continuó—. No quería... Sólo quería abrir la puerta —continuó—. Pero no... Pero no era la puerta correcta. No. Nunca lo era... —le costaba respirar tanto como mantenerse consciente—. La Oteadora venía... Venía y se llevaba sus huesos... —balbuceaba—. Y yo no podía hacer nada. Nada, salvo contemplar el

espectáculo.

—¿Que no podías hacer nada, viejo asesino?! —exclamó Preston—. ¡Hasta ocho veces más desde la primera muerte podías haberlo evitado!

Todavía tumbado, Cochrane trataba de sonreír, aunque lo único que conseguía era que la saliva se le escapara por la comisura de sus labios.

—Tenía que... Tenía que seguir intentándolo...

—Tranquilo, Bud —añadió Jim ante el arrojito incipiente de su amigo por cerrarle el pico para siempre al sacerdote—. Tenemos que pensar en cómo salir de aquí.

Sonrisa de Porcelana reía desde la distancia.

—No vais a salir de aquí hasta que yo lo diga, señor jefe de policía James Copley —añadió con teatral tranquilidad desde la distancia.

El viejo Big Tucson seguía sentenciando con sus ojos azabaches al enano repeinado, el cual, de vez en cuando, le devolvía el gesto con sorna.

En el exterior, el silencio absoluto seguía arreciando como un mal irrevocable. Justo a la vista de los contertulios, bajo el umbral destrozado de la iglesia, la terrorífica imagen de esa colina negra, puerta maldita hacia tierras prohibidas, proyectaba su sombra invisible sobre el alma desesperanzada de todos los parroquianos.

—La Oteadora vendrá a buscar al chico —añadió Sonrisa de Porcelana—, y en ese momento mi maestro se presentará ante ella. Cantará los salvoconductos adecuados y podrá entrar al fin al reino de las quimeras. Lo que ese ser quiera hacer con el muchacho no es cosa nuestra.

Lockwood no podía contener su espanto ante los funestos presagios de su secuestrador.

—He leído en algunos códigos olvidados que Las Oteadoras son sumamente hermosas —añadió el hereje—. Me encantaría poder estar allí con el resto del grupo para poder contemplarlas —en su rostro se dibujó

una mueca de ilusión y fanatismo escalofriante—. Pero no importa. Más adelante. Nuestro maestro regresará para llevarnos a todos con él hasta el mismo seno de Yghaygha, y entonces seremos ¡libres al fin! —exclamó levantando ambas manos en el aire mientras que la pesada túnica que las cubría resbalaba sobre sus brazos.

—Hermosas... —balbuceó el viejo Cochrane—. Hermosas... *He... He, he..., ha, ha, ha...* ¡Ja, ja, ja, ja...!

El reverendo comenzó a reír a carcajadas hasta que una amarga cucharada de su propia sangre quedó atorada en su tráquea y lo forzó a toser entre espasmos.

Perkins desdibujó la mueca sobre su tez y miró durante unos instantes con severidad el cuerpo carcajeante de Cochrane.

—Tú serás el primero en morir, viejo estúpido —Sonrisa de Porcelana volvía de repente a hacer méritos a su apodo—. Cuando todo esto acabe serás entregado a los escultores para que hagan de ti una obra maestra. No creo —se contestó a sí mismo—. Lo más probable es que sólo te usen de argamasa para los caminos.

Entonces fue el secuestrador el que arrancó a carcajadas mientras el resto de la muchedumbre le observaba horrorizada. Cochrane guardó silencio sin dejar de mirarlo de soslayo.

Jim llevaba un rato observando la actitud del viejo Big Tucson. El jefe comenzaba a intuir lo que estaba cociéndose en su agitada cabezota de boxeador. Pero qué vida resultaría más importante, ¿la de un anciano que arriba a una playa de arena fina en la que agotará sus últimos días antes del definitivo anochecer, o la de un niño al que le espera al alba todo un océano de descubrimientos por el que navegar? Una sola palabra suya bastaría para desarticular el lapidario plan que se estaba forjando en el corazón del viejo. Sin duda lo salvaría de una muerte segura, aunque también podría ser la

única oportunidad que tendrían de ir en busca del muchacho. Pero ¿es que acaso era necesario arriesgar tanto? ¿No habría otra opción factible entre la colección de terroríficas posibilidades en la que todos terminarían sanos y salvos?

—Tenías que haberme hecho caso, estúpido... —musitó una de las presentes a su marido—. Deberíamos haber cogido el coche y volado de aquí.

—Pero, cariño... —respondió el esposo con resignación—. Lo más sensato era resguardarnos en la iglesia. ¿No viste la clase de locura que se desató de repente tras el temblor? Eso tenía que ser obra del mismo Diablo.

—No se puede salir de Allenton, mujer —sentenció Lockwood—. Al menos no por el sur en dirección a la autopista. Hay una gran brecha que parte en dos la carretera.

La vecina observaba a Henry con una desagradable mueca de duda trazada sobre su avejentado rostro de alcahueta. Su marido parecía relajarse con la respuesta.

—Tampoco por el norte hacia North Kingston —añadió Preston.

—Ni por el oeste hacia Annaquatucket —culminó el jefe de policía—. Es la misma historia en todas las direcciones.

—Parece como si la ciudad misma se hubiera levantado en el aire y luego se hubiera dejado caer —retomó Lockwood.

—Pero algún modo tendría que haber —farfulló la mujer, ahora enervada por tener que darle la razón a su marido, y, aún más, en público—. Hubiéramos llegado a pie a la autopista siguiendo la carretera. Tampoco está tan lejos... —su esposo esbozaba una nueva mueca de resignación.

—Tampoco es posible, señora —respondió Lockwood otra vez—. Hay algo ahí fuera que está inundando los bosques.

—¿Cómo que algo? —añadió apresurada la mujer.

—Algo negro y espantoso que se filtra entre los árboles.

—También lo vimos Tucson y yo cuando volvíamos de la gasolinera — espetó el jefe Copley apartando su mirada del viejo boxeador.

—Es cierto —dijo Preston incorporándose para poder encarar a la insolente mujer—. No sabemos si esa brea negra es tóxica, o diabólica, o vaya usted a saber... Pero le aseguro que hay que tener arrojo para acercarse a comprobarlo.

El transcurso de los años regala a esas parejas que se resuelven unidas una suerte de conexión telepática forjada desde la comprensión, por lo que Copley buscaba en silencio a su esposa oteando la distancia a la caza de su mirada cómplice. Jim no necesitaba usar palabras para presentarle sus intenciones: sólo le bastaba una elocuente mirada. Quería toparse con sus ojos para preguntarle «Cariño, observa al viejo Tucson. ¿Sí o no?». Pero Tracy los tenía hinchados y enrojecidos por la tristeza. En esos instantes el interruptor telepático estaba desconectado. Ahora sólo sabía llorar.

Así que Jim decidió.

—¡Eh, farsante! —exclamó Copley al secuestrador—. Cuida tus hediondas espaldas del viejo Big Tucson —sentenció mirándole de frente con arrogancia.

—¡Qué viej...! —respondió Perkins con sorna girando levemente su cabeza en la dirección en la que apuntaba su interlocutor.

Parecía increíble que un tipo tan presuntuoso como Sonrisa de Porcelana cayera en un truco tan infantil, pero es que era tal la distancia que le separaba de sus rehenes que la confianza había terminado por jugarle una mala y definitiva pasada.

Big Tucson salió catapultado desde su banco como un toro de rodeo al que le abren de repente las puertas de su claustro. La mole corría hacia el invasor con una agilidad impropia de su edad, y es que eran muchas las

esperanzas que inyectaban de energía los músculos del viejo Big Tucson, aunque también resultaban muchos los pies que lo separaban de su pequeño objetivo. A pesar de todo, Leroy Tucson ya contaba en sus cálculos con ese «pormenor».

—¡Jod...!

El hereje agarró su fusil rápidamente y abrió fuego repetidamente contra el pecho del hombretón en el transcurso de su imparable embestida.

Una bala llegó hasta dentro del estómago. Y otra al pecho. Y otra al hígado. Pero el mastodonte afroamericano no aminoraba su marcha. Y otra bala detenida por una costilla. Y otra más atravesando el pulmón. Y un pie que seguía al otro, al galope, sin excusas. Y otra bala en el otro pulmón. Y el pecho de Tucson parecía ya más un queso de Gruyer color chocolate que el torso de un pobre diablo. Pero eso no impedía al viejo mulo seguir empujando. Y otra bala más que le rasgaba el cuello. Su corazón podría estar ya detenido, aunque no sería eso un impedimento para sus arrolladores propósitos. Ningún niño más iba a morir esa noche mientras él estuviera ahí para ofrecer a cambio su fatigosa vida. Un trato difícil, pero justo.

Tucson se abalanzó encima de Sonrisa de Porcelana y se dejó caer como un peso muerto. Porque muerto estaba. Una generosa pieza de carne y hueso de no menos de trescientas cincuenta libras sobre la balanza que caía derribado sobre el cuerpo de un enano insolente.

Al monje sólo le dio tiempo a inhalar una única bocanada de aire antes de que sus ojos intuyeran una sombra que se elevaba tras la línea de horizonte que la espalda de esa mole negra levantaba frente a su rostro. Una enorme herramienta de fontanería ascendía hasta el cielo para coger impulso antes de acabar propulsada contra su cabeza por unos brazos que se le antojaron articulados por la ira. La pesada llave de grifo se precipitó sobre su frente en menos de lo que dura un amén.

Todo terminó con un seco y sonoro crujido y la mitad de los sesos del hereje esparcidos entre el banco y el suelo.

¡Plonck!

¡Plonck!

¡Plonck!

¡Plonck! ...

Lockwood seguía machacando la cara informe del extranjero bajo el viejo Tucson, de cuerpo presente. Ya no había espacio para ninguna sonrisa de porcelana. Ya no había nada. Nada, aparte de una pulpa escarlata de textura inconsistente salpicada de piezas quebradas de calcio y esquirlas de marfil.

—¡Para ya, Lockwood! —exclamó Preston desde la distancia—. ¡Para!

Pero es que Lockwood no machacaba sólo la cabeza del secuestrador. Machacaba el cráneo de los acreedores que le ahogaban a deudas, machacaba los sesos de los políticos que lo asfixiaban a impuestos para sus propios lujos, los sesos de los compañeros que abusaban de él en el colegio, la cabeza de esa mala pécora que lo dejó sin blanca y se perdió junto a sus ilusiones, machacaba su propia sesera por haber dejado escapar aquella oportunidad de amar a alguien de verdad, machacaba su misma testa por haber sido siempre un cobarde.

Tracy se adelantó y alargó las manos para agarrarlo por detrás. Y lo abrazó. Ambos comenzaron a llorar.

—Joder... —musitó Preston, asqueado.

Jim había decidido.

—Ahora sí que eres tú el hermoso... *¡Ha, ha, ha, ha, ha...!* —el viejo Cochrane volvía a vomitar sus guturales carcajadas—. Que alguien le acerque un espejo para que pueda verse *¡ha, ha, ha, ha...!*

—¡Calla, viejo! —Preston lo agarró del pecho y con una fuerte agitación

volvió a golpear su cabeza contra la superficie del altar.

—¡*Ough*...! —Cochrane volvió a caer presa del aturdimiento.

—Vámonos, Bud —espetó Copley mientras se levantaba del suelo arrastrando a su compañero.

Un par de vecinos acababan de retirar entre sollozos el cadáver de Tucson cuando la pareja de amigos llegó hasta el cuerpo machacado del hereje.

—Pobre infeliz —musitó Preston con tristeza sin dejar de mirar el rostro sereno del viejo—. Al menos ya está otra vez con su nieto.

—Los hay con suerte... —añadió Lockwood con resignación.

—¡No digas eso! Henry —respondió alterada la señora Copley—, por el amor de Dios.

—Coge tú el fusil, Bud —añadió el jefe—. Yo me llevo la pistola. La usaré con la otra mano lo mejor que pueda.

—Deberías quedarte, Jim —interrumpió Preston—. Que venga Lockwood conmigo.

—Yo puedo ir, jefe... De verdad —añadió Henry acercándose hasta ellos del brazo de la señora Copley. Al ferretero aún le quedaban motivos para seguir destrozando cráneos.

—No, Lockwood. Tú quédate aquí —sentenció Jim—. Trata de proteger a esta gente de lo que sea que pueda pasar. Que Dios nos asista. ¡Que alguien agarre el bate del chico y el hacha de Preston, y organizad guardias! —ordenó al grupo.

—Al menos llévate mi cazadora, jefe. Debe hacer frío allí fuera para ir con las espaldas descubiertas —Henry Lockwood le dedicaba una sincera sonrisa mientras se quitaba de encima la chaqueta salpicada de sangre y sesos—. Está un poco indecente...

—Servirá —Copley asintió devolviéndole el gesto.

Tras colocarse la pelliza, agarró la pistola con su mano izquierda y se la metió en el cinturón por el mismo lado mientras que Bud asía el fusil y se lo ataba a la espalda.

El jefe miró a su mujer a los ojos y se fundió de nuevo en un abrazo interminable.

—Ya sabes que volveré —concluyó tras darle un sonoro y apretado beso en los labios.

—Lo sé —respondió Tracy mientras le acariciaba las mejillas con ambas manos.

La colina negra, sobre el horizonte. El silencio, dentro de sus oídos. La muerte misma, agazapada entre todos ellos.

Capítulo XXI

La pequeña linterna de mano que Copley portaba entre sus útiles proyectaba un estrecho halo de luz que apenas alcanzaba a iluminar treinta pies por delante de sus pasos. A pesar de que todo el bosque se hallaba sumido en una abrumadora oscuridad, tan sólo les bastaría con seguir la senda que marcaba el tenue fulgor anaranjado que resplandecía en el núcleo de la arboleda. En ocasiones, el rumor de unos cánticos luctuosos les asaltaba entre las tinieblas acelerando aún más sus atemorizados corazones.

—Vamos, Jim. Aligera el paso... —susurró Preston.

—Eso hago, Bud —respondió entre sofocos—. Eso hago. Este dolor me está matando —un evidente gesto de padecimiento se apoderaba de su rostro y hacía oscilar el foco de la linterna.

—Pásame la luz, anda —Preston alargó la mano.

Aunque Copley siempre había gozado de mejor forma física que su amigo Bud, ese padre ya había traspasado la línea que separa el estado de negación del de la ira. Por su sangre fluía ahora el fuego del infierno y juraba traer de vuelta a su hijo, sano y salvo, a costa de su propia vida.

Pobre infeliz. Aún desconocía los aberrantes acontecimientos que le iba a tocar presenciar. Ni tan siquiera comprendía que su voluntad no era más que un suspiro perdido entre el furor de una tormenta, como una hormiga tratando de frenar con sus insignificantes patitas el empuje de una avalancha. Y es que las fuerzas ocultas bajo la sombra de esa loma negra escapaban de los límites de la razón humana, pues se hallan fundadas sus bases sobre cimientos de pesadilla.

—Espera un momento... —espetó el jefe.

Preston se detuvo en seco. Si su rostro se hubiera encontrado iluminado por la linterna, Copley se habría topado con un par de ojos inyectados en sangre.

—Escucha...

Ambos guardaron silencio durante unos instantes.

—¿Lo oyes? —añadió el jefe.

Preston tragó saliva.

—Lo oigo.

Bud giraba nervioso sobre sus pies tratando de iluminar las tinieblas que se condensaban entre las innumerables y apretadas columnas de madera. Las ramas en las vastas profundidades del bosque se partían y retorcían por doquier como los huesos de una rata pisada por la bota de un gigante. No podían verlas, aunque sí las escuchaban con perfecta y espantosa claridad.

—Para un momento, Bud... —susurró Copley—. Deja de mover la linterna de ese modo. Me estás mareando.

Preston volvió a tragar saliva.

Los crujidos eran cada vez más frecuentes y cercanos. Ahora comenzaban a venir acompañados de una rumorosa sinfonía de hojarasca y de follaje triturados.

—Cielo santo, Jim... —susurró Preston.

—Corre, Bud. ¡Corre!

La pareja echó a correr a zancadas. Preston trataba infructuosamente de dibujar con la linterna un sendero que poder seguir. Un hedor acre y nauseabundo empezaba a flotar en la atmósfera disimulado entre el fresco aroma de la naturaleza.

—Maldita sea, Bud... ¡Corre!

Los troncos de los árboles tiritaban a su alrededor. El olor se volvía

cada vez más intenso, y es que aunque sus nervios olfativos lograban enviar las pestilentes armonías a sus cerebros hirvientes de terror, su inteligencia resultaba incapaz de clasificar ese abyecto y extraño perfume de perdición.

La pareja lanzaba alargados puntapiés contra el aire en cada una de sus zancadas. El sonido de sus respiraciones alteradas les impedía reconocer el clamor de la muerte que se les echaba encima.

Una zancada más. Y otra después. Y otra más. Y otra decena de pies consumida por la carrera. Y otra decena más... Y hubieran completado otros diez más, si Preston no hubiera encajado el pie izquierdo en el hueco de una de esas gruesas raíces flotantes que se agazapaban entre las sombras, invisibles del todo al halo oscilante de la flaca linterna del jefe Copley. Tras un seco crujido de su tobillo, Bud acabó estampando las narices contra el áspero suelo.

—*¡Aaaaaaagh!*

La lámpara salió catapultada de su mano y terminó sumergida en el seno de unos arbustos. Los trazos de luz que el tupido ramaje del seto proyectaba contra las tinieblas salpicaban su visión con un caótico patrón enredado que a punto estuvo de interrumpir el palpito de sus constreñidos corazones.

—Maldita sea, Bud...

Copley frenó en seco. Sólo adivinaba la sombra negra de su amigo tendida bocabajo en el suelo, tras de sí.

—Creo que me lo he partid... *¡Argh!* Sí, me lo he partido —Preston alzaba la mano tratando de advertir de su posición a su compañero.

—Aquí estoy, amigo —masculló mientras le sujetaba con fuerza con la mano buena y le ayudaba a levantarse.

—No puedo apoyarlo. No puedo... *¡argh!*

—Tranquilo, amigo. Apóyate en mí... Con cuidado. Espera un momento —añadió—. Espera. Creo que estás sangrando por la nariz.

La poca luz que les llegaba reflejada desde ese tapiz picassiano que la linterna todavía proyectaba sobre la arboleda le permitió a Copley intuir dos hilos negros que manaban de los orificios nasales de su compañero.

—No pasa nada, Jim —dijo apretándose la nariz con los dedos—. Sólo es superficial.

La tormenta de madera se desataba por las proximidades de un modo atronador, pues hacia ellos se acercaba por los flancos una imparable avalancha de vacío material. La cerrazón devoró el seto sobre el que se hallaba enredada la linterna, y ambos quedaron invadidos por la negrura total.

—Es esa lava negra, Jim... —espetó.

—Lo sé, Bud. Lo sé...

El corazón de Copley sonaba como una ametralladora. Notaba como las arterias presionaban dolorosamente sus tímpanos en cada palpitación. Un halo blanco de luz fantasmal se apoderaba de su visión periférica a consecuencia de la presión sanguínea sobre sus nervios ópticos.

—Súbete a mi espalda, Bud. ¡Sube!

—No puedo, Jim. ¡Moriremos los dos! Vete tú y salva al chico.

La hambrienta y estrepitosa negritud se hallaba ya a poco menos de diez pies de sus temblorosos cuerpos. El tenue faro anaranjado que fulguraba en el corazón del bosque aún marcaba la única vía de escape a la que podían optar.

—¡Sube ya, Preston!

—Jim...

—¡Sube!

Y de un salto a la pata coja, Bud Preston se encaramó a las doloridas espaldas del jefe Copley como dos niños que juegan a carreras de caballos.

Copley arrancó la pesada huida sujetando la pierna mala de su amigo

con su mano buena. A cada paso que daba se le sumaba el esfuerzo extra de elevar los pies lo máximo que pudiera con objeto de evitar una nueva trampa de raíces que los estampara en el suelo, esta vez, a los dos a la vez, y para siempre. Las suelas de sus botas reforzadas machacaban la hojarasca con tanta eficacia como lo hacían las tinieblas que les perseguían. Y lo cierto era que esa masa no trataba de darles caza: su avance resultaba tan sólo el efecto de una incontenible inundación; inundación de muerte y pestilencia; una muerte y pestilencia que se encontraba fortuitamente con ellos en su avance imparable.

Un paso más. Otro más. Y otro más.

Cada pisada se volvía más costosa que la anterior. Copley jadeaba como un perro al borde del colapso. Las sombras se cerraban a sus espaldas a no más de cinco pies de su última zancada.

—Vamos, Jim, ¡vamos!

Si Preston alcanzara a toparse con el rostro de su montura, tan sólo hallaría muecas de padecimiento y asfixia.

—Maldita sea... —musitó Bud para sí palpándose durante un instante la nuca.

Había perdido el fusil, muy de seguro tras tropezar.

Copley aún no lo sabía, le resultaba imposible distinguir el susurro de su amigo entre los tambores de boga que marcaba su precipitado corazón.

Otro pie más.

Y otro más.

Uno, dos, tres, cuatro.

Uno, dos, tres, cuatro...

Al fondo ya empezaba a adivinarse un cúmulo de siluetas humanas expuestas a contraluz.

Copley aminoraba poco a poco la marcha. Sus pulmones ya no eran

capaces de oxigenar la sangre y sus reservas de adrenalina se habían agotado desde hacía un buen rato.

Otro paso más...

Y otro más...

Otro más...

Otro...

—Tranquilo, Jim... Tranquilo —susurraba fraternalmente Preston a su amigo—. Esto se ha acabado, Jimmy.

La marea negra había detenido su avance. La masa fluía sin obstáculo manteniendo un amplio margen hasta el núcleo de la arboleda.

Copley cayó hacia adelante con su compañero a las espaldas, exhausto. Preston apoyó el pie bueno y trató como pudo de amortiguar la caída de su amigo.

—Calma, Jim. Descansa...

Bud apretaba con fuerza los hombros del jefe. El corredor respiraba forzando largas y profundas inhalaciones.

—Te debo la vida, James Copley.

Le besó la cabeza.

—Me debes... Me debes... —Copley luchaba por articular sus palabras —Me debes más que la vida, amigo... —otra profunda inhalación—. Esto... Esto es por salvar a mi mujer... —otra más—. Así que... Así que me sigues... me sigues debiendo esos diez pavos.

Preston dibujó sobre su rostro una amplia y sincera sonrisa que cristalizó sus ojos de lágrimas. Por un instante habían logrado olvidar el propósito de tal peripecia.

Copley se incorporó y se quedó sentado junto a su compañero con el demencial aquelarre a poco más de dos hileras de árboles desde su posición.

—No tenemos fusil, Jim —sentenció.

El jefe ladeó la cabeza sin dejar de jadear y echó un vistazo a la espalda de su compañero.

—No me fastidies... Bud...

Preston asintió, avergonzado.

—No te preocupes... —dijo un largo suspiro—. Hemos hecho lo que hemos podido —y apoyó su mano en la espalda de Preston con afecto paternal.

El crepitar del bosque cediendo ante el curso de la avalancha negra aún se oía como un lejano y constante rumor a sus espaldas.

—Toma mi pistola —dijo Copley.

—Ni siquiera sé disparar con un fusil, Jim, y ahora quieres que lo haga con un revólver.

—Lo harás mejor que yo con la izquierda. Además, estoy demasiado cansado como para poder apuntar.

Ambos se quedaron mirando la siniestra estampa que ahora veían con total claridad

—Qué vamos a hacer —añadió Bud Preston con los ojos encharcados—. Yo, cojo. Tú, manco. Sólo un revólver. Yo no sé disparar, y tú tendrías que hacerlo con la izquierda. Además... —sentenció apuntando con su mano al grotesco espectáculo.

Eran ocho los fanáticos que, ataviados con sus pesadas túnicas negras, rodeaban a cierta distancia un amplio círculo trazado en el suelo con el mismo aceite negro que alimentaba la furia de las hogueras. Cuatro fuegos vigorosos que iluminaban ese claro del horror en cuyo centro yacía desnudo el pequeño Buddy, amarrados sus pies y sus manos a cuatro estacas de metal profundamente clavadas en el suelo.

Cuatro hombres, cuatro mujeres. Con ese viejo sacerdote que se

adivinaba como el sumo oficiante de un acto tan impío, hacían nueve. Y por último, para inevitable desgracia de la infeliz pareja, con la Muerte Errante hacían los diez.

Una decena. Una decena contra un revólver. Contra un revólver manipulado por un cojo que jamás había disparado un arma y un policía manco de su mano hábil.

—Qué vamos a hacer, Jim... —repitió.

—El chico está vivo, Bud —espetó—. Lo tienen atado. Lo veo agitarse desde aquí.

Preston se mordió con fuerza el labio inferior hasta que lo hizo sangrar. Por un instante, su lado egoísta había tomado las riendas de su apocado corazón. Si hubieran encontrado al chico con la vida cercenada sus problemas habrían terminado; sólo tendría que esperar entre las sombras a que toda la pesadilla finalizase, y, más tarde, regresar a la vera de su amada esposa junto a sus otras dos hermosas criaturas. Qué más daría, si aún le quedaban dos. «¡La vida continúa!», se diría. Y es que así de complicadas son las pasiones de los conformistas. El autoengaño se resuelve siempre como el arma más eficaz para apuñalar sus cobardes corazones. Aunque, esta vez, afortunadamente, el amor acabó triunfando sobre la desidia.

—Pues entonces lo sacaremos de ahí —sentenció.



La imponente loma negra se erigía majestuosa a las espaldas del sumo sacerdote. Su superficie absorbía el resplandor de las hogueras como si estuvieran disipándose entre el vasto vacío de los límites del cosmos. Desde su cumbre redondeada resbalaba con lentitud un caudal inagotable de

esa brea densa y pestilente que ahora inundaba todo el bosque que les rodeaba.

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

La infame coral de adeptos saturaba el aire con el canto de su monótona liturgia, un clamor profundo que repicaba con tesón entre los recios troncos del bosque alargando sus dedos más allá de los límites de la espesura y la razón.

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

El oficiante escrutaba en silencio el contenido de ese anhelado libro Número Tres que ahora reposaba sobre sus manos. Uno de los acólitos — una hermosa mujer de marcados rasgos romaníes— se había apartado del círculo con objeto de hacer de atril para el otro volumen que el sumo sacerdote ya traía consigo. Ella también acompañaba los cantos.

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

—¡Iä! —exclamó el viejo extranjero.

Y el coro quedó en silencio.

—Las puertas del Imperio Prohibido quedarán abiertas esta noche para mí, hermanos míos —añadió en su lengua vernácula.

—¡Iä! —respondieron todos al unísono.

—El reino de Aquel que orbita una estrella muerta se presentará diáfano ante nuestros anhelos.

—¡Iä!

—Y Aquel mismo se mostrará misericordioso con su fiel servidor y le concederá los dones del conocimiento verdadero.

—¡Iä!

—Será entonces, mis leales adeptos, que regresaré de nuevo a nuestro mundo primitivo para compartir con vosotros la Buena Nueva.

—¡Iä!

—Los extraordinarios versículos que se esconden entre estas páginas me otorgarán la salva para los seres que nos recibirán esta noche desde el otro lado del umbral.

—¡Iä!

—¡El chico será nuestro presente!

—¡Iä!

—¡Sus huesos serán mi pasaporte!

—¡Iä! ¡Iä!

El sacerdote hizo un gesto con su mano y el coro reanudó su cántico nauseabundo.

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

El pequeño Buddy sollozaba, aterrado. Sobre sus impúberes genitales

resbalaba la orina que el pavor irremediable le impedía contener. Y aunque ese ser al que una vez llamaran Broxton —y antes que Broxton su nombre fuera otro, y antes de ese, otro diferente, y otro distinto antes del último..., así, hasta el día en que le dieron nacimiento, allá por el 1702—, y que ahora habitaba un cuerpo descompuesto mirara al muchacho a través de unas cuencas vacías dibujadas sobre una repugnante máscara de resignación, el dolor de ese chiquillo lograba horadar la barrera que separa la vida de la muerte, y se clavaba profundo como una estaca de tristeza en su invisible corazón. Y es que el muchachito había sido arrancado de los brazos de sus padres por ese mismo viejo que había separado a un príncipe de su reina. Eso, él, vástago repudiado de un dios inconcebible, jamás se lo iba a perdonar.

—Papá... Papá... —farfullaba el chico con los ojos inundados por el pánico— Pa-pá...

El Príncipe Esqueleto mantenía sus negras órbitas clavadas en el compungido semblante del pequeño Buddy. Si hubiera tenido ojos sobre los que derramar sus lágrimas, de seguro que también los hubiera empapado.

Shut'h ak, ohzsonn. Yë p'ahak ak tzol, tsu ghoughg tzulá.

El oficiante exclamó sus repulsivas estrofas entonadas en esa lengua de otro tiempo cuya mera pronunciación ya despertaba la náusea en la pareja de clandestinos, todavía agazapada al amparo de las tinieblas.

—Coge la pistola, Bud —susurró Copley—. Lo harás con ambas manos mejor que yo con la izquierda. Créeme.

Preston ya no replicaría más a su amigo. Era el momento de enterrar para siempre el espíritu pesimista.

—Trae aquí —respondió Preston.

El hombre agarró la culata del revólver y lo sacó del cinturón de su compañero.

—Espera, toma esto —Copley le acercó un puñado de balas—. Tira de ese seguro hacia atrás.

Clic.

El tambor salió del armazón y dejó a la vista un cargador con un único proyectil ocupando una de sus seis cavidades.

Khug Ahj'pladlt, fn'gor. Yë p'ahak ak tzol, tsu ghoughg tzulá.

—Ahora cárgalo —susurró.

Preston introdujo una a una las balas en el tambor, y de un golpe seco con la palma de la mano lo devolvió a su posición original.

—Perfecto. Amartíllalo. Tira de ahí hacia atrás, como lo hacen en las películas del Oeste —añadió señalando con su dedo al percutor.

Clic.

—Cada vez que dispares tendrás que volver a amartillarlo, ¿de acuerdo?

Preston asentía sin dejar de mirar el instrumento.

N'gar Yghaygha kegoth tzul. Yë p'ahak ak tzol, tsu ghoughg tzulá.

—Ahora agarra con firmeza la empuñadura con tu mano derecha y usa tu izquierda por debajo para sostenerla. Aprieta tus dedos contra el revólver, pero deja relajado el índice sobre el gatillo.

—¡Iä! —Exclamó el sumo sacerdote.

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...
Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Preston hacía lentos ejercicios de puntería entre las sombras contra las espaldas de cada uno de los presentes.

—Tienes que darle al viejo —susurró—. Busca el pecho, Bud. No tires a la cabeza, va a ser muy difícil que aciertes.

El hombre asentía y guiñaba su ojo izquierdo buscando alinear el alza del cañón con el guion sobre el podrido corazón del extranjero.

Nodens, Azathoth, G'hlack, Al'biol, Yghaygha.
Yë p'ahak ak tzol, tsu ghoughg tzula.

—Seremos descubiertos en el momento en el que dispires la primera bala —sentenció—. Puedes tener seis, pero recuerda que apenas podrás disparar dos antes de que esa cosa del inframundo nos haga estallar por los aires.

Preston tragó saliva con esfuerzo.

—¿Y si le disparo al monstruo?

Copley guardó silencio.

—Dudo mucho que a una criatura de esas características le importe mucho un desperdicio más dentro de su cuerpo —respondió—. ¿No le viste el pecho en la iglesia? Me juego la cabeza a que esa cosa ya ha recibido alguna que otra intentona de reducirlo a balazos.

Preston ya no tenía saliva que tragar en su amarga boca.

Buddy seguía llorando, en la distancia. Y el torso del sacerdote aún bailaba al ritmo que marcaba la insana liturgia.

—Estas temblando, Bud —musitó Copley—. Tienes que serenarte.

Preston se mordió el labio inferior, todavía dolorido, y se enjugó durante un instante las lágrimas de sus ojos con la muñeca desnuda.

—Tranquilo, ahora vuelve a apuntar.

Preston apuntó.

—Aprieta tus dedos contra el arma.

Apretó los dedos.

—Inspira hondo y exhala despacio el aire.

Dio un respiro lento y profundo.

—Acaricia el gatillo con el dedo.

Preston sentía el palpito de su corazón en la punta de su falange.

—Ahora, apunta.

Señaló con el cañón el pecho del sacerdote.

Clic.

El claro sonido de un percutor amartillado sonaba ahora sobre la nuca de Copley.

—Mierda... —musitó el jefe sin girar la cabeza.

Aquél que otrora Broxton conociera como Moore, ese tipo alto y flaco de tez cadavérica, se hallaba ahora encañonando la cabeza descubierta del jefe. El cansancio y la ansiedad habían jugado una mala y decisiva pasada a la pareja en el recuento de participantes: faltaba uno, y no era Sonrisa de Porcelana.

—Cómo no lo hemos oído... —susurró Bud con los brazos rígidos encañonando al aquelarre. De soslayo trataba de intuir en las alturas el par de ojos encastrados en esas sombrías oquedades abiertas entre la frente y las narices de su asaltante.

No podían oírlo. El monótono murmullo de la brea negra fluyendo a

través de la espesura resultaba en cierta medida ensordecedor.

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

—Baje el arma, señor —añadió el acólito con una voz aterciopelada sin dejar de apuntar a la cabeza de Copley.

—Dispara, Bud... —sentenció el jefe.

Los ojos de Preston se abrieron como dos soles cuando cruzaron sus miradas.

—Dispara... —repitió con un exaltado susurro.

El sacerdote sonreía tímidamente desde las tenebrosas alturas sobre las que se sostenía su rostro.

—Hágalo, señor, y le abro un boquete en la cabeza a su amigo —replicó —.

—Dispara, Preston. Por el amor de Dios. Dispara...

Preston dejó de mirar a su compañero y apuntó de nuevo con nerviosismo hacia el centro del ritual, directo hacia el corazón de las tinieblas.

Yghaygha sjaaltz. Yë p'ahak ak tzol, tsu ghoughg tzulá.

—Vuélale el pecho, Bud. Hazlo...

Preston temblaba de impotencia.

Preston aguantó la respiración.

Preston acarició el gatillo con su dedo.

Preston guiñó su ojo izquierdo...

Preston...

Preston bajó los brazos, derrotado.

Y Preston rompió a llorar.

—Lo siento... Jim.

Copley cerró los ojos y agachó la cabeza.

—No puedo sentirlo más que tú, amigo.

Capítulo XXII

Broxton observaba por la estrecha ventanilla del avión cómo la tierra que lo había visto nacer se alejaba para dar paso al inabarcable océano, un mar que lo acompañaría durante el resto de las siete horas de pesado viaje que le quedaban hasta Londres. Desde allí, otras dos horas y media más de vuelo le dejarían a las puertas de su primera escala, Budapest, en la vieja Hungría, y otra hora y media más en coche para alcanzar la pintoresca localidad de Viségrad, a orillas del Danubio y con el amplio monte Fastness salvaguardando sus espaldas. A media altura sobre la ladera de la misma montaña, junto a la Torre de Salomón —erigida en el siglo XIII y en la que estuvo recluido entre el 1462 y 1474 el gobernador de Valaquia, Vlad Tepes, «el empalador»— el señor Barabas Varkas aguardaba la llegada de su huésped en una fortaleza medianamente acondicionada para la vida moderna, con no menos de cinco siglos yaciendo sobre sus gruesos sillares de granito.

—¿Y cuánto tiempo dice que lleva su empresa funcionando? —preguntó Broxton al flaco de Moore, su compañero inmediato de asiento.

Los tres viajeros se hallaban ocupando la misma terna de asientos: Broxton, el cadavérico Moore y Perkins «Sonrisa de Porcelana».

—¡Jerry! —interrumpió Perkins—. De tú, por favor. ¡De tú!

La alargada sonrisa artificial del bajito repeinado junto a su mirada de ojos nacarados rematados por unos iris tan negros como la misma noche, fustigaban el ánimo de Broxton con un latigazo de temor a cada sobreactuada palabra que brotaba de su reluciente boca. Moore guardaba silencio

—Claro, disculpa... —añadió con una sonrisa a medias.

—¡No hay problema! —exclamó—. Lo cierto es que fue el abuelo del señor Varkas el que iniciara esta sociedad allá por principios del siglo XIX.

—El abuelo, ¿a principios del XIX? —a Broxton no le salían las cuentas.

—¡Sí! El señor Varkas es bastante mayor —lanzó una de sus escalofriantes carcajadas—. Se conserva muy bien para la edad que tiene.

—¿Y cuál dices que será el primero de mis trabajos?

—Se trata de una labor de investigación, Jerry —respondió bajando visiblemente el tono de voz—. Nuestro anfitrión es un gran amante de la literatura antigua. Un gran coleccionista, podríamos decir.

—Tiene una biblioteca tan extraordinaria que enamoraría hasta al menos experto de los historiadores —Moore abrió la boca por primera vez desde que Broxton lo conociera en la cafetería de Tony. Su voz era tan suave como el frío tacto de su piel.

—¡Así es! —añadió Perkins—. La cuestión es que sería su abuelo el que, allá por mediados del XIX, iniciara la búsqueda de un conjunto de volúmenes de un carácter muy exclusivo.

—¿Exclusivo?

—Sí. Sólo se conoce una única copia de cada ejemplar.

—Entiendo.

—La cuestión es que son cuatro tomos en total. El abuelo Varkas logró dar con tres de ellos. El primero, el segundo y el cuarto.

—¿Y el tercero? —preguntó.

—Ahí es donde entras tú, mi querido Jerry —de nuevo sonrió y un escalofrío aterrizó sobre la espalda de Broxton.

—Vaya... —añadió el joven—. Pero, ¿ni el padre del señor Varkas, ni él mismo, han logrado encontrar indicios de dónde podría hallarse en la

actualidad? Quiero decir: ¿parto entonces desde cero?

—Los matices te los expondrá el señor Varkas con detalle esta misma noche cuando llegemos a la hacienda. ¡No tenemos tiempo que perder!

Moore sonrió y se sumergió en la indiferente lectura de un periódico local.

Al otro lado de la ventanilla, sólo el océano y el cielo. El sol observaba desde el otro flanco del aparato cómo Broxton se dirigía hacia el que sería el último de sus destinos en la tierra de los vivos.



Un hombre los estaba esperando a las afueras del aeropuerto de Budapest junto a un vehículo de alta gama color gris plata y de lunas tintadas. Tras un parco saludo a sus compañeros en su idioma natal y un «buenas tardes» a Broxton en un tosco inglés, el grupo se introdujo en el vehículo e inició la marcha hacia Viségrad.

Al menos, las últimas visiones que Broxton podría disfrutar horas antes del último de sus periplos vendrían cargadas de una belleza extraordinaria. Con el ocaso todavía rayando la cima de unas sierras abrigadas por un tupido manto de un verde intenso, la pequeña localidad de Viségrad se presentaba ante el extranjero como una coqueta villa medieval.

Despuntando la cumbre del monte Fastness, la inexpugnable ciudadela de Fellegvár vigilaba a los advenedizos desde las alturas. Resultaba evidente que se trataba de un elemento atractivo para el turismo y del que el mismo pueblo debía de estar lucrándose, pues no fueron menos de tres pintorescos albergues cuasi devorados por la naturaleza los que llegaron a encontrarse en su ruta de ascenso hacia el fortín del señor Varkas.

A mitad de camino, el vehículo cogió un desvío sin señalizar y se introdujo con cuidado por un sendero a duras penas escarbado entre la frondosidad de la arboleda, una verdosa espesura que poco a poco se iba dejando inundar por las tinieblas del anochecer.

Broxton bajó su ventanilla para deleitarse con el refrescante aroma de esa húmeda naturaleza colmada de verdor. Los bosques gozaban de un embrujo oculto que desde siempre había embriagado sus pasiones como si de una especie de atracción primordial se tratara. ¿Y es que acaso no había sido concebido ante la morbosa expectación de un bosque mancillado? ¿Y es que acaso no había dado su primer hálito a la sombra de una profunda arboleda? ¿Y es que acaso no se había criado junto a sus hermanas en el seno de la naturaleza?

Tras poco más de cinco minutos de lenta marcha por el embarrado camino, el vehículo se detuvo frente a las puertas de una fortaleza de marcado estilo gótico rumano, con sus torres engalanadas por altas y afiladas copas cubiertas de tejas de barro cocido. A la entrada, un plácido rumor de chapoteo los recibía manando desde una preciosa fuente de estilo barroco cubierta de una extensa y tornasolada pátina de musgo. El aire se revelaba perfumado por un suave aroma de pino y césped recién cortado.

Esperando pacientemente, una bella mujer de evidentes orígenes romaníes y elegantes vestiduras aguardaba frente a los amplios portones del castillo para darles la bienvenida.

—*Testvérek* —dijo la mujer a los acompañantes de Broxton agarrándoles fraternalmente de la mano.

—*Lánytestvér* —respondieron al unísono.

—Señor Broxton... —se dirigió entonces hacia el invitado en un perfecto inglés—. Bienvenido a la humilde morada del señor Varkas.

—Muchas gracias, señorita...

—Puede llamarme Lili —respondió mientras le extendía la mano.

En un instante, Perkins y Moore ya estaban cargando las maletas de su huésped hacia el interior de la fortaleza.

—Sígueme, señor Broxton. Por favor —la mujer cedió el paso al americano.

Nada más cruzar los altos portones de madera, un amplio y opulento vestíbulo se abrió ante los ojos curiosos de Broxton. Su ornamentación se le antojaba, cuanto menos, peculiar. De sus paredes colgaban gigantescos lienzos y enormes tapices que representaban escenarios impropios de cualquier rincón conocido de la tierra. Los paisajes que Broxton contemplaba plasmados en los frescos se hallaban inundados por una mezcla de tonos cálidos que viajaban desde el rosa pálido hasta el naranja crepuscular. En muchos de ellos llamaba poderosamente la atención un elemento discordante que sobresalía de la caótica armonía del paisaje como una insalvable nota de amargura: un círculo negro perfecto; un círculo negro rodeado de una corona de matices ígneos que en unas ocasiones se representaba de enormes proporciones, y en otras de un tamaño mucho más reducido. A Broxton se le antojaron las escenas como atardeceres protagonizados por un magnífico sol negro. Y la cuestión es que había algo en esas representaciones que lo aterraban tanto como lo seducían.

—¿Se encuentra bien, señor Broxton? —preguntó Lili con una preciosa sonrisa dibujada en su rostro de grandes y profundos ojos del color de los zafiros.

—Sí, sí. No se preocupe, Lili. Es que hay algo en ese cuadro que... Algo... No sabría cómo explicarle —Broxton farfullaba.

—Tranquilo —añadió acercándose aún más al invitado—. Eso es muy positivo para la empresa que le tocará acometer en breve —concluyó regalándole un amable apretón en el hombro.

La respuesta no hizo otra cosa que levantar aún más las suspicacias que Broxton llevaba cociendo a fuego lento desde que puso un primer pie en el avión.

«Qué hago yo aquí», se decía. «¡Escapar!», se respondía para calmarse. «¡Vivir!», añadía para recobrar las fuerzas.

Vivir... Pero qué tipo de vida le iba a tocar vivir. En pocas horas, el misterio iba a quedar resuelto.

—Por aquí, señor Broxton.

—Llámeme Jerry, por favor.

—Por supuesto, Jerry. Sólo si tú me tuteas a mí.

Aunque la figura de la mujer —intuida bajo el elegante vestido que gastaba— no aparentaba ser tan turgente como la de la bella Rizos de Oro, su rostro sí era tan hermoso y su mirada tan seductoramente ofídica, que Broxton no pudo evitar que se le acelerase el corazón.

«Ya estás otra vez», se decía. «Una chica te regala un gesto de simpatía y ya te vas a enamorar de ella», se recordaba. «¡Ni una más! Nueva vida, nuevo Jerry». Pensamientos mundanos hartos impropios para un infante de un reino olvidado que navega sobre el disco de acreción de un agujero negro supermasivo. Inadecuados para el fruto nacido del cruce entre la pasión primitiva de una novicia licenciada y los inefables caprichos de un dios indefinido. Minucias que pronto quedarían relegadas a uno de los muchos pasados que ya colgaban a las espaldas de la alargada historia del Príncipe Esqueleto, huérfano de padre, de madre, y de mundo.

—Aquí tomaremos la cena en unos minutos, Jerry —dijo Lili mientras señalaba un ancho y deliciosamente adornado comedor interior.

—Es precioso.

—Lo es —sonrió sin apartar la vista del camino—. Ahí está la biblioteca personal del señor Varkas —añadió apuntando con su mano hacia

dos enormes puertas que se mantenían cerradas—. Nuestro anfitrión desea mostrártela personalmente.

—Entiendo.

—Ahora sígueme por aquí. Subiremos al piso de arriba.

Bajo sus pies se extendía una escalinata cuidadosamente enmoquetada que ascendía hasta la planta alta del fortín. Los ojos de Broxton seguían dispersos entre los múltiples lienzos y tapices que adornaban cada una de las paredes. Algo poderoso comenzaba a agitarse dentro de su ser. Algo atávico y reconfortante. Algo familiar.

—La habitación del final del corredor es la del señor Varkas. La tuya es esta misma de aquí.

De las dependencias de Broxton salían con cierta premura Moore y Perkins después de haber dejado dentro su equipaje.

—¡Hola de nuevo! —exclamó el hombre bajito de sonrisa escalofriante.

—Hola —respondieron al unísono.

—Nosotros bajamos para abajo para ir haciendo los preparativos —añadió Perkins a la mujer.

—Claro, como no —le sonrió—. Abajo nos vemos.

—Hasta dentro de un rato, amigo... —concluyó Sonrisa de Porcelana alejándose mientras descendía por la artística escalinata.

—Dentro de tu habitación tienes artículos de higiene. Aséate, por favor. En treinta minutos el señor Varkas estará esperándote en el recibidor.

—De acuerdo...

A Broxton le parecía estar flotando en un sueño de cuento de hadas. De estar hacía tan sólo un par de días sumido en la inagotable desidia de la rutina y el conformismo más recalcitrante, a dar un giro de ciento ochenta grados y con sesenta mil dólares inyectados en una cuenta corriente que jamás había visto una cifra de más de tres dígitos. Qué tristeza que el sueño

acabara finalmente demudado en la más inconcebible de las congojas. Una ilusión que se disolvería para destapar una máscara de hueso en cuyas cuencas oculares se hallaba encerrado el vacío del inicio de La Creación.

A los treinta minutos, Broxton acudía a su cita.



—¡Hijo mío! —exclamó el anfitrión.

Barabas Varkas vestía una lujosa bata color negro de cordones dorados pendiendo sobre las solapas. A la altura de su corazón se adivinaba cosido un extraño sello que a Broxton le resultó imposible reconocer. El anciano le esperaba en el centro del mismo vestíbulo.

—Señor Varkas... —el americano aligeró el paso para acercarse hasta su anfitrión y estrecharle la mano.

—Bienvenido a la residencia de los Varkas durante los últimos trescientos años —el hombre le extendió una amplia sonrisa que tensó por unos instantes la flacidez de su rostro—. Por favor, haga de ésta su casa el tiempo que permanezca aquí, que ya le adelanto que será poco —volvió a sonreír lanzándole una mirada cómplice.

—Je, je... —Broxton no acababa de encontrar esa comodidad que el anfitrión y su séquito se empeñaban en concederle.

—Acompáñeme, por favor. Quiero enseñarle algo.

—¿La biblioteca, quizás?

—¡Exacto! —el señor Varkas lo miró con entusiasmo.

—Me lo dijo Lili.

—Imagino —añadió con un tono musical—. Y ¿ha tenido un buen viaje, señor Broxton?

—Bueno, bastante largo, la verdad. Estoy algo cansado.

—Lógico. Pero no se preocupe, querido amigo. Una vez cenemos, podrá disfrutar de su merecido descanso.

Las sutiles notas pausadas que el anciano introdujo al articular el «mercedo descanso» sembraron de tormento la mente de Broxton.

—Señor... Señ... —titubeó el americano.

—¿Sí?

Ambos detuvieron el paso.

—Eh... Verá, Señor Varkas —respiró hondo—. Discúlpeme la osadía, y más después de su gentileza, pero es que estoy un poco inquieto por todo esto que me está ocurriendo tan de repente. Supongo que me entiende.

—Claro que le entiendo —de nuevo le mostró a Broxton una amplia sonrisa paternal que lo reconfortó tanto como lo aterrizó.

—Que se molesten en localizarme, que hagan tantos esfuerzos por conquistarme y por traerme a esta ciudad desde el otro lado del océano, a gastos pagados y adelantando la mitad de un sueldo de ¡ciento veinte mil dólares! —el estupor y la angustia inundaban el rostro del americano.

—Yo también sospecharía, señor Broxton.

—Es que ha sido todo muy precipitado. Se han aprovechado de mi desgano vital, y claro, he cedido ante su generosa oferta. Pero ¡qué diablos! Es que incluso sabían de ese desgano vital mío....

El sacerdote agarró con una mano la solapa de su bata y apoyó la otra en el hombro de su huésped.

—Lo cierto es que usted quería venir aquí. Quería hacerlo mucho antes de que fuera siquiera consciente de ello. ¿O acaso me equivoco?

Broxton lo miraba en silencio, confundido.

—¿Cuánto tiempo lleva padeciendo esa insoportable alienación de sí mismo? ¿Cuántas veces ha pensado que ha nacido en el lugar equivocado?

Incluso en el tiempo equivocado.

El rostro de Jerry viajaba desde la sospecha hacia la sorpresa.

—¿Cuántas veces ha creído haber vivido vidas que no le pertenecen? ¿Cuántas veces se ha sentido viejo a pesar de gozar de una vigorosa juventud?

Broxton tragó saliva.

—Hagamos una cosa —añadió—. Si le parece adecuado, permítame enseñarle el extraordinario contenido de mi biblioteca; deme la oportunidad de mostrarle el motivo por el que usted está aquí. Si no logro convencerle, créame que es libre de regresar de nuevo a su insípida vida. Es más, yo mismo le costearé el viaje de vuelta y ni siquiera le requeriré la devolución del adelanto. Le doy mi palabra de honor.

Las suspicacias de Broxton parecían ceder ante tan asombrosa muestra de seguridad.

—Sólo concédame unos minutos más antes de tomar ninguna decisión de la que finalmente pueda arrepentirse.

—Claro... —se le había secado la garganta—Tiene toda mi atención.

El anciano empujó con cierto esfuerzo las pesadas puertas de madera que conectaban la estancia con el corredor de la planta baja. Un denso y arrebatador aroma a antigüedad y recogimiento inundó por completo las fosas nasales de Broxton.

Centenares de volúmenes, si no miles, se repartían agrupados en amplias estanterías que se elevaban hasta el mismo techo de la fortificación. Desde su posición, Broxton podía comprobar cómo en la planta de arriba también había una entrada al corredor principal, amén de una suerte de ancha y robusta pasarela en volandas que rodeaba toda la estancia y que permitía acceder a los anaqueles más aislados. El interior se adivinaba iluminado por una única y ciclópea lámpara de forja que pendía del techo, y por la que

se repartían un sinfín de tenues bombillas eléctricas.

—¿Qué le parece, señor Broxton?

—Magnífico... —alcanzó a decir.

—Mi familia ha ido nutriendo esta biblioteca durante decenas de generaciones. En ella se encuentran ejemplares cuyos orígenes se remontan a eras primordiales —el señor Varkas acompañaba a su huésped en un cómodo paseo por toda la estancia—. Fíjese en este dato curioso: sólo una de las múltiples colecciones que aquí reposan sería la que absorbiera sin remedio la atención de mi respetable abuelo. Y la cual, más tarde, también lo haría con la mía propia.

Broxton escuchaba con atención la presentación de su anfitrión sin dejar de maravillarse por la aparente antigüedad de la gran mayoría de los ejemplares que sus ojos localizaban.

—Sígame, por favor —añadió—. Es esa colección de la que le hablo, señor Broxton, la que ha motivado su reclamo —el anciano sonrió a su invitado con un exceso de paternalismo.

Ambos se dirigieron hacia un estante a media altura en el que claramente se adivinaba una ausencia. Dos ejemplares quedaban a la izquierda: «I» y «II». Uno más, a la derecha: «IV». El señor Varkas apoyó la punta de sus dedos en el espacio vacío, dejando sus huellas grabadas sobre la fina película de polvo que revelaba la longevidad de la carencia.

—El Número Tres, señor Broxton. El Número Tres.

—Entiendo —respondió—. ¿Y podría preguntarle, sin querer parecer insolente, qué tiene ese libro a cuyo estudio tanto tiempo dedicara su abuelo, y por lo que me comenta, también usted?

—¡No!, querido amigo —el anciano soltó una fugaz carcajada—. Creo que no me he explicado con suficiente claridad. Tanto mi abuelo, como yo, dedicamos nuestros años más prósperos al riguroso estudio de los

ejemplares que poseemos. Pero nos falta el tercero. ¡El tercero! —su rostro demudó durante unos instantes de la afabilidad al fanatismo contenido—. Y créame, señor Broxton, créame: el tercero es la pieza más importante para ese propósito que mi abuelo inició. Ese propósito definitivo que llegó hasta mí como su legado.

—De acuerdo —respondió con cierto reparo—. Pero, ¿cabría alguna posibilidad de satisfacer en parte mi curiosidad sobre su contenido? Comprenda que, si voy a iniciar una búsqueda... ¿local? —el anciano negaba con sorna—¿Nacional? ¿Continental? —ahora sonreía sin dejar de agitar la cabeza—¿Mundial?!

—Incluso más allá, me atrevería a decir —respondió Varkas.

A Broxton le asaltó un escalofrío.

—Bueno... —titubeó—. Entonces, como le decía, que sería interesante que me adelantara algo de su contenido. Creo que eso haría más fácil mi trabajo. Tenga en cuenta que siempre he sido contable, no marchante de literatura antigua.

El señor Varkas vomitó una sonora carcajada que todavía quedaría resonando por la biblioteca durante algunos segundos más.

—Contable... —sus ojos se le antojaban empapados de la risa—. Permítame que le muestre algo, señor Broxton —hizo una prolongada pausa para recuperar el aliento—. Esto nos dirá, en realidad, qué es usted. ¡Quién!, es usted.

Broxton quedó absorto ante su lapidaria cuestión.

El anciano cogió el primero de los cuatro volúmenes y lo abrió por la mitad sobre su mano izquierda. Después, recorrió con extremo cuidado varias páginas hacia el comienzo del texto. Mientras navegaba con sus ojos sobre las innumerables líneas, el señor Varkas lanzaba a su invitado miradas fugaces que quedaban subscritas por una condescendiente sonrisa.

—Aquí está... —concluyó.

El hombre agarró el libro con ambas manos, y con un rápido y ágil gesto —impropio para tratarse de un volumen tan pesado— lo volteó para dejar un par de páginas específicas enfrentadas al inadvertido escrutinio de Broxton. En una de ellas se presentaba grabado un enorme símbolo que ocupaba el centro de la primera de las hojas.

—¿Eres tú, Malaquíás? —espetó.

Malaquíás.

Broxton se vio asaltado de repente por un aluvión de recuerdos latentes. Imágenes de un mundo sumido en un crepúsculo inextinguible; de metrópolis inertes inundadas de edificios ciegos del color de la ceniza, cuyas estrechas avenidas desembocan en plazas silenciosas en las que los maestros artesanos conceden libertad a su espantosa imaginación.

Malaquíás.

Imágenes de una colina oscura que se eleva en mitad de una insondable arboleda; de hermosas y jóvenes hechiceras que saltan y ejecutan sus danzas paganas para reclamar la atención de los dioses olvidados.

Malaquíás.

La imagen de su primer amor. La estampa del rostro de esa púber campesina cuya inocencia le impedía adivinar que en su seno se hallaba el hijo de un príncipe repudiado, si no el mismo príncipe.

Malaquías.

La imagen de una anciana tan vieja como la naturaleza; de una mujer que le cuidaba como una madre y que le instruía en la dominación de ese poder de otro mundo que bullía descontrolado en el centro de su corazón. El poder de atemorizar a las masas; el poder de apaciguar a las bestias y de controlar a las alimañas; el poder de embriagar los corazones. La imagen de una mujer que le enseñó a leer su destino en las estrellas más esquivas, aquellas que se adivinaban ocultas a los indignos ojos del hombre. La imagen de una anciana que le regaló su primer nombre.

Malaquías.

La imagen de una muerte y una resurrección como hijo de una campesina; de una vida de labranzas y escaseces, de rechazos y de temores. La imagen de un nuevo renacer desde el seno de otra mujer; de otra vida de infortunios; de otra vida de lucha. Y otro ocaso al final del recorrido, y otro amanecer más en el cuerpo de una niña. Y otro más. Y otro, de nuevo un niño. Y otro, y otro más... Y, entonces, Broxton.

Malaquías.

El muchacho acababa de contemplar el Signo de Yghaygha, el sello de su padre desde el otro lado del cosmos, y nada pudo hacer su entereza ni su incredulidad para luchar contra tan poderosa bofetada de revelación. En tan sólo un instante, Broxton había acabado descubriendo lo que desde siempre intuyera. Él no era de aquí. No era de esta era, no pertenecía a ningún tiempo. No era fruto del huevo y la semilla. Broxton era el príncipe de un

reino venerado, un infante en tierras deshonrosas; un huérfano de mundo que debía regresar a casa, junto a su madre, y al lado de aquella entidad majestuosa de cuya simiente floreció.

Broxton ya no era Broxton, no lo sería nunca más. Era Malaquíás. Malaquíás, hijo de Yghaygha y de Eloisse Duclaire. Malaquíás... Y Malaquíás terminó en el suelo, derrumbado, inconsciente. Y el señor Varkas se deshizo entre sonoras carcajadas de triunfo.



Una luz mortecina comenzaba a colarse entre las estrechas rendijas que los párpados de Malaquíás dibujaban sobre sus ojos. El eco sordo y amortiguado de unas voces familiares se habrían pasado en su cerebro confundido.

—Eh... Ah... —balbuceó.

—Tranquilo, hijo mío —añadió el señor Varkas apoyando su mano sobre el pecho del que una vez fuera Broxton.

El joven yacía sobre un lecho de hierro en forma de rejilla. El catre quedaba colgado del techo a través de un enrevesado invento mecánico de poleas y cadenas que parecía extenderse hacia una manivela que se adivinaba conectada a una enorme rueda dentada. Los ojos del muchacho, abiertos ya en gran medida, recorrían la estancia con lentitud tratando de reconocer el malicioso lugar al que habían trasladado su cuerpo inconsciente.

—Aquí comienza tu penúltimo viaje, Malaquíás. Al fin, regresarás a casa. Pero antes, deberás hacer un trabajo para mí.

El hombre giró la cabeza para contemplar su alrededor. «Mierda»,

pensó. Tras una leve agitación reparó en que se hallaba encadenado de pies y manos a la rígida y basculante estructura que pendía del techo. Su cuerpo desnudo se adivinaba salpicado de asombrosas figuras tan insólitas como ese símbolo que había logrado robarle la consciencia durante un lapso de tiempo indeterminado.

La bella Lili caminaba de un lado a otro de la pequeña estancia —la cual, al muchacho se le antojaría como una especie de recinto subterráneo bajo la fortaleza—. En esta ocasión, la mujer se presentaba ataviada con una pesada túnica negra.

Con esfuerzo, el muchacho inclinó lo que pudo la cabeza hacia atrás: trataba de localizar el origen de los susurros que en ese momento llegaban hasta él, y que parecían brotar desde uno de los extremos de ese cubículo tenuemente iluminado por el reflejo de unas cuantas antorchas empapadas en aceite. Ahí estaban, cabeza abajo desde su perspectiva, el pequeño Perkins y el largo Moore, farfullando entre murmullos en un habla extraña, vestidos tan negros como lo estaba su compañera.

—¿Recuerdas ese libro del que ayer te hablé, hijo?

«¡Ayer!».

El muchacho miró al señor Varkas y asintió sin articular ninguna palabra. El anciano vestía ahora una espesa túnica de un blanco immaculado ornamentada por dos pesadas ínfulas negras repletas de símbolos dorados.

—¿Recuerdas ese tercer volumen de una colección incompleta?

Volvió a agitar la cabeza, asintiendo.

—Ese libro debe descansar bajo el techo de la biblioteca de mi familia —continuó—. En mi mano queda ahora el dejarte a las puertas de tu anhelado hogar, Malaquías. Será entonces que recorrerás el largo trecho que te separa hasta uno de los Doce Templos donde tu padre aguarda el fin de los tiempos. Pregúntale, ruégale como el príncipe que eres que te conceda

una brizna de su omnisciencia. Reclámale la ubicación del tomo número tres.

Malaquías lo miraba, silencioso, conmocionado por el carácter de sus imperativas instrucciones. El crepitar de unas ascuas removidas por su flanco izquierdo logró distraerlo durante unos instantes: Lili agitaba algo dentro de una pequeña vasija colmada de hulla incandescente.

—No... No entiendo nada —dijo el muchacho entre susurros.

—Entenderás, hijo mío. Entenderás. Cuando hayas traspasado el umbral. Las ascuas volvían a agitarse a la siniestra del atormentado.

—Una vez tu omnipotente creador te haya mostrado el camino hasta mi ansiada reliquia, retornarás a este mundo insignificante y me conducirás hasta ella.

Broxton volvía a tomar las riendas de la consciencia que gobernaba los propósitos de ese cuerpo encadenado y desnudo. Malaquías no dejaba de ser un vestigio de una de sus vidas pasadas. De la primera, cierto era; de la original, también. Pero había muchas otras después de ésta, y muchas décadas las que habían pasado desde aquel entonces. Y sin embargo, la última, la más fresca, la más piadosa, resultaba ser la de Broxton.

—Esto es una locura —añadió tratando infructuosamente de zafarse de sus pesadas ataduras—. Por favor, suélteme. Déjeme marchar —el lecho de hierro se balanceaba ligeramente en el aire con cada uno de sus movimientos—. No hace falta que me pague el viaje de vuelta. Yo mismo lo haré y le devolveré de inmediato los sesenta mil dólares. Pero, por favor, déjeme ir.

Broxton echó un rápido vistazo de soslayo al estrecho vacío que se abría bajo el enrejado. Los reflejos de las antorchas bailaban sobre la cristalina superficie de lo que parecía ser un amplio pilón construido de roca y lleno de agua hasta casi rebosar.

—Ya no hay espacio para la vuelta atrás, Malaquíás.

—No me llame Malaquíás, viejo —la paciencia del muchacho había cedido el lugar a la desesperación—. Soy Jerry. ¡Jerry!

El anciano sonreía.

—Irás hasta el seno de tu padre, y en la noche en la que las estrellas resulten favorables, volverás para llevarme hasta el libro.

—No lo haré. ¡Sáqueme de aquí!

Cuanto más se removía Broxton en su cama de hierro, más se balanceaba el artilugio.

—Lo harás, Malaquíás.

Al muchacho le asaltaron de nuevo sus manidas debilidades. «¿Ves? Deberías haberte quedado donde estabas, en tu puesto de contable. Mediocre, precario, infravalorado. Sí. Pero seguro».

—No puede obligarme.

—Sí que puedo —dijo Varkas sin dejar de sonreír.

Las ascuas volvieron a agitarse y Broxton notó a su izquierda un cálido resplandor que se acercaba.

«Era un sueldo miserable. Problemas a diario. Pero ¿no era acaso un trabajo? Por eso le llaman “trabajo”, porque no gusta».

Lili llevaba en su mano un atizador de metal sujeto por su base con un grueso trapo de tela oscura. La punta, ornamentada con un complejo sello circular, refulgía con escalofriante incandescencia.

—¡Cielos, no! ¿Me vais a marcar como a un caballo?

Broxton sacudía sus miembros con desesperación. De sus muñecas y tobillos comenzaba a manar la sangre por el desgaste de la piel contra los grilletes.

—No sufras, hijo mío —el sacerdote agarró con cuidado el marcador al rojo vivo—. Tu angustia será breve.

Broxton recostó la cabeza sobre el enrejado, exhausto. «Los cementerios están llenos de valientes», se repetía.

—Y con este sello yo te obligo a cumplir con la empresa que te he encomendado. Buscarás el libro. Me llevarás ante él.

La marca se acercaba lentamente hacia un hueco en el pecho de Broxton que había quedado libre de símbolos de un modo deliberado, listo para hacer de cuna para el signo de fuego.

—*¡Ieeeeeeegh!*

El olor a carne quemada inundó en un instante toda la estancia. El oficiante vomitaba por su vieja boca palabras articuladas en un idioma maldito desde su origen. Los ojos del muchacho quedaron sumidos en lágrimas mientras la consciencia de Malaquías luchaba por escapar de las sombras a las que Broxton la había enviado.

—Bájalo —espetó el señor Varkas a Perkins Sonrisa de Porcelana.

El hombre agarró la manivela y tiró de ella con fuerza para desatracar el mecanismo. Tras un breve lapso en caída libre, el lecho de metal al que se hallaba sujeto el muchacho se estampó contra la superficie líquida y terminó yaciendo sumergida al fondo del pilón. El agua rebosaba por los bordes del baño como una cascada oscura tratando de escapar de la muerte.

—El agua, fluido universal que no entiende de eras ni de propósitos, será tu umbral para alcanzar el reino cuyo acceso te fue en otros tiempos prohibido —las palabras del viejo llegaban hasta los oídos de Broxton amortiguadas por una decena de palmos de líquido.

Ya no le ardía el pecho. Ya no se lamentaba. Ya no pensaba en su vida pasada. Sólo contaba los segundos antes de que La Parca se presentara ante él para reclamarlo. Pero no. No era ese un proceso de muerte. Era ese un proceso de renacimiento.

Y entonces Broxton se vio a sí mismo separado de la realidad a través

de una cortina húmeda y etérea tras la que se levantaba un imperio del silencio; un aislado reino de expiación sumido desde el inicio de los tiempos en un eterno atardecer rosado...

«El libro».

Capítulo XXIII

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...

Uhm togoth, Ygha...

El sumo sacerdote levantó su mano y todos quedaron en silencio. Junto a él, el Príncipe Esqueleto observaba desde sus cuencas marchitas y vacías cómo la desgastada pareja de advenedizos se acercaba lentamente hacia el grupo.

Bud Preston trataba de caminar con una sola pierna lanzando dolorosas cojeadas mientras se apoyaba casi por completo en los maltrechos hombros de su amigo Jim. A espaldas de ambos, el larguirucho de Moore marcaba con su revólver el lento paso de esa reducida procesión del arrepentimiento.

—¿Papá? —sollozó el pequeño Buddy, girando lo que pudo su cabeza.

—Tranquilo hijo... Ya ¡ah...! Ya estamos aquí —le respondió con los ojos vidriosos.

—Pero ¡qué hacen aquí este par de insensatos! —exclamó Barabas Varkas, sumo oficiante del aciago aquelarre.

—Los encontré agazapados entre las sombras, *Tanáar*. Trataban de quitarle la vida con esto —dijo mientras levantaba el arma del jefe Copley, todavía cargada pero sin amartillar.

—Maldita sea... —maldijo el sacerdote—. Pero ¿qué necesidad tenéis de ser testigos de tamaña crueldad? —añadió mirando a la pareja mientras señalaba con su mano al muchacho sollozante en el centro del círculo—.

Esta criatura va a perder la vida esta noche por un bien mayor, ¿y vosotros queréis ser espectadores de esta espantosa revelación? Ni siquiera estáis preparados para asumir la pérdida de una vida tan irrelevante como la de este niño, ¿y venís a inundar vuestros ojos de imágenes que vuestros exiguos cerebros serían incapaces de imaginar?

Copley trataba con todas sus fuerzas de sostener a su amigo, pero aún se hallaba demasiado fatigado.

—No puedo, Bud... —musitó Jim.

Y ambos se dejaron caer en el suelo, lentamente. Moore no dejaba de encañonar sus cabezas.

—No hemos venido a ser espectadores de nada... —Preston intentaba contener el insoportable dolor que fulminaba su tobillo como si una aguja incandescente lo estuviera atravesando—. Hemos venido para llevarnos a mi hijo, y si todavía fuera posible, a acabar con todos vosotros, panda de dementes hijos de puta.

Copley apoyó su mano en el muslo de Preston y lo apretó con la muda intención de apaciguarlo. Aún no tenía claro si se trataba de un arrebató de valor o de locura. Lo más seguro, de ambos.

—¿Dementes? —exclamó el sacerdote—. ¡¿Dementes?! —repitió—. Nos llamáis locos porque vuestros cerebros son primitivos y débiles, como lo es este insignificante pedazo de tierra que ahora tengo entre mis manos — se agachó y recogió un puñado de barro compactado.

»Creéis tener control sobre vuestra existencia, pensáis que lo vivo y lo muerto os pertenece. Usáis la ciencia de lo conocido para tornar en alcanzable lo desconocido: sólo os basta estirar un poco más el brazo para rozar con la punta de los dedos eso que apenas sois capaces de imaginar.

»Y sin embargo, cuando la osadía de algunos hombres despierta fuerzas más antiguas que su propio origen, y más indomeñables que el continuo fluir

del universo, es cuando lanzáis a vuestros soldados mecanizados a combatir contra los monstruos y a vuestros sacerdotes de academia a luchar contra el mismísimo Diablo, armados con la más bendita de las aguas benditas y la más inmaculada de las cruces inmaculadas.

La multitud se mantenía absorta ante la vehemente exhortación del sumo oficiante, el cual caminaba ahora con parsimoniosa seguridad alrededor del amplio círculo del ritual.

—Los enviáis a luchar ¡contra el Diablo!

Barabas Varkas estalló en carcajadas.

—No ha lugar para el Diablo en un universo que no le pertenece. No existe amparo para un ser inferior ante entidades tan extraordinarias como primordiales. ¡Y nos seguís llamando locos!

El sacerdote seguía recorriendo el círculo sin dejar de mirar a la desesperanzada pareja.

—*¡Tanár!* Guíanos hasta esa verdad oculta a nuestros sentidos. Haznos merecedores de su misericordia —la hermosa Lili sollozaba de fanático entusiasmo.

—Para eso estamos aquí en esta noche tan esperada, hija mía. Una noche en la que las estrellas más fatales han alineado sus deseos hacia nuestra causa. Una noche que no volverá a repetirse hasta dentro de otros trescientos dieciséis años.

—*¡Iä! ¡Iä!* —exclamaron todos los acólitos como un orfeón demencial.

El sumo sacerdote, henchido de gozo y de satisfacción, se acercó triunfante hasta poco más de cinco pies de la pareja de invasores.

—Pienso satisfacer tus deseos esta noche, americano —espetó con severidad sin dejar de mirar a los ojos vidriosos de Preston—. Al terminar el ritual, serás libre de llevarte a tu hijo, si así lo precisas.

—¡Sano y salvo! —exclamó el jefe Copley.

El oficiante deshizo sus pasos sin hacer nada por ocultar un incipiente gesto de tristeza.

—Voy a matarte, viejo chiflado hijo de puta. ¡Pienso sacarte las tripas!
—gritó Preston desconsolado mientras trataba en vano de ponerse en pie.

—¡Espera! —espetó el sacerdote a su acólito Moore al intuir el disparo en el cráneo que daría por zanjado el debate.

Varkas se acercó al círculo y le hizo un gesto con la mano al más poderoso de sus siervos. Un puñado de palabras amargas brotó de la boca del anciano en esa lengua pestilente que sólo alcanzaban a comprender él mismo y su Príncipe Esqueleto.

«Que lo vean», sentenció el viejo mirando a las cuencas vacías de su interlocutor.

Ese monstruo que una vez fuera Broxton y que ahora cabalgaba sobre el cuerpo de un difunto aún aguardaría inerte durante unos segundos más antes de mover alguno de sus dedos marchitos. Sus ojos intangibles no podían evitar mirar a ese chiquillo que se deshacía entre lágrimas y ruegos.

«¡Que lo vean!» Exclamó esta vez.

La criatura levantó una de sus manos y elevó en el aire sin esfuerzo los cuerpos del par de atormentados. Aunque trató de hacerlo esta vez con el mayor de los cuidados, sus gemidos de dolor resultaron audibles a varios centenares de pies a la redonda. Y es que su poder no entendía de tejidos ni de carne. Entendía de huesos. De huesos y de belleza. Ambos terminaron depositados a pocos pasos del núcleo del martirio.

—Papá... Papá... Papá... Papá... —el pequeño Buddy no era capaz de articular una palabra que no fuera la mención de su progenitor. Nunca le había fallado. ¡Nunca! Salvo esta noche.

El rumor incesante de esa marea negra que inundaba el bosque a su avance cesó en un instante de un modo espontáneo. Una vez inmóvil, el

corazón de la arboleda quedó transfigurado en un islote tenebroso en el que la atmósfera se revelaba colmada de un hedor cadavérico; como una isla flotando a la deriva sobre un océano de oscuridad cósmica, y en cuyo seno pretendían abrirse accesos a senderos que desembocan en feudos infernales.

—Y el umbral de la esperanza será ahora abierto para todos nosotros — dijo el oficiante deshaciendo con tranquilidad sus pasos hasta el borde de la colina negra.

—*Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...*

—Y tras la puerta, una de sus hermosas custodias saldrá a recibirnos.

—*Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...*

Preston miraba a su hijo sin poder contener las lágrimas, de rodillas y aún paralizado por el poder de ese príncipe rechazado. Copley apretaba sus mandíbulas casi hasta el punto de hacer crujir su dentadura tratando de zafarse de la presa invisible. No podía. Era como si sus huesos se hallaran soldados a alguna clase de estructura etérea pero inamovible.

—Y La Oteadora escuchará nuestras palabras y aceptará nuestra joven ofrenda —añadió señalando con su mano al pequeño Buddy.

—*Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...*

—Y será entonces que me concederá el permiso para atravesar el límite entre lo real y lo irracional.

—*Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...*

—Y las huestes de codiciosos operarios evitarán mi carne porque ese será el designio de Su Señora.

—*Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...*

—Y los maestros artesanos rehusarán mis huesos porque así se lo ordenará su príncipe.

Broxton —o el cadáver andante..., o quiénes diablos fueran todos aquellos que perpetuaron el espíritu de Malaquías durante siglos— tan sólo

miraba a su viejo secuestrador con sus ojos inmateriales. Tan sólo guardaba silencio.

—*Uhm togoth, Yghaygha fn'gor...*

—¡Que así sea! —sentenció Barabas Varkas.

—*¡Iä! ¡Iä!* —respondieron como una coral del inframundo.

El sacerdote espetó unas últimas de sus incomprensibles palabras y las pocas estrellas que todavía se intuían en el firmamento escaparon dejando un amargo espacio vacío.

La luz rugiente de las cuatro enormes hogueras de aceite quedó de repente absorbida por una volátil negrura que manaba sin freno desde la espantosa colina. A su vez, el sonido de la naturaleza se redujo únicamente a las estruendosas sacudidas del corazón de Preston, un músculo que nada iba a poder hacer ya distinto de contemplar el aciago final que le esperaba al más deseado de sus retoños.

Bud recordaba a los héroes de las películas de fantasía. Rememoraba el modo en que, asaltados por una rabia irrefrenable, acababan bendecidos por una energía providencial que emergía desde el fondo de su alma alimentando sus músculos hasta romper las cadenas que los retenían. Pensaba en esas poéticas escenas en las que el amor vencía sin esfuerzo a las huestes del mal. Reflexionaba sobre cómo la luz brillante terminaba desterrando los temores. Y gritó. Bud Preston gritó de rabia. Gritó con todas sus fuerzas. Gritó con el incontenible deseo de que esa anhelada llama divina inflamara su alma y derribara de un manotazo el imperio de las sombras. Gritó con la esperanza de que la piedad triunfara sobre la adversidad. Pero no hay lugar para dioses bondadosos en un universo caprichoso creado para distraer a unas cuantas entidades irrazonables. El bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, el pecado y la rectitud, la mácula y la pureza, lo escaso y lo excesivo, el altruismo y el egoísmo, el individuo

y la comunidad. Nada. Nada posee un sentido en un cosmos gobernado por seres para los que el hombre no es sino una brizna de polvo de estrellas en un torrente de tiempo inagotable; en un torrente sobre el que navegan a su antojo sin importar la dirección ni la intención. Colosos inimaginables sobre cuyos hombros descansan unas leyes universales nacidas del tedio y el antojo.

Y Preston volvió a gritar.

Y el mundo siguió con su inevitable curso.

Una fisura de un tenue resplandor rosado comenzó a marcarse sobre la negra ladera. De pronto, el hedor de un universo antinatural comenzó disimuladamente a filtrarse entre las tinieblas. La brecha se extendía horizontalmente mientras que otra más pequeña iniciaba su apertura a una decena de pies sobre la primera.

El aquelarre entero guardaba silencio. Como dos soles que rasgan el horizonte al alba, un par de lágrimas de euforia empezaron a brotar empapando los ojos del viejo Varkas. Las hogueras retomaron su resplandor y el vapor azabache regresó a la fuente desde la que se había originado.

La superficie de la colina oscilaba en todas direcciones de un modo grotesco y abominable, como un mórbido océano semiesférico de aspecto gelatinoso. La espantosa marea de magma negro que los rodeaba se agitaba y burbujeaba a lo largo y ancho de ese irresoluble laberinto de troncos inundados que ahora resultaban los bosques de Allenton.

Y de repente, tras un gorgoteante y nauseabundo estruendo, las dos cicatrices sobre la ladera acabaron de rasgar la superficie y la loma dejó abierta una boca monstruosa coronada por una ciclópea oquedad ocular. Una explosión de fetidez abordó las fosas de los participantes: no menos de un tercio de los acólitos acabó por vomitar ante tal derroche de pestilencia. Copley trató de contener la náusea mientras que Preston batallaba por

respirar contra la insufrible aflicción que oprimía su pecho. Y sin embargo, las mejillas de Varkas aún permanecían húmedas por sus lágrimas de triunfo.

El pequeño Buddy había dejado de llorar. Sólo miraba el enorme vacío que había quedado abierto a sus pies, esperando para devorarlo.

A la vista del aquelarre se presentaba ahora una profunda garganta de paredes carnosas y retorcidas en cuyo distante final —al igual que se intuía a través de ese ojo abierto sobre las enormes fauces desdentadas de la colina— se adivinaba todo un reino rosado sumido en un eterno atardecer, forma inabarcable de un dios atemporal que danza por capricho alrededor de una estrella muerta.

—¡He aquí, hijos míos! ¡He aquí la puerta al *conocimiento verdadero*!

La arenga quedó interrumpida por otro vómito de uno de los sacerdotes. Por el contrario, la hermosa Lili estaba fabricada de otra pasta muy diferente, estaba hecha de una masa ponzoñosa fermentada por el fanatismo. La mujer observaba con ojos de júbilo el flácido rostro de su maestro admirando la consecuencia de sus obsesiones. Por unos instantes, incluso llegó a padecer un arrebató de clímax orgásmico que la obligó a comprimir con fuerza su entrepierna con los muslos.

—¡He aquí el acceso a la *auténtica salvación*!

—*Iä...* —los vítores perdían el fuelle a causa de la náusea.

Había algo en ese insano espectáculo que empezaba a atemorizar a la muchedumbre. Y es que no todos los acólitos se hallaban preparados para lo que quedaba por venir.

—¿Adónde vas?

El flaco de Moore apuntó con su arma a uno de los discípulos que había terminado vencido por el terror. Sin mediar palabra, el zelote abandonaba el círculo y trataba de escabullirse entre las sombras.

—Vamos a morir... Vamos a morir... —repetía el siervo tras quedar paralizado ante la amenaza de su socio de herejías.

—No vamos a morir, hermano. Vamos a ¡vivir! —añadió con su voz aterciopelada.

Una sombra difusa comenzaba a adivinarse atravesando el extremo opuesto del extenso y carnoso túnel que se abría sobre la ladera negra.

—No. Vamos a morir aquí. Tú y todos los que estamos aquí —repitió el acobardado sacerdote.

—¿Ahora piensas abandonar, hijo mío? —interrumpió el viejo Varkas—. ¿Ahora que te hallas a las puertas de la salvación?

Una silueta rosada comenzó a tomar forma a medida que su bamboleante cuerpo se acercaba al umbral de salida de la espantosa garganta. Nadie había reparado aún en su constante aproximación. Nadie, salvo el príncipe. Y no sólo había percibido el paso firme de la repulsiva criatura que se apresuraba a recibirles, sino que había sido advertido por el murmullo del bosque de la existencia de otra maligna presencia adicional, la cual, esta vez, se negaría en rotundo a confesar.

—Esto no es la salvación, Tanár —respondió el temeroso discípulo—. Esto es el infierno sobre la tierra.

La bella Lili sintió un gélido escalofrío recorriendo su espina dorsal: un malsano y gutural canturreo resonaba ahora a sus espaldas. Se giró lentamente, y entonces la vio.

—¿El infierno? —dijo Varkas—;¿El infierno?! —se hallaba especialmente molesto.

—Vamos a morir todos... —repitió.

Lili no pudo evitar orinarse encima cuando una de las enormes manos de La Oteadora se agarró con sus finos y alargados dedos al borde de la puerta para facilitar el acceso entre los dos mundos. Copley y ambos Preston

quedaron petrificados de horror, pues su rígida perspectiva los obligaba a contemplar el monstruoso espectáculo que se representaba delante de sus ojos.

—Está bien —espetó el sumo sacerdote—. Si vamos a morir todos, entonces tú lo harás el primero —le hizo un gesto severo al cadavérico Moore.

—¡Aieeeeeggghh!

El estallido del disparo de la pistola del fanático quedó disimulado por el grito de pánico de la hermosa Lili. Mientras que el insolente traidor caía derribado al suelo a causa de un pedazo de plomo que había hecho de su cerebro una pulpa inconsistente, La Oteadora había logrado al fin abandonar por completo su mundo crepuscular para terminar apoyando sus alargados y rosados pies en la tierra de los vivos.

Todos giraron sus cabezas a la vez para contemplar la irresistible belleza de ese ser que llegaba a nuestro mundo para reclamar lo que los versos malditos cantados por el viejo Varkas le habían prometido.

Era aquella una hermosura tan insoportable, que la mandíbula de uno de los siervos quedó irremediabilmente desencajada y ambas mejillas rasgadas desde las comisuras, en un antinatural esfuerzo por abrir la boca a causa de la sorpresa. Era aquella una hermosura tan insoportable, que el largo pelo azabache de otra de las discípulas tornó hacia un pálido cenizo en menos de lo que dura un avemaría. Era aquella una hermosura tan insoportable, que el siervo a las espaldas de Preston y Copley introdujo todos sus dedos en sus ojos y los arrancó de las cuencas con una seca y rotunda sacudida. Era aquella una hermosura tan insoportable, que el propio Varkas apenas lograba tragarse su viscosa flema de satisfacción.

La criatura era femenina, de eso no cabía duda. En su figura se intuía la seductora sinuosidad de las mujeres, pero sus proporciones resultaban

antinaturales y espeluznantes. Con poco más de diez pies de altura, La Oteadora caminaba en una suerte de postura agazapada que marcaba espantosamente los filos romos de los toscos huesos que se adivinaban bajo su rosada y elástica piel semitransparente. El supraser se les presentaba completamente desnudo: unos tímidos senos sin pezón pendían de un pecho formado a través de un alargado y estrecho costillar. Entre sus piernas se intuía una lampiña vulva vestigial abandonada a la vanguardia de unas sus enjutas y tensas nalgas. Sus brazos largos y huesudos terminaban en un par de manos esqueléticas en las que se distinguían todo un complejo enredado de vasos sanguíneos y terminaciones nerviosas dibujados bajo una fina y translúcida piel sonrosada. Su espalda quedaba sostenida por una amplia y robusta espina dorsal de color castaño que brotaba de su reducida carne hacia el exterior, y cuya textura y consistencia se asemejaba en gran medida a la rigidez del caparazón de una tortuga, aunque, a pesar de ello, lograba flexionarse y articularse con asombrosa facilidad. La alargada protuberancia queratinosa de la espalda conectaba en su parte más inferior con un grueso y pesado cable de textura ósea que se extendía hasta el mismo extremo opuesto del umbral, y que actuaría, muy probablemente, como un cordón umbilical con su reino crepuscular que abastecería al engendro de los inconcebibles nutrientes que un cuerpo tan inexplicable pudiera necesitar.

Y su rostro, ese amplio espacio vacío y oblongo sobre el que se dibujaban dos enormes esferas carmesí que miraban, a la vez, en todas direcciones y en ninguna. Ese enorme cráneo con forma de gota de lluvia engalanado en su copa por una miríada de membranas escarlata bailando al compás de lo que fuera aquello que bombeaba el líquido que sostuviera la vida sobre ese organismo.

El ser acercó sus enormes ojos a las cuencas marchitas del cuerpo que

habitaba su Príncipe Esqueleto, y con un acto silencioso e inexpressivo de absoluta reverencia y sumisión, La Oteadora procedió a escudriñar a la joven Lili.

Belleza contra belleza. Hermosura contra hermosura. Ojos carmesí contra ojos del color del cielo. El capricho contra el terror. El poder contra el sometimiento.

—*Mi Señora. Vuestro leal servidor os saluda* —dijo Varkas en esa lengua impronunciable que sólo él y el príncipe conocían—. *Aquí os traigo la ofrenda prometida* —añadió señalando al muchacho encadenado al suelo—. *Su esencia es pura y su hueso inmaculado.*

La Oteadora apartó la mirada del cuerpo tembloroso de la mujer y depositó su atención en el rostro flácido del viejo Varkas. La criatura parecía haberlo entendido.

—*En mi cuerpo he grabado las salvas que satisfarán vuestras exigencias. Aceptad, Mi Señora, este regalo que os hago y permitidme el acceso hasta ese reino de la belleza. Concededme pues el privilegio de acudir al seno de Vuestro Señor y regresar. Y todo el esfuerzo os será extraordinariamente recompensado.*

En poco menos de un suspiro, el rostro vacío como la luna llena se acercó hasta menos de un palmo de las narices del sumo sacerdote. El gesto de ese ser fue tan acelerado como inesperado, por lo que el anciano se vio asaltado por un pavoroso sobresalto. Los enormes ojos de cristal carmesí de La Oteadora escudriñaban cada poroso hueso del anciano a través de una piel marchita que a la selectora se le antojaba transparente. Aunque sus osamentas se encontraran al mero alcance de sus deseos, sus flacos pellejos se resolvían protegidos por aquellos poderosos grafemas que una vez fueron plasmados en cuatro tomos malditos por las heréticas manos de Capón Marceti. Ni siquiera su príncipe podía transgredir las normas de su propio

reino. Los símbolos eran ley.

—Todo lo que aquí se halla, Mi Señora, os pertenece. El chico, os pertenece. Su familia, os pertenece. Mis siervos, os pertenecen. Llevaos también sus huesos si es que eso os satisface, pues no son para mí otra cosa que el producto que ofrecer para enriquecer las obras de vuestros maestros artesanos.

Si los ingenuos discípulos supieran lo que su maestro espetaba a la criatura en esa jerga tan secreta como espantosa, el terror más elemental se haría con el control de sus corazones y el propio Moore sería, muy probablemente, el que acabara plantándole una bala en el pecho a ese viejo traidor instantes antes de acompañar a sus hermanos en la huida. Pero eso no ocurriría. No. Nadie mortal en ese aciago aquelarre sería capaz de interpretar las misteriosas palabras del sumo sacerdote.

La Oteadora deslizó su lívido rostro hasta el cuerpo yacente del pequeño Preston. Si hubiera tenido labios con los que poder sonreír, la criatura habría adornado su rostro con una mueca abominable. Sus largos y huesudos dedos recorrían con delicadeza la piel del muchacho y tanteaba con las yemas cada uno de los símbolos dibujados sobre su blanca y suave piel.

Este signo es válido.

Este otro, también.

Aquel incluso causaba un gozoso escalofrío de placer en la rígida espalda de la emisaria, la cual aún permanecía conectada con su reino de pesadillas.

Este también es perfecto.

Y este...

Todos. Todos lo eran. El chico resultaba un manjar exquisito imposible de rechazar. Sus grandes manos comenzaron a acariciar el rostro y el cuerpo

desnudo del pequeño Buddy con la delicadeza de un amante absorto ante la belleza de su pareja.

—Déjalo en paz. ¡Monstruo! —gritó Preston padre desde su rígida posición, espectador en la primera línea de butacas de tan terrorífica obra.

Copley batallaba con todas sus fuerzas por intentar romper el embrujo, aunque de nada sirve la voluntad de un soldado cuando se tratan de torcer leyes para las que no existe nombre que las mencione ni explicación que las defina.

El príncipe miraba desde sus cuencas vacías la exquisitez de los gestos de La Oteadora saboreando con sus dedos los immaculados huesos que se escondían bajo una carne tan joven. La misericordia de Broxton ya de nada parecía servir estando tan cerca de ese mundo al que desde un principio pertenecía. Por unos instantes, incluso alcanzaba a compartir el placer que disfrutaba la criatura deleitándose ante la ofrenda prometida. Varkas sonreía, triunfante.

—¡Ieeeeeeeeeeigh!

Y Varkas dejó de sonreír.

Y su sangre tiñó de rojo sus pesadas vestiduras

Desde el interior de ese caparazón de tinieblas, Broxton lo sabía. Ya había notado su presencia desde hacía un buen rato; el bosque mismo se lo había dicho, pero hizo lo posible por esconder el hallazgo a Malaquías. Tenía que ocultar el descubrimiento a su yo primitivo, a su yo de otro tiempo y otro mundo, aunque eso lo sentenciara a quedar disuelto en el vacío del olvido.

La Oteadora se giró con una agilidad asombrosa y dejó sus cristales del color de la sangre apuntando al rostro del sumo sacerdote. El duro cordón se agitaba con fuerza contra los bordes del umbral resonando en el extenso conducto como un eco membranoso.

Nadie sabía en ese momento cómo habría logrado escapar. Nadie sabía en ese instante cómo habría logrado atravesar ese océano burbujeante e insalvable que aislaba el aquelarre del exterior.

Nadie.

Quizás fueron los símbolos tatuados sobre su piel. Quizás fueron su codicia y su ambición. Quizás fue el deseo irrefrenable de alcanzar aquello por lo que llevaba más de media vida luchando. La cuestión era que el viejo y maltrecho Horace Cochrane estaba ahí, encaramado a las espaldas de Barabas Varkas como un primate agarrado al tronco de un árbol, con sus amarillentos y dispersos dientes profundamente clavados en el cuello del sacerdote.

—¡Ieeeeeeeeegh!

De un lento pero poderoso tirón, el reverendo arrancó un palmo de la piel del lado derecho del codo del hereje. Sus músculos y tendones quedaron a la vista al tiempo que Cochrane, el infanticida, el traidor, escupía al suelo el pellejo sobre el que se grababa ese símbolo tan poderoso como para mantener a un semidiós sometido bajo la voluntad de un insignificante mortal. El sacerdote de doble fe, discípulo que una vez fuera de *il cardinale* Marcelo Atto, y todavía subido a los lomos de Varkas, reía sin freno ametrallando los oídos de su montura con gorgoteantes carcajadas ahogadas por la sangre de su competidor.

—¡A mí no acudiste nunca, pero a él sí! ¡¿Verdad, zorra del demonio?! —exclamaba Cochrane aún aferrado a los hombros de su vieja cabalgadura—. ¡Tan sólo te llevabas los huesos, monstruo, y ni siquiera te dignabas a aparecer ante mí! —le hablaba a la criatura.

La Oteadora mantenía fijos sus enormes ojos sanguinos sobre el rostro ensangrentado del falso reverendo. Aunque sus palabras resultaban ofensivas y desafiantes, la emisaria no lograba comprender sus clamores más allá de

una vaga intuición de sus intenciones.

—¡Me dejabas solo! Con la carne deshuesada por un lado, y mi conciencia desmoronada por el otro...

—¡Dispárale, imbécil, dispárale ya! —gritaba Varkas bajo su asaltante al paralizado Moore, entre estertores de dolor y desesperanza.

—Y a pesar de todo ¡seguía nutriéndote de sacrificios! —continuó Cochrane.

—¡Dispara!

¡Bang!

La bala se perdió en la negrura.

La Oteadora volteó su cabeza en un parpadeo hacia el origen del estallido.

—¡Pero no! —continuó—. Tu mundo no es para mí ¿¿verdad?! —se agitaba sobre los hombros de Varkas—No soy digno del *conocimiento verdadero*, ¿¿no... es... cierto...?! —mascullaba mientras estrujaba con fuerza entre sus manos el cuello desollado del sumo sacerdote. La sangre resbalaba entre sus artríticas falanges como el zumo de un tomate exprimido con los dedos.

El viejo aflojó sus rodillas y quedó rendido de espaldas a Cochrane.

—Pues si esa gracia no es para mí, ¡no lo será para nadie! *¡Hieeeeeee...!* —las carcajadas de Cochrane resultaban tan pavorosas como la misma loma negra que se levantaba a sus espaldas.

—Dis... pa... —el rostro de Varkas se hinchó de un rubor cianótico tornasolado de matices púrpura.

¡Bang!

—*¡leeeeeeeigh!*

Cochrane relajó sus manos y retrocedió con violencia. La bala había impactado de lleno en su hombro izquierdo y había sido dolorosamente

detenida por la clavícula.

—*¡Ahhhrg!*

El reverendo desmontó y dio un paso en falso hacia atrás.

Una inesperada hondonada en el terrizo.

El talón, mal posicionado. Y la gravilla machacada bajo las suelas de sus hogareños zapatos.

Un sinnúmero de chinasy guijarros cuidadosamente colocados por la madre naturaleza.

Cochrane agitaba sus brazos como un molino de viento tratando de recobrar el equilibrio, hasta que terminó cediendo ante la inexorable gravedad y cayó de espaldas en una de las hogueras de aceite.

—*¡Iaaaaaaaeeeeegh!*

La bata de andar por casa que aún vestía el viejo Cochrane había quedado empapada de aceite en el tiempo que dura un suspiro. Y entonces, ese joven insurrecto de Rhode Island al que su padre habría forzado al ejercicio del sacerdocio, ese individuo indisciplinado que valoraba más la fuerza que la diplomacia, ese curioso por naturaleza que absorbió sin excusas las libertinas enseñanzas del más negro de los garbanzos de la Santa Iglesia Apostólica Romana, ese traidor que sometió la lealtad de un compañero a la codicia de su corazón, ese asesino que arrancó la vida de un puñado de inocentes para seducir a un monstruo de otro mundo y de otro tiempo, ese viejo que envenenaba a sus parroquianos con sus letanías de apocalipsis y perdición, no era ya más que una bola de fuego ardiente y ruidosa.

—*¡Aieeeeeeeeh!*

Cochrane se agitaba con vigor, corriendo desorientado hacia la profundidad del bosque que anegada por ese magma umbroso y burbujeante. Sus ojos ya se habían cocido dentro de las cuencas cuando el negro océano

lo terminó de fagocitar, incorporándolo a su vacío inmensurable.

Las llamas se esfumaron.

El resplandor se deshizo.

La bola de fuego quedó disuelta.

Y Cochrane, extinguido.

Varkas seguía en el suelo apretando su mano contra la herida para tratar de contener la sangre. Al menos había logrado recuperar parte del resuello.

—Ayudadme, idiotas... —musitó medio asfixiado.

—¡Iaaaaaaehg! ¡Aaaaaaigh! ¡Ieeeeeeagh! ¡Aaaaaauoogh! ...

No.

Esa noche no habría más ayuda para ese viejo infeliz.

Todos los discípulos se hallaban sostenidos en el aire, retorcidos y estrujados contra su propio cuerpo mientras sus gargantas estallaban en gritos de martirio desproporcionado. Copley, Preston y el pequeño Buddy sólo podían escuchar el espectáculo a sus espaldas desde su rígida perspectiva.

El Príncipe Esqueleto había alzado una de sus manos y observaba cómo el aquelarre entero obedecía a sus tormentosos deseos. La Oteadora contemplaba en silencio la grotesca representación de una multitud títeres de carne controlados por un único y despechado titiritero.

—Pero qué haces, muchacho... —espetó Varkas—. Pero qué estás haciendo...

—*Hago lo que debía estar ya hecho, viejo. Hago lo que tu sello me impedía hacer* —dijo la muerte animada en su lengua vernácula.

El sortilegio que protegía a Barabas Varkas de los deseos del hijo de un dios errante ya no era más que un pedazo de pellejo marchito y sanguinolento ensuciado de tierra y hojarasca. Pasto fresco para las hormigas.

—Por el amor de tu dios, Malaquías... Piedad...

—*Piedad* —contestó la criatura—. *¿Tuviste tú piedad de mí cuando me extirpaste de mi vida mortal? ¿Tuviste tú piedad de mí cuando me sumergiste hasta la muerte en aquel pilón colmado de agua bajo tu castillo? ¿Tuviste tú piedad de mí cuando me arrancaste del anhelado abrazo de mi madre y me hiciste abandonar de nuevo el que desde siempre debía haber sido mi hogar?*

Varkas trataba de tragar su propia sangre, aún arrodillado. Pero no podía.

—*¡No hay piedad para ti, viejo!* —exclamó mientras aportaba otro giro más a los retorcidos cuerpos de los participantes en el ritual.

El crujiente restallido de los huesos quebrándose le sonaba a La Oteadora como una sinfonía de placer indescriptible.

—*¡Aaaaaaigh! ¡Aaaaaauoogh! ¡Ieeeeeeagh! ¡Iaaaaaaehg! ...*

La gigantesca y enjuta criatura de rostro de luna clavó de nuevo sus ojos de cristal en el cuerpo del benjamín de los Preston y sus alargados dedos se posaron sobre su pecho.

—*¡No!* —gritaron al unísono Bud y Jim.

La Oteadora los ignoró.

—*No...* —dijo con serenidad lo poco que aún quedaba de Broxton en ese ser omnipotente.

La Oteadora detuvo su gesto y asintió con una muestra de absoluta sumisión ante su príncipe.

Retrocedió.

—*Todos estos son para tus artesanos* —le dijo a la emisaria al tiempo que señalaba con su mano los cuerpos espantosamente contorsionados que mantenía sostenidos por el tormentoso maleficio—. *Deja al muchacho, Oteadora. Deja también a su familia.*

Copley y Preston, del todo inconscientes de las órdenes del príncipe, quedaron libres de sus invisibles ataduras y cayeron al suelo, exhaustos.

Con un rápido movimiento de su alargado cuerpo, la criatura de piel rosada recorrió de una pasada con sus finos dedos a todos los martirizados acólitos. El cordón queratinoso que surgía desde el umbral se alzaba y agitaba con autonomía y soltura, evitando que La Oteadora tropezara de algún modo en su grácil deambular. Y es que los infaustos discípulos habían venido para servir de ofrenda, y como ofrenda serían servidos.

Las osamentas atravesaban la piel y el músculo retorcido de los atormentados como si fueran insustanciales. El umbral los absorbía pausadamente y los transportaba flotando sobre su fétido aire hasta el otro extremo de la garganta. Allí se reunían los infames lacayos de los artesanos, a la espera de las muestras por las que se pelearían y que más tarde ofrecerían a sus maestros a cambio de alguna insignificante recompensa.

Todos y cada uno de los cuerpos suspendidos en el aire quedaron al fin derramados por el suelo. Flácidos. Deshinchados. Libres de hueso. Extintos de vida.

—*¡Él no!* —exclamó el Príncipe Esqueleto a La Oteadora cuando ésta se proponía aterrizar sus flacas falanges sobre los huesos del viejo Varkas —. *Él atravesará el umbral conmigo. Entero.*

Y es que el príncipe sabía lo valiosa que resultaba la carne para los malsanos operarios. Barabas Varkas cruzaría La Puerta con él, con los músculos y la piel abrigando sus longevos huesos.

El largo y grueso cordón umbilical se replegó entonces con delicadeza y la rosada criatura de ojos de cristal se retiró de nuevo hacia ese mundo de sosiego y de belleza al que pertenecía, suspendida en el aire como el cachorro de un lobo transportado por la boca de su madre.

Aquel que una vez fuera Broxton, que naciera hacía tres siglos como

Malaquías, y que ahora pretendía retornar a su hogar, echó un último vistazo al muchacho desde sus cuencas vacías y le regaló una sonrisa con su invisible corazón, pues no podía ser esbozada por el rostro marchito del cadáver que lo contenía. Con un par de pasos, el príncipe se acercó al viejo Varkas y lo agarró con fuerza de sus largos y canosos cabellos.

—¡Ieeeeeeegh! ¡Nooooo! ¡Piedad, Malaquías...! Piedad...

Mientras se perdía en la lejanía arrastrado por el odio de un *mal nacido*, los gritos del sacerdote resonaban en las profundidades de la garganta como ecos quejumbrosos de ultratumba. El Príncipe Esqueleto le concedía al fin al hereje su anhelado deseo de acceder a los Reinos de Yghaygha. Pero no satisfaría el de regresar.

La loma negra cerró su ojo ciclópeo y unió los labios de su titánica boca con un seco estruendo. El insondable océano negro fluía ahora con celeridad a través de la espesura de vuelta hacia ese cráter invisible desde el que habría manado en sus orígenes. En menos de lo que dura padrenuestro, la majestuosa colina se deshizo en una nube ascendente de pavesas livianas tan negras como la misma noche, fundiéndose sin remedio con el oscuro firmamento al igual que un puñado de sal se desvanece ante la inmensidad del mar.

El atronador ruido de la madera quebrada, los gemidos de los árboles derribándose, el imparable rumor de la hojarasca machacada y el follaje fluyendo a través de una marea de materia indescriptible... ¡Todo! Todo había quedado sofocado en un insignificante lapso después del cual, como ya resultara antes del inicio de tan espantoso ritual, la calma absoluta y el plácido silencio se erigieron como propietarios por derecho de los extensos y vigorosos bosques de Allenton.

El pequeño Buddy abrazaba con fuerza a su padre una vez que éste liberó los pestillos de los grilletes y sus manos volvieron a quedar libres.

—¡Papá! ¡Papá...! —el chiquillo lloraba de terror y de alegría, a la par.

—Hijo mío... —Preston lo estrujó con todas sus fuerzas. Sus pies también habían quedado libres.

Jim aguardó de rodillas mirando en silencio a la pareja, y rompió a llorar sin tratar de hacer nada por evitarlo.

El sonido de los grillos y de las alimañas, la caricia de la brisa invernal que mecía las copas de los árboles y oprimía los corazones de los hombres, las estrellas más familiares sobre el firmamento... La naturaleza se sentía ahora a su alrededor como un bálsamo de normalidad.

La pesadilla parecía haber llegado a su fin.

Los cadáveres chafados de los discípulos aún se repartían por lo que antes resultara un demencial aquelarre. Ahí estaba la carne de Lili apretada bajo una deshilachada mata de pelo negro; y allí el larguirucho de Moore, retorcido como un ovillo de piel debajo de su túnica; y allá otra fanática; y otro zelote por allí; y otro más, en aquel lado...

Y a las espaldas del jefe Copley, sobre la sucia tierra, apoyados en el suelo y abandonados a su suerte, abierto uno de ellos por su justa mitad, el Número Tres y el Número Cuatro.

—¿Se acabó todo, Jim? —susurró.

—Se acabó...

Los dos guardaron silencio. El pequeño Buddy, arropado con la chaqueta que su padre vestía y que ahora cubría sus hombros, se había quedado dormido atrapado entre sus brazos.

—Qué va a pasar ahora con todo esto. ¿Y esos cuerpos? ¿Qué harán ahora con esos cuerpos? —dijo Preston en un tono casi inaudible.

Copley guardaba silencio. Aunque había escuchado a su compañero, había dejado sus ojos clavados en los tomos.

—Y los libros, Jim. Qué hacemos con esos libros... Debemos

quemarlos ahí mismo, en las hogueras.

El jefe seguía embobado mirando sus páginas desde la distancia.

—No podemos hacer eso, Bud...—espetó—. No... No podemos. Son... Son reliquias. Ya lo has visto. Son reliquias de mucho valor. No podemos destruirlas...

—Pero qué dices, Jim —un escalofrío le recorrió toda la espalda—. Ya has visto lo que ha ocurrido aquí. Esos libros deben desaparecer en este mismo instante.

—No... No deberíamos... Son poderosos...

Copley empezó a pensar que su amigo quería los libros para sí, que todo era una argucia para quedarse él con ambas reliquias. Se levantó y se dirigió hacia los dos ejemplares y se arrodilló de nuevo, esta vez, ante ellos. Sus manos heridas comenzaron a navegar sobre sus páginas con delicadeza mientras sus ojos trataban de adivinar por intuición el significado de los símbolos bajo el oscilante resplandor de las hogueras de aceite.

—Jim...

—Nuestras vidas han cambiado irremediablemente desde esta amarga noche, amigo. Ya has visto que la naturaleza queda mucho más allá de lo que se han empeñado en enseñarnos a lo largo de toda nuestra historia.

—Jim...

—¿Y si es cierto que es posible descubrir *la verdad*? —las yemas de sus dedos seguían tanteando los grabados sobre las múltiples páginas—. ¿Y si es cierto que *la revelación* no está tan lejana como parece?

—Jim...

La rectitud es una senda abierta hacia el fanatismo.

—Tanto tiempo rezando al dios equivocado...

Copley agarró los dos libros y los cerró con cuidado.

—Jim...

El jefe se levantó y apretó los ejemplares contra su pecho. De espaldas a su viejo amigo, el hombre contemplaba el vacío que ahora quedaba en el bosque y que antes habría dado cobijo a una puerta hacia un imperio de lo inconcebible.

—¡Jim! —la exclamación interrumpió el sueño del pequeño Preston.

Un par de lágrimas recorrieron las mejillas de James Copley, jefe de policía de North Kingston, Rhode Island; padre responsable de dos hijos bien instruidos, abuelo de un par de robustos nietos, esposo amante y consentidor de la adorable Tracy, hombre de rectas creencias, recios valores y religiosa educación.

Copley levantó sus brazos en el aire mientras asía con fuerza entre sus dedos los pérfidos volúmenes.

—¡Iä! ¡Iä!...

Con una rápida y espontánea agitación, el hombre catapultó los libros contra el ancho cuenco de aceite llameante y sus hojas marchitas ardieron tan rápido como una pila de paja.

—Jim...

Jim cayó de rodillas al suelo, derrotado, y rompió de nuevo a llorar.

«En las entrañas de la Tierra existen puertas imperecederas que se abren hacia los rincones más ignotos del universo. Algunas apuntan a oscuras estrellas que fueron desahuciadas por sus propias galaxias; otras te transportan a escenarios dignos de las alucinaciones más atroces. Y sin embargo, sólo hay una cuya infamia se levanta con orgullo sobre todas las demás, una donde la razón sólo es un eco que repica frágil entre una jungla de huesos. La Puerta de Yghaygha, la única puerta para la que no existe llave. La entrada al reino donde las almas descarnadas esperan a que la eternidad termine, unas junto a otras, enracimadas como hilos de hueso en un ovillo de muerte. La puerta a la que acuden los siervos más viles de los maestros escultores para satisfacer sus más mórbidos e insólitos deseos. El reino donde se guarda la materia prima con la que se tejen los telones de fondo de las pesadillas».

—Sobre el reino de Yghaygha.

4º volumen de los Tomos de Laorn, sitos en las
Bibliotecas de Ónice de Celephaïs.

*Si llegaste hasta aquí, respira tranquilo.
Tú no eres Malaquías.*

REMINISCENCIAS

BAJO NUESTROS PIES

PREMIO FOROLIBRO 2018: mejor novela del año

«Y aunque mi increíble empresa lograra terminar de modo satisfactorio, no crea que habremos escapado por tanto de nuestro terrible final, pues no es posible huir de aquello que no puede ser evitado».

Esas fueron las últimas palabras que John D. Lindgren leyó del puño y letra de su mentor, el profesor Kleinman.

En Salem (Massachusetts), durante 1921, aún con un espléndido futuro académico por delante, el profesor guillotinaría su destino tras recibir una inesperada carta anónima. La misiva incluía una oferta que no podría rechazar, pues hundía sus garras en el más flaco de sus puntos débiles: la curiosidad. En torno a ambos personajes se va gestando una historia de horror sobrenatural llena de giros sorprendentes donde la ilusión se torna en angustia; la curiosidad, en miedo; el conocimiento, en locura.

Francisco Javier Olmedo ofrece al lector la posibilidad de seguir los pasos del profesor y su alumno más privilegiado con una novela que cuida la ambientación y el rigor histórico. En torno a las cartas de Kleinman, se estructura una trama llena de sobresaltos y de preguntas que encontrarán respuestas tan inesperadas como espeluznantes

BAJO NUESTROS PIES

Francisco Javier Olmedo Vázquez



Un descenso a los pozos
insondables de la locura



A la venta en AMAZON: <https://amzn.to/2L1ZjXC>

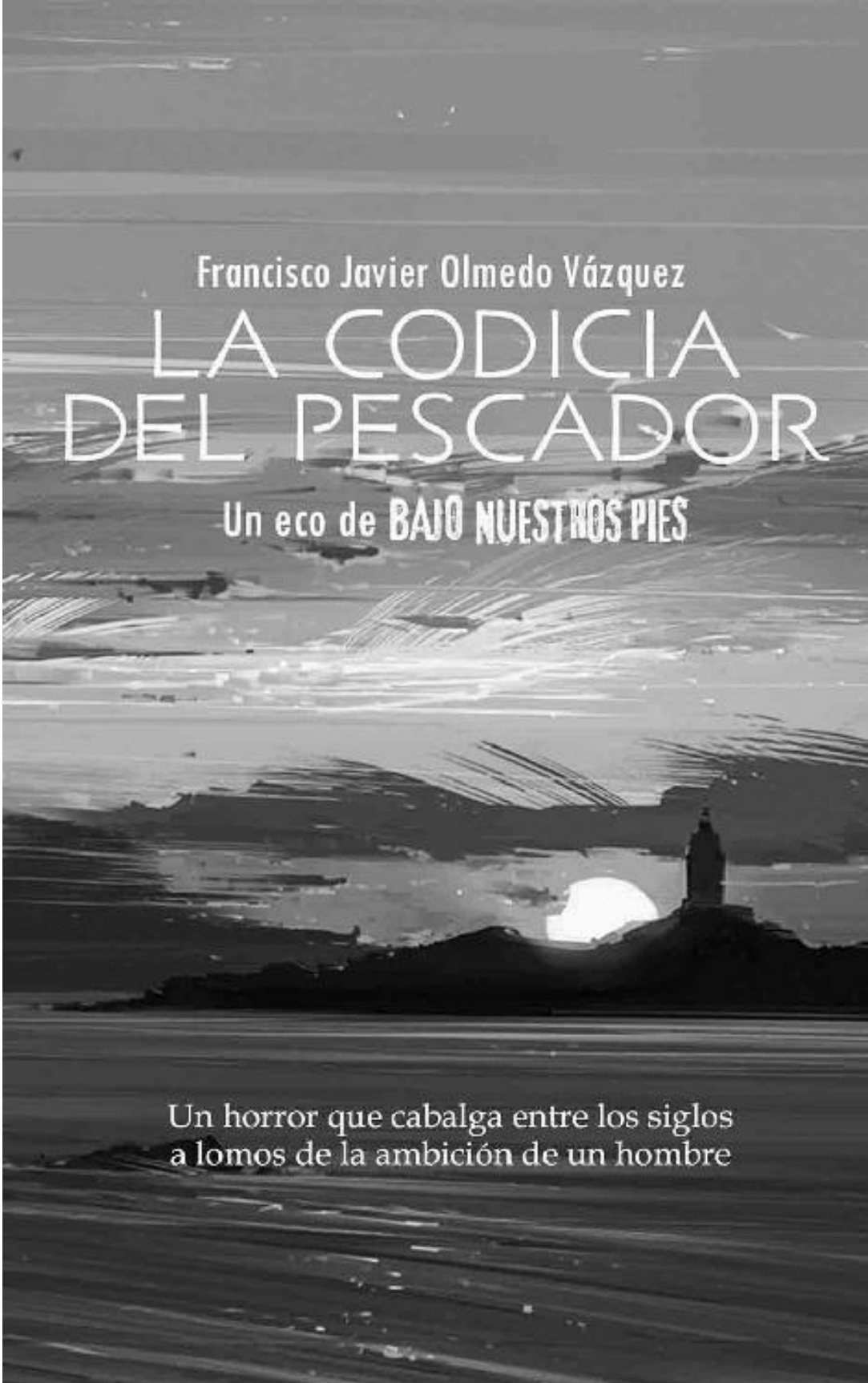
LA CODICIA DEL PESCADOR

Esta historia está vinculada a la trama principal de la novela de horror cósmico BAJO NUESTROS PIES (galardonada con el Premio Forolibro 2018 al mejor libro del año). Sin embargo, puede ser disfrutada sin necesidad de haber leído antes la obra original.

Michelle recordaría siempre con tristeza a ese hombre que una vez llegara a amarla como si fuera su propio padre.

Tras conocer la amarga noticia del inesperado suicidio de su tío, la joven recibe de su albacea una breve nota que su pariente portaba en la mano en el instante justo de su muerte. Espoleada por su misterioso significado, la mujer acabará embarcada en el estudio de algunas de las más inquietantes leyendas de la ciudad de Salem, cuyas revelaciones terminarán por enfrentarla a una realidad tan terrorífica como desoladora.

No sólo fueron sus tierras o sus derechos los bienes que George dejó a su sobrina como legado: entre las paredes de ese lujoso caserón también se escondían verdades imposibles de concebir, y mucho menos de contemplar.



Francisco Javier Olmedo Vázquez

LA CODICIA DEL PESCADOR

Un eco de **BAJO NUESTROS PIES**

Un horror que cabalga entre los siglos
a lomos de la ambición de un hombre

A la venta en AMAZON: <https://amzn.to/2PwvZXV>

BÚSCAME EN MIS REDES SOCIALES

Web del autor

olmedohorrorbooks.blog

Comparte tu entusiasmo

Comparte tu opinión

Instagram

@bajonuestrospies_novela

Facebook

@franciscojavierolmedoescritor

Youtube

fjov_escritor

Twitter

@fjov_escritor

¿Has disfrutado de esta lectura?

La mejor forma que tienes de ayudar a este humilde autor independiente es dejarle una valoración en Amazon o en Goodreads de su obra ;)

¡Muchas gracias por llegar hasta aquí!

¡Nos leemos en la próxima historia!